ANTONIO MON MORALES



UNA TORMENTA DORADA

EL HEREDERO DEL CIELO XII

UNA TORMENTA DORADA

EL HEREDERO DEL CIELO XII

ANTONIO MON MORALES

COPYRIGTH

© Antonio Mon Morales 2025

Corrección: Pilar Marín

Portada: @CorenPhotoArt

Primera edición Octubre 2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y escrita del titular del COPYRIGTH, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Dedicado a quien me enseñó a amar la literatura.

Nos encontraremos en otro tiempo y lugar.

Hasta siempre, mamá.

CONTENIDO

Página del título
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 1

FRÍO Y CALOR

Cerón alzó los ojos lentamente hacia el rostro de Tarnicis tan sorprendido como aterrorizado.

"No, aterrorizado no —se corrigió a sí mismo. Miró en su interior y descubrió que no era miedo lo que sentía ante ella. Pudo descifrar una sensación de alivio y dolor enraizada en su alma—. *Por fin".*

Una sensación de irrealidad lo envolvió y lo zarandeó amenazando con volverlo loco. El pasado, su futuro, la alegría por verla todavía viva y la verdad de ante lo que se había convertido le golpearon con más fuerza que todos los combates en el barco de Praedesi. Estaba ante lo que había ido a buscar, ante lo que no se quería enfrentar y ante lo que no quería alejar.

—Qué decepción —dijo Tarnicis apartando la mirada de él. Sus ojos dorados contemplaron el cielo por el que había escapado Aylwin a lomos de Tamatha. Chasqueó la lengua frustrada antes de centrarse de nuevo en el mago bajo ella—. Esperaba un reencuentro algo más… mágico.

Cerón se humedeció los labios y se puso de pie lentamente. Tarnicis no se movió y se limitó a contemplarlo alzarse ante ella. No sentía ningún miedo ante el mago, al fin y al cabo no existía en el mundo criatura más poderosa que ella. Una sonrisa de suficiencia

llenó su rostro y asintió aceptando que se alzara desde el suelo, el lugar que le correspondía como criatura inferior.

—Yo tampoco esperaba encontrarte aquí —reconoció Cerón con sinceridad. Sabía que la encontraría, pero esperaba que fuera mucho tiempo después, al menos el suficiente como para aprender a usar las runas blancas con las que enfrentarse a ella. Tal vez con ellas y mucha suerte fueran capaces de detenerla. Sin embargo, ahora sintió su misión inalcanzable. Tarnicis podía acabar con él con solo desearlo. La pregunta era: ¿por qué no lo había hecho ya?—. Me alegro mucho de verte, Tarnicis. Por mucho que hayas cambiado siempre te veré como la chiquilla que trataba de arrancar carteles mágicos con las manos desnudas.

Trató de que sus palabras sonaran tan sinceras como las sentía, pues era verdad que una gran parte de él se alegraba de verla de nuevo. Para su sorpresa, la sonrisa de suficiencia de la mujer vaciló al escucharlo. Su ceño se frunció y ladeó la cabeza mientras miraba a Cerón a los ojos tratando de atravesarlo. El mago sintió su propia magia alzarse a su alrededor protegiéndolo. Un hormigueo recorrió su cuerpo mientras la mujer buscaba en él respuestas a preguntas que Cerón ni siquiera sabía plantearse.

Tarnicis dio un paso a un lado y se situó a la derecha del mago contemplándolo por encima de su hombro. Volvió a ladear la cabeza en dirección contraria y acentuó su interés frunciendo el ceño un poco más. Entrecerró los ojos sin dejar de mirarlo de arriba abajo. Cerón sintió cómo su magia se volvía más tangible, tanto que casi pudo sentirla vibrar entre él y Tarnicis.

Una mueca de odio atravesó el rostro de la joven antes que pudiera controlarse. Volvió a su mueca de desdén en un instante tan fugaz que Cerón estuvo a punto de dudar de sus propios ojos. Sin embargo, si algo le había enseñado Sonthorn en todas aquellas semanas de aventuras era a confiar en sí mismo tanto como el guerrero confiaba en él. Respiró hondo y se giró hacia la mujer.

—Sé lo que has visto.

Tarnicis enarcó una ceja sorprendida. Volvió a caminar alrededor del mago.

—Veo muchas cosas. Tengo muchos ojos. Tú, en cambio, no. —Tarnicis chasqueó los dedos y una pequeña llamarada emergió de entre ellos. Esta se extendió a su alrededor arrasando con todo en un huracán de fuego abrasador que fundió incluso las rocas que encontró a su paso.

Antes que él pudiera darse cuenta, la magia de Cerón lo protegió y contuvo la llamarada apartándola de él. El aire subió de temperatura e instintivamente comenzó a dibujar la runa negra del frío. Tarnicis agarró la muñeca de Cerón y la retorció con fuerza impidiéndole finalizar el símbolo.

Pero el entrenamiento en el combate durante su travesía con Praedesi había dejado huella en una parte muy profunda de él. Agarró la muñeca de Tarnicis con su mano contraria y con un giro rápido de cintura lanzó a la mujer por encima a de su hombro desprendiéndose de su agarre. Trazó rápidamente la runa de hielo antes de que sus pulmones ardieran en el aire asfixiante.

Tarnicis cayó de pie y permaneció contemplando al mago sorprendida. Su rostro mostraba una expresión de desconcierto, algo no encajaba en su plan mental. Se miró la muñeca y descubrió la huella de los dedos de Cerón dibujados en ella.

La runa se cerró y una explosión de hielo se extendió a su alrededor tan intensa como la llamarada de Tarnicis. La nieve cubrió cada rincón calcinado a su alrededor y suavizó de inmediato la temperatura. Cerón pudo volver a respirar de nuevo y lo hizo aceleradamente. Su corazón latía frenético en su pecho, pero no tenía más daños que unos pulmones irritados por la temperatura y una muñeca levemente dolorida. Miró hacia ella y encontró la misma marca que Tarnicis mostraba en la suya.

Alzó la vista hacia los ojos de la mujer que le devolvían el gesto con claridad, nada se interponía entre ellos. El hielo había obviado a Tarnicis tanto como el fuego se había apartado de él. Por fortuna no

la había herido, no tenía la más mínima intención de enfadarla, mucho menos de hacerle daño. Tarnicis recorrió su cuerpo en busca de lesiones sin encontrar nada más que la marca en su muñeca. La mirada de Cerón volvió instintivamente hacia su propia señal. Esta cubría parcialmente el tatuaje de la espada de Nefrén que volvió a brillar mientras las ideas del auténtico señor de los Druganos negros regresaban a su cabeza.

"*Te dejo solo cinco minutos y mira la que has liado* —le espetó Nefrén. Cerón ignoró su impertinencia—. *No te ha matado, ¿por qué?"*

"*Pregúntale si quieres* —respondió irritado".

"*Ya, voy a por un cuerpo y ahora vuelvo, si te parece. Estúpidos humanos…"*

Cerón dejó de sentir la consciencia del drugano con intensidad, pero aún percibía su atenta presencia. Ahora que Cassius había desaparecido, Nefrén no tenía impedimento para ir y volver a su antojo a donde quiera que fuese. Masculló un improperio y se dirigió a Tarnicis.

—¿Por qué no me has matado? —preguntó directamente sintiendo a continuación la consciencia de Nefrén regresando hasta ocupar la mitad de su mente asintiendo ante su obediencia.

Tarnicis terminó de alzarse y abrió y cerró la mano de la muñeca marcada. Una mueca de odio y asco se dibujó en su rostro. Volvió a chasquear los dedos y derritió una pequeña zona a su alrededor de no más de diez metros. Esta vez no buscaba crear un infierno de llamas, sino un espacio limpio de nieve. No parecía gustarle la sensación del frío a su alrededor.

—Tal vez no quiera matarte —dijo finalmente.

—¿Por qué has venido entonces?

—Vamos, vamos. Somos amigos, ¿no? Casi podríamos decir que… familia. Además… —Se frotó por última vez la muñeca herida

y se olvidó de ella. Su rostro se relajó un instante volviendo a adquirir la dulzura que el auténtico recuerdo de Tarnicis traía a su memoria. La imagen de una joven Tarnicis asustada y dolida tomando una taza de té en una vivienda en el centro de una ciudad ahora ya muy lejana—. Te echaba de menos, Cerón.

El mago abrió los ojos por completo al reconocer de nuevo a la joven. Tarnicis seguía allí dentro, de alguna manera. La había reconocido en dos ocasiones, no podía ser una coincidencia de nuevo. Ella estaba allí. Su corazón se aceleró aún más. Tenía que liberarla, pero ¿cómo?

El rostro de la mujer volvió a enfurecerse y apretó los puños. Cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, la misma expresión desequilibrada presidía su rostro. Tarnicis había abandonado el lugar y solo quedaba Kelldom tras sus ojos dorados. Una mueca de suficiencia llenaba su rostro.

—Kelldom —dijo Cerón poniendo palabras a su pensamiento. Nefrén asintió en su interior. La sonrisa del ser se incrementó. Su lengua recorrió sus labios degustando la palabra, saboreando cada sílaba, cada idea que trasmitía pronunciar aquel nombre. Un escalofrío recorrió la nuca de Cerón, pues él también conocía la historia que aquel nombre acarreaba.

—Siempre me ha gustado ese nombre. ¿Qué sabes de él?

—Que fue un hombre hace mucho tiempo y la Oscuridad le corrompió —respondió Cerón. *"Deberías ser más sutil, ¿no te parece?"*, preguntó Nefrén incómodo. Él había conocido a Kelldom en persona, él sabía de lo que era capaz más allá de las leyendas.

—La Oscuridad… curiosa forma de decirlo. ¿Es oscura la verdad? ¿Corrompe acaso el conocimiento?

Cerón se humedeció los labios, sabía que no debía mentir.

—No, solo peligrosa.

—Los líderes de los magos pensaron lo mismo que tú, me creyeron peligroso.

—Y les diste la razón.

El rostro de Tarnicis se endureció de nuevo.

—Les di un conocimiento, ese que tanto anhelaban. Les enseñé que todas las decisiones tienen consecuencias, por muy imprevistas que estas sean. Habrían de pensar con más detenimiento si negar le conocimiento a quien busca solo saber.

—No te funcionó, solo se hicieron más estrictos.

—Pero todo eso cambiará cuando yo gobierne este mundo. Cuando tenga el conocimiento absoluto todos serán libres para hacer lo que quieran.

—Siempre que estén de tu lado.

—Por supuesto. Yo tendré en conocimiento absoluto, yo seré la auténtica verdad. Y nadie debe estar en contra de la verdad, ¿no crees?

—Te atribuyes la facultad de los dioses —le espetó Cerón.

Tarnicis se echó a reír hasta casi descomponerse. Logró calmarse tras más de un minuto de histeria.

—Los dioses no son más que niños caprichosos que no tienen en arrojo necesario para hacer lo correcto. Yo los conozco a todos, ¿por qué te crees que trataron de acabar conmigo? Yo sé la verdad de todos ellos. Sé lo que hicieron, lo que son, lo que han sido y lo que no dejaré que sean jamás. Sé cómo matarlos a cada uno de ellos, como vencerlos o cómo alzarlos. Son niños para mí, estúpidos y crédulos. —Escupió al suelo ante Cerón—. No merecen el lugar que se han atribuido a sí mismos ninguno de ellos. Sin embargo, sí que han hecho cosas interesantes, aunque fuera por error.

Cerró los ojos y dio una sutil palmada. De sus manos brotó una llama que saltó ante ella donde comenzó a crecer y a tomar forma

humana. La silueta de una mujer de fuego se alzó entre Cerón y Tarnicis. La mujer Tharbrins se volvió hacia Tarnicis e hizo una reverencia. Cerón fue incapaz de reconocer si era la misma con la que había luchado solo unos minutos antes. Sus formas etéreas eran similares, si bien podía entrever posibles diferencias en su rostro o en su cuerpo. Si hubiese tenido a ambas una al lado de la otra estaba seguro de que serían diferentes, pero sin poder compararlas era imposible asegurarlo.

—¿Qué desea, mi señora? —preguntaron las llamas antes de volver la vista hacia Cerón. Su ceño se frunció y cambió su relajada postura hacia una más defensiva. La intensidad de sus llamas se acrecentó mientras su cabeza buscaba en todas direcciones nuevos enemigos. Cuando vio que no había nadie más para ayudar al mago, se relajó levemente—. Puedo acabar con él si lo deseas.

Cerón sintió la magia bullir a su alrededor, protectora.

—No, no podrías aunque te lo pidiera.

—¿Para qué me llamas entonces? No me hagas perder el tiempo —le espetó. Sin embargo, Tarnicis no se inmutó ante su salida de tono.

—Quédate con su cara. Quiero que lo tengáis localizado en todo momento. Quiero saber dónde está y dónde no está. Quiero que lo sigáis allá donde vaya y me informéis de todo lo que haga.

La mujer de fuego escupió una pequeña llama que se estrelló contra el suelo ante Tarnicis.

—Mátalo tú y no nos hagas perder el tiempo.

Los ojos de Tarnicis se entrecerraron por un instante. Alzó la mano tan rápida como el rayo y agarró el cuello de la mujer de llamas. Sus dedos se cerraron con fuerza a su alrededor mientras el color de las llamas se iba apagando a medida que la magia de Tarnicis tomaba el control de ella. La mujer trató de defenderse y agarró la muñeca de Tarnicis tratando de abrasarla sin resultado

alguno. El nuevo cuerpo de Kelldom alzó la forma de llamas y esta pataleó histéricamente tratando de liberarse.

No pasó mucho tiempo hasta que las llamas se apagaron por completo y solo quedó una figura femenina que parecía hecha de cenizas que danzaban dándole forma a su cuerpo intangible. Tarnicis la dejó caer al suelo y cuando se estrelló contra él una nube de cenizas se diseminó como la niebla.

—Obedecerás o morirás. Él no es el único que sabe cómo acabar con vosotros —amenazó Tarnicis a la nube de ceniza que poco a poco volvió a converger en la forma humana, si bien no recuperó las llamas. Se limpió las manos de ceniza y contempló a Cerón con rabia—. Te mueve la misma necesidad que a mí porque estás hecho de la misma sangre que yo.

—No soy como tú. Jamás lo seré —rechazó Cerón tajantemente. Tarnicis se limitó a sonreír.

—Sí lo serás, y mis mascotas estarán allí para cuando llegue ese momento. —Le dio una patada a la nube de cenizas que materializaba su cuerpo. Este se alzaba ya hasta el pecho. La nube estalló de nuevo en todas direcciones.

—Mátame ahora, porque no seré jamás como tú. Yo no asesino por placer.

—¿Placer? —Tarnicis rio ante sus palabras—. Yo no mato por placer, estúpido. Solo acabo con lo que se interpone en mi camino hacia el conocimiento.

—¿Como a los druganos blancos?

Tarnicis asintió lentamente.

—Como a los druganos blancos. Eran y aún son la única manera de obtener el conocimiento completo.

—¿El conocimiento de qué?

Tarnicis no contestó y volvió a centrarse en la nube de cenizas que se formaba de nuevo ante ella. Sin embargo, esta vez no se alzó cuando regresó a su forma, sino que permaneció arrodillada ante Tarnicis, que asintió conforme.

—Se hará como pides, mi señora —cedió la mujer Tharbrins. Tarnicis chasqueó los dedos y las llamas volvieron a dar vida a la criatura que pareció volver a respirar de nuevo. Se alzó lentamente con la cabeza agachada. Hizo una reverencia y desapareció en el aire.

—Sigue tu camino, telépata. —Tarnicis comenzó a darse la vuelta dispuesta a irse.

—¿Y si acabo con mi vida?

La mujer se detuvo.

—¿Crees acaso que puedes? —La voz de la mujer dejó escapar un tono de dolor—. ¿Crees que yo no lo he intentado? ¿Crees que deseo todo esto? No, terminar mi camino es el único camino que me queda. Y tú harás lo mismo. No me llamaron el mago loco solo por mis actos. —Su rostro vaciló un instante—. Cuida de Sonth, por favor.

El rostro de Tarnicis se volvió iracundo de pronto, apretó los puños con rabia y desapareció en el aire.

"No puede matarte ella… —pensó Nefrén sorprendido".

"*¿Cómo? ¿Has estado escuchando sin decir nada?"*

"¿Qué querías que dijera?"

"No lo sé, algo de provecho".

"Eso es tu trabajo —masculló Nefrén—. *Pero lo has hecho bien. Este no es el Kelldom que conocí y mucho menos el de las historias".*

"Explícate".

"Mientras pones tus pies en marcha, que no quiero seguir más tiempo aquí. No tardará en llegar alguien y no sabes dar

explicaciones. —Cerón asintió y emprendió la marcha hacia el sur. Nefrén estuvo conforme con su decisión—. *El Kelldom que yo conocí no hablaba siquiera, solo era una cáscara vacía llena de odio y crueldad".*

"¿Estaba loco ya entonces?"

"Lo habría jurado una y mil veces. Sin embargo, ahora ya no sabría qué decir".

"Parecía muy centrado para ser la abominación que siempre he escuchado. ¿Tendrá algo que ver con Tarnicis?"

"No lo sé, pero no lo creo. Es una humana normal y corriente, no tiene nada de especial. Su única virtud es la belleza y no creo que eso le importe demasiado a Kelldom".

"Tal vez. Sin embargo, sigue ahí dentro y logra hablar a pesar de él. No la tiene dominada del todo".

"*Tienes razón, pero no sé cómo o por qué. Habrá que investigarlo. Añádelo a la lista de cosas que aprender* —se burló el drugano negro".

"*Tenemos que rescatarla como sea* —suplicó Cerón incapaz de pensar en abandonarla dentro de aquel monstruo".

"*La muerte sería un buen rescate, rápido, directo y sin cabos sueltos".*

"Ya, bueno, probemos primero algo que no implique mandarla al olvido".

"¿Al olvido? ¡Ha! Mírame, humano. Por si no te has dado cuenta, si yo estoy deseando ese olvido del que hablas. ¿Crees acaso ella no lo desea?"

Cerón no pudo rechazar su argumento. La muerte podía ser considerada, al menos en ocasiones, la única salida, por muy dura e irremediable que esta fuera. El mago cedió ante sus palabras.

"Está bien, pero solo si es necesario".

"¿Define necesario? —se burló Nefrén".

Cerón prefirió ignorar su ironía y cambió de tema.

"¿Ya no lo tomas por loco?"

Nefrén se tomó unos segundos para responder. Él albergaba las mismas dudas que Cerón, si bien había conocido muy poco a Kelldom, ya lo había visto al menos con dos cuerpos diferentes.

"Cada vez lo veo más cuerdo y eso me da más miedo si cabe. Cuando estaba loco cometía errores, pero ahora si realmente está tan centrado y es tan consciente de todo, ¿cómo podemos derrotarlo? Tiene un objetivo, sea cual sea, y parece mucho más meditado que matar a todos los druganos blancos sin más. Su plan nunca me resultó creíble, era demasiado ingenuo para él".

"Está claro que quiere aprender algo de los druganos blancos. ¿Las runas blancas, quizá? Tal vez por eso quiere que yo las busque, al fin y al cabo eso era lo que había venido a aprender. ¿Me estará utilizando?"

"Oh, por supuesto que te estará utilizando, de eso no cabe duda alguna. Ahora bien, las runas son el camino, pero no el destino. Yo creo que su objetivo está mucho más arriba que nosotros".

Cerón abrió los ojos de par en par incrédulo al comprender lo que quería decir.

"¡Los dioses! Por los Dioses Desaparecidos, ¡quiere acabar con ellos! Por suerte debe encontrarlos antes y no creo que sea precisamente fácil. Solo Sonthorn ha hablado con ellos alguna vez. Bueno, y Esmeralda, claro está…"

Cerón volvió la vista instintivamente hacia el cielo a su espalda. La dragona había desaparecido entre las nubes en pocos segundos cargando con la niña sobrenatural de los Cazadores. Suspiró y volvió la vista al frente.

Nefrén asintió gravemente en su cabeza. Las implicaciones de aquella idea se le escapaban. ¿Sería capaz de algo así? ¿Podía un humano retar a las criaturas que habían creado su propio mundo? Tanto Cerón como su polizonte mental pensaron lo mismo. Sin embargo, Nefrén sí sabía algo sobre ellos que el mago desconocía.

"Hay un lugar que tal vez lo vuelva posible… —comenzó a decir antes de guardar silencio".

Cerón frunció el ceño y le dejó tiempo para continuar. El tatuaje de la espada de Nefrén dejó de brillar en su brazo.

—Ah, no, ni se te ocurra dejarme con la palabra en la boca. ¿Qué has querido decir con que hay un lugar en el que lo vuelva posible? —preguntó frustrado. No tenía moral para nuevos acertijos, por mucho que le gustasen. El brillo reapareció y volvió a sentir su consciencia ocupando todo su ser. El recuerdo de la visita de Nefrén, Ámber y Eldrich a Irena estalló en su mente. Sus pies trastabillaron y estuvo a punto de caerse. Su respiración se aceleró—. ¡Tiene que ser una broma! ¿Conoces a los dioses?

"Me temo que sí —respondió con tono apagado".

"¿Por qué no me lo has contado antes? —Cerón estaba furioso. Habían tenido días para hablar y ponerse al día, pero el señor de los druganos negros había evitado hablar de ello tanto como de Ámber. El sentimiento de dolor al recordarla contaminó el recuerdo. El mago tragó saliva, no sabía que los druganos negros pudieran sentir con semejante profundidad, a excepción de Ónice, claro, pero ella era distinta. ¿O quizá no lo era tanto?"

"Por si nos encontrábamos a Kelldom. No podía permitir que tú tuvieras una información que él pudiera arrebatarte".

"¿Por qué me lo cuentas ahora entonces? Sabes tan bien como yo que volveremos a verla".

"Sí, pero si hubiese podido matarte y arrebatarte lo que sabes ya lo habría hecho. No puede, aún no al menos. Lleváis la misma sangre en las venas. —Cerón ladeó la cabeza, él y Tarnicis no

compartían lazos de sangre—. *Vale, sangre no, pero Kelldom y tú sois dos telépatas con parentesco. No sé cuál es ni quiero saberlo, me da igual lo que haya hecho la loca de Nurae y la desgraciada de su hermana, pero estáis relacionados. Enfrentarse a tu magia sería devastador para ambos, podría dar al traste con todo lo que él busca. Debe actuar a su debido tiempo".*

"Podría derrotarme ya, estoy seguro".

"Yo no. Además ya has visto que no controla del todo a Tarnicis. Ella podría ser la causa de su caída y dudo que pueda encontrar un cuerpo mejor por ahora".

"¿Mejor?"

"Tú serías perfecto para él. Podría renacer en todo su esplendor. No me extrañaría que estuviera al lado de Kem gritándole para que encontrase la manera de cambiaros de cuerpo. Así tú protegerías a Tarnicis y él sería un telépata de nuevo".

"Oh —se limitó a decir Cerón. Aquella idea era terrible en todos los sentidos—. *Oh".*

"Sí, oh —se burló de nuevo el drugano—. *Desde luego no tienes la labia de tu madre, sea quien sea.* —Cerón apretó los dientes y se contuvo a duras penas. Nefrén lo ignoró, por supuesto. Los sentimientos de aquel humano a aquellas alturas de su vida, o más bien de su muerte, le importaban muy poco—. *Kem no sabe cómo hacerlo, ni siquiera soy capaz de entender cómo ha logrado traerlo de vuelta. Las frases rúnicas se olvidaron hace mucho tiempo".*

"Pues encontró esas mismas frases en algún sitio y comienzo a dudar de que fuera en el continente —aseguró el mago que dejaba entrar una idea en su mente, abriéndose paso entre la bruma. Nefrén se apartó para que esta iluminara mejor el lugar que ocupaba y él mismo se sumergió en ella—. *¡Fue aquí!* —exclamaron al unísono—. *¡Las encontró aquí!*

La seguridad con la que ambos asumieron que era cierto los sorprendió. Ambos sintieron cómo las piezas de un enorme puzle se juntaban ante sus ojos. Los Calán, Kem, los magos negros, las runas… aquel territorio había sido el refugio para lo más secreto y peligroso del mundo. Allí se había encerrado el recuerdo de la Oscuridad, de las runas del bien y del mal a la que ambos tipos de druganos habían renunciado voluntariamente.

Cerón tragó saliva y se sorprendió al darse cuenta de que se había detenido. Sacudió la cabeza y continuó esta vez con paso más ágil. El terreno estaba despejado extendiéndoselas ante él en una llanura verde cubierta de árboles de todas las edades. No podría decirse que fuera un bosque propiamente dicho, pues no podía identificar dónde empezaba o acababa. Atravesarlo sería lento y agotador. Le llegó la idea de que pasara volando sobre él al caer la noche y puso los ojos en blanco al saber de dónde provenía.

"Pues sería más fácil —le dijo el drugano—. *Hazlo como quieras, tengo que pensar en todo esto".*

Desapareció antes que Cerón respondiera que él haría lo mismo, por lo que respiró hondo y valoró sus posibilidades. Si aquel mundo escondía la magia de las runas de ambos grupos, estas debían estar relacionadas con Praedesi. Ellos las habían dominado, al fin y al cabo.

—Pero, ¿se las entregó Kem a ellos o ellos a Kem? Y, si es así, ¿a cambio de qué? Me temo que voy a tener que replantarme todo lo que ya creía saber sobre ello. —Sabía que Kem los había traicionado cuando destruyó su fortaleza, pero…—. No, no fue su fortaleza. Praedesi la creó Sadie, los asesinos del continente fueron exterminados por Kem entonces. ¿Encontraría ella la respuesta? Ella tomó la primera runa y la llenó de odio, después la Oscuridad la guio hasta donde ha llegado. Pero, ¿y si fue aquí donde encontró las respuestas? —Una idea pasó por su cabeza tan rápida y certera como la anterior—. ¿Y si la Oscuridad no las conocía y las encontró para entregárselas? De ser así alguien ha debido de guardar el

recuerdo de las runas negras durante todo este tiempo, alguien que se dejara corromper por ellas. Pero ¿quién?

No había muchas formas de que las runas hubiesen permanecido desaparecidas hasta hacía solo unas pocas décadas y Cerón comprendió que el recuerdo de ellas no había permanecido vivo. Sin embargo, alguien debió recuperarlo y fue entonces cuando la Oscuridad le entregó el conocimiento a Sadie.

—No —se dijo Cerón—. Kem ya las conocía antes de que Sadie liderara Praedesi.

"Sí, incluso encontró la forma de usar frases rúnicas. Fue capaz de cambiar el color de sus ojos, al menos hasta que usara la magia. Así engañó a los últimos druganos blancos —apuntó Nefrén antes de desaparecer de nuevo. Estaba claro que ni aun cuando Nefrén desaparecía el mago estaba realmente solo".

"Pues alguien las encontró, pero ¿quién? Tiene que haber sido aquí —pensó abarcando el mundo con ambos brazos—. *La cuestión es dónde".*

"He recorrido el continente por completo y te aseguro que he interrogado a más criaturas de las que puedes imaginar buscando las respuestas. Estas me fueron esquivas".

—Sea como sea, el camino es el mismo. —Nefrén estaba de acuerdo y el mago sintió su conformidad—. Debemos encontrar las runas blancas y estoy seguro de que las de tu pueblo no estarán muy lejos de ellas. Vamos a encontrarlas, seguro que no están lejos.

Nefrén estaba conforme, era lo mejor que tenían. Ahora tenían que decidir a dónde ir en aquel mundo desconocido y frío. En las ciudades gobernaba Praedesi, donde Sadie pronto les podría al día de todo lo ocurrido.

Al sur estaban los Cazadores y los Calán. ¿Podrían ellos serles útiles? Ambos grupos eran muy antiguos y sus legados había perdurado durante milenios. Quizá uno de ellos tuviera información sobre las runas negras. Sin embargo, los Cazadores no parecían la

mejor de las opciones en aquel momento. Tanto Cassius como Raanee estaban quizá un poco enfadados con él por haber permitido que su hija partiera junto a Tamatha.

La decisión era terriblemente complicada y Cerón se tomó su tiempo para determinar qué hacer. Caminó durante todo el día, durmió al raso envuelto en un hechizo de calor y avanzó un día más hacia el sur antes de tomar una decisión definitiva. Ninguna de las opciones le parecía adecuada, pero tampoco terrible. Se vio obligado a admitir que no había una decisión correcta y que tal vez necesitase que alguien le diese algo más de información de la que tenía.

Pero encontrar respuestas en la soledad, descartando a Nefrén que no parecía interesado en regresar, lo cual Cerón agradeció, era completamente imposible.

Necesitaban comprobar todas y cada una de las posibilidades, pues en cada una de ellas había respuestas. Sin embargo, no tenían tiempo para caminar por un mundo del cuál desconocían el tamaño o siquiera dónde estaba nada. Tamatha hubiese sido una fantástica guía a través de aquellas tierras y Cerón chasqueó la lengua frustrado.

—*Esmeralda* hubiese sido una gran guía.

"Sí, una guía. ¡Ha! —rio irónico el drugano".

—Viejo degenerado.

"Cuando sepas lo que te pierdes, tal vez no me llames así".

Cerón trató de bloquear las imágenes que Nefrén le transmitían muy a su pesar. Sacudió la cabeza y apretó los dientes concentrado en el mundo fuera de su mente, mucho menos interesante, pero más importante. Debía elegir por cuál empezar a buscar y una idea pasó por su cabeza, pues si no podían saber cuál tendría respuestas, sí podía saber cuál de todas sus opciones aceleraba el camino.

—Si logramos convencer a los Calán tal vez uno de ellos pueda llevarnos a resolver el resto de los enigmas —dijo más alto de lo

corriente en gran parte para apartar las imágenes de Nefrén de su cabeza. Este las hizo desaparecer al instante y se centró en lo importante. Cerón continuó más aliviado ahora—. Debemos hablar con ellos los primeros. Además merecen saber lo que ha ocurrido con Tamatha.

"Son un pueblo muy reservado, ¿crees que podremos dar con ellos?"

—Tamatha dijo que estaban en las montañas más altas, donde el frío es el dueño. Allí no corren peligro por los Tharbrins.

"Salvo que se transformen".

—Sí. Pero aun así cada vez lo veo mejor idea. Allí no podrán venir a vigilarnos los sirvientes de Tarnicis.

"Salvo que se presente ella allí y lo queme todo. No creo que la nieve apague su llama".

—Un problema después de otro —respondió Cerón frustrado. Caminaban sobre una cuerda muy floja con un viento huracanado sacudiéndolos sin descanso.

Nefrén meditó unos instantes y finalmente dio su visto bueno.

"Está bien, pero que sepan que solo por recibirnos corren peligro —le advirtió—. *Son un pueblo muy cerrado y desconfiado, si dejamos que las dudas calen en ellos los perderemos".*

El reflejo de su propio pueblo se manifestó en su idea.

—Será lo primero que les diga.

Cerón miró hacia las montañas y buscó el pico más alto de todas ellas. A medida que sus ojos se elevaban hacia el cielo comenzó a pensar en replantearse la dirección a tomar. Había una cordillera que se abría en la lejanía tan ancha que ocupaba toda la vista a ambos lados. Este y oeste estaban unidos por las altas montañas. Sin embargo, fue la altura de las mismas lo que más llamó la atención del mago. No tardó en asimilarlo a las montañas

del norte del continente ante las que había estado solo unos días antes.

—Son muy altas, no sabría decir si más o menos que las del continente. ¿Tú qué opinas? —le preguntó a su nunca ausente compañero.

"Que es probable que sean muy parecidas, pero no lo puedo asegurar hasta que estemos más cerca. Aún falta mucho para llegar. Lo único que sé es que tampoco podría volar sobre ellas. Eso y que va a hacer mucho frío allí arriba".

Cerón asintió. Tendrían que conseguir ropa de abrigo o no llegaría vivo ni con toda su magia protegiéndolo. El ascenso sería más agotador a cada paso que diese y llegaría el momento en que no podría permitirse gastar sus fuerzas en mantener hechizos de calor.

Tenía un camino muy duro por delante, pero ¿no lo había sido siempre así? Tragó saliva y aceleró el paso.

CAPÍTULO 2

UNA TALLA DE MADERA

Fue un día más tarde cuando Cerón se encontró con la primera muestra de vida en aquel mundo. Por supuesto, no fue el humo de un fuego agradable lo que observó primero. Descubrieron la aldea al caer la tarde, cuando la niebla se espesaba entre las casas bajas de barro y piedra. No hallaron rastro de humo ni el más leve aroma a leña quemada. En aquel lugar el fuego jamás iluminó rostro alguno, gracias a eso seguían con vida.

"*Te habrán visto ya* —dijo Nefrén al mago. No entraba en su cabeza que un lugar como aquel no estuviese vigilado, si bien no tenía precisamente defensas preparadas. Podían haber caminado hasta el centro del lugar sin que nada los hubiera molestado".

"*No parecen preocupados por defenderse* —apuntó Cerón recordando las clases de Sonthorn sobre la Escuela Militar. Sonrió al recordar cómo el joven drugano había tratado de hacerle ver la importancia de aquella información, y cómo él la había rechazado casi por completo".

"No seguirían vivos de no ser así. Entra despacio".

Cerón avanzó lentamente por los senderos de tierra y piedras pisados por muchas botas que se retorcían entre los muros de piedra húmeda. Las viviendas se apiñaban unas contra otras,

techadas con losas cubiertas de musgo empapado. En el centro de la aldea, donde quizá alguna vez ardió una hoguera, solo quedaba un círculo de piedras negras aclaradas por siglos de lluvia sobre ellas. Estas estaban medio hundidas en la tierra húmeda como el recuerdo de un mundo en el que existió la luz y el calor de las llamas.

Vieron a los aldeanos ocupados en sus quehaceres preparándose para la noche. Docenas de manos curtidas que tejían, reparaban muros o recogían agua en cubos de madera. Todos alzaron la vista en cuanto lo vieron aparecer. Las miradas, sombrías y tensas, se clavaron en él desde las puertas y ventanas entreabiertas. Algunos niños corrieron a refugiarse tras las faldas de sus madres, mientras los hombres se apartaron de sus labores y cerraron los puños dispuestos a defender aquella fría vida que era lo único que tenían. El silencio se hizo más espeso, cargado de una quietud vigilante, mientras el mago seguía avanzando entre aquellas casas sombrías.

Solo sus pies sonaban mientras caminaba hasta lo que debió de ser una hoguera muy antigua, tanto o más como el propio poblado. Las madres silenciaron a los niños llorando y las puertas terminaron de cerrarse. Cerón giró sobre sí mismo haciéndose a la idea de cuánto había a su alrededor antes de empezar a hablar.

Alzó las manos y enseñó las palmas tratando de no parecer amenazador. Sin embargo, la espada hecha con la garra del Uldenhar era difícil de ocultar. Esta desprendió un tintineo metálico que atravesó la aldea como un rayo. Si alguien de los presentes había obviado el objeto, el inesperado sonido concentró todas las miradas.

Todo quedó en el más completo silencio, tan frío como aquel mundo húmedo y tétrico.

—Mi nombre es…

"Como digas tu nombre te mato —le amenazó Nefrén—. *¿O quieres ir dejando pistas a Praedesi?"*

Cerón carraspeó y se humedeció los labios. Recordó al instante el momento en que le habían engañado en otro pueblo y el resultado mortal que este había tenido. Se sintió furioso y frustrado a partes iguales.

—Vengo de muy lejos —continuó obviando su nombre—. Solo quiero un poco de información antes de continuar mi viaje. Y algo de descanso a cubierto si es posible. Puedo pagar por ello.

Esperó a que alguno de los rostros de los presentes se hiciera más amable sin éxito alguno. Uno de los hombres levantó la mano y señaló al lugar por el que habían accedido al pueblo.

—Lo que puedes es volver por allí —dijo el hombre mirando a Cerón a los ojos sin miedo alguno. Un niño de no más de ocho años llegó corriendo hasta él y le entregó un objeto de metal. El hombre lo recogió y puso tras de sí al chiquillo, protector. El mago frunció el ceño y se concentró en lo que tenía en la mano. El resto de los habitantes dividieron su mirada entre el mago y el objeto grisáceo—. Encontrarás alimento y abrigo en el bosque.

"¿Una caja de metal? —se preguntó Nefrén tan sorprendido como Cerón—. *¿Qué piensa hacer con ella? ¿Lanzártela?"*

—No quiero problemas —aseguró Cerón mirando en todas direcciones de nuevo. Los ojos se volvieron hacia él y se desviaron rápidamente hacia el objeto. Algo tan común como una caja de metal no podía levantar tantos nervios como estaba haciendo. *"Algo hay en ella que los preocupa",* pensó y Nefrén aceptó su idea—. Solo necesito descansar y partiré por la mañana.

El hombre rio con sarcasmo y dolor. Comenzó a manipular la caja con habilidad. Poco a poco pequeños elementos de ella se fueron desprendiendo mientras la población comenzaba a llorar. Cerón observó a varias personas abrazarse y despedirse entre ellas con dolor.

"¿Pero qué está pasando aquí? —se preguntó incapaz de comprender lo que veía—. *Se están despidiendo entre ellos, ¿por*

qué?"

"Porque se preparan para morir —dijo el drugano decidido—. *He visto esto mismo en más de una ocasión* —aclaró parcialmente y a Cerón se le erizó el vello de la nuca al reparar en lo que quería decir, o más bien en lo que no quería decir—. *A veces prefieres el sacrificio a la muerte".*

Cerón comprendió lo que quiso decir y abrió los ojos de par en par.

—¡Alto! —exclamó dando un paso hacia él. Estiró la mano señalándolo—. No he venido a hacer daño a nadie, solo quiero descansar, pero si no es posible me iré por donde he venido. Nadie debe sufrir por mi presencia —aseguró mirando de nuevo a su alrededor. Pusiera los ojos donde los pusiera, encontró rostros decididos y miradas llenas de lágrimas. Estaban dispuestos a morir, pero ¿por qué?

—Mientes —dijo el hombre—. Como los anteriores, como los siguientes. No te llevarás a nuestros hijos. Antes de entregárselos a Praedesi se los entregaremos al fuego.

"¡Praedesi! —exclamó el drugano".

Los dedos del hombre siguieron desmontando lo que en principio había creído que era una caja. A aquellas alturas quedaba claro que era un artefacto en el que esconder un arma. No podía ser otra cosa que fuego. Atraerían a los Tharbrins antes de darles sus hijos a Praedesi.

Pero ¿cómo detenerlos sin usar la magia? Si se mostraba como un mago jamás aceptarían que no formase parte de la secta de magos. Para alguien ajeno al conocimiento de la magia no había diferencia entre hechizos humanos y el uso de las runas. Sin embargo, tal vez hubiese una tercera magia que no le identificase como un mago.

"Ni se te ocurra —le atajó Nefrén antes de que Cerón pudiese hacer nada—. *Tu escalera es muy corta para descender un solo*

peldaño por estas criaturas estúpidas".

"Todos merecen vivir —dijo Cerón—. *Por estúpidas que sean".*

"Quien no lucha por su vida no la merece —le espetó el drugano, que sabía más que nadie sobre la vida y mucho más sobre la muerte, desde luego mucho más que Cerón".

"Quien es capaz de sacrificarse por otros sí la merece".

"¡Ha! Ellos no se van a sacrificar para salvar a nadie. Van a morir todos juntos y ¿por qué? ¿Para no servir a Praedesi? Esa secta de magos negros quiere salvar este mundo aunque no sepa cómo hacerlo. Eso sí sería sacrificarse por salvar. Esto… esto es solo estupidez".

El mago apretó los dientes mucho más frustrado de lo que le gustaría reconocer. A regañadientes se vio obligado a aceptar la verdad de sus palabras. Praedesi no actuaba de forma correcta, pero su objetivo sí que lo era. Masculló una palabra mágica y las manos que sostenían la caja de metal se congelaron junto a ella dentro de una esfera de hielo perfectamente lisa. Aquel arma no saldría de allí mientras él no lo ordenara. Obvió las quemaduras que produciría al infeliz en su piel y aceptó el daño.

Los gritos de todos los habitantes de la pequeña población se elevaron al instante. Fueron alaridos de miedo y de rabia, pero también de esperanza. Al parecer, no todos estaban de acuerdo con morir aquel día.

"¡Cuidado! —gritó Nefrén en su cabeza".

Cerón se giró a tiempo para ver como un arco disparaba una flecha en su dirección y se agachó para esquivarla con una agilidad que le sorprendió hasta a él mismo. Pronunció el hechizo del viento y lanzó por los aires al arquero, pero tras él llegaron varios hombres y mujeres con armas sencillas, pero contundentes. El mago tuvo tiempo para ver un gastado martillo de herrero y un cuchillo bien afilado, a pesar de ser de la mitad de su tamaño original a juzgar por el desproporcionado mango.

Retrocedió unos pasos mientras se preparaba para luchar. Descartó al momento usar su extraña espada, esta demostraría su superioridad y él estaba pidiendo ayuda. Se humedeció los labios y pronunció varios hechizos rápidos que habrían de protegerle. El suelo a su alrededor tembló mientras la capa superior se volvía fina e inestable, tanto que los asaltantes se hundieron hasta las rodillas en ella.

Pero quedaba el problema de los arqueros que se sumaban al primero de ellos. Estos llegaban del interior de las viviendas a toda prisa. Las puntas de las flechas tal vez no tuvieran la factura de las de los ejércitos de Darmid al carecer de metal, pero pudo apreciar que se habían adaptado para usar esquilas de roca, igual de mortales si bien no tan resistentes.

El aire comenzó a apelmazarse alrededor del mago. Sus oídos protestaron ante la presión exterior y empezó a escuchar los gritos de sus atacantes mucho más graves y distantes. Las flechas que volaron hacia él se detuvieron en el denso aire que había creado a su alrededor.

—¡No quiero haceros daño! —gritó con todas sus fuerzas para superar la atmósfera mágica. Alzó las manos desprotegidas demostrando que no buscaba herir a nadie—. No pertenezco a Praedesi, los detesto tanto o más que vosotros. —Los rostros de los aldeanos fruncieron el ceño. La duda comenzó a aparecer en ellos—. Vengo del otro extremo del mundo para averiguar qué son y qué quieren. Han llegado hasta allí hace pocos meses y se han hecho con el control de gran parte de nuestras ciudades. Busco derrotarlos. Por favor, creedme.

"No sabes mentir —dijo Nefrén".

"No estoy mintiendo... demasiado".

—Eres un mago igual que ellos —gritó una mujer tras él. Se giró para dirigirse a ella directamente ahora que estaba a salvo. Los atacantes armados habían detenido su avance obstaculizados por la

tierra mágica. Varios hombres y mujeres se afanaban en ayudarlos a salir de la zona del hechizo—. No nos dejaremos engañar.

—No podemos hacer nada contra él —dijo un anciano que caminaba con un torpe bastón hacia la mujer—. Ya has visto de lo que es capaz solo con murmurar cuatro palabras. Imagina que podría hacernos si usara las runas.

—¡Pero…!

—Si nos quisiera muertos ya lo estaríamos. Si nos quisiera robar a nuestros hijos podría hacerlo también. ¿Es verdad? —preguntó dirigiéndose a Cerón.

—Solo quiero información y me iré. Vuestros seres queridos están a salvo por completo.

—Pero no te he preguntado eso, ¿verdad?

Cerón tragó saliva y se vio obligado a responder.

—Podría sin ningún esfuerzo, me temo. En mi mundo soy un mago muy avanzado y no necesito el fuego para derrotaros a todos —reconoció con sinceridad.

"Eso sí ha sonado a verdad —se burló Nefrén—. *Podrías arrancarles la información y ni siquiera sabrían qué ha ocurrido. Deberías probar, es rápido y útil…"*

El mago ignoró al drugano y dejó de aportar energía a sus hechizos; el aire y el suelo volvieron a su estado normal.

—No busco problemas y no voy a hacer daño a nadie. Solo quiero información y me iré —repitió una vez más. Esta vez sí pareció tener el efecto deseado. Estaban a su merced, enfrentarse a él era morir y, lo que era más importante, era morir para nada.

El anciano asintió con lentitud y puso la mano en el hombro de la mujer que se había enfrentado al mago.

—Un poco de información, ¿qué daño puede hacer? Te propongo un trato, extranjero.

—Acepto —respondió directamente.

El anciano sonrió y miró a todos los presentes.

—Llevaos a todos los jóvenes del pueblo, yo conversaré con él esta noche. Por la mañana partirá bien alimentado y con provisiones. Es lo menos que podemos hacer por alguien de su valía.

No fueron pocas las voces que se alzaron en contra de su idea, pero para sorpresa de Cerón, fueron muchas las que aceptaron la idea con gratitud. Pudo ver lágrimas en muchos ojos. Era un pueblo que había sufrido tanto que estaba entre la espada y la pared del destino. Habían crecido en un mundo frío y duro en el que no tenían más movimientos que rebelarse o morir. Estaban a merced de la voluntad de otros y eso era un destino insoportable para un drugano negro tal como Nefrén le hizo saber.

"Son herramientas oxidadas del destino de otros —dijo con más dolor del que Cerón podía imaginar que sentiría—. *No merecen vivir así".*

"¿No somos acaso todos un poco herramientas del destino?"

"Sí, más que un poco. —El recuerdo de la conversación de Nefrén con Irena volvió a la memoria de Cerón".

El mago dejó de aplicar energía al hechizo del hielo que impedía que el hombre utilizase su arma suicida.

—No puedo eliminar el hielo sin fuego —le dijo señalando su mano. Podía usar las runas, pero dudaba que pudiese controlarla lo suficiente para que no llegasen las llamas. La Oscuridad podía traicionarlo en cualquier momento. ¿Qué mejor manera para tentarlo que enfrentarlo a los Tharbrins con muchos inocentes a los que proteger?

"Perderá la mano —dijo Nefrén poniendo voz a sus pensamientos—. *Las dos":*

"Lo sé —respondió con pena".

Sintió cómo el drugano aprobaba su autocontrol. Si los Tharbrins o Tarnicis aparecían allí sería el final para todos ellos. Nada debía atraer aquella posibilidad en modo alguno. Las manos de un hombre eran menos valiosas que las vidas de un pueblo entero.

—Esperaré a que partan todos sin mirar hacia dónde —aseguró.

—No será necesario. Puedes venir a mi casa. Queda un poco escondida, pero mis vecinos podrán partir si lo desean —indicó el anciano que ya emprendía el camino caminando torpemente con el bastón.

Cerón observó las docenas de personas a su alrededor que abandonaban el lugar rápidamente en todas direcciones. Escuchó los golpes de un martillo sobre el hielo mientras se alejaba de él. Ignoró las maldiciones e improperios y siguió al anciano. No obstante, había sido engañado anteriormente por habitantes de otras ciudades. Se había prometido a sí mismo que nunca más bajaría la guardia y eso hizo. Comenzó a pronunciar los hechizos de protección que creyó oportunos. Igualmente, recordó el que Nerkatal usaba para evitar que la localizaran durante el breve periodo en el que el teletransporte volvió a estar disponible en el mundo y lo aplicó sobre sí mismo.

No estaba seguro de que pudiese funcionar, pero no perdía demasiado por intentarlo. Tarnicis había llegado hasta él apareciendo de la nada, debía de estar relacionado con ese mismo hechizo de una manera u otra. Se preguntó por un instante si él sería capaz de hacer lo mismo, de romper las reglas de la magia con el hechizo de los telépatas. Suspiró apartando la idea de su mente, pues la tentación de volver junto a Sonthorn y contarle todo amenazaba ya con hacer zozobrar su estabilidad.

Siguió al anciano hasta una pequeña vivienda que, como este bien había dicho, estaba escondida entre varias casas mucho más grandes. Abrió una puerta sorprendentemente bien cuidada e invitó a Cerón a pasar. El interior era oscuro a aquellas horas de la

brumosa tarde en lo cual el anciano no pareció caer en la cuenta. Para él debía de ser tan normal la oscuridad como el frío. Sin embargo, sí conocía un hechizo que podía solventar ese problema.

—Puedo iluminar su hogar, si me lo permite —se ofreció. El anciano palideció y en su rostro se manifestó el terror. ¿Se había equivocado con aquel joven extranjero?—. No es fuego, no se preocupe, soy el menos interesado en atraer a los Tharbrins hasta este pueblo. Confíe en mí una vez más, buen hombre.

El anciano respiró hondo y aceptó con un miedo que solo la voluntad y la edad conseguían apartar de su camino. Cerón pronunció la palabra mágica y una pequeña esfera de luz se adentró en la vivienda. Tal como había previsto el mago, era tan fría y lúgubre como el exterior de las casas. Barro, madera y paja eran los ingredientes de todo lo que poseía el anciano. No logró encontrar ni un solo reflejo metálico que le devolviese la luz que emitía su hechizo.

Sin embargo, sí que pudo apreciar la hermosa manufactura de los muebles. Cada uno de ellos era perfecto en acabados, proporciones y colores. Cerón se acercó a la mesa tan sorprendido como impresionado. Aquel trabajo bien podía haber competido con la mesa del mismísimo Neyvel en la ciudad de Darmid. Trabajar la madera con semejante destreza implicaba mucho más que un mundo frío y oscuro. Allí seguía habiendo luz de alguna manera.

—Es usted un gran artesano —le alabó con sinceridad. El anciano sonrió con tristeza.

—Lo fui, pero de eso hace ya muchos años. Mi vista se ha ido perdiendo con el tiempo y mis manos ya no obran los milagros de antaño. Ya casi no soy capaz de mantener esta casa en pie siquiera.

El hombre cerró la puerta tras ambos e invitó a Cerón a sentarse en una de las dos sillas que acompañaban a la mesa. Estas merecían los mismos halagos. Cerón aprovechó para pronunciar varios hechizos de silencio a su alrededor, si bien fueron mucho más

sutiles que los que Praedesi había creado en el continente justo antes de separarse de Sonthorn.

"No esperaba esto —dijo Nefrén".

"Ni yo. Imaginaba un mundo frio y no solo en lo que al calor se refiere".

"Tu amiga es ardiente y viene del mismo mundo —se burló el drugano trayendo el recuerdo de Tamatha. Cerón sintió su pelo ante su rostro, el peso de su hombro en su brazo, el calor de su cuerpo en el pecho. Tragó saliva y a duras penas logró evitar atragantarse ".

—Y bien, ¿qué deseas saber? —preguntó sin rodeos mientras se sentaba a la mesa. Comenzó a inspeccionarla como en los viejos tiempos, siguiendo sus vetas con las manos, deleitándose con ella como solo los mejores artesanos eran capaces de hacerlo. Sacó al mago de su ensimismamiento antes de que recordara algo que no debía.

—¿Dónde estamos? —preguntó sencillamente, más para apartar los recuerdos que para mantener una conversación inteligente. Era difícil pensar cuando el apasionado cuerpo de la dragona bailaba en su mente.

El anciano apartó la mirada de la mesa y posó sus ojos en el mago. En cierta manera aún seguía esperando que le hubiese engañado. Al fin y al cabo, todo lo que había dicho debía de ser mentira, ¿no? Cerón repitió la pregunta esta vez más concentrado.

—Estamos en La Isla, claro —aseguró como si fuera la mayor obviedad del mundo—. Al norte, para ser más exactos.

"¿La isla se llama La Isla? —preguntó Nefrén con ironía".

"Algo me dice que su diosa tiene algo que ver. Eso y que tiene muy poco sentido del humor".

—¿Cuánto mide La Isla? De norte a sur, me refiero. ¿Cuánto tardaría en llegar al extremo sur?

El hombre sacudió la cabeza aún más desconcertado. Frunció el ceño y miró a Cerón de arriba abajo tratando de medir si era locura o insensatez lo que leía en su rostro.

—He de decir que, cuando te propuse responder a tus preguntas, mi intención era entretenerte para que mi familia y amigos escaparan —aseguró para sorpresa de Cerón. Nefrén no se mostró tan sorprendido.

—Era innecesario, pero te honra. Y es la verdad, solo quiero información.

—Nunca he dejado de creer que eras un miembro de Praedesi, pero si de verdad quieres llegar al gélido sur, chico estás demasiado loco hasta para ellos. Ni siquiera nadie de su maldita secta de magos se atreve a ir allí. Es una sentencia de muerte, un suicidio en realidad.

Cerón no supo qué responder. La locura no entraba en sus planes, si bien en los de su estirpe nunca estaban lejos tampoco. La cuestión era, ¿por qué era una locura ir al sur?

—Como te he dicho, vengo de muy lejos y busco la manera de expulsar a Praedesi de mi mundo. Si hay un lugar al que ellos no hayan llegado debo averiguar por qué.

—Pero eso es lo más sencillo que hay, hijo mío. Nadie es capaz de sobrevivir allí. Solo hay nieve y hielo, llanuras de muerte y soledad. Sin una llama que proteja tu cuerpo morirás —aseguró mirándole a los ojos en busca de un destello de locura que le explicase su determinación por morir. Cerón sostuvo su mirada—. A no ser… a no ser que tu magia extranjera sea lo suficientemente poderosa para evitarlo.

—Lo es. No necesito fuego para sobrevivir. ¿Sabes si los Tharbrins llegan tan al sur?

—Quien sabe. Si esta aldea sigue viva, es porque nunca los ha visto. Si no hubiésemos visto la destrucción que provocan allá donde pisan bien podríamos decir que no existen, pues nuestros

ojos no los han conocido. Sin embargo, es un clima duro y gélido, no creo que les sirva de nada.

—¿A qué te refieres?

—Buscan cuerpos que ocupar —aseguró con la misma confianza que si dijera que el fuego quemaba. Sin embargo, Cerón sabía de primera mano que a veces las llamas no lo hacen—. Y allí no vive nadie hace mucho tiempo, no hay nadie para sacrificar.

—¿Antes sí que vivía gente?

—Oh, sí, por supuesto, pero eso fue en la época en la que esas criaturas aún no existían. Sin embargo, no son más que leyendas que hablan de dragones y máquinas de guerra, tienen la misma credibilidad que las promesas de Praedesi de un futuro de paz y calor —rio y sus delgados hombros se alzaron y descendieron al compás.

Cerón fue consciente entonces de lo delgado que estaba el anciano sin la ropa de abrigo. Su pueblo estaba pasando necesidad, lo cual no le extrañó en absoluto. Mantenerse vivos sin un fuego que ayude a crear y a transformar era casi imposible.

"Dragones y máquinas de guerra, ¿a qué te recuerda? —preguntó Nefrén entregándole la memoria de Cassius al instante. Cerón comprendió dónde estaban los Cazadores ocultos y tomó nota. Su destino estaba en el gélido sur, al menos uno de ellos. Si los Tharbrins no podían llegar hasta allí sería una baza a su favor, pero de momento aquel futuro estaba muy lejos. Antes debía de encontrar eso que llamaban dragones de sus leyendas".

—Debo ir allí, dime qué sabes de aquel lugar y a qué distancia está.

—No seré yo el que te aparte de tu camino. —El anciano volvió a acariciar la mesa con cariño y Cerón bajó la esfera de luz para que iluminara su trabajo más de cerca. El hombre sonrió agradecido—. Más de un mes y eso solo si lo consigues. El problema

del camino es que cada vez es más duro. Cuando empiece el frío, que empezará, cada vez te costará más dar cada paso.

—Puedo soportarlo.

El hombre asintió y volvió a mirarlo.

—Solo si logras superar las montañas. Hay una cordillera que divide La Isla en dos. Desde luego el que creó este mundo tenía más sentido del humor del que nos dejó a nosotros.

—¿Qué altura tienen?

—La suficiente para no poder respirar siquiera. Antes de que alcances la cima te faltará el aliento, y de eso sí que estoy seguro. Muchos huyeron hacia arriba tratando de escapar de los Tharbrins y jamás ninguno regresó.

—¿Hay posibilidad de navegar al sur evitando las montañas?

Si no podía escalarlas tal vez pudiese rodearlas.

—¿Qué? No, que va, imposible. El mar se congela y no permite el paso jamás. No hay manera de hacerlo, por no hablar del frío. No, mi señor extranjero, la única manera de llegar hasta allí es a través de tu propia locura y con la ayuda de tu magia. Sin atajos, como todo en este mundo. Aquí nada es fácil, ¿por qué iba a empezar a serlo ahora?

—Más de un mes entonces —aceptó Cerón. Debía encontrar la manera de ir mucho más rápido. No podía permitir que Tarnicis tuviera un mes para prepararse, por no hablar de que Sonthorn necesitaba las runas blancas cuanto antes. El problema era que estas pasaban por Praedesi y su visión de Tamatha siendo quemada viva. Sacudió la cabeza y apartó la idea de su mente. Ya había cambiado su destino más una vez, podía volver a hacerlo.

—Vas a ir, entonces. Lo veo en tus ojos.

—Sí, anciano. En cuanto amanezca emprenderé el camino. ¿Hay algo más que deba tener en cuenta en mi viaje?

—¡Ha! En tu suicidio querrás decir, pero sí, hay algo más. Aléjate de Praedesi si quieres seguir vivo para intentar tu viaje, tienen ojos y oídos hasta en el último rincón de este mundo. —El anciano miró hacia la puerta con recelo. Sus manos se detuvieron en su camino recorriendo la madera. Cerón ató cabos rápidamente.

—Ninguna palabra puede salir de aquí. Pronuncié varios hechizos de protección para esconder nuestra conversación. Nadie sabrá jamás lo que has dicho, te lo prometo. —"*No cometeré ese error dos veces",* pensó para sí mismo con dureza.

El hombre miró al mago de nuevo y asintió con pena.

—Ya nada me queda en este mundo salvo la verdad y esa no debe morir conmigo. ¿Recuerdas a todos esos hombres y mujeres que han salido corriendo hace unos minutos? ¿Te has fijado en qué direcciones tomaban? —El rostro del anciano estaba lleno de dolor y decepción a partes iguales—. ¿No te resulta raro que huyesen en todas direcciones?

—Por los Dioses Desaparecidos, ¿quieres decir que…?

El anciano asintió mirando la puerta con pesar.

—No sé quiénes son tus Dioses Desaparecidos, pero puedo decir que Praedesi tiene ojos y oídos en todos los lugares de este mundo, como te he dicho. Este no es tan especial como para carecer de ellos.

—¿Cuánto tiempo tengo? —No quería enfrentarse a ellos. Su lucha acarrearía la muerte de todo el pueblo. Además, no tenía ninguna intención de ver a Tarnicis por ahora. No sabía si se podría enfrentar a un Tharbrins sin la ayuda de uno de los dragones, pero Kelldom lo había hecho. ¿Podría él hacerlo también? *"Desde luego no sin bajar muchos escalones, humano",* le recordó Nefrén. Kelldom podía hacer uso de su magia de los telépatas a su antojo, pero él no, lo cual no era precisamente una ventaja.

—Oh, la información llegará con retraso, te lo aseguro. La ciudad más cercana con suficientes miembros de Praedesi para

atreverse a enfrentarse a ti después de lo que les cuente quien quiera que se lo cuente, está al menos a dos días de viaje —aseguró con naturalidad—. Praedesi dirige las ciudades grandes y recoge alumnos de los pueblos pequeños donde tanta falta nos hacen las manos jóvenes.

—Tengo entendido que también hay voluntarios.

El anciano chasqueó la lengua.

—Voluntario es una definición muy amplia. Entre vivir aquí en el frío, arañando la tierra con tus manos para plantar comida y vivir en una escuela de magia caliente y con comida, ¿crees que la decisión es entera tuya? Yo creo que no.

—No te falta razón. —Cerón no iba a discutir con él toda una vida de desconfianza y desprecio. Él sabía que Praedesi buscaba liberar La Isla de sus peligros a pesar de dañarla en el proceso.

"Son unos cínicos salvajes —le espetó Nefrén—. *Y este hombre un cobarde. Ambos merecen el desprecio del otro".*

"Sobre todo el tuyo. Con lo bien que estabas muerto, ¿verdad?"

Una llamarada de rabia inundó la mente de Cerón. Había dado en el clavo para desesperación del drugano. Sadie había puesto ante él la posibilidad de volver a la lucha y debía agradecérselo aun a costa de lo que sacrificase para hacerlo. La paz tras el paso adelante, el miedo a desaparecer, el olvido… todo quedó atrás. Sin embargo, Nefrén sabía perfectamente que aquel volvería a ser su destino tarde o temprano. Solo había comprado un tiempo que ni siquiera sabía cuánto duraría.

"Nadie quiere cruzar esa línea una vez, Cerón, imagínate hacerlo dos veces —contestó con dolor mucho más emocionado de lo que le gustaría haber sonado—. *Y aún me queda otra. ¿No debo guardar rencor a quien me ha obligado a ello?"*

"No, debes estar agradecido. No cometas el mismo error que ella cuando la dejaste vivir, no la culpes por ayudarte cuando era lo correcto por mucho que tú no lo sepas ver".

—Puedes descansar tranquilo esta noche. Te daremos algo de comer, pero lamento decir que no será mucho. Nuestras cosechas son escasas, sin mano de obra ni herramientas…

—He visto en mi camino otras viviendas con útiles de metal. ¿No tenéis aquí?

—Solo los que logramos esconder de Praedesi. Son tan pocos y están tan gastados que ni siquiera se molestan ya en venir a arrebatárnoslos.

Cerón asintió con lástima. Aquel mundo cada vez era más duro.

—Entonces no será necesario que me entreguéis alimentos, puedo conseguirlos yo mismo en mi viaje. —El hombre aceptó sin pelear—. Pero, dime. ¿Tendrás un mapa que mostrarme de La Isla? No necesito una copia, solo poder hacerme una idea de dónde estoy y a dónde ir.

—Oh, antes había, es verdad. Cuando yo era poco más que un adolescente vi uno. Era increíblemente bello. No supe qué decía porque nunca aprendí a leer, pero lo recuerdo perfectamente.

—No lo tendrá a mano, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza.

—No, se perdió hace mucho tiempo. El problema del papel es que dura poco tiempo y es más útil para otras tareas. ¿Para qué conservar un mapa de algo que jamás visitarás? Toda nuestra vida está en este pueblo y todas tus posesiones caben en un hatillo de cuero. Solo un loco se molestaría en conservarlo.

—Es una lástima, pero quizá podría decirme…

El hombre se puso en pie con movimientos cansados.

—Pero solo un sabio comprendería su valor. —El anciano se situó a un lado de la mesa cuadrada y buscó con los dedos algo que solo él conocía. Cerón iba a preguntarle cuando escuchó un sencillo clic proveniente de la mesa. Bajó la vista sorprendido. Observó atento cómo el anciano iba liberando cierres escondidos en la madera uno tras otro—. Es una estupidez, me dijeron. No pierdas el tiempo en algo así, no servirá de nada. Y qué razón tenían, no sirvió de nada. Por favor, ponte aquí y tira de esto cuando te avise.

Cerón se levantó de un salto y siguió sus instrucciones. En mitad del grosor de la mesa había aparecido un espacio que antes le había pasado por alto. El anciano se dirigió al lado contrario y repitió los gestos con sonoros clics entre cada uno de ellos.

—Ahora, levántala. Mis brazos ya no son tan fuertes para hacerlo yo solo.

Cerón tiró de la madera y esta se dividió en dos. Con más indicaciones que ayuda por parte del anciano le dio la vuelta al tablón y lo apoyó de nuevo en la mitad inferior. Abrió los ojos de par en par, ante él tenía el grabado de La Isla con su orografía y grandes ciudades grabadas en relieve. Carecía por completo de nombres o indicaciones, pero podía por fin saber a qué se enfrentaba. Recorrió la madera con las yemas de los dedos, esta era mucho más basta que el resto de la mesa.

—Lamento decir que era un simple aprendiz cuando lo tallé —reconoció el anciano. La mesa debía de tener más de sesenta años entonces—. Con el tiempo mejoré en mi habilidad, pero algo me decía que no cambiara nada, que cada línea era importante. —Se encogió de hombros—. Menuda idiotez, pero al menos ha servido para alguien.

—Es… no tengo palabras —dijo Cerón. Acababa de barrer de golpe cientos de dudas sobre La Isla—. Muchas gracias, de verdad. Te lo agradezco más de lo que puedes imaginar.

—Con eso me es suficiente. No la tallé para ganar nada con ella.

—¿Por qué lo hiciste entonces?

—La verdad, no lo sé. Solo supe que debía hacerlo, que había que hacerlo y que yo debía ser quien lo hiciera. Como si una voz interior me gritase que lo hiciera. No pude decirle que no.

—Yo también tengo una voz interior que me grita que haga cosas —se burló el mago bullendo de felicidad no solo por despejar dudas, sino por encontrar información nueva que añadir a sus estanterías de libros mentales—. ¿Me permite que le haga algunas preguntas sobre el grabado?

—Por supuesto.

CAPÍTULO 3

TODO EL MAL

No fueron muchas las preguntas que el anciano supo responderle a Cerón. El mago trató de extraer toda la información que pudo, pero los años habían borrado el recuerdo de una información que jamás resultó importante para él. Pudo averiguar la ubicación de las grandes ciudades, los ríos más importantes y las zonas con un control más estricto de Praedesi.

Calculó que debía de seguir hacia el sur hasta el primer río y seguirlo de cerca hasta localizar la primera ciudad amurallada. Esta debía evitarla a toda costa, en ella se formaba a los magos humanos en la lucha y toda magia estaba prohibida hasta tal punto que la muerte era el único castigo aceptable. Al parecer, de aquella ciudad se salía peleando o no se salía jamás.

La idea no le resultó extraña a Cerón en absoluto. Había comprendido la implicación que significaba pertenecer a Praedesi, pero tomó nota de no acercarse y, si le descubrían, debía evitar usar la magia a toda costa.

Logró identificar la ciudad más importante de La Isla, la misma en la que Praedesi había establecido el grueso de su cuerpo. Rodelmaer era una ciudad situada en la costa noreste, tan grande que debía de poder competir sin problemas con Darmid. Cerón

dudaba de que siguiera en pie en las mismas condiciones dada su falta de fuego con el que mantener viva la ciudad. No solo dependían de su calor para preparar la comida, sino que las propias construcciones necesitaban de su energía transformadora para mantener sus infraestructuras en pie.

No obstante, Cerón asumió que la magia de las runas podía haber eliminado esta dependencia. Si habían sido capaces de traer de entre los muertos al propio Nefrén, ¿cómo no iban a poder mantener unos sencillos edificios en pie? Aceptó a regañadientes que la ciudad sería aún más próspera que la que representaba el grabado de madera.

Trazó una línea con un dedo sobre la madera y el anciano confirmó que sería el camino más rápido hacia su suicidio.

—Irás directo a la muerte sin que nadie te moleste por el camino —le espetó el anciano. Su voz sonaba cansada y no le pasó por alto a Cerón. El mago se puso en pie dejando claro que tenía toda la información que necesitaba, o al menos la que podía obtener del anciano.

—Creo que me ha ayudado más de lo que podía esperar —le agradeció—. ¿Quieres que te ayude a volver a guardar el grabado?

—No, no será necesario. Creo que repasaré su talla por la mañana. Me ha recordado mis años de juventud y ahora veo que merece un mejor trabajo.

—¿No te preocupa que lo vean? Creí que lo escondías.

—¿Qué? No, que va, si hasta en el pueblo más pequeño encontrarás alguien que ha hecho algo parecido, no soy especial —rio el anciano mientras él también se ponía en pie—. ¿Sabes? Por lo que he hablado con otros artesanos, es como si todos hubiésemos pensado lo mismo alguna vez. Ninguno supimos por qué lo hacíamos, pero todos registramos nuestro propio mapa a nuestra propia manera. Seguro que en este pueblo de aquí encontrarás una talla similar, pero en piedra, al sur. Jamás lo reconoceré ante él

porque trató de arrebatarme a mi mujer cuando aún cortejábamos, pero era un gran cantero y sé de primera mano que existía este mapa en piedra. —Su sonrisa se ensanchó y Cerón descubrió el brillo de la felicidad en sus ojos, un brillo que solo el recuerdo de una vida más hermosa y sencilla traía—. Y te lo puedo asegurar porque yo mismo lo destrocé tres veces y cuatro veces lo reconstruyó, empujado por el mismo ímpetu estúpido.

Cerón se imaginó la escena y compartió la sonrisa sincera del anciano.

—Me alegro de no causarle problemas.

—Para nada. Además, he disfrutado de todo lo que has relatado de tu propio mundo. Ojalá algún día pueda llegar a verlo.

—Tal vez nuestros mundos se conecten ahora que se ha construido un puente entre ambos, aunque el puente sea Praedesi.

El anciano asintió, pero la decepción regresó a su rostro. Todo lo que pasaba por Praedesi estaba corrompido para él, pero sería imposible hacerle cambiar de opinión, por lo que Cerón renunció a ello.

—¿Dónde puedo descansar antes de partir? —preguntó cambiando de tema.

—Oh, quédate aquí y parte cuando desees. Este pueblo es madrugador, tenemos que aprovechar cada rayo de sol, como comprenderás.

—No quiero molestar…

—Haberlo pensado antes de haber venido a este pueblo —respondió el anciano y Cerón no encontró broma alguna en su tono. El mago los había puesto a todos en peligro solo con su presencia. Todos y cada uno de los que allí vivían jamás aceptarían de buen grado su visita, por muy interesante que fuera su conversación. Y el anciano no sería diferente, pues ni siquiera se había presentado y no se había interesado por conocer su nombre en momento alguno. El

mago se encogió de hombros, al fin y al cabo se habría visto obligado a mentirle.

—Descansaré aquí y partiré antes el alba. Muchas gracias por todo.

—Espero que tu viaje no te lleve a la muerte y no sabes hasta qué punto deseo que puedas destruir a Praedesi con tu magia extranjera. Si mi vida sirve para que acabes con hasta el último de ellos, bien entregada estará —le confesó con sinceridad. El anciano inclinó la cabeza, se echó la capa sobre los hombros y abandonó su propia vivienda. Cerró la puerta y dejó al mago solo con su luz sobre el mapa de La Isla. Este no tardó en escuchar otra puerta cerrarse muy cerca de allí. Sin duda el anciano se habría refugiado en la primera que encontró, al fin y al cabo el pueblo entero había desaparecido.

Pronunció un nuevo hechizo que detectaría magia en las inmediaciones y se acercó a la cama del anciano. Observó que había vivido días mejores e incluso el suelo del bosque le pareció más higiénico.

"El cubil de Kalmenter estaba más limpio que esto —dijo Nefrén tan asqueado como el mago".

Cerón estiró una manta aceptablemente limpia en el suelo y se tumbó sobre ella. Detuvo el conducto que alimentaba la esfera de luz y la más completa oscuridad lo invadió. No había una luna sobre él por primera vez en muchos días y se sorprendió de lo pequeño que se sentía en aquel lugar extraño.

Estaba solo en un mundo completamente ajeno, buscando secretos escondidos y tratando de que cada paso no fuera en falso. No tenía aliados en ningún lugar de aquella isla y los enemigos podían aparecer en cualquier momento en su camino. Se sintió absurdamente solo y comenzó a dudar de todo lo que tenía por delante.

"No dudes —le interrumpió el drugano. Este conocía la sensación de soledad mejor que nadie en el mundo. Los druganos negros eran en esencia criaturas solitarias—. *Es el camino adecuado, por mucho que sea solitario".*

"Es tan largo el camino… hay tanto que puede salir mal, tanto que pasar por alto, tanto riesgo y dolor…"

"Esa es en esencia la vida, humano —le atajó sin la menor complicidad—. *La vida es lucha, sacrificio, dolor y esperanza. Te lo puedo asegurar, porque ahora que he cruzado la línea soy capaz de ver el mapa completo. Estás recorriendo el camino adecuado, aunque ese camino sea solitario y terrible. ¿Es el de Sonthorn menos solitario acaso?"*

Cerón iba a contestar que sí, al menos él tenía a Ónice a su lado. Sin embargo, sabía perfectamente que desde que había perdido a Tarnicis el guerrero siempre se sentiría solitario. Una parte de él deseó poder decirle que estaba viva, pero era la parte sentimental. La lógica le decía que, si estaba viva, no debería seguir estándolo mucho más tiempo. Quizá el mejor regalo para su amigo fuera devolverle el cadáver de la joven. Una noticia triste y un dolor terrible, pero temporal. Si se veía obligado a enfrentarse a ella y mucho más si lograba vencerla, se torturaría durante toda su vida.

"No, no es menos solitario que yo, y está en un mundo tan lejano al de los humanos como este lo está".

"Sigue siempre adelante, un paso tras otro, día a día, noche a noche. Siempre hacia adelante, Cerón. El único momento en que debes de dejar de avanzar será el último y no creo que puedas volver atrás como yo —aseguró el drugano con solemnidad. Si alguien sabía sobre la muerte, tanto suya como de otros, era él—. *Será mejor que descanses, la noche será corta y el viaje largo".*

Cerón asintió y le agredió sus palabras. A pesar de su insoportable capacidad para inmiscuirse en sus pensamientos, agradecía su presencia. El drugano era lo único que tenía ahora que había abandonado a todos sus amigos y había perdido a Tamatha, la

única mujer con la que había congeniado en toda su vida. Cerón cerró los ojos y soñó con la dragona verde volando sobre las olas que arremetían contra la costa del continente, adentrándose en él a toda velocidad sobre las nubes.

No pasaron muchas horas hasta que Cerón despertó recuperado tras una noche de tranquilidad. Dormir con un techo sobre la cabeza le permitía conciliar un sueño mucho más reparador y relajado. A pesar de saberse en peligro, tenía ventaja sobre este, por lo que, con ayuda de la magia que le despertaría si llegaban problemas, logró descansar adecuadamente. Se levantó y se preparó para partir.

Se concentró en la magia a su alrededor que no le indicaba peligro alguno y abandonó la vivienda. La bruma cubría por completo el pueblo, volviéndose casi tangible hasta su cadera de forma que ni siquiera se veía los pies. La luna apenas brillaba en el firmamento y el mago la sintió lejana y apagada, como si la tristeza la envolviese creando una película de bruma que amortiguaba su resplandor.

Sabía perfectamente lo que significaba, no hizo falta que Nefrén le recordase lo que representaba la luna y cómo esta se comunicaba con sus hijos. Debía de estar ocurriendo algo con Sonthorn al otro lado del mundo, lo que no hizo más que acentuar su necesidad de continuar adelante aún más rápido. Se arrebujó en su capa y se echó la capucha por encima de la cabeza antes de continuar apresuradamente hacia el sur.

Repasó mentalmente las indicaciones del anciano cuando una sensación que ya había experimentado antes le hizo detenerse de pronto. Sintió el mismo sabor amargo en la boca que en el momento en que descubrió que Praedesi había acabado con el posadero que lo había acogido en su vida. Aun recordaba cómo le decía que solo quería vivir cuando ante sus ojos su imagen se cambiaba por la del anciano. Este era asesinado a su vez por la misma mano impasible.

"Confiaba que no te dieras cuenta —dijo el drugano en su cabeza".

Cerón se dio la vuelta en busca de pistas que revelasen dónde se había resguardado el anciano.

"Praedesi acabará con él por ayudarme".

"Oh, eso, sí. Pero eso es lo de menos. El problema es lo que averiguarán de él antes de matarlo".

"Debo salvarlo. No pienso permitir que le ocurra lo mismo que a Garry".

"Él ya lo sabía. Si mi vida sirve para que acabes con hasta el último de ellos, bien entregada estará, te dijo —repitió el drugano—. *Eres demasiado joven para saber que todo acto tiene consecuencias, pero tanto él como yo sabíamos que su ayuda acarrearía este final".*

"No, me niego a aceptarlo. Tiene que haber una manera de protegerlo".

Cerón abrió la puerta más cercana a la vivienda que había ocupado en busca del anciano. Pronunció el hechizo de luz y esta se adentró en la vivienda. Era más grande que la del anciano, si bien su interior era mucho más modesto. Se adentró y recorrió varias de sus habitaciones en su busca sin resultado. Salió al exterior dispuesto a entrar en la siguiente.

"Yo no lo haría —dijo Nefrén con dolor—. *Créeme, déjalo como está y vete".*

"No, no permitiré que su muerte caiga sobre mis hombros".

"Me temo que eso no lo puedes impedir. Como bien te dijo el anciano, no haber visitado su aldea".

"No teníamos elección".

Cerón abrió la siguiente puerta y empujó la luz a su interior.

"Por lo que no le dejamos ninguna a él…"

Se detuvo de pronto en la entrada. Sus ojos acompañaron a la luz que iluminó con innecesaria determinación el cadáver del anciano que colgaba de una de las vigas de madera de la casa. Ningún movimiento acompañó su cuerpo, lo que descartó que su muerte fuera reciente. No podía hacer nada por él ya. Al parecer, Cerón no era el único cuyo destino era el suicidio.

Cerón apretó los dientes y cortó la energía del hechizo de luz. Cerró la puerta y reemprendió el camino hacia el sur con un nudo en la garganta y una lágrima amenazando con abandonar cada uno de sus ojos.

"*Tú lo sabías* —le dijo a Nefrén".

"*Sí, en el mismo momento que atravesó la línea".*

"*Podía haberlo salvado.* —Cerón estaba furioso por dentro—. *Solo tenías que decírmelo".*

"*¿Para que hubiese muerto torturado después? Él tomó su propia decisión, igual que tú la tuya".*

"*Le empujamos a hacerlo".*

"*Sí. ¿Eso lo hace menos decisión suya?"*

"*Por supuesto".*

"*Tal vez le restaras opciones, pero no le obligaste a actuar. Él hizo lo que creyó correcto para darte la oportunidad de acabar con Praedesi. Esta es su contribución a salvar su mundo, ni se te ocurra arrebatársela* —le espetó. Cerón recordó el momento en que Ónice había golpeado a Sonthorn por una situación similar. Era ella la que elegía estar a su lado y él el que la rechazaba por empujarla a hacerlo. Cerón comprendió que los druganos negros apreciaban sobre todas las cosas la libertad para vivir y para elegir. Si el anciano había tomado su decisión, ellos la protegerían pasase lo que pasase —. *Siempre fue su decisión, desde el mismo momento en que te ayudó".*

Cerón respiró hondo y empujó bien al fondo el sentimiento de culpa que amenazaba con agarrarse demasiado fuerte a su garganta. Sabía que la Oscuridad lo encontraría cuando se volviesen a ver y que lo utilizaría en su contra. Sería una baza a favor de ella que no podía permitirse, pero ¿cómo afrontar el dolor sin que este te quebrase? Debía asumir la decisión como Nefrén, pero para él era muy fácil. Era su naturaleza, era su propia vida, sus más básicos instintos estaban en línea con la decisión el anciano.

"La Oscuridad encontrará mi dolor y lo usará en mi contra —le dijo al drugano a medida que perdían de vista el pueblo envuelto en la niebla del principio del día".

Nefrén no se tomó a la ligera sus palabras y meditó unos segundos antes de responder.

"Me temo que debes estar orgulloso de él y no furioso contigo —le dijo directamente—. *Ha asumido el devenir de su destino y ha tomado su propia decisión con orgullo y la frente bien alta. Creo que tu problema es que no te ves preparado para enfrentar su situación tú mismo, por eso te culpas a ti mismo como culparías a los demás si te encontraras en su situación".*

Ni una sola palabra más fue necesaria para que explotara la verdad ante los ojos del mago. Sintió como el mundo se retorcía ante él, la tierra se removía y el aire abandonaba sus pulmones. La verdad era tan dura como certera, tan fría como dolorosa: él no se atrevería a tomar una decisión así.

Sonthorn podría, de hecho lo había hecho muchas veces, la primera cuando Rénal estuvo a punto de acabar con él mientras trataba de proteger a Tarnicis. Ónice lo habría hecho sin pestañear e incluso el arrogante e histriónico de Tristán tomaría la decisión en un sencillo instante. No solo eso, sino que todos ellos sonreirían al hacerlo y enfrentarían la muerte mirándola a la cara. Tal como los semielfos habían dicho.

"*Que la muerte tiemble al recibirnos* —recordó que recitaban ante la batalla de sus vidas en Sonnen".

Ahora lo entendía por completo, ahora lo comprendía en toda su extensión. Un escalofrío recorrió su espalda y no fue a causa del frío de la mañana. Siempre había pensado en la muerte como algo terrible y descorazonador, pues se había enfrentado a ella hacía muy poco tiempo con el asesinato de Sudne cuando buscaban a Sonthorn en Shuko. Cerón aún seguía culpando a todos de su muerte: a los bandidos, a Mesou por su traición, a los magos por no protegerla e incluso a sí mismo por no hacerlo. Sin embargo, fue la decisión de Sudne no enfrentarse a ellos, fue su determinación por no caer en la locura de los telépatas, su resolución por no arrastrar al mundo al terrible destino que lo consumiría si se unía a su hermana en la Torre de Mármol Negro.

Sudne se había sacrificado por un bien mayor por muy pequeña que fuera la posibilidad de que triunfara el bien gracias a ella. La madre de Cerón lo había abandonado para protegerlo a él y al mundo entero que debía abandonar con su sacrificio. Pero Cerón no se lo había logrado perdonar, lo sentía en su alma que corrompía su espíritu como si de la propia Oscuridad se tratara. Él seguía creyendo que su muerte había sido responsabilidad de los asaltantes cuando ella era la responsable de la determinación de qué hacer con su propia vida.

Igual que aquel anciano.

Tal vez ellos le restaran opciones, pero quien había mirado a la muerte a la cara y la había desafiado era él. Dos personas tan diferentes habían actuado igual ante el mismo hecho en dos rincones perdidos del mundo. ¿Por qué no podía él sentir orgullo por ellos?

Sacudió la cabeza y continuó caminando mientras trataba de apartar los pensamientos que se agolpaban en su cabeza. Sabía que era verdad, que debía estar orgulloso de ellos, pero era incapaz. Para él no había más que una vida, una camino y un final. Tras ese final no había vuelta atrás. Todo se acababa, ya no había nada más, no había un mañana, no existía nada más. Todo se borraba, todo desaparecía y la muerte se llevaba todo lo que alguien amaba. No,

Cerón era incapaz de aceptarlo y Nefrén escuchó toda su conversación consigo mismo con dolor, pues sabía que la Oscuridad se aferraría a su sufrimiento como si fuera brea caliente. Pero no era el momento aún para Cerón de superarlo, eso debía de llevar tiempo, un tiempo que no sabía si tendrían o no.

Por fortuna, él sí podía controlar a la Oscuridad, solo era cuestión de que no fallara. Pero si una consecuencia tenía volver de entre los muertos era que uno volvía mucho más determinado que cuando atravesó la línea la primera vez. En esta ocasión nada ni nadie quebrantaría la voluntad del drugano. Nefrén seguiría adelante y empujaría a Cerón de ser necesario. Esta vez no se rendiría aunque tuviese que enfrentarse a la Oscuridad a cada paso.

Pero lo primero era encontrar las runas blancas, por no hablar de conseguir que los Calán y los Cazadores les ayudaran. Al parecer eran grupos con una rivalidad tan antigua como la propia isla, no les resultaría fácil convencerlos. Quizá con la verdad de La Guerra y la posibilidad de derrotar a los Tharbrins y a Praedesi lograsen hacerles ver que su enemistad debía ser olvidada. Al fin y al cabo, los druganos negros y los blancos habían logrado eliminar ese recuerdo de sus corazones, quizá ellos pudiesen hacer lo mismo.

Sin embargo, algo le decía al mago que no sería tan fácil. La raza de los Calán era apasionada e irascible. Tenían el corazón de un dragón en su interior, no podían ser mansos y dóciles. Su naturaleza les haría enfrentar antes de pensar, por lo que Cerón tendría pocas palabras para ellos antes de que se sintieran amenazados, por no hablar de que estas pocas palabras debían avisar de que los Tharbrins estaban tras él. Se tomó unas horas para pensar en el futuro y no en el pasado y vio cómo las montañas se alzaban cada vez más rápido a medida que avanzaba siempre hacia el sur.

El camino estaba más marcado que el que le había llevado al primer pueblo y comprendió que debía de ser mucho más utilizado, por lo que se alejó de él. No obstante, no había demasiado que protegiera su figura. Sin una arboleda que lo ocultase o una

montaña que rodear se vio obligado a seguir el camino a una suficiente distancia que hiciera a un ojo poco interesado ignorarlo.

Por supuesto, de ser visto Praedesi pronto acudiría a buscarlo y ellos tenían maneras de identificarlo a pesar de la distancia, por lo que su principal interés debía ser llegar a la primera ciudad, la que el anciano le había dicho que carecía de magia por las malas. Desde ahí lograría evitar a Praedesi que le buscaría mucho más al norte. ¿Cuántos días había dicho el anciano?

"Al menos una semana a pie —le recordó Nefrén, si bien Cerón no lo había olvidado, simplemente mantenía una conversación consigo mismo tratando de trazar un plan. Por momentos se le olvidaba la siniestra presencia del drugano en su mente".

"*Ya, lo sé, gracias* —ironizó*".*

"Si corrieses podrías dejarlo en tres días. Si volases, en una noche".

"*Yo no tengo alas* —le recordó, frustrado, pensando en si podría conseguir un caballo. Aún no había visto ninguno en todo su viaje y comenzaba a pensar que no los vería lejos de Praedesi".

"*Y a este paso no las tendrás nunca* —le espetó, sin embargo su tono no era de burla esta vez y Cerón frunció el ceño".

"¿Qué quieres decir?"

Nefrén se tomó su tiempo para responder como si estuviese terminando de decidir algo que solo pasaba por su mente. Él, a diferencia del mago, sí que podía apartar sus ideas si quería. Suspiró y dejó que Cerón viera una cadena de runas negras que pasaron ante sus ojos tan nítidas y tangibles que podría haberlas agarrado con las manos.

"Hay un hechizo…"

Cerón se detuvo y abrió los ojos de par en par, incrédulo.

—Tiene que ser una broma —dijo sin darse cuenta de que pronunciaba las palabras—. No puedes hablar en serio.

"Piénsalo por un momento. Solo hacen falta runas negras para hacerlo y las conocemos. La Oscuridad no te dominará porque yo te protegeré de ella. Una noche sobre las nubes y llegaremos hasta los Calán".

"No soy un drugano negro, ¿lo has olvidado? ¿O lo que has olvidado es que tú no tienes cuerpo?"

Cerón volvió a caminar apretando el paso como si quisiera dejar atrás aquella idea tan estúpida como útil.

"La magia es la misma para todos. Cambiar el cuerpo a un dragón".

"No lo creo. Vosotros tenéis más relación con ellos. —Cerón frunció el ceño—. *Muéstrame las runas una a una"*

Nefrén obedeció y le mostró la cadena de runas que le había torturado lo que para él fueron cientos de años. Jamás olvidaría el trazo de ninguna de ellas. El mago caminó de forma automática mientras toda su concentración estaba plegada sobre su mente, el lugar donde más cómodo se encontraba en el mundo y que habían invadido sin su permiso. No se detuvo a comer o a beber siquiera, absorto en el rompecabezas intelectual que manejaba.

Nefrén sí se dio cuenta de los ojos en la lejanía que se volvían hacia ellos, muchos temerosos y otros, los peligrosos, interesados. No quiso sacar a Cerón de su mente, por la que bullían cientos de runas, trazos, grosores e ideas sobre los símbolos que trataban de darle una aclaración a la larga cadena de runas. Cuando la última de ellas fue examinada, la noche ya comenzaba a caer en el firmamento y Cerón se detuvo. Sacudió la cabeza volviendo a la realidad y miró en todas direcciones desorientado.

—¿Dónde estoy?

"Has seguido hacia el sur, no te preocupes. Te han visto, pero en ningún momento se ha acercado nadie, solo han sido breves miradas preocupadas —mintió Nefrén y Cerón le creyó. El drugano era tan bueno como Ónice o más con las mentiras, cualidad de la que el mago carecía por completo—. *¿Has sacado algo en claro de las runas?"*

"Ya lo creo —dijo orgulloso de su descubrimiento y encantado con el reto mental. Manejar todas las runas conocidas, los trazos, los grosores y ángulos, para despejarlos gracias a la información de Sadie, había permitido a Cerón volver a los años de juventud sin preocupaciones en Shuko. Bullía de felicidad a pesar de… bueno, de todo lo demás a su alrededor. Obvió esos pequeños detalles que le querían arrastrar a la locura y se centró en lo tangible—. *Esas runas no buscan transformar la carne en la de un dragón, sino alzar la esencia a su siguiente forma".*

"No te entiendo —aseguró Nefrén, desconcertado. Alzar no encajaba precisamente con sus sensaciones en aquella jaula de garras y escamas—. *Yo no llamaría alzar mi esencia a aquello".*

"Porque no lo fue. Verás, las runas son capaces de dar una voluntad en sus trazos. Estos pueden cambiar el significado por completo, siempre que la runa no sea incompatible con su voluntad. Por ejemplo, las runas negras por mucho que se puedan modificar para un hechizo no pueden hacer lo contrario a lo que son. Una runa negra nunca podrá salvar la vida a alguien, pero podrá restituir la esencia arrebatada, ¿comprendes?"

"Ni por asomo".

"Cuando Sadie te trajo de vuelta, solo unos minutos antes Ónice había matado a todos los magos presentes, si bien es verdad que Tamatha no estaba —recordó cayendo en la cuenta de que no la reconocía en su recuerdo—. *Ella logró devolverles la vida a todos con las runas negras, pero eso es algo que estas no permiten. No están hechas para salvar, no están preparadas para ello. Sin embargo, estoy seguro de que las que usó lograron restituir sus*

cuerpos a su estado anterior. Suena complicado, pero créeme que es así".

"Supongamos que te creo. ¿Qué ocurre con mi hechizo?"

"Que, por mucho que se lo lance a un conejo, a este no le brotarán las alas. Solo funcionará con el cuerpo de un drugano… negro —matizó, pues no estaba seguro de que pudiese funcionar con Sonthorn—. *Revelará su naturaleza más alta, más fuerte, más… suya. No sé lo que hará con un conejo, pero a un gato estoy seguro de que lo transformaría en un león".*

El drugano meditó durante unos instantes que Cerón aprovechó para orientarse. Las montañas estaban mucho más altas que la última vez que había sido consciente de mirarlas. Sin embargo, sabía que estaban muy lejos aún. Continuó caminando hacia el sur, solo que comenzó a pensar en dónde pasar la noche, a ser posible a cubierto, sentía que sería más fría que la anterior.

"*Tendrías razón, entonces* —reconoció Nefrén".

"¿Con qué?"

"Con que nos parecemos más a los Calán de lo que la casualidad dicta".

"Ellos no pueden volver atrás sin la Esencia de otro congénere y vosotros lo hacéis a voluntad".

"El alba no es nuestra voluntad. Y no lo haríamos jamás de no querer pasar desapercibidos".

Cerón tomó nota mental sobre ello. Tal vez tuvieran razón ambos. Volvió a centrarse en lo que conocía, que eran las runas.

"Además, ese hechizo lleva la voluntad de doblegar, de encarcelar, de castigar. Si lo usas sobre algo ese algo viviría… en fin, como tú viviste".

"Deseando la muerte, torturado, ya, lo sé".

"No habría forma de escapar de su influencia. Aunque lograse funcionar sobre mí mismo, no cambiaría a dragón ni me saldrían alas, Nefrén. Me temo que ver las nubes desde arriba todavía nos llevará tiempo".

"Es una lástima, sobre todo para tus piernas".

Cerón sonrió, él sufriría el camino.

"He visto a Sonthorn transformar a Ónice usando las runas blancas una vez. Si hubiese estado más cerca tal vez hubiese visto las runas que usó y muchos de nuestros problemas se habrían resuelto. Ella logró regresar a su forma humana unos pocos días después gracias a su lazo".

"¿Tan cercano es ese lazo?"

"Dudo que exista nada más cercano en este mundo".

"Hace muchos años, cuando era joven, escuché alguna historia susurrada por los ancianos que hablaban de antepasados suyos que se habían unido a los druganos blancos —aseguró para sorpresa de Cerón—. *Todas acabaron muy mal".*

"Eran cuentos para separar vuestras razas —defendió Cerón a sus amigos—. *El amor y el odio muchas veces son imposibles de separar cuando los sentimientos son tan fuertes".*

"Eso mismo pensé yo muchas veces, pero muchas otras lo contrario. Tal vez fueran posibles las uniones, pero te aseguro que acabaron mal. Tarde o temprano comienzan a haber dudas y estas abren abismos entre…"

Nefrén se detuvo de pronto. La mente del mago se congeló entre el odio, el miedo y el respeto.

"¿Qué ocurre? —Ya no sentía la esencia del drugano en su interior. Miró la espada de su brazo que comenzaba a brillar y se detenía. Cerón buscó a su alrededor creyendo que sería culpa de Cassius que le había seguido. No encontró a nadie, por lo que

supuso que iba protegido por la magia de su Raanee. Llevó la mano a la espada”

“Ni se te ocurra —dijo con la voz más fría que le había escuchado jamás Cerón. Al instante comprendió el porqué. Una sombra atravesaba el cielo ahora que el sol se había retirado a descansar—. *Es Kem. Si valoras tu vida, miente como jamás lo has hecho, no podré ayudarte”.*

“Mierda”.

“Sí, y no creo que sea casualidad que esté aquí”.

Cerón se humedeció los labios nervioso. La espada de su brazo dejó de brillar en absoluto. La ocultó lo mejor que pudo y comenzó a plantearse cómo enfrentar al Señor de los Druganos Negros al cual ni siquiera Sonthorn había logrado vencer. Pasó por su mente la idea de que tal vez Tarnicis le había advertido sobre su llegada, pero tenía dudas sobre ello. Ella lo quería a él para su propio beneficio, pero necesitaba a Kem para el hechizo de revivir. Si era inteligente, y de eso no le cabía ninguna duda al mago, esperaría hasta el último momento antes de decírselo.

Respiró hondo y aguardó la visita del drugano negro, que descendía desde el cielo directamente hacia él, ignorando todo a su alrededor. Cerón sintió su magia telépata alzándose a su alrededor protectora ante la amenaza. Kem aterrizó con violencia un metro delante de él, lo que le obligó a retroceder. El drugano abrió sus alas tan amplio como pudo y desenfundó su espada. Para sorpresa del mago, esta no emitía brillo alguno, a pesar de lo importante que era para su raza su propia arma a la que estaba su alma.

—Arrodíllate, humano —le ordenó. Su voz mostraba un desprecio imposible de esconder. Vestía simples ropas de cuero negro, ágiles y cómodas, pero poco prácticas para el territorio frío del sur. O venía del norte o había salido de improviso alertado por las noticias. Qué noticias le habían empujado a volar de improviso era otra cuestión. ¿Tarnicis o Praedesi?

Cerón pronto lo sabría, pero primero tendría que sobrevivir hasta ese momento.

Alzó las manos, las enseñó desnudas y se arrodilló ante Kem, el mismo que había revivido a Kelldom y secuestrado a Tarnicis, el culpable de todo el mal del mundo. Matarlo pondría fin a todos los problemas que asolaban la existencia.

¿Sería él capaz de acabar con él?

CAPÍTULO 4

CINCO MUNDOS

Azekel identificó inmediatamente a Tristán y a Raika como los responsables de las muertes de sus seres queridos en cuanto los vio alzarse del suelo. Una rabia visceral, tan propia de su diosa, recorrió su cuerpo. Liberó un grito enajenado y echó a correr hacia ellos dispuesto a vengarse cuanto antes.

—¡Detente! —gritó Sonthorn reanudando la carrera tras el desconcierto inicial—. ¡No los ataques!

Huz comenzó a pronunciar un hechizo para inmovilizarlo, pero no obtuvo resultado alguno; simplemente no había un suelo desde donde iniciarlo. Apuntó entonces con una flecha al Uldenhar, el arco de Jazmín se preparó en su mano. Si tenía que decidir entre las vidas de Tristán y de Raika o la de la criatura dorada, le sería extremadamente fácil hacerlo. Además, el Uldenhar tenía su mágica piel, estaba aceptablemente seguro de que una flecha no lo mataría por mucho que fuera una de una diosa. Pero Ónice fue más rápida y usó su magia para lanzar el cadáver del enorme oso contra Azekel que fue impactado de lleno y comenzó a rodar enredado en la monstruosa criatura de pelo blanco, si bien tenía tanta sangre en él que no quedaba mucho pelaje de su color natural.

—¡Tristán, cuidado! —gritó Sonthorn—. ¡Es un Uldenhar, protégete!

Raika había identificado a la criatura y se había situado ante Tristán protectora. Comenzó a gruñir al instante. El pelirrojo apoyó una mano tranquilizadora en su hombro.

—No les haremos más daño —le dijo a la loba—. Son nuestros amigos, recuérdalo.

Tras él aterrizó Tsuneo con ambas garras preparadas para defender a Tristán. Sonthorn vio descender a la criatura armada tras su amigo y usó su magia para empujarlo lejos de él. Tsuneo salió volando y se estrelló contra la pared posterior con fuerza.

—¡No les hagas daño! —gritó Tristán a su vez—. ¡Viene conmigo!

Sonthorn se detuvo poco a poco sorprendido. A su izquierda Azekel se levantaba de debajo del cuerpo del oso y frente a él Tsuneo volvía a enfrentarlo. Ambos Uldenhar desafiaron a sus oponentes dispuestos de entrar en batalla creyendo ambos que tenían la verdad en sus garras. Pero, como siempre ocurre, nadie tiene la verdad absoluta jamás. Por suerte Ónice tal vez no tuviese la verdad, pero tenía el carácter adecuado para frenar aquella discusión.

—¡Malditos estúpidos! ¡Estáis todos en el mismo bando! Al que ataque a alguien le arranco los brazos y se los doy de comer a la loba —les espetó y tanto Sonthorn como Tristán sabían que no se echaría atrás. Raika apartó el hocico asqueada.

—Son nuestros amigos, han venido a ayudar —apoyó Sonthorn las palabras del pelirrojo—. Han venido a liberaros, no a harán daño.

Azekel miraba furioso a Tristán, pero Tsuneo se interpuso entre ambos y movió la cabeza negativamente muy despacio. Guardó sus garras lentamente y adquirió la postura de defensa. No le iba a atacar, pero no le permitiría que él lo hiciera a su compañero.

—No lo hagas —se limitó a decir y se señaló a sí mismo—. Sabes que no resultará.

—Han matado a cientos de los nuestros —respondió con más dolor que rabia—. Merecen morir.

—Calandra los juzgará cuando llegue el momento. No es tu decisión. Es el camino que ella ha puesto ante ellos. ¿Vas a contradecirla? —Tsuneo relajó su postura levemente sin dejar de mirarlo.

Azekel se acercó a Sonthorn tratando de que él entendiera lo que habían hecho.

—Has visto de lo que son capaces. ¿Esto es lo que quieres? Mi hijo fue asesinado por eso de ahí —dijo señalando a Raika con un dolor desgarrador en la voz. Al guerrero se le encogió el alma solo de pensarlo.

Sonthorn se humedeció los labios. No permitiría que hiciese daño a Tristan o a Raika, pero no podía negar que, si habían sido ellos, había sido un error imperdonable.

—Habla, Tristán —le dijo dándole tiempo a expresarse. Acercó la luz más a él y descubrió sus ojos plateados. Aguzó la mirada desconcertado por demasiados motivos. Ónice reparó en el mismo detalle al instante.

—¡Por los Dioses Desaparecidos! —le espetó—. Más te vale haberte quedado ciego, porque te pienso arrancar los ojos como no sea así.

—¿Lo ves, Raika? Y tú que decías que Ónice no se había vuelto blanda con el tiempo… ¡Bah! En otra época nos habría matado ya…

—No me tientes…

Raika gimió y miró al cadáver de Radnor hecho un guiñapo en el suelo. Tristán asintió y la loba corrió hasta él dando un adecuado rodeo para no acercarse a Azekel. Se tumbó en el suelo al lado de su

cuerpo y comenzó a gemir con dolor. Sonthorn miró a Tristán en busca de explicaciones.

—No es la primera vez que estáis aquí, ¿verdad?

—No, no lo es. Raika, Líner, Valeria y…

—¡Valeria! —exclamó Azekel desconcertado.

—Sí, Valeria y yo, los cuatro. A ver si escuchas más que solo te quedas con lo básico.

—¿Qué ocurre con Valeria? —preguntó Sonthorn interceciendo —. ¿La conoces?

—Al parecer es un nombre un poco prohibido en todo su mundo y les trae recuerdos de otra época —apuntó el pelirrojo respondiendo por él. Azekel enrojeció de nuevo y Tsuneo volvió a negar con la cabeza—. Es una larga historia, Sonth.

—Haz un resumen —le ordenó Ónice y Sonthorn asintió conforme. Tristán suspiró mientras miraba a Radnor tragando saliva.

—Vinimos aquí antes de que conocerte en Darmid. Varios Uldenhar habían escapado y asesinado a varios de los nuestros junto a muchos animales. La investigación nos trajo aquí, al norte del Valle de Valán. Con la ayuda de Byford antes de volverse loco y la de Radnor, que dio su vida por revivir a Valeria, logramos encerrar a los Uldenhar de nuevo. Pero para llegar hasta aquí tuvimos que luchar —aseguró con dolor—. Traté de explicarme a todos ellos, pero ninguno me escuchó y… me temo que nos enfrentamos a ellos.

—Su piel los protege —dijo Ónice dándole pie a explicarlo.

—No de las runas negras…

—¡Por eso sabías usarlas! —gritó la drugana furiosa—. Lo sabías y no dijiste nada. ¡Te mato! ¡Te juro que te mato aquí y ahora! ¡Azekel, por mí puedes cortarle la cabeza ahora mismo!

Sonthorn agarró a Ónice y tuvo que hacer uso de toda su fuerza para retenerla. Azekel dio un paso hacia Tristán y Tsuneo

extendió las garras con una poco sutil advertencia.

—Los atacaron —le dijo Sonthorn a Azekel—. Por eso lucharon. Estoy seguro de sus palabras.

—¡Mi hijo murió a sus manos! ¿Confías en él tanto para arriesgar la vida de mi hijo?

Sonthorn asintió sin la menor duda.

—Siempre, una y mil veces, en cualquier momento y lugar. Su palabra es suficiente para mí —respondió con toda la firmeza que poseía—. Lamento tu pérdida, Azekel y Calandra e Irena deberán explicarte el sacrificio que has hecho, pero no creo que hubiese maldad en ellos cuando vinieron aquí. Además, trae con él a uno de tus congéneres. ¿Sería así si su intención fuera malvada? Los caminos de las diosas son opacos y esquivos, te lo aseguro, pero tienen sus propios motivos.

El Uldenhar miró a Sonthorn con dolor y rabia. Las lágrimas recorrieron su rostro. Tsuneo se acercó a él con las garras recogidas.

—Me salvó arriesgando su vida —confesó ante su congénere—. No hay maldad en él. No es muy listo, es verdad, pero…

—¡Eh! —exclamó Tristán ofendido.

—Menuda novedad… —masculló Ónice poniendo los ojos en blanco. Dejó la discusión de los pequeños engendros dorados y se acercó a Tristán. Señaló sus ojos con asco—. ¿Cómo has hecho eso?

Sonthorn se acercó a ellos a su vez y le tendió la mano a su amigo sin dejar de mirar sorprendido su nueva mirada. Huz hizo lo mismo. La única que no mantuvo contacto con él fue la drugana, si bien tampoco esperaba algo así de personal.

—Irena me entregó este don junto a un montón de responsabilidades.

—¿Puedes transformarte? ¿Puedes volar? —preguntó el guerrero.

—¿Qué? ¡No! Ese don solo le corresponde a los Grandes Señores. Esto es más bien… una muestra de que voy por buen camino.

—¿Buen camino? —Ónice seguía asqueada y apartó la mirada. Con unos ojos plateados tenía bastante, dos eran demasiado para ella. No quiso imaginarse a tres a su alrededor con la mirada blanca, sin duda se volvería loca.

—Bueno, me ha traído hasta aquí, ¿no? Y ha sido un camino… —Ante la mirada de frustración de Ónice decidió no tomarle demasiado el pelo. Por ahora—. Fue la única manera de que mi pueblo confiara en mí, me han entregado su liderazgo. Ahora que la barrera ha caído, el Valle de Valán ha cambiado mucho y se ha vuelto inhabitable. Irena se me manifestó y este es el resultado. Dijo algo también de que rechazaría lo correcto cuando llegase el momento, pero eso no viene al caso ahora.

—Me alegro de que te considere adecuado, yo siempre lo he creído —dijo el guerrero orgulloso de él—. Y me alegro aún más de verte. ¿Qué sabes de todo esto?

—Oh, es una larga historia —aseguró mirando a su alrededor. Observó con dolor a Radnor con Raika gimiendo a su lado y negó con la cabeza—. Te lo contaré, pero deja que muestre mis respetos a un auténtico héroe antes de nada más.

Sonthorn asintió siguiendo la mirada del pelirrojo. Tristán caminó hasta la loba y se agachó a su lado junto a la enorme cabeza del oso. Acarició el pelaje de ambos, uno con cada mano, y forjó un vínculo entre los tres. El guerrero se acercó a él mientras Ónice se alejaba a investigar la sala. Huz la acompañó sin otra cosa mejor que hacer ya que los dos Uldenhar discutían entre ellos sus propias ideas, recuerdos y deliberaciones.

El guerrero apoyó una mano en el hombro de Tristán.

—Salvo la vida de Valeria, ¿sabes? Cuando ya no había esperanza, cuando todo se hubo acabado, cuando sus ojos se

apagaron, él fue capaz de sacrificar su vida por traerla de vuelta conmigo.

—No lo sabía.

—Se sacrificó con ella cuando ella ya estaba muerta sin saber si funcionaria. Me entregó hasta la última gota de su ser para devolverla a la vida cuando estaba seguro de que la había perdido para siempre —dijo con un dolor que reabría una lacerante y profunda herida imposible de sanar—. De no ser por él…

Sonthorn apretó su hombro con comprensión compartiendo su dolor.

—¿Quién era? ¿Cómo se llamaba este héroe?

—Radnor, el oso de Byford, el hermano de Teiren, el anterior líder de los Vanhir.

—Espera, a Teiren lo conozco. Él me enseñó dónde encontrar la gema con las que abrimos las puertas de los elfos. Murió tras contármelo justo antes de la batalla contra los Byron donde se llevaron… —No quiso decir su nombre, ya había demasiado dolor en aquel pedazo de hielo. Tristán palmeó el cuello del oso como despedida y se puso en pie, era hora de continuar adelante. Como bien decía Ónice, el mundo era para los vivos, si bien una despedida a un héroe siempre era merecida como Sonthorn opinaba. Tristán pensaba como los dos y cumplió ambas ideas.

—Tengo mucho que contaros, me temo. Como qué es la Esencia Dorada, quién es ese gigante de allí o por qué Valeria es capaz de transformarse en una criatura de hielo puro.

—Espera, ¿qué?

Ónice volvió con ellos, la conversación le parecía más interesante ahora, al menos más que el altar y el hielo, que era todo lo que había a su alrededor. Por supuso, los Uldenhar y sus discusiones le preocupaban lo mismo que el oso muerto, quizá menos.

—Una larga historia —disimuló a riesgo de su vida. Ónice se llevó la mano a la espada—. ¿Quieres escucharla aquí dentro entera o prefieres salir a volar un poco? Es de noche, ¿lo sabías?

La drugana abrió los ojos de par en par y alzó la cabeza hacia el techo de hielo. A través del agujero abierto tras la caída no observaba luz alguna, pero llevaba tanto tiempo bajo tierra que se había acostumbrado a no tener más que roca y sombras sobre ella. Soltó la espada y miró con ansiedad a Sonthorn. Era el vivo retrato de la desesperación. O partían ya hacia el cielo o los mataría a todos. Sabiendo que estaba tan cerca de volver a ser ella misma, ya nada podría retrasar ese momento, por el bien de todos ellos.

—Ve, tómate tu tiempo. Ya hemos llegado hasta aquí, podemos esperar unas horas —dijo el guerrero.

"Ni se te ocurra".

"¿El qué?"

"Me vas a acompañar quieras o no".

"Alguien tiene que mantener la calma aquí —protestó el guerrero transmitiéndole la imagen de los dos Uldenhar".

—Vosotros, engendros —les gritó a las criaturas doradas que mantenían su propia conversación. Volvieron la mirada irritados y Azekel le explicó rápidamente el carácter de la drugana.

—Piensa en ella como en la Calandra oscura.

Tsuneo asintió y, si bien no le hizo ninguna gracia la comparación, Ónice tenía cosas más importantes en las que pensar.

—Queréis a vuestro líder para que decida, ¿verdad?

—Es el más adecuado —respondió Azekel.

—Nuestro líder sabrá decidir, él es el único que habla con Calandra. Podrá aclarar todo esto —respondió Tsuneo y Azekel lo miró con frustración—. Vamos, despierta de una vez. La balanza está un poco inclinada, o ¿es que aún no te has dado cuenta?

—La información de nuestra raza no debe…

—Detenme —le espetó—. No me he pasado miles de años congelado para que ahora me…

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Sonthorn a Tristán.

—Es parte de todo lo que tengo que contaros, pero en resumen Tsuneo estaba vivo cuando trajeron a su raza hasta aquí y no ha dormido nunca. Estaba un poco… inestable cuando lo encontré.

—¿Inestable?

—Sí, no tenía mucha intención de seguir vivo y…

Ónice se hartó de tanta conversación y agarró a Tristán por el cuello levantándolo del suelo.

—Una palabra más inútil que retrase mi vuelo y te arranco los ojos.

La drugana dejó caer al pelirrojo al suelo y se volvió a los Uldenhar.

—Encontrad a vuestro líder y traedlo aquí.

—No tendrá memoria —apuntó Azekel.

—Traed el hielo o avisadnos cuando lo hayáis encontrado. Tú, engendro élfico, sácanos de aquí. —Huz asintió y enterró una semilla en el hielo bajo la abertura dejada en el techo. Comenzó a entonar a magia y del hielo creció una liana que se elevó buscando la salida—. En cuanto a ti, ¿dónde están los Vanhir?

—Acampados fuera del glaciar, preparándose por si tienen que luchar.

—Los Uldenhar no son una amenaza —dijo Sonthorn.

—Ya, lo sé. Pero no solo nos preparamos para ellos. —Tristán aspiró entre dientes—. Al parecer ellos le tienen miedo a algo del norte.

—¿Qué? —Ónice y Sonthorn se miraron sorprendidos—. ¿Más peligros?

—Te he dicho que tengo mucho que contaros.

—Ya podemos salir —dijo Huz, pero Ónice ya se agarraba a la liana.

—Habla con los Vanhir y expón lo que ocurre. Que Raika se quede para avisarte cuando ellos encuentren a su líder. Y tú —dijo señalando al guerrero— si quieres llegar vivo a la mañana, más te vale que esta te pille en el aire.

Sonthorn sonrió y asintió sincero. Era lo que más quería en aquel mundo.

—Al alba iremos al campamento. Deja claro que Ónice es una aliada, Tristán, no queremos causar problemas.

—¿Problemas? Al que me diga media estupidez le arranco el pellejo de su perro y se lo hago tragar.

—No será un problema. Id, tranquilos.

—En cuanto encontremos a nuestro líder os avisaremos —aseguró Tsuneo.

El rostro de Ónice se iluminó ahora que todos los temas pendientes estaban arreglados, al menos temporalmente. Tiró con fuerza la liana confirmando su robustez y comenzó a trepar por ella como si su vida dependiera de ello. Sonthorn se retrasó un momento para agradecerles a todos sus esfuerzos y corrió tras ella. Subieron a toda prisa y, en cuanto se encontraron sobre el glaciar y sintieron el aire fresco y limpio a su alrededor sus almas volvieron a respirar de nuevo. Una sensación de libertad llenó sus pulmones y ambos pudieron sonreír de verdad.

A pesar de todo, tras semanas de lucha sin salida, sin esperanza y llenas de dolor, seguían vivos, juntos y libres. Solo les quedaba una cosa por hacer. Observaron la luna en las alturas brillar con decisión sobre ellos y se transformaron. Sonthorn iluminó el

glaciar con su brillo plateado. Ónice dejó escapar una lágrima y una risa infantil, tonta y enamorada. Se sentía completa en libertad y siendo una con su esencia. Volvía a ser ella misma y lo volvía a ser junto a Sonthorn.

—Tú primero —dijo el guerrero observando su figura oscura embelesado como el primer día que la había visto transformada sobre aquel puente. El recuerdo le llenó el alma más aún que el aire fresco y limpio a su alrededor.

—Cógeme si puedes.

Ónice saltó hacia el cielo y se impuso con fuerza con sus alas alzándose sin poder controlar su risa. Sonthorn no la hizo esperar y saltó tras ella. Sin embargo, en cuanto sus pies se separaron del hielo, no fue a la drugana a la que sintió junto a él. Su mente se llenó de una luz y un poder imposible de imaginar, pero que reconoció al instante. La imagen de Irena se manifestó en su mente. Era tan similar a Ágata que no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo. Sin embargo y a diferencia de esta, ella lucía un vestido blanco sencillo y un rostro apenado por todo lo que se veía obligada a hacer. El guerrero pudo sentir cuánto lamentaba la deriva en la que se había sumido el mundo bajo ella.

El aire bajo sus alas se detuvo junto al tiempo y Sonthorn se encontró de pie ante su diosa portando su armadura tal y como estaba antes de perderla en la batalla con Neroc. Alzó la vista hacia ella, pero fue incapaz de agachar la mirada como debía de haber hecho. Ella asintió apenada, comprensiva. El camino por el que hacía caminar al guerrero era terriblemente duro y no solo para él. Sonthorn recordó a Tarnicis y el corazón de Irena se desgarró. Una lágrima sincera recorrió su rostro.

—Solo dime por qué —pidió el guerrero—. ¿Por qué te la llevaste de mi lado y la entregaste a la muerte? Ella no tenía culpa de nada de todo esto. Ni de tu lucha, ni de tu hermana, ni de la guerra entre los hombres a los que tu hermano se supone que guía.

Ella no merecía su destino, ¿por qué la ataste a una lucha que no le correspondía?

—Sí le corresponde un papel en ella, solo que aún no ha llegado su momento.

Sonthorn frunció el ceño al darse cuenta de que no hablaba de ella en pasado, sino presente y futuro.

—Está.. viva…

—Sí.

—Entonces debo ir a por ella, debo rescatarla.

—Ese no es tu papel, hijo mío. Ese camino será recorrido, pero no serás tú quien lo haga.

—¿Quién será, entonces? —Irena guardó silencio enfureciendo a Sonthorn. Apretó los puños y una breve llamarada dorada los recorrió ascendiendo hasta sus hombros donde se disiparon—. Responde, ¿quién luchará por ella si no soy yo?

—Veo que has conocido a mi hermana —dijo con seriedad. Su rostro se había tensado y la mueca de dolor ante sus elecciones se difuminó rápidamente.

—Responde o esta conversación y las siguientes se acabarán aquí. No volveré a luchar a tu lado, no volveré a seguir tu camino y te prometo que desapareceré de este mundo. Si es necesario se lo entregaré a tu hermana, te lo juro por mis alas, pero te quedarás sin tu último hijo —le amenazó Sonthorn.

Irena no se tomó a la ligera su amenaza. Conocía al guerrero más que él mismo. Lo había visto crecer y había compartido con él cada sentimiento, tanto de amor como de rabia y sabía perfectamente que, cuando los dos se juntaban, solo era cuestión de tiempo que estallara en un sentido u otro. Podían brotar alas de su espalda o podría arrancárselas, pero llegado ese momento no lograría reconducirlo de nuevo.

—Me prometiste una vez luchar por mí —le recordó solamente.

Pero Sonthorn estaba demasiado cansado de luchar por medio mundo para asumir aquel papel impuesto.

—Era la única manera de salvarla y no la he salvado.

—Sí la has salvado, hijo mío, solo que no lo sabes.

—¡Demuéstralo! —le retó con rabia.

Irena suspiró y el mundo cambió a su alrededor mostrando la imagen de Cerón junto a Tarnicis. El guerrero palideció al verlos a los dos juntos. Su felicidad fue tal que cayó de rodillas al saberlos vivos a los dos. Habían cambiado mucho y no podía escuchar su conversación, pero estaban vivos. La imagen desapareció tan rápido como llegó, pero Sonthorn se había quitado el peso del mundo de sus hombros.

—Confía en mí, hijo mío. Es el camino adecuado.

El guerrero se puso en pie y trató de recomponerse.

—No veo el camino a seguir, es demasiado esquivo. Solo hay misterios y medias verdades en él. Nunca sé lo que está bien o lo que está mal, quién está de mi lado o no. No sé a dónde ir o qué paso dar a continuación. Todo son improvisaciones, como bien dice Ónice.

—La hija de mi hermana —dijo Irena con dureza.

—Sois hermanas gemelas, es tan tuya como de ella.

—¿Tú también?

—Si me pones a prueba es probable.

El guerrero aguantó su mirada y un destello dorado se reflejó en ellos. Irena suspiró.

—Calandra te ha tomado bajo su brazo. No sé qué ha pasado ahí abajo, pero ha debido de ser terrible.

—Lo ha sido. Archy ha muerto, Ágata lo asesinó.

Irena dejó caer una lágrima y apretó los dientes. Sonthorn sintió que recorría su memoria asumiendo todo lo ocurrido en el mundo de su hermano.

—Debo meditar sobre todo esto.

—Debes hablar con Calandra, ¿por qué no lucha contra ella? Jazmín está preparada, Archy lo ha entregado todo y vosotras os mantenéis al margen. ¿Por qué?

—Porque si Calandra entra en combate puede ser peor para el mundo que si se mantiene al margen.

Sonthorn comprendió sus palabras. Había asumido lo que Calandra podía hacer.

—Lucha tú misma entonces.

—¿Cómo sabes que no lo estoy haciendo ya? Hijo mío, las dudas son territorio de los humanos…

—Mi madre era humana —respondió con dureza e Irena solo pudo sonreír con cariño.

—El poder que ves de Ágata no es más que una pequeña parte, pero es una con la que yo no puedo luchar. Sigue el plan, hijo mío. Cuando todo acabe lo comprenderás, te lo prometo.

—Dime al menos cómo seguir adelante. Solo hay dudas y secretos ante mí.

—Resolver esos secretos y superar esas dudas será lo que hará de ti la criatura necesaria para salvar a este mundo. Sigue siempre adelante, Sonthorn, pues ese será el camino.

Irena comenzó a difuminarse en su mente.

—¿Volveré a verte?

—Ojalá la próxima vez que nos veamos sea cuando llegues a mi lado y solo tras una vida larga y plena. De no ser así, será que algo ha ido muy mal.

Irena desapareció y Sonthorn se encontró alzándose en el aire tras la drugana que seguía ascendiendo radiante de felicidad. Sin embargo, él había perdido aquel sentimiento para que fuera aplastado por el de las dudas y las heridas reabiertas. Tarnicis estaba viva y Cerón trataba de rescatarla. ¿Por qué no podía hacerle feliz aquella noticia? Algo en la imagen de la joven no encajaba. Era su expresión, sus ojos cambiados, su sonrisa macabra lo que no estaba bien y Sonthorn recordó para qué la había secuestrado Kem. Tragó saliva al asumir que el Señor de los Druganos Negros había conseguido su propósito y había traído de vuelta a Kelldom en el cuerpo de Tarnicis.

Por eso había cambiado tanto, por eso no era ella a pesar de ser la joven de la imagen. La Tarnicis que él había conocido había desaparecido empujada por la esencia del Mago Negro. Pero Cerón la había encontrado y el alivio de saber a su amigo vivo se enfrentó al dolor de la corrupción de Tarnicis. El mago había llegado al otro lado del mundo y seguía luchando su propio camino. Un sentimiento de orgullo le colmó y agradeció a la Diosa que le hubiese dado aquella información. Aún había posibilidades, aún podían ganar, pero lo más importante, todavía merecía la pena luchar.

Ónice no consintió aterrizar hasta que el primer rayo de luz le obligó a hacerlo. Por suerte había aceptado volar cerca del campamento que los Vanhir habían montado cerca del glaciar. Cayó al suelo cuando sus alas desaparecieron en su espalda, lo que le devolvió su forma humana y su frustración consecuente. Era difícil para ella abandonar la figura alada con la que se sentía libre y completa.

Se posaron ante una enorme estructura de madera de más de cien metros de ancho por la que en varios puntos del techo salía el humo de varias muchas. El guerrero comprendió que Éwoly tendría algo que ver con todo aquello y se alegró profundamente de que él también hubiese conseguido llegar hasta allí.

—Esta noche volverás a volar, te lo prometo —aseguró Sonthorn a la drugana. Él había aterrizado antes que ella y ya veía cómo los Vanhir, con Tristán a la cabeza y un enorme león tras él, se acercaban todos cubiertos de pieles—. No volveremos a tener una montaña sobre nosotros que nos impida surcar los cielos.

—Más te vale —le amenazó directamente. Aunque no tuviera la culpa, alguien tenía que pagar su frustración y Huz no estaba por allí. Tristán sería un buen candidato, pero hasta ella creyó adecuado no humillar al líder del grupo al que iban a pedir ayuda—. ¿Qué demonios es eso?

La drugana señaló a Copi horrorizada. Sonthorn siguió la dirección de su brazo y alzó una ceja.

—Los animales del Valle de Valán, como Raika —aseguró igual de sorprendido que ella por su tamaño—. Y recuerda que son inteligentes, trata de no ser descortés. Si acompaña a Tristán es porque debe ser una figura importante.

—Importante no sé, pero enorme sí. ¿Cómo son capaces de alimentar algo así?

—Puedes preguntárselo si lo deseas.

El grupo llegó hasta ellos sin que el león dejara de mirar a la mujer atentamente. El resto de todos los que iban saliendo de la estructura solo tenían ojos para Sonthorn, lo que Ónice agradeció. Prefería estar en las sombras, para algo era su lugar natural.

—Bienvenidos, Grandes Señores —aseguró Tristán mirándolos a ambos y dejando claro que no había sido un error usar el plural—. Todos los Vanhir están al corriente de quiénes sois y de lo que habéis hecho. Es un honor recibiros aquí.

Ónice puso los ojos en blanco ante su palabrería y pompa exagerada que tan mal le quedaba. Masculló un improperio y se alejó hacia el glaciar lo bastante cerca para oír, pero no para que fuera el centro de atención. El león no dejó de mirarla en ningún momento.

—El honor es nuestro. Los Vanhir han hecho un largo camino para llegar hasta aquí.

—Y peligroso —añadió una mujer tras Tristán saliendo de entre la multitud de personas y animales dispares todos de gran tamaño. Sonthorn miró hacia ella en busca de recuerdos que le dijeran qué o quién era. Tristán se lo aclaró.

—Ella es Pimape, la anterior líder de los Vanhir, la misma que me entregó el mando y… bueno, otras cosas —dijo sin sacar aún el tema de las llaves doradas—. Él es Copi, su compañero, quien dirigía a los animales de Valán como ella a los Vanhir. Aunque no lo creas por su aspecto, es un buenazo, sobre todo si ha comido hace poco.

Sonthorn no entendió la broma, pero asintió y aceptó el rango de los dos. Se acercó a Pimape y le estrechó la mano para después acariciar la cabeza del león. Este aceptó el gesto aunque no dejó de mirar a Ónice.

—Te esperaba más… mayor —confesó Pimape con el ceño fruncido. No había reproche en ella, sino sorpresa.

—Me lo han dicho a menudo, pero es verdad. Gracias por mantener a los Vanhir preparados y entrenados durante todo este tiempo y a pesar de todas las dificultades. —Se volvió hacia Tristán e hizo un gesto que abarcó el mundo a su alrededor, tanto arriba como abajo—. ¿Qué saben de nosotros o de todo esto?

—Todo —aseguró Tristán. A Sonthorn aun le costaba mirarlo a los ojos, eran un reflejo en el que solo se había visto ante Marit y cada mirada era un puñal en su corazón—. Era la única manera de hacerles comprender hasta qué punto hay peligro.

—Has hecho bien. Siempre confié en que harías lo correcto. —Una carcajada femenina llegó desde detrás de él y se vio obligado a sonreír forzadamente—. Ella es Ónice y me acompaña desde el principio. Ella me salvó la vida cuando…

—No es necesario que nos hables de ella —le interrumpió Pimape y Sonthorn sintió la frustración de la drugana al sentirse

rechazada al momento—. Confiamos en los Grandes Señores y si tú dices que es nuestra aliada, la trataremos como a una más a nuestro lado —aseguró para sorpresa de la drugana, que se giró para observar a la mujer creyendo que les estarían engañando.

"Eres una desconfiada —se burló Sonthorn".

"Por eso sigo viva".

—Te agradezco tu confianza, Pimape. Te prometo que está más que justificada. —Miró tras la mujer a todos los Vanhir que murmuraban entre ellos fascinados por quienes tenían delante. Toda su vida habían esperado aquel momento. Entre aquellos hombres, mujeres y niños había héroes tan grandes como el propio Tristán o Raika. Se sintió con la necesidad de conocerlos a todos—. Quiero conocerlos a todos.

Pimape torció el gesto sorprendía. Ónice alabó su estupidez con un grupo de palabras muy malsonantes, pero que encajaban a la perfección unas con las otras.

—Llevará horas —aseguró la Vanhir.

—Lo sé, pero es lo adecuado. Van a jugarse la vida por el mundo y quiero darles las gracias a todos.

—Eso les llenará de orgullo y valor —le apoyó Tristán—. ¿Tenemos tiempo?

—¿Los Uldenhar han encontrado a su líder?

—Raika aun no ha dicho nada, pero tenemos mucho de lo que hablar antes.

—No —dijo tajante. Vio acercarse a Éwoly y se acercó a estrecharle la mano sonriente. El elfo iba tan cubierto de pieles que parecía el doble de ancho—. Me alegro de verte. Veo que has estado ocupado.

—Huz ha tenido alguna idea para mejorar mi hechizo, pero sí, hemos estado ocupados, mi señor —aseguró. Había ojeras en su

rostro.

—Te mereces un descanso. Tómalo, pues no sé cuándo partiremos ni hacia dónde, pero no faltará mucho. —Se volvió a Tristán—. Esperaremos al líder de los Uldenhar para poner nuestros cinco mundos al día. Todos nos necesitamos y debemos comprender hasta qué punto.

—¿Cuatro mundos? —preguntó Pimape.

—Los humanos, los elfos, los Vanhir, los Uldenhar y los enanos. Solo que estos últimos tardarán en llegar hasta aquí, pero lo harán, tenlo por seguro. Por ahora y hasta que Azekel y Tsuneo nos avisen, quiero conocer a todos los Vanhir.

—Muy bien, pero ¿querrás vestirte un poco más adecuadamente antes? ¿Señor? —se burló Tristán—. No es buena idea que uno de los Grandes Señores se pasee medio desnudo ante quienes le sirven. Señor.

CAPÍTULO 5

UNA HORDA DORADA

Tanto Ónice como Sonthorn aceptaron las ropas de invierno que los Vanhir les proporcionaron. Ni la media armadura del guerrero ni el vestido negro de la drugana eran adecuados ni para el protocolo ni para el invierno, por lo que aceptaron las prendas. Estaban torpemente fabricadas y cosidas con prisa, pero les servirían. Estaba claro que no estaban acostumbrados a tratar las pieles para el frío, un frío que no existía en el valle hasta hacía pocas semanas.

Tras cambiarse, el guerrero pasó las siguientes horas conociendo a cada uno de los Vanhir presentes. Estos le hablaron de sus vidas, del valle y sobre todo de sus animales, de los cuales estaban orgullosos al extremo. El drugano comprendió a los Vanhir como jamás lo había hecho y asumió que la relación de Tristán con Raika no era tan especial como imaginaba. Conocer a todos aquellos hombres y mujeres fue una experiencia gratificante y agotadora. Sin embargo, lo peor de todo fueron las historias en las que recordaban a sus padres.

No fueron pocas las voces que le hablaron de Marit o de Suren, por el cual sentía un especial cariño. El drugano había tenido

siempre una palabra para cada uno de ellos y Sonthorn se emocionó al comprobar que había heredado algo de él a pesar de no llegar a conocerlo. Le hablaron del día en que trajeron su cadáver al valle y de cómo todos los Vanhir lloraron su muerte, tanto que habían alzado una estatua en su honor, si bien no podría verla ahora que el valle había quedado bloqueado.

Le explicaron las penurias de las últimas semanas y Sonthorn escuchó con atención. Estas habían sido extremadamente duras para ellos, pero no solo físicamente. Se sentían abandonados ante un abismo del que no podían escapar, del que no sabían escapar y del que, sinceramente, no querían hacerlo. Debían permanecer allí esperando a los Grandes Señores, ¿cómo abandonar su única tarea? Y entonces llegó Tristán *El Traidor*, lo que le hizo alzar una ceja sorprendido. Traía novedades de un mundo que les era ajeno y hostil, que zozobraba sin la ayuda de los Vanhir y ya casi sin ningún drugano blanco que guiara los pasos de su gente.

No le creyeron ni siquiera cuando Pimape explicó que eran verdad sus palabras. Sus animales les contaron lo que Raika había relatado de su viaje y aún así se negaron a aceptarlo. Solo cuando la Diosa se manifestó en él y le entregó los ojos de los Grandes Señores, asumieron que aquel era de verdad el camino a seguir y eso hicieron. A pesar del frío, del miedo, de la Oscuridad y de los peligros que suponían los Uldenhar siguieron adelante. Sonthorn se lo agradeció a cada uno de ellos personalmente.

Tras conocer a todos los Vanhir y ponerse al día rápidamente con Tristán y Éwoly, aún seguían sin noticias de los Uldenhar. Cuando llegó la siguiente noche, volaron de nuevo y aprovecharon a descansar, el elfo se negó a que compartieran la misma, según sus propias palabras, apestosa e indigna estructura que el resto de los Vanhir. Éwoly les construyó una pequeña vivienda fuera de la estructura gigante donde pudieran tener algo de intimidad. Sonthorn lo rechazó en un primer momento ya que no quería sentirse superior o diferente a nadie, pero la ardiente y violenta furia de Ónice le hizo replantearse la negativa.

La drugana le agradeció al elfo su ayuda con una sonrisa radiante, tan hermosa como infrecuente. Los dos druganos pudieron disfrutar de algo de intimidad que aprovecharon para buscarse el uno al otro y, aunque debiera de quedar entre ellos para siempre, llorar en el hombro del otro. Todos los sentimientos acumulados durante las últimas semanas casi habían logrado volverlos locos a ambos. La tensión constante, la urgencia, el desconocimiento, las muertes a su alrededor… todo había estado a punto de hacerlos claudicar, pero cuando uno estaba débil, el otro lo sostenía. Lograron mantenerse cuerdos solo con la esperanza de una noche como aquella y la aprovecharon entre la intimidad del cielo y la de la habitación.

La mañana trajo el sonido de un león rugiendo tan fuerte que la gruesa pared de madera de su pequeña vivienda tembló. Tras el rugido llegó la risa de Tristán.

—¡Copi! ¡Esa no es manera de despertar a los Grandes Señores! —dijo Pimape frustrada ante el león. Sonthorn se desperezó en la cama y encontró a Ónice acurrucada contra él igual de desnuda que la había dejado al cerrar los ojos. Sonrió dichoso—. ¿Es que no sabes llamar a la puerta?

Un nuevo rugido, esta vez más bajo, y unas garras arañaron la puerta creando un estruendo casi peor que el primer rugido. Sonthorn fue incapaz de contener la risa al imaginarse al león arañando la puerta con cuidado y amenazando esta con partirse bajo su pata. Ónice se acurrucó contra él, olvidó al león exterior y se centró en su leona interior. Sin embargo, debía de ser importante, pues el mismísimo Líder de los Vanhir y autodenominado, con toda la pompa e ironía posible, Protector de los Calán, animó al león a continuar.

—No te detengas. Ónice es dura de oído, yo que tú seguiría rugiendo. —Copi volvió a rugir a un palmo de la puerta y la pared vibró de nuevo ante su ímpetu.

—¿Seguro, Tristán? —preguntó Pimape dubitativa.

—Sí, sí, no te preocupes. Es que le cuesta levantarse, ya sabes, es un poco vaga y se pasa las noches dando tumbos por el cielo. No descansa bien. Ya se lo he dicho yo que a dormir hay que irse antes de que caiga la noche, pero ella no, ahí erre que erre.

La drugana apartó a Sonthorn de un empujón y se puso en pie directa hacia la puerta dispuesta a acabar con aquel cretino.

—Sería más adecuado que lo asesinaras vestida —le dijo el guerrero levantándose él también.

—Tienes razón, así tendré su sangre en mi ropa durante meses. —Ónice comenzó a vestirse y Sonthorn aceleró su gesto. El comentario de Ónice parecía demasiado poco irónico.

Desde el exterior escucharon el ajetreo interior y Tristán se apartó unos metros.

—Yo… yo os espero en el glaciar mejor.

—¿No quieres contárselo tú mismo? —preguntó Pimape.

—Eh… no, mejor os espero allí con Raika, está muy nerviosa sola, ¿sabes? —Tristán salió corriendo rodeando la casa directo al glaciar—. ¡No tengáis prisa!

—Está bien, yo les informaré de lo que…

La puerta se abrió de golpe y se estrelló contra la pared en su giro. Sorprendentemente, aguantó sin romperse. Tras ella apareció Ónice furiosa mirando en todas direcciones en busca de su presa.

—Buenos días, mi señora —dijo Pimape a la drugana con cortesía—. Tenemos buenas noticias, los Uldenhar…

—Cállate, humana —le espetó mientras giraba alrededor de la vivienda. Descubrió a Tristán corriendo hacia el hielo e hizo lo mismo tras él.

Sonthorn salió tras ella, pero la dejó marchar sin decirle nada. Pimape miraba a ambos correr desconcertada.

—Buenos días, Pimape. Buenos días, Copi, gracias por despertarnos. —Siguió la mirada preocupada de Pimape y añadió—. No te preocupes, no lo matará. Siempre se detiene al final.

—Esto es… ¿normal?

—Más de lo que imaginas. Tienen una relación un poco… tensa, pero ambos se la han buscado. Tristán ama sacar de sus casillas a la gente y ella odia que le saquen de sus casillas, por eso esto siempre acaba igual. Tranquila, no lo matará, pero no te sorprendas si lo ves con un ojo morado. ¿Decías algo sobre los Uldenhar?

—Eh… sí, han encontrado a su líder y te necesitan para recuperarlo.

—Vayamos entonces, no lo retrasemos más.

Ambos caminaron hacia el glaciar. Para su sorpresa y agrado, ahora había una escalera de madera que ascendía hasta la cima. Era tan ancha y resistente que bien podía haber sustituido a cualquiera de las que ascendían a las torres más altas de Darmid. Sin duda Huz y Éwoly habían trabajado juntos para ello. La magia del elfo y la practicidad del semielfo habrían logrado aquella tarea. Asintió orgulloso no solo de su talento, sino de su capacidad para trabajar en equipo. Era lo que el mundo necesitaba, pues solo unidos serían capaces de salvarlo. Entonces, ¿por qué cada vez estaban más separados unos de otros?

Ascendió junto a Pimape y Copi, al que hubo que convencer de que era seguro subir. El león nunca había usado una escalera, al menos tan alta. Toda su vida se desarrollaba a ras de suelo y no podían reprochárselo. Hacia la mitad del camino Pimape observó una muesca en la madera, recta y afilada, y se la señaló al guerrero alzando una ceja.

—Bueno, tal vez trate de matarlo, pero no hay sangre, ¿verdad?

—Cierto.

Sonthorn trató de hablar con la drugana.

"No lo mates, puede ser útil".

"La lengua no la necesita para ser útil. ¿Desde cuándo corre tanto?".

"Será desde que corre por su vida".

"No, eso ya lo había hecho antes".

—Pimape, respecto a Tristán. ¿Ha cambiado algo más en él desde que la Diosa le entregó este don? —preguntó señalándose los ojos.

—Sigue siendo el mismo Tristán infantil y arrogante de siempre —respondió sin el más mínimo pudor. No iba a ser ella quien mintiera al último de los Grandes Señores—. Pero ahora trata de meditar un poco más las cosas. Es como si se hubiese echado el mundo sobre los hombros.

Sonthorn asintió y se lo dijo a la drugana, que había dejado de perseguirlo sobre el hielo y volvía hacia ellos. Sobre el glaciar ya estaban Huz y Éwoly dentro de una pequeña estructura de madera que continuaba desde las escaleras. Dentro ardía un pequeño fuego y los dos conversaban sobre su mundo. Añoraban el verde de Firmantalas y Sonthorn no se lo podía reprochar. Él también estaba harto de nieve y piedra.

—¿Le ha resultado fácil subir, mi señor? —preguntó Éwoly con una reverencia. Sonthorn imitó su gesto.

—Más que si subiera volando. Gracias por la escalera, pero es obra de los dos, ¿verdad?

—Los humanos tienen un punto de vista práctico del que nosotros carecemos. Huz ha hecho un gran trabajo adaptando la magia para que cumpla un propósito tan noble.

—Me aburría sin que me persiguiera la muerte, me habéis mal acostumbrado —se burló Huz.

Sonthorn palmeó los hombros de los dos.

—Gran trabajo. ¿Podríais hacer algo similar para descender a la cámara del altar?

—Me temo que no podemos hacer eso.

—¿La magia lo impide?

—No, es que ya lo hicimos —respondió Éwoly tal y como habían entrenado. Ambos comenzaron a reír.

—Vamos a verlo —pidió Sonthorn tras poner los ojos en blanco.

Huz y él iniciaron el camino mientras Éwoly se retrasaba y partía al lado de Pimape. La antigua líder de los Vanhir frenó sutilmente su paso para que solo un oído experto recayese en ello. Sonthorn sonrió con sinceridad y recordó que los semielfos existían por una razón. Ya no recordaba cuándo lo había oído o quién se lo había dicho, pero en su memoria permanecía el recuerdo de que las razas podían mezclarse más de lo que imaginaba. Un escalofrío recorrió su espalda cuando volvió a caminar sobre la madera que protegía sus pies del hielo. Avanzaron hasta que una nueva escalera con Tristán, Raika y Tsuneo apareció ante ellos. El pelirrojo alzó las manos en señal de paz a la drugana que se contuvo a duras penas. El pequeño Uldenhar no dejaba de mirarla.

—¿Tú qué miras, engendro? —le espetó.

—A la criatura que tiene la fuerza para acabar con nosotros y la que nos tendrá que entrenar para poder enfrentarnos a Ágata.

—¿Qué? —preguntó Ónice pillada por sorpresa.

—¿Cómo? —se unieron a ella Pimape y Sonthorn.

—Te dije que no lo entendería —aseguró Tristán al Uldenhar—. No está al corriente de nada todavía.

—¿No sabe lo de las runas?

—Aún no. El Último de los Grandes Señores, el Heredero del Cielo, señor de los druganos blancos, líder de…

—Tristán… —le cortó Sonthorn.

—Un momento —levantó una mano para instarle a callar enfureciendo a Pimape y a Ónice a partes iguales. El guerrero puso los ojos en blanco—. El líder de los humanos libres, amigo del telépata, pareja de la muerte y guía del Protector de los Calán ha dicho que hasta que tu líder esté despierto aquí no se habla nada.

—Entiendo —aseguró el Uldenhar—. Eso es que aquí hay mucho que contar entonces.

—Mucho más, Tsuneo —dijo Sonthorn caminando hasta él. El resto le siguieron—. Es todo mucho más complicado de lo que parece. ¿Le habéis encontrado?

—Bueno, define "encontrado"…

El guerrero miró a Tristán que comenzó a inspeccionar la escalera de forma detallada. Raika se unió a él al momento. El pelirrojo se dedicó a conjeturar sobre la madera ante la loba, que asentía a sus comentarios sin dejar de lanzar miradas intermitentes al grupo. Sonthorn conocía demasiado bien ya a Tristán.

—¿Cuál es el problema ahora? Echaba de menos no tener un problema cada cinco minutos.

—Ah, pues mira, un problema menos. ¿O es más? Es menos si le quita el problema, pero le da un problema y entonces sería más… —Tristán se mesó la barba y miró a la loba que ladeó la cabeza—. ¿Tú qué opinas?

—Oh, por los Dioses Desaparecidos, que alguien diga qué ocurre aquí de una vez —estalló la drugana.

—Mejor hacerla caso, Tsuneo, ella también es medio dragón.

Una mirada fulminante de Ónice y Tristán y Raika comenzaron a descender por la escalera.

—Está libre, él y varios de mis hermanos —dijo Tsuneo mirando con otros ojos a la drugana.

—¿Y Azekel? —preguntó Sonthorn.

—Con ellos. Quería convencerlos de todo lo que estaba pasando, a su manera. —Se encogió de hombros si era posible que aquello fuesen llamados hombros.

—¿A salvo?

—Sí, no le harán daño, al fin y al cabo es uno de los suyos. Ha dormido el mismo sueño, es indistinguible para ellos. Es uno más despierto. No creo que le escuchen, pero no es mala idea intentarlo.

—¿Sabes dónde está?

—Sí.

Sonthorn esperó a que indicara el lugar, pero Tsuneo guardó silencio.

—Hay un problema, ¿verdad? —El Uldenhar mostró una extraña sonrisa llena de dientes afilados—. ¿Qué problema hay?

—Hay varios de mis hermanos con él. No creo que sea sencillo que llegues hasta él, al menos lo bastante como para hacer lo que quiera que vayas a hacer.

—¿Cómo de peligrosos son? —preguntó Éwoly que no había visto a aquellas criaturas en combate.

—Mucho —aseguró Sonthorn—. Casi no fui capaz de controlar a Azekel.

—Esos son solo los niños sin entrenar —aseguró Tsuneo—. Los que luchamos al lado de los Calán somos mucho más fuertes.

—Derrotó a tres de ellos con las garras encadenadas —aseguró Tristán y Ónice miró a la criatura con otros ojos. Le parecía imposible algo así. ¿Cómo lo había hecho?

Tsuneo asintió orgulloso.

—¿Hay algún luchador junto a vuestro líder? —preguntó Sonthorn tomando buena nota de lo que podían hacer los diferentes

Uldenhar. Hasta ahora creía que eran todos iguales, pero saber que tenían habilidades y especializaciones diferentes le hizo darse cuenta de que eran mucho más desarrollados de lo que parecían. Tal vez viviesen sin ropa ni más armas que sus propios cuerpos, pero eso no los hacía menos inteligentes o útiles. Simplemente se servían de diferentes herramientas a diferencia de los humanos.

—No sabría decir. Azekel dice que los luchadores dormimos están en la base del glaciar, pero yo acabé en un túnel alejado. —Se encogió de hombros—. Pero si hay alguno despierto, sin duda estará con él.

—¿Los reconocerías si los ves?

—Sí, sabría hasta sus nombres. No somos tantos. A ver, ha pasado algo de tiempo desde que los vi por última vez —dijo irónicamente—, pero seguro que siguen siendo iguales.

—Diles dónde están —le pidió Tristán.

—Hay que adentrarse bastante en el hielo, hacia el norte en una de las galerías como en la que estaba yo.

Ónice miró a Sonthorn con la ceja levantada mientras Tsuneo hacía el resumen de la situación. El color había huido de su rostro. La más mínima idea de volverse a enterrar bajo el suelo o el hielo la aterraba, y Tsuneo les estaba pidiendo ambas.

"Entrar y salir, y ya sabemos cuál es la salida —trató de convencerla el guerrero sin el más mínimo éxito".

"Perfecto, aquí te espero. No me necesitas para golpear a la pelota dorada esa. —La situación debía de ser terriblemente tensa en la drugana para no solo permitirle, sino para instarle a que fuera él solo hacia lo desconocido".

"No quiero hacerlo sin ti —respondió el guerrero, pues era la respuesta correcta—. *Además, no puedo hacerlo sin ti".*

"Por la runa dorada, es verdad".

"No, para nada. Porque eres todo lo que necesito a mi lado, ¿recuerdas?".

Ónice se mordió el labio con dolor. Por supuesto que lo recordaba.

"No te vayas de mi lado… —La drugana se agarró al brazo del guerrero que la sintió temblar y no era por el frío—. *No me iré. Pero más te vale que sea rápido".*

"Organicemos esto bien".

—Está bien, vamos a por Azekel y a por su líder. Tsuneo, debemos retenerlo, necesito unos segundos en paz con él. ¿Podrás garantizarlo?

—Aunque tenga que matar a la mitad de mi raza.

—Mala idea, los necesitamos vivos.

—Pues que no se pongan en mi camino.

—Al parecer los odia un poco por eso de los milenios de torturas y esos detalles —le explicó Tristán—. Minucias.

—Ya… Bien, Huz, prepara lo que necesites para cubrir nuestra retirada.

—Secuestrar al viejo y evitar que nos sigan, entendido —dijo Huz y Sonthorn no pudo contradecirle—. Tenemos muchas semillas a las que dar vida y si es bajo tierra podemos usar eso a nuestro favor.

—Ónice y yo abriremos camino con la runa, no será difícil. Cuando consigamos poner a su líder de nuestro lado el siguiente paso será liberarlos a todos. Éwoly y Pimape, quiero que preparéis alojamiento para los miles de Uldenhar que despertarán.

—Eso será... complicado —aseguró la antigua líder de los Vanhir—. Casi no podemos abastecernos a nosotros mismos en este clima tan duro.

—Lo harán —aseguró Tristán mirando a Pimape—. Encontrarán la manera, no dejaremos tirados a esos seres. Nos moveremos

pronto, Pi. Solo reagruparnos e irnos.

—¿Irnos? ¿Irnos a dónde? ¿Y cómo? El valle está inaccesible.

—Encontraremos la manera. Es el camino de Irena, ayer mismo hablé con ella y vamos en el sendero adecuado. Tiene un plan, solo debemos abrir los ojos y aparecerá —ayudó el guerrero al pelirrojo.

"¿Que hiciste qué? —preguntó Ónice sorprendida".

"Luego te lo cuento".

—Puede haber otros túneles que salgan de aquí —dijo Tsuneo —. Como en el que me torturaron. Sé que uno va al norte donde los están atacando. Algún otro puede ir a otro sitio más útil o con menos frío. No me gusta el frío.

—Es posible, quizá por eso su líder esté en ese pasillo. Lo averiguaremos.

"Mucho quieres averiguar tú. Estás improvisando".

"Estoy planificando que es muy diferente".

"En ti es lo mismo".

—Recuerda a los enanos —apuntó Huz.

—Ya, las miles de bocas gruñonas que alimentar. —Se volvió hacia Copi—. Con ellos va a ser más difícil que con los Uldenhar. Quiero que envíes a los animales más rápidos en todas las direcciones que creas convenientes. Quiero que busquen caza o comida de la que sea, necesitamos un lugar en el que poder abastecer un ejército. —El león se marchó después de que Pimape confirmara la idea de Sonthorn—. ¿Podrás crear algo así, Éwoly?

—Estarás orgulloso del trabajo de los elfos —aseguró. Pimape sonrió a su lado y se acercó un poco más a él.

—En marcha entonces, cuanto antes entremos antes saldremos y menos días habrá que alimentar a todo el mundo.

El grupo se despidió de Pimape y Éwoly que no objetaron quedarse atrás. Volvieron a internarse en el hielo y el frío mágico volvió a azotarlos con dureza a pesar de las pieles que portaban. Descendieron hasta el lugar de descanso definitivo de Radnor y Byford y siguieron a Tsuneo a través de los túneles. No obstante, el viaje rápido fue muy corto, pues pronto no pudieron avanzar: los túneles eran demasiado pequeños. Tristán les contó que los pasadizos grandes habían sido creados por Raika en una, digamos, curiosa coincidencia de habilidades, magia y fuego que ahora no venía al caso. Ónice ni siquiera se interesó, solo quería salir de allí cuanto antes.

Cuando Tsuneo les indicó un pequeño túnel por el que continuar, Sonthorn y la drugana se abrazaron para que su magia se uniera. La runa dorada apareció ante, ellos dejando a Tristán anonadado. El pelirrojo esperaba que fuera la magia de Ónice la que abriera el camino pensando que había descubierto alguna runa negra en su viaje. Sin embargo, cuando lo que vio fueron las runas blancas que se convertían a doradas se interesó por ellas al instante.

—Cuando tengamos a los Uldenhar de nuestro lado. —Sonthorn se negó a retrasar el viaje para darle explicaciones, pues tal vez aquellas criaturas doradas supieran algo sobre las runas que fuera de valor. Al fin y al cabo, Azekel se había inclinado ante el color de Calandra. Sin embargo, Tsuneo no pareció impresionado en absoluto por el fulgor. Le recordó terriblemente a Ónice, pues ella tampoco se dejaría impresionar por algo así. Ella era el aquí y el ahora y Calandra no estaba ahí ahora.

El hielo claudicó ante su magia y avanzaron durante unas pocas horas más. Iban hacia el norte según les dijo Tristán, tras el cual iba Raika reducida a la mitad de su tamaño. Recorrieron muchas habitaciones y atravesaron innumerables pasillos, pero no encontraron a ningún Uldenhar allí, ni siquiera había algo con lo que poder decir que aquello era algo más que simples cuevas vacías.

—Había comida aquí —dijo Tsuneo sorprendido. No se le ocurrió que pudieran dudar de su palabra y ninguno se atrevió a

hacerlo, si bien Tristán estuvo a punto de dejarse poseer por el Tristán que no era el Líder de los Vanhir. Se mordió la lengua a duras penas. Cuando se lo contase a Valeria estaría orgullosa de él.

—¿Había muchos despiertos? —preguntó Sonthorn preocupado. Contener a tantas criaturas sería difícil.

—Los suficientes para ponerme en problemas incluso a mí.

—Eso me temía. Deberíamos dar un rodeo, dejadme que busque a Azekel, debería poder reconocerlo.

—¿Cómo? —preguntó Tsuneo desconocedor de sus habilidades.

—Un truco de magia —se burló Tristán, pero el Uldenhar aceptó la idea.

—Los Calán tienen sus propias habilidades, cada uno de ellos diferente. —Se encogió de hombros.

—Un día me tendrás que hablar de ellos —dijo el guerrero.

—Cuando mi líder lo considere oportuno.

—Si tan buen luchador eres, ¿por qué sigues a un líder que no es un luchador? —preguntó Ónice sin la más mínima intención de ofender a Tsuneo. Para sorpresa de los presentes, este tomó la pregunta con agrado.

—Los Calán son fuego, rabia e impaciencia. Me gusta esta criatura, es ofensiva, valiente y peligrosamente directa.

—Gracias. Pero responde.

—Cada uno tiene un papel para Calandra —respondió como si eso explicase algo—. El mío es luchar, el de él es conocer sus intenciones entre las líneas de los acontecimientos. Yo puedo desollarte con una mano, él puede comprender a la Diosa y, por lo que estoy viendo, ahora mismo es más importante el conocer que el desollar. Es su destino y está hecho para ello. Yo no le pondré a luchar por mí y yo no decidiré por mi raza. Cada uno tiene su lugar. Lo complicado es encontrarlo, a partir de ahí es sencillo.

Ónice asintió aceptando su respuesta y Sonthorn tomó nota mental de que aquellas criaturas parecían incluso más devotas por su diosa que los propios druganos blancos. Sería una baza a considerar llegado el momento. Se concentró en el mundo invisible a su alrededor y buscó a los Uldenhar. No le costó descubrirlos a todos juntos a pocos cientos de metros delante de ellos. Reconoció el brillo propio de Azekel y se concentró en buscar una criatura diferente dentro de aquel homogéneo grupo de luces doradas. Tragó saliva al recordar a Archy y su brillo dorado ahora extinto. Apartó la sensación de pérdida y se concentró todo lo que pudo hasta que una luz más apagada y grande apareció al lado de Azekel.

—Tu líder es más grande.

—Sí.

—Su piel es más apagada.

—Sí, no le hace falta usar su magia y se ha ido apagando.

—Lo encontré, entonces. Está con Azekel, a media milla quizá de aquí. Creo que están más abajo que nosotros.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Huz.

—El mismo de antes o algo parecido. Están todos reunidos en un mismo lugar, por lo que será imposible acceder de frente. Creo que lo mejor será bajar hasta donde estén y…

—Secuestrarlo, me gusta —aseguró Tristán—. ¿Ves, Raika? Y tú que decías que nos pasaríamos el día hablando aquí abajo en el hielo pasando frío…

—No quería decir eso, me refería a…

—Me parece bien —dijo Tsuneo.

—No, no, lo que yo quería decir es que…

—Secuestro entonces —se apuntó la drugana.

—Por las Vetas Sagradas…

—Un solo acceso, una sola salida —dijo Huz—. Mucho más sencilla de cerrar. Tú dejas caer la runa, yo recojo a su líder con una liana, te lo sujeto y tú te encargas de él.

—Viéndolo así…

—¿Cuánto podéis saltar? —preguntó Ónice a Tsuneo.

—Tres metros como mucho.

—Necesitamos entonces al menos el doble por seguridad. Mueve la runa, vamos a ascender lo suficiente —ordenó Ónice y el guerrero aceptó las instrucciones de todo su grupo. Al fin y al cabo no era mala idea aunque no le gustase el verbo secuestrar.

Movió la runa y formó unas escaleras por las que ascendieron una distancia más que prudencial antes de volver a adentrarse en el glaciar. Cuando consideró que no quedarían más de doscientos metros hasta el líder y los primeros puntos luminosos diseminados aparecieron bajo ellos, ordenó a todos guardar silencio y a Huz que comenzar a preparar la escapatoria. El semielfo enterró varias semillas en el hielo y preparó el hechizo. Estas se extendieron por el perímetro del túnel y se pegaron a las paredes. A una palabra suya, las raíces se cerraron con fuerza en el centro como si de una tela de araña de raíces se tratara.

Tsuneo se acercó a la barrera y la tanteó con las manos. Era firme y dura, pero extendió sus garras y la golpeó con una furia asesina que hizo que Ónice se llevara la mano a la empuñadura de la espada de forma automática. En menos de treinta segundos había logrado atravesarla y miró a Huz con prepotencia y desprecio.

—No servirá. No impedirá que pasen.

—Las runas rojas tampoco son muy efectivas —dijo Tristán recordando su huída a través de los bosques del valle tras su primer encuentro—. De eso estoy seguro.

—Solo necesitamos tiempo, no vamos a encerrarlos. Si quieres hechizos rápidos, estos no serán fuertes. ¿Es suficiente, Sonth?

—Sí, pero coloca todos los que puedas, no quiero más riesgos ni improvisaciones de última hora.

Ónice enarcó una ceja y miró al guerrero.

"*¿Tú?*"

"Algo habré aprendido, ¿no?"

"¿Tú?"

—Huz pondrá todos los que pueda y los activará según huyamos. —Tsuneo aceptó la idea, tampoco tenía una propia que aportar. Como él mismo aseguraba, estaba hecho para luchar y no para decidir—. Ahora guardad silencio, estamos sobre ellos. Cuando estemos sobre su líder os avisaré. Tendrá que ser muy rápido, Huz. Baja las raíces y agarra al Uldenhar más grande que veas. La runa hará de luz y, con suerte, los desconcertará como hizo con Azekel. ¿Todos listos?

El grupo asintió sin decir una palabra que pudiera llamar la atención de las criaturas bajo ellos y reanudaron la marcha solo para detenerse a que Huz dispusiera todas las trampas. Cuando Sonthorn estuvo seguro de que estaban en el lugar correcto, se detuvo y señaló bajo él. El semielfo colocó una semilla en el techo de hielo todo lo profundo que pudo gracias a la ayuda de Tsuneo, al cual le tuvo que reconocer que, sin sus útiles garras para horadar el hielo mágico, aquel viaje se habría hecho muy largo. Pronunció el hechizo y una raíz fuerte y gruesa emergió a su voluntad. Un gesto con la mano suyo confirmó que estaba preparado.

"Cojamos a esa cosa —le dijo Ónice que sostenía su espada aún en su funda. No quería que su fulgor llamara la atención. El brillo dorado tal vez pudiese ser confundido con el sol, pero una espada roja era algo inconfundible".

"Sin hacerle daño —respondió, pero la drugana ignoró su petición y miró al suelo de hielo".

—Adelante.

Giró la runa con ayuda de Ónice y apuntó al suelo ante él. Se concentró e imbuyó más fuerza de la necesaria, no quería correr riesgos y la velocidad era algo imprescindible. La runa atravesó el suelo como un cuchillo ardiendo atravesaba la mantequilla. Descendió rápidamente y, tras unos pocos metros, se adentró en una cámara hueca que comenzó a iluminar con su brillo. No le costó reconocer al líder de los Uldenhar en ella mirando con sorpresa la runa sobre su cabeza. El brillo dorado se reflejaba en su piel apagada como si esta fuera su emisora. Al contrario que la piel del resto de Uldenhar que miraban atónitos el símbolo que flotaba sobre ellos, la del líder de las criaturas doradas iba ganando fuerza a cada instante.

—¡Ahora!

La raíz de Huz descendió a través del pozo de hielo emitiendo un chasquido similar a un latigazo al atravesar el aire. Sonthorn apagó la runa instantes antes de que la raíz llegara hasta ella para no anularla y dejó que Huz se ocupara del resto. Pronunció el hechizo humano para esfera de luz y sintió al instante el frío mágico a su alrededor congelándolo todo y a todos. Su magia le protegía parcialmente, pero Huz comenzó a temblar y sus dientes castañetearon al instante. Sus gestos se volvieron lentos y torpes.

—¡Mierda! —gritó el guerrero que comenzó a dibujar la runa de nuevo ante el semielfo.

Cientos de chirridos se elevaron desde el suelo furiosos mientras la raíz ascendía mucho más lentamente de como había bajado. Las palabras mágicas de Huz eran más lentas ahora que el frío lo atenazaba y Sonthorn movió la runa hasta casi golpearle con ella. Sus labios volvieron a adquirir un color más propio de las criaturas vivas y la raíz ascendió y ganó velocidad. Para alivio de todos, al final de la misma había una criatura dorada agarrada que se agitaba tratando de liberarse por todos los medios. Tenía los brazos juntos a los lados del cuerpo y las garras extendidas en un intento de protegerse. Por fortuna, la raíz de Huz había sido más rápida.

El semielfo lo depositó en el suelo ante el guerrero y Tsuneo se lanzó sobre él para controlar sus garras mortales. Tal vez no fuera un luchador junto a los Calán como él, pero sus garras seguían siendo afiladas y podía herir a alguien con aquella forma de agitarse. Bajo ellos, el estruendo por los chirridos se elevó atronador.

—¡Me recuerdan a los Ashgar! —gritó Ónice sobre el estruendo. Sonthorn movió la esfera de luz humana hacia el pozo para controlarlos y vio aterrado que no le faltaba razón a la drugana.

Volvió a centrarse en el líder de los Uldenhar que se seguía agitando en el suelo mientras todos se esforzaban en controlarlo por la fuerza.

—¡Corred! —oyeron una voz desde el fondo del pozo que reconocieron al instante como la de Azekel. Ningún otro Uldenhar era capaz de hablar y menos de saber qué era lo que hacían—. ¡Corred!

Raika aulló sobre el borde del pozo cuando vio que las criaturas habían dejado de saltar para tratar de llegar a su líder y lo que hacían ahora era una pila sobre la que ascender. La horda de Uldenhar no se diferenciaba ahora de la de los Ashgar. Sonthorn miró a Ónice que sacó su espada y dejó al resto que controlase a su presa.

—Haz algo y hazlo ya —le espetó—. Improvisa.

El guerrero no necesitó que se lo dijeran dos veces y se lanzó sobre el Uldenhar. Su fuerza podía ser enorme, pero él solo necesitaba su corazón. Apoyó las manos en sus hombros, bajó la mirada hacia él y se sumergió en su interior.

CAPÍTULO 6

UN ALMA NEGRA

El guerrero necesitó toda su concentración para sumergirse en el caótico mundo de oscuridad que envolvía el alma del líder de los Uldenhar. Sintió el mismo frío mágico que le rodeaba en la realidad dentro de su alma. Era denso y oscuro, un torbellino de nieve oscura que giraba alrededor de un cansado punto dorado. Trató de avanzar hacia él, pero la tormenta era demasiado intensa y le repelió al instante. Sonthorn cayó de espaldas con las manos congeladas por la nieve oscura. Miró sus dedos azules y fue incapaz de moverlos. Sin embargo, en vez de preocuparse por ello se sintió furioso y una llamarada emergió de sus manos calentando su cuerpo de nuevo. El hielo se disipó y Sonthorn comprendió la solución.

Aquel Uldenhar estaba demasiado cerca de su diosa, demasiado unido a la magia de Calandra para dejarle entrar sin más como le había permitido Azekel. Él solo respondería ante ella, y para eso tenía una solución. Dio una palmada y los guanteletes de Calandra se extendieron sobre sus manos que comenzaron a brillar con intensidad disipando parte del torbellino de oscuridad. Extendió las manos hacia delante y estas soportaron el castigo del frío sin alterarse, al contrario que él, que bullía de rabia ante la resistencia de la criatura. Dio un paso más hacia él y la tormenta lo envolvió por

completo, golpeándolo con intensidad y lanzándolo de espaldas de nuevo.

Rugió de rabia, una ira asesina, descontrolada e incontrolable. Cerró los puños y apretó la mandíbula mientras su cuerpo se tensaba. ¿Cómo osaba aquella criatura tratar de impedirle el paso? Un estallido de luz dorada lo rodeó extendiéndose por sus brazos y recorriendo todo su cuerpo. El poder lo golpeó y lo doblegó, moldeándolo a su merced. Su respiración se aceleró, su pulso se disparó, su mente se abrió y su corazón se cerró.

"Deja que la rabia guíe tus manos —dijo una voz femenina, fuerte y poderosa. No le costó recordar dónde la había escuchado".

¿Eran recuerdos o le había hablado de nuevo? Ya no distinguía, ya ni siquiera le importaba.

"Calandra… —murmuró el guerrero antes de sentir que cada músculo de su cuerpo se desgarraba. Un rayo pareció atravesar su espalda. Esta se arqueó y el guerrero gritó presa del dolor".

"Ahora mereces brillar más que el sol".

El mundo estalló en una luz dorada arrolladora mientras de la espalda del guerrero brotaban cuatro alas del mismo color y brillo que el sol. La nieve negra comenzó a estrellarse contra él, pero esta vez no sintió su frío ni su magia. Protegió su cuerpo con las alas y allí donde la nieve oscura las rozaba se transformaba de inmediato, cambiando su color negro al dorado impuesto por la voluntad del guerrero y la fuerza de Calandra. Avanzó un paso y nada le retuvo. Miró a ambos lados y sonrió, pues la nieve negra había dado paso a una tormenta dorada a su alrededor.

Ahora aquello era su mundo y se dirigió directamente hacia el Uldenhar que lo observaba sorprendido, tal y como Azekel había hecho al salir de su sueño corruptor. La criatura miraba a Sonthorn incapaz de creer lo que le mostraban sus ojos. Encontró a su diosa en su color, pero lo más importante, la halló en su rabia furibunda. Reconoció en sus ojos dorados el poder de Calandra y no hizo falta

palabra alguna que le hiciera confiar en él. Aquel hombre alado venía de parte de su Diosa y debía ser escuchado. Hizo una pequeña reverencia ante Sonthorn y un par de lágrimas recorrieron su rostro, por supuesto, doradas.

La piel del Uldenhar pareció absorber la luz que desprendían las alas de Sonthorn y poco a poco fue adquiriendo un color mucho más brillante, lo que le llenó de vitalidad hasta que una sonrisa apareció en su rostro.

—No sé quién eres ni lo que eres, pero reconozco a mi diosa en ti. ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con respeto y sobriedad.

—Guiar a tu pueblo como has hecho durante décadas —aseguró entre dientes. Le costaba pensar con claridad. La mitad de su alma le ordenaba matar a aquella criatura. Sin embargo, la otra mitad rio al pensar que así debía de sentirse Ónice en todo momento.

—Mi… pueblo…

—Los Uldenhar están encerrados en el hielo donde Calandra los envió para proteger al mundo de su hermana Ágata.

—Ágata… recuerdo a Ágata.

—Ha vuelto y ha escapado. Os necesitamos para cumplir con vuestro destino.

—Nuestro destino… nuestro… ¿destino? —El Uldenhar ladeó la cabeza y frunció el ceño concentrado. Sonthorn se acercó más a él y estiró las alas creando una luz cegadora que bañó a la criatura. La tormenta desapareció y un hermoso mundo soleado cubierto de nieve se mostró a su alrededor.

Sonthorn miró en todas direcciones para descubrir una aldea de criaturas doradas que jugaban junto a humanos extraños. Miró hacia el cielo donde el sol presidía el firmamento y vio una sombra alada en la distancia, demasiado grande para ser un drugano. Se

concentró en ella tratando de distinguirla, pero el Uldenhar reclamó su atención.

—Y los Uldenhar responderán ante su destino —dijo orgulloso alzándose de nuevo—. ¿Dónde están mis hermanos?

—Congelados casi todos. Un pequeño grupo permanece despierto a tu lado.

El Uldenhar pareció meditar unos instantes, sopesando sus opciones. Sonthorn chasqueó la lengua impaciente.

—¿Dónde está el altar?

—Lejos y tu gente está furiosa en este instante. Te hemos secuestrado para hacerte recordar. ¿Puedes controlarlos?

—No —dijo tajantemente—. No así, pero tú sí.

—¿Cómo?

—Muéstrales la luz de Calandra, disipa sus brumas.

—No puedo hacer esto con todos ellos —dijo mientras abría los brazos.

—Los Uldenhar tenemos ojos, pero lo más importante, tenemos piel. Llena su piel de luz y ellos reconocerán en ella a Calandra como yo mismo he hecho.

—¿Y el altar? ¿Sabes usarlo?

—Sé cómo se usa, pero solo un ente oscuro puede hacerlo funcionar.

Sonthorn se humedeció los labios y apretó los dientes tratando de controlarse. Un solo enigma más y le arrancaría la cabeza. Se lo advirtió.

—Un solo enigma más y te arranco la cabeza. —El guerrero reconoció en sí mismo las palabras de Ónice.

Pero el Uldenhar en vez de enfurecerse o disculparse, sonrió orgulloso.

—Esas son las palabras de mi Diosa. No sé quién activará el altar, pero debe de ser una criatura oscura. Ella nos debe enseñar a qué nos enfrentamos. Ella nutrirá nuestra piel de su magia y nos mostrará la corrupción para que sepamos esquivarla.

—¿Sabes qué es?

—Esa era tu tarea. Espero que hayas traído al indicado.

—A la indicada —aseguró Sonthorn pensando en Ónice. Ella sabría golpearles con la oscuridad y la corrupción hasta que los golpes no les dolieran, si hacía falta, literalmente. Es más, aunque no hiciera falta, lo haría encantada. A aquellas alturas de su aventura, la drugana necesitaba golpear algo y Tristán no iba a estar siempre para ello. Trazó rápidamente un plan que la drugana trataría de improvisado y asintió—. Volvamos a la vida.

El guerrero emergió de la mente del Uldenhar para encontrarse con gritos y chirridos ensordecedores a su alrededor. Para su sorpresa, todo el hielo estaba iluminado y se había ampliado dejando una zona mucho más ancha a su alrededor. Ante sus ojos estaba el Uldenhar devolviéndole la mirada con determinación. Un escalofrío le recorrió al comprender hasta qué punto aquel ser confiaba en su propia diosa y se enfrentó a la sensación de que él ya no lo hacía del mismo modo. Lo soltó y se puso en pie abriendo las alas para acomodarlas a la verticalidad. El espacio libre a su alrededor aumentó para acogerlo. Delante suya el volumen de los chirridos era atronador y cercano. Ónice miraba hacia abajo del pozo nerviosa, moviendo la espada a uno y otro lado dispuesta a cortar la cabeza a cualquier cosa que ascendiera desde allí.

Tras él estaba Tristán con la boca abierta de par en par, incrédulo por lo que veían sus ojos, y no tenía nada que ver con el Uldenhar que se ponía en pie. La figura majestuosamente dorada de Sonthorn con sus cuatro alas brillando lo dejó sin aliento. Si alguna vez se veía ante un dios, sin duda tendría aquella forma. Irena o Calandra no contaban, serían poderosas, pero aspecto de diosas no

tenían precisamente. En cambio, el guerrero parecía que podía enfrentarse a las dos sin miedo.

—Por los Dioses Desaparecidos —murmuró incrédulo—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Ya te lo explicaré. —Se volvió hacia la drugana—. Llévatelo al altar y crea la runa negra. Tienes que enseñarles a enfrentarse a la Oscuridad y nadie mejor que tú sabe de lo que es capaz.

Ónice lo miró incrédula.

—¿Yo? Ni loca, no sé hacer runas negras.

—Yo te enseño —se ofreció Tristán.

—Si me hubieses enseñado hace semanas ahora no pasaría esto.

—Eso es agua pasada, mujer, piensa en el futuro, no te quedes atrás.

—¡Lo mato! —La drugana abandonó el borde del pozo y saltó hacia Tristán. Sonthorn la cogió en brazos y por primera vez Ónice fue consciente de que Sonthorn había cambiado de nuevo. También recordó perfectamente su rabia contenida y escasa paciencia—. No me voy sin ti.

—Él debe quedarse —dijo el Líder de los Uldenhar—. Él los contendrá con su luz.

—¿Con su luz? —Ónice no daba crédito—. ¿Va a detener a esa marabunta de engendros con su luz?

—Sí. Es la luz de mi diosa y sabrán verla.

—Estás de broma.

—No, hazlo como dice. Enséñales la verdadera oscuridad, Ónice. Tú has estado dentro de Ágata tanto como ella de ti. Enséñales de qué es capaz.

—Yo tengo la runa necesaria y el molde —apuntó Tristán sacando un objeto dorado y mostrándoselo—. Será fácil, te lo prometo.

El guerrero miró el borde por el que una garra metálica asomaba. Tsuneo cortó el brazo de la criatura de un solo tajo.

—Esto es parte de un plan muy elaborado y solo tú puedes hacerlo. Confía en mí. Si rechazan la luz de Calandra los enviaré con ella —prometió extrayendo su espada. Esta brilló con su habitual resplandor azulado. Sin embargo, un reflejo dorado lamió el filo—. Huz, cierra el paso cuando salgas. Tsuneo, si alguno sube sin recordar la verdad, acaba con él.

—Prometido —aseguró.

—No será necesario —dijo el Líder de los Uldenhar—. Y los necesitamos vivos a todos para enfrentarnos a tantos enemigos.

—Una cosa después de otra —replicó la criatura dorada.

—Corred —ordenó Sonthorn, que saltó hacia el pozo y se sumergió en su interior. Las paredes se ensancharon para dejarlo bajar con las alas abiertas. Unos pocos aleteos frenaron su bajada. Casi al instante los chirridos descendieron de volumen.

—Es la luz de Calandra y sabrán verla —aseguró el Líder de los Uldenhar.

—Como no sea así, te juro que os mato a todos con mis manos —le amenazó la drugana enfundando su espada e iniciando el camino de vuelta.

—La auténtica oscuridad late en su interior. La Diosa hizo bien en elegirte.

Ónice estuvo a punto de golpear a la criatura, pero esta comenzó a correr hacia el pasillo de vuelta. Huz ya se había adelantado y Raika ladraba varios metros por delante. La drugana miró por última vez el agujero por el que se había perdido Sonthorn y emprendió la carrera confiando ciegamente en él. Además, con

aquel cuerpo de alas doradas y su rabia podría acabar con todos los Uldenhar que se enfrentara, lo cual casi prefería. Estaba harta de ellos y del hielo a partes iguales, y del frío estaba más que harta hacía mucho tiempo.

Sonthorn se mantuvo a flote sobre el enjambre de criaturas que lo miraban incrédulas. Sus gritos se apagaron, sus movimientos se frenaron y sus pieles comenzaron a reflejar el color dorado que emitían sus alas. Descendió despacio a medida que se apartaban para dejarle hueco y se alzó ante ellos. El recuerdo de la batalla de Darmid y de cómo se había tratado de mostrar como un dios ante los humanos volvió a su memoria. ¿Cuánto tiempo hacía de ello? ¿Meses? ¿Años? Había cambiado tanto en aquel tiempo que le parecía irreal el recuerdo.

Se plantó firmemente en el suelo y contempló los cientos de ojos que lo miraban incrédulos. Se humedeció los labios, quizá necesitaran un escucharlo para recordar y no perdía nada por intentarlo.

—Habéis olvidado la tarea que Calandra os ha entregado —dijo lo más fríamente que pudo a pesar de que el corazón amenazaba con salírsele el pecho—. Debíais proteger el hielo de Ágata y eso tenéis que hacer. Os hemos liberado para luchar contra el enemigo, no contra nosotros. Os pido ayuda para…

Varios chirridos se alzaron de nuevo y Sonthorn pudo ver muchas caras de desconcierto a su alrededor, en todas direcciones. Trató de hacerles ver la luz de Calandra y tensó los músculos. La luz incrementó su fulgor, pero no parecía tener efecto.

—Necesitamos vuestra ayuda, el mundo está en peligro y vosotros sois los únicos que…

Más gritos, esta vez furiosos. Varios filos metálicos reflejaron su fulgor. El guerrero apretó los dientes. ¿Cómo se atrevían a desobedecerlo? Dio una palmada y los guanteletes de Calandra cubrieron sus manos.

—Obedeceréis, queráis o no. Esta es su voluntad y yo haré que la respetéis.

Muchas gargantas dejaron de gritar, pero eran las menos. El guerrero recordó entonces que Calandra no pedía ni suplicaba. La diosa de la ira tomaba y ordenaba; él debía hacer lo mismo. Los Uldenhar no estaban por la labor de ayudar y cuando el primero de ellos saltó hacia él con las garras extendidas, Sonthorn sonrió tétricamente.

—Vosotros lo habéis querido.

El guerrero golpeó con el puño al primero de los Uldenhar. Este salió volando hasta estrellarse contra la pared sobre sus congéneres. El segundo siguió el mismo camino y el tercero en dirección contraria. Escucharían a su diosa quieran o no. Los golpes y chirridos se elevaron al unísono llenando la sala con el estruendo de un combate cada vez más frenético.

El sonido viajó a través del túnel hasta el oído de Ónice que trató de comunicarse con el guerrero. Podía sentirlo como una llama abrasadora en su mente y supo que estaba bien, aunque no le respondía. Tendría que hablar con él sobre esa nueva manía suya de bloquearla cuando todo acabase. Por el estruendo comprendió que estaba haciendo lo que ella misma más deseaba en aquel momento, aparte claro de salir del maldito hielo.

Adelantó a Huz, que cerró la primera puerta mágica a duras penas. Ónice pudo ver gracias al filo de su espada que sus labios estaban azules por el frío mágico a su alrededor. Ante ellos, en la distancia, la runa roja de Tristán marcaba el camino hacia el altar negro. La drugana miró preocupada al semielfo, no por él, bien sabía la diosa que le importaba poco, pero si no pronunciaba su magia no cerrarían el paso a las criaturas.

La puerta se cerró y Huz comenzó a caminar con torpeza. Ónice lo alzó y lo arrastró a zancadas hasta la siguiente trampa donde repitieron el mismo hechizo, pero con cada nueva magia un poco más de Huz se congelaba. La drugana masculló un improperio.

—Déjalo, te vas a congelar. Salgamos de aquí.

—N…o… —trató de decir. Intentó humedecerse los labios y fue incapaz de hacerlo. Su lengua pareció congelarse en el proceso.

—Lo que me faltaba.

Ónice alzó al semielfo y se lo cargó al hombro echando a correr en dirección al altar. Unos pocos minutos de ejercicio la animaron, más aún cuando se encontraron de frente con el altar ante el que el Líder de los Uldenhar y Tristán conversaban.

—Pero no podemos derretir el hielo aún —dijo Tristán—. Todos caerán al abismo.

—Deben despertar, Protector de los Calán —dijo para sorpresa de Ónice que ni se dignó en preguntar. Le importaba bien poco. Quería una solución ya.

—Dadme una solución ya —ordenó.

—Enséñales lo que es la oscuridad con esta runa —dijo Tristán señalando un pedazo de metal dorado en el que había inscrito un símbolo. Ónice miró la tablilla con extrañeza—. Dibújala aquí y solo habrá que poner esto en el altar.

—¿Así? ¿Sin más?

—Eso creo.

—¿Eso creo?

—¿Y el hielo? —preguntó el Líder de los Uldenhar.

—Ese tema es delicado. Yo creo que puede desaparecer, pero aquí el amigo dice que no, que solo devolveremos la memoria. Después habrá que rescatarlos a todos poco a poco.

—Sonthorn puede hacer eso con su magia. Huz, sal fuera y entra en calor, puede que hagas falta para algo y no me sirves congelado. Tú, engendro dorado, ¿por qué estás tan seguro?

—Porque mi diosa es inteligente.

—Tu diosa es una psicópata rabiosa —le espetó a la cara. El Uldenhar sonrió.

—No te falta razón. Pero inteligente, no lo olvides. No dejaría algo tan obvio al azar —aseguró decidido—. La Reina de Hielo volvió a congelar el glaciar, ¿no es así? —Tristán se quedó mirando al Uldenhar incrédulo—. La vi cuando vinisteis la primera vez. ¿Qué magia creerías que traería a este lugar?

—Pero fui yo el que dibujó la runa —recordó obviando el recuerdo de que ellos habían masacrado a cientos de los suyos. Quizá si no decía nada se le olvidase.

—No puede ser. Esto es obra de ella. Tú no servirías para algo así.

—Ni para eso ni para nada —masculló Ónice acercándose al altar y viendo el grabado de la runa dibujado. Puso la tablilla contra ella y ambas encajaron a la perfección. Se volvió justo a tiempo para ver cómo Tristán le hacía burla a sus espaldas.

—Yo congelé este lugar, fue mi runa, fue mi magia la que… —Entonces lo recordó. Valeria había tratado de activar el altar antes que él sin llegar a conseguirlo. Sin embargo, sí que había cerrado la runa antes. Él solo la insufló de fuerza de nuevo—. ¡Es verdad! Tienes razón. Fue Valeria, yo solo le entregué energía. Tal vez tengas razón.

—Otra vez tú y tus tal vez —masculló la drugana—. ¿Cómo lo hago?

—Deprisa —dijo el Uldenhar lo que enfureció más a la drugana.

—Esa es la actitud —se burló Tristán, si bien lo decía en serio. Ónice se mordió la lengua tratando de controlarse—. Ven aquí que te explico algo que seguro que ya sabes.

La drugana apretó los dientes y respiró hondo antes de acercarse a él. Tristán le explicó rápidamente lo que debía saber sobre las runas, los trazos y la voluntad, siendo esta parte la más

importante. Le contó que se encontraría con la Oscuridad ante ella y que de ella tenía que extraer la energía para su magia, pero no sería gratis. La Oscuridad corrompía y siempre ganaba, tarde o temprano, pero siempre conseguirá su objetivo.

—Ella lo sabrá todo de ti, conocerá cada uno de tus puntos fuertes y débiles. Ni una sola palabra será en balde. Si cree que enamorándote te hará caer, será todo lo que tú deseas. Si cree que puede usar tu rabia contra ti, te enfurecerá como nunca. Si tu debilidad es la soberbia, y la tuya es tan grande como el corazón de Sonthorn, lo usará en tu contra. Nunca te creas nada de lo que veas.

—Conozco a esa zorra y no me engañará —aseguró con rabia. El recuerdo de Ágata volvió a su mente y se sintió mareada de pronto. Tuvo que asumir que volverse a encontrar con ella no sería sencillo.

—Recuerda para qué trazas la runa —dijo el Uldenhar—. No es para vengarte, esto no es una revancha. Este altar está conectado a todos los Uldenhar del hielo. Con él puedes influir en mi raza como quieras. Mi Diosa confía en ti casi a ciegas, por favor, solo enséñales a enfrentarse a la Oscuridad, a las runas negras y a su magia corruptora, nada más.

—¿Cómo? —Ónice no terminaba de comprenderlo, pero Tristán había estado tantas veces cerca de la Oscuridad que conocía cómo funcionaba.

—Cuando te tiente, engáñala y tendrás la fuerza para eso y mucho más. Busca a los Uldenhar a tu alrededor y enséñales lo que es la magia negra. Golpéalos con ella y trata de corromperlos lo bastante suave para no matarlos, pero fuerte para que se vean obligados a adaptarse —dijo Tristán mientras Ónice ampliaba su sonrisa poco a poco. La idea le gustaba—. Solo recorre este símbolo con tu magia y funcionará.

—¿Golpearlos… como quiera?

—Como quieras.

—No los mates —recordó el Uldenhar.

—Libera esa rabia, diviértete un poco —le tentó Tristán.

—¿Divertirse? —La criatura dorada comenzaba a dudar seriamente de las intenciones de la drugana—. No... esto no es divertido, esto es…

—Allá voy.

Ónice se apartó de ambos y alargó el dedo índice. Se humedeció los labios y reclamó a la Oscuridad a su alrededor mientras comenzaba a recorrer la runa poco a poco. El mundo se oscureció a su alrededor y un frío mucho más duro y terrible la inundó. Abrió los ojos y estos se centraron al instante creando el día en la noche. Ella había crecido en las sombras, aquel era su mundo. Allí estaba a salvo, allí ella gobernaba. Sin embargo, una figura comenzó a ascender desde el suelo ajena a su voluntad.

Su corazón se congeló cuando la imagen de Ágata terminó de materializarse desde las sombras. Cada detalle que recordaba de ella estaba allí, pero sobre todo su sonrisa macabra y siniestra. En su rostro mostraba el conocimiento de lo que su imagen representaba para Ónice y se relamió los labios disfrutando el momento.

—Al fin nos encontramos, hija mía —dijo abriendo los brazos con la intención de darle un abrazo. La drugana se apartó de ella de un salto—. ¿No te alegras de verme?

—Me alegraré de verte muerta.

—Oh, por supuesto, ahí será cuando me veas de nuevo. Mis hijos vienen a mi lado, ¿sabes? Por ejemplo Nefrén. Lástima que fuera un cobarde al final. —Ónice trató de no alterarse, pero su corazón se aceleró debido a la rabia. Ágata miró su pecho—. Esa ropa no te favorece, hija mía.

La figura de Ágata cambió hasta adquirir la imagen de Ónice, solo que esta vez volvía a portar el vestido que Ágata había creado para ella durante el tiempo que fue su prisionera. Viéndolo desde

fuera era verdad que no dejaba demasiado a la imaginación, lo cual no le importó en absoluto y asintió conforme ante la imagen de sí misma.

Ágata volvió entonces a su auténtica forma, su sonrisa de irónico desprecio se había congelado al no obtener resultado alguno de su trampa. Su cuerpo se dividió en dos y mostró a Nefrén a su lado desnudo de cintura para arriba. El drugano se arrodilló ante ella e inclinó la cabeza.

—Este será tu futuro, hija mía. —La ropa de Ágata desapareció mostrando un cuerpo tan atlético y fuerte como el de la drugana. Agarró la cabeza de Nefrén y la enterró entre sus piernas—. Toda la eternidad para servirme —dijo entre gemidos—. Sé que eres realmente buena en esto, puedes unirte si quieres. Te daré una pizca de fuerza si me das un poco de tu… buen hacer.

Pero Ónice había vivido muchos años y había disfrutado de un mundo para ella sola lleno de muchos amantes, nada de lo que expusiera ante ella la haría sentirse incómoda. Parecía mentira que la misma Ágata, supuesta diosa de los druganos negros, no supiera cómo vivían entre ellos o lo que hacían para entrar en calor. Una mueca de desdén se dibujó en su rostro y rio ante las infantiles trampas de Ágata.

Pero la Oscuridad tiene toda una eternidad para ganar y puede equivocarse mil y una veces mientras que ella no podía cometer ni un solo error. Las palabras de Tristán volvieron a su mente.

"Ella lo sabe todo de ti, tus puntos fuertes y débiles. Ni una sola palabra es en balde. Si cree que enamorándote te hará caer, será todo lo que tu deseas. Si cree que puede usar tu rabia, te enfurecerá como nunca. Si tu debilidad es la soberbia, y la tuya es tan grande como el corazón de Sonthorn, lo usará en tu contra. Nunca te creas nada de lo que veas".

Cuando vio que el pelo de Nefrén comenzaba a crecer mientras su aspecto cambiaba a uno más joven y mejor conocido para ella, su corazón se heló. Comprendió que había bajado la guardia al sentir

una rabia desmedida cuando vio la imagen de Sonthorn gratificándola. Sus gemidos amenazaron con romperle los oídos. Apretó los dientes y los puños furiosa, tanto consigo misma por dejarse engañar, como por admitir que Tristán tenía razón, como por la imagen ante ella. Su corazón latió con rabia en su interior y unas alas negras se formaron en su espalda.

—Esa es la auténtica imagen de mi hija. Mírala, pequeño —dijo obligando a Sonthorn a mirarla. El guerrero desenterró la cabeza de entre sus piernas para observar a la drugana con una expresión de frustración al tener que dejar su trabajo. Ágata sonreía radiante de felicidad—. Invítala a participar.

—Únete a nosotros.

—Vete a la mierda —le espetó a los dos frustrada, rabiosa y dolida en lo más hondo ante la imagen de lo que veía.

—Oh, pero hija mía, si a él le encanta compartir.

La imagen de Ágata cambió y mostró una joven de pelo castaño, hermosa y de rostro enamorado. Sonthorn se puso en pie y la miró con el mismo rostro enamorado que le enseñaba a ella en la intimidad. Su corazón se congeló y abrió los ojos de par en par. Dio un paso hacia delante dispuesta a separarlos, pero la joven Tarnicis comenzó a besar a Sonthorn con intensidad. Sus manos desabrocharon el cinturón que sostenía la espada a su cintura.

Ónice tragó saliva sin aliento.

—Siempre ha sido mío —le dijo liberando sus labios por un instante—. Y siempre lo será. ¿Te crees que te quiere a ti? ¿A su enemigo? No, es un hombre y quiere este cuerpo joven y hermoso. Siempre ha estado enamorado de mí y lo sabes. No eres más que un parche para su corazón, un cuerpo que follarse mientras vuelve a encontrarse conmigo.

—Ella está muerta y tú lo estarás muy pronto.

—¿Seguro? Yo sé que no es así. La he visto, ¿lo sabías? Cerón la ha encontrado y está muy viva. —La imagen de Tarnicis cambió levemente y mostró su aspecto actual con sus ojos dorados y su mueca de suficiencia. La locura iba y venía a cada segundo—. Y se ha vuelto mucho más poderosa de lo que tú serás jamás. No eres nada comparada con ella ni para mí… ni para él.

Tarnicis agarró la cabeza de Sonthorn y de un rápido y experto gesto le rompió el cuello. Su cuerpo cayó al suelo mientras las náuseas golpeaban a la drugana al ver morir a Sonthorn ante ella. Sabía que cada día de aventura podía ser el último, pero jamás había llegado a creérselo del todo. Él era El Heredero del Cielo, simplemente no podía morir o con él se acabaría todo. Verlo desplomarse ante sus ojos cumpliendo la más terrible de sus pesadillas le arrebató la fuerza y, por una vez no sintió rabia, sino dolor.

—¡No! —gritó sin poder controlar su dolor. Se sintió desgarrada por dentro, rota hasta la última célula. La ansiedad la zarandeó y golpeó. Dio un paso hacia delante y se arrodilló suplicando por la vida de Sonthorn—. ¡No le hagas daño! Te daré lo que quieras, pero por favor, no le hagas daño.

Ónice miró el cuerpo retorcido de Sonthorn en el suelo con la cabeza en un ángulo imposible y palideció. Sobre el cadáver, Tarnicis sonreía triunfal saboreando su victoria.

—¿Qué estarías dispuesta a dar por él?

—Mi vida —aseguró sin la más mínima duda. Él haría lo mismo por ella en todo momento y lugar, una y otra vez y sin el menor remordimiento.

Tarnicis amplió su sonrisa macabra disfrutando del momento. Había sabido leer a aquella chiquilla estúpida que se creía más lista que ella y la había humillado en unos pocos minutos. Se sintió orgullosa de lo rápido que la había hecho claudicar, de lo pronto que se había doblegado ante un ser todopoderoso como ella.

—No me interesa tu vida. ¿De qué me iba a servir aquí dentro? —Le dio una patada al cuerpo de Sonthorn y su cuello crujió mientras volvía a su posición adecuada. El guerrero abrió los ojos y se levantó dispuesta a continuar con la sesión de placer sobre Tarnicis—. Como ves, aquí tengo todo lo que necesito. No me sirves de nada muerta.

Ónice observó a Sonthorn volviendo a su tarea y sintió aún más náuseas. Apartó la vista incapaz de seguir viéndolo entre las piernas de Tarnicis.

—¿Qué deseas, entonces? —preguntó con la voz rota. Jamás se había sentido tan superada por nada. Pero si Tarnicis la escuchó la ignoró por completo. Sus gemidos subieron de volumen mientras miraba a la drugana irradiando oscuridad a su alrededor. Un nuevo grito amenazó con destrozar a Ónice si seguía escuchando. Se tapó los oídos con las manos—. ¡Basta! ¡Basta!

Tarnicis apartó la cabeza de Sonthorn de su entrepierna y se irguió de nuevo. Cambió su aspecto de nuevo a la forma de Ágata y caminó hacia la drugana. No podía aplastarla, la necesitaba viva, la necesitaba dócil y si la rompía se rebelaría. La línea entre la obediencia extrema y la venganza era demasiado sutil, pero ella era toda una experta, al fin y al cabo lo había hecho durante toda la vida.

—Me servirás. Me traerás la información del mundo que no vea y harás lo que yo te ordene cuando te lo ordene. No acabaré con tu paria, eso lo hará el destino. ¿Tenemos un trato?

—Mata a esa zorra —dijo Ónice señalando al lugar que había ocupado la imagen de Tarnicis—. La quiero muerta, no consientas que la vuelva a ver. Deshazte de ella y te daré lo que pidas.

Ágata arrugó la nariz. No le gustaba que le dieran órdenes, no aceptaba que fuera la mano de otros la que moviera sus hilos. Sin embargo, era un trato acorde, muy sincero para lo que esperaba de una mujer pasional como estaba segura de que era Ónice. Sopesó la posibilidad de doblegarlas más, de destruirla un poco más y

finalmente aceptó que era un buen comienzo. Tendría toda la eternidad para corromper su corazón, ¿por qué arriesgarse ahora?

—Muy bien, tienes mi palabra. Tarnicis morirá a cambio de tu lealtad.

—Oh, por los Dioses Desaparecidos, ¡gracias! —exclamó la drugana poniéndose en pie y abrazando a Ágata, que abrió los brazos incómoda por el contacto. Ónice lloró en su pecho—. Gracias, gracias, gracias…

—Apártate de mí —le espetó dándole un empujón asqueada.

Ónice se separó de ella y se arrodilló ante Ágata que volvió a sonreír. Era justo donde quería tener a la drugana. Se le había escapado una vez, pero ahora la tenía justo donde quería. Se planteó obligarla a realizarle el mismo ritual que el guerrero, pero volvió a tener la sensación de que sería tensar demasiado la cuerda. Se obligó a recordarse que la necesitaba.

—¿Qué desea que haga mi ama? —preguntó dócilmente. Aquellas palabras fueron más placenteras que todas las interacciones de Sonthorn con ella. Disfrutó el momento con un gemido casi imperceptible.

—Destruye este glaciar, mata a todos los Uldenhar que hay en él. Que caigan al suelo, mátalos a ellos y a todos los enanos que se me escaparon. Mátalos a todos y disfruta haciéndolo por mí.

—No… no tengo fuerza para algo así —reconoció Ónice—. Me supera lo que me estás pidiendo… mi ama.

Ágata agarró a Ónice del cuello, la levantó en un veloz movimiento y la lanzó contra el suelo con fuerza. La drugana rebotó y perdió el aliento. Boqueó tratando de respirar y sintió una patada en el estómago que la hizo vomitar.

—¡Levántate! —le ordenó Ágata.

Pero estaba herida, sin aliento, estaba… Ónice frunció el ceño y volvió a respirar. Rápidamente se sintió mejor, más fuerte, más

rápida, más poderosa, más… oscura.

—Levántate, hija mía. Para crecer antes hay que romperse.

—Siento tu poder recorriendo mi cuerpo —dijo Ónice mirándose las manos. Estas habían adquirido el mismo brillo oscuro de Ágata. Comenzó a reír histéricamente liberando la rabia, la deshonra, el odio más furibundo, el rencor más profundo y mostrando una mueca de locura que jamás había manifestado.

Ágata rio ante su gesto disfrutando de la criatura que había creado. Alguien así de roto, tan desbordado y oscuro con su poder podía ser terriblemente valioso de su lado. Rio con ella, pero Ónice siguió riendo cuando ella ya fue incapaz. La miró extrañada mientras Ónice no dejaba de mirar a su alrededor con otros ojos. Sus alas parecían alejar la luz de ella.

—¿De qué te ríes? —preguntó finalmente Ágata ladeando la cabeza incómoda. Una sensación de engaño recorrió hasta el último rincón de su cuerpo inmaterial.

—De que ahora tengo tu poder y sé qué es lo que más temes —dijo Ónice y esta vez la mueca de sarcasmo la mostraba ella—. Y haré todo lo que esté en mi mano para detenerte. Zorra.

CAPÍTULO 7

EL ALMA MÁS NEGRA

Kem no necesitó alzar la espada hacia Cerón para amenazarle. Solo con sostenerla y una intimidatoria expresión en el rostro cualquiera se hubiese encogido ante él y eso hizo el mago. A su modo de ver, solo tenía dos opciones en aquel momento: pasar desapercibido y que no reconociera en él un peligro o enfrentarse a él y derrotarlo. Cualquier otra posibilidad supondría su muerte o al menos su descenso a la locura. Su magia humana no sería suficiente para derrotar al Señor de los Druganos Negros.

Agachó la cabeza y apoyó las manos en el suelo sumiso como se esperaría de él. Si de algo estaba seguro era de la prepotencia de Kem que se sentiría invulnerable y por encima de todo y todos. Había traído de entre los muertos al mismísimo Kelldom, ¿cómo no sentirse todopoderoso? Además, había tratado lo suficiente con Ónice y con Nefrén para saber cómo pensaban los druganos negros. Tenía una pequeña ventaja respecto a él que no iba a desaprovechar.

Kem hundió sus ojos completamente negros en él y lo atravesó con la mirada. Cerón aguantó el escrutinio sintiendo su mirada clavada en su nuca. Sin duda se estaría preguntando si no sería mejor acabar con él y seguir su camino, eso evitaría perder el tiempo. Se humedeció los labios.

—Mi señor, perdóneme la vida —suplicó con su mejor actuación y de la que seguro que Nefrén se burlaría. Kem chasqueó la lengua asqueado—. Solo soy un viajero hacia el sur.

—El sur es la muerte. Si es eso lo que buscas puedo ayudarte ahora mismo y ahorrarte el viaje. —Kem comenzó a alzar la espada. Desde luego no era drugano de muchas palabras.

—No, mi señor. Solo quiero escapar de Praedesi y vivir una vida sencilla y tranquila en las montañas —aseguró tratando de que la baza de la libertad arraigara en el drugano—. Quiero ser libre y elegir mi propio camino.

El ceño de Kem se frunció. Ladeó la cabeza y alzó la espada hasta el cuello de Cerón. Empujó con la punta su mentón y lo obligó a ponerse en pie si no quería acabar malherido. Cerón siguió mirando el suelo con la misma actitud sumisa. La espada de Kem descendió a su cintura y le dio un golpe a su propia espada compuesta por la garra del Uldenhar. Su extraña forma no le pasó por alto al drugano. A aquellas alturas sabía perfectamente que le mentía y Cerón estuvo tan seguro como él. La punta de su espada volvió a su cuello rápidamente.

—La libertad es un don que pocos se han ganado porque nadie lucha ya por ella. —Bajó el arma y comenzó a rodear al mago observando cada detalle sobre él. Comenzó a darle sutiles golpes con la punta de la espada a medida que hablaba—. Espalda fuerte, hombros anchos, piernas recias… no has sufrido la falta de alimento que soporta la escoria que habita los pueblos de esta isla. Y esa espada… es extraña, pero valiosa en este mundo. Un metal de tal tamaño valdría muchas vidas. ¿Es eso? ¿Has arrebatado muchas vidas?

—No, mi señor.

—Lástima. —Kem volvió a situarse ante Cerón—. ¿Qué haces aquí? Y ahora será mejor que me digas la verdad. Una sola palabra errónea y morirás aquí mismo. Despedazaré tu cadáver y los

animales salvajes se comerán los restos rápidamente. Habla, gusano.

Para sorpresa de Cerón, volver a escuchar que le llamaban gusano le reconfortó trayéndole los recuerdos de *Esmeralda* y Praedesi. Tal vez no supiera mentir, pero podía distorsionar la verdad.

—He… escapado de Praedesi —confesó lentamente mientras trazaba un plan—. Busco refugio al sur de las montañas, donde ellos no lleguen y pueda vivir en libertad.

Kem asintió, podía reconocer la sinceridad de sus palabras, pues estas contenían la suficiente verdad como para incitarle a creer el conjunto. Su pertenencia a Praedesi explicaba su correcta alimentación y buena forma física, por no decir su búsqueda de esconderse.

—El sur de las montañas es infranqueable. Encontrarás la muerte en tu viaje.

—De la muerte estoy huyendo, mi señor.

—¿Por qué huyes de ellos? Tienes comida, ¿qué más puede querer un gusano como tú?

—Libertad —aseguró decidido recordando la pasión con la que tanto Nefrén como Ónice hablaban de ella—. Libertad, mi señor. Prefiero morir mirando a la cara a la muerte que arrodillado ante nadie. Quiero elegir mi camino aunque ese me lleve al mismo destino.

Kem asintió pensativo, su rostro se había relajado levemente. Sus ojos negros seguían atravesando al mago, pero no eran tan agresivos ya. La teoría de Cerón funcionaba.

—¿Y por qué me da a mí la sensación de que no tienes miedo a ese destino? —Kem agarró el brazo izquierdo de Cerón y tiró de su manga hacia arriba casi arrancándole la misma. Los tatuajes de mago humano aparecieron al instante. El rostro del drugano mostró

una sonrisa de triunfo. Soltó el brazo del mago con fuerza y en el mismo gesto dio un paso atrás y blandió la espada ante él. Esta se apoyó en su cuello antes de que pudiera reaccionar. Cerón había olvidado lo rápidos que eran los druganos negros en su forma alada. El recuerdo de la batalla de Sonthorn con Ónice regresó a su memoria—. Eres un mago del continente.

—Eso no hace falsa mi historia —dijo entrecortadamente. La espada apretaba tanto su cuello que le costaba tragar saliva—. Me secuestraron allí en su último viaje. Llegué hace pocos días y logré escapar de milagro.

El rostro de Kem borró su sonrisa de complacencia y frunció el ceño.

"Mierda, me ha reconocido —pensó Cerón. Le había dado demasiadas pistas y el Señor de los Druganos Negros había atado cabos rápidamente".

—No creo que haya sido un milagro, ¿verdad, mago? Este mundo está cerrado a los extranjeros como tú.

Cerón miró a Kem a los ojos por primera vez de forma directa. Sintió una punzada de rabia ante sus palabras que no supo controlar. Sintió su propia magia telépata vibrando a su alrededor, ansiosa por entrar en acción, dispuesta a acabar con aquel ser que osaba enfrentar a su creador.

—Y dime, ¿cuántos druganos negros han nacido en este mundo? —le preguntó, pero donde normalmente se arrepentiría de sus palabras, esta vez no lo hizo. Una sonrisa irónica torció sus labios.

Kem alzó una ceja, no se esperaba su respuesta. Esta revelaba mucho más de lo que sus palabras decían. El mago sabía lo que eran los druganos negros y no solo eso, sino que se creía con la posibilidad de defenderse de ellos. Su rostro se endureció. Tal vez fuera orgulloso, pero también era inteligente y no había llegado a dónde había llegado sin ver las señales de peligro. Sus dedos se

abrieron y cerraron buscando entrar en calor dispuestos a grabar la muerte del mago en el aire con líneas negras. El brazo de Cerón ardió por un brevísimo instante y no le hizo falta escucharle para saber que Nefrén no aprobaba sus palabras. Estas rozaban el desacato al drugano negro más poderoso del mundo.

La punta de la espada de Kem se clavó con más fuerza en su cuello, la suficiente para hacerle sangrar. Una gota recorrió el filo del arma y Cerón sintió su magia pugnando por defenderlo. No solo defenderlo, sino que sintió su rabia incrementándose. Esta se concentró en el lugar de la herida y empujó la espada. Cerón pudo volver a mirar de frente en cuanto la espada retrocedió empujada por la fuerza inconsciente del mago.

El brazo de Kem tembló bajo el empuje del arma y se vio obligado a apartarla. Instintivamente dibujó una runa de corte con su mano izquierda dispuesto a eliminar la amenaza. No había llegado tan lejos permitiendo que sus enemigos se preparasen y no iba a hacerlo ahora. Sus dedos siguieron los trazos a toda velocidad con dedos ágiles y expertos. Terminó de dibujar la runa mientras saltaba hacia atrás dos metros, los suficientes para tener espacio para prepararse ante lo que el mago pudiera hacer. Sin duda esperaba que este pronunciara un hechizo para atacarlo como cientos de magos humanos habían hecho antes que él con el único resultado de su propia muerte.

Pero Cerón no era un mago humano normal. Sus dedos dibujaron la misma runa en dirección opuesta y la lanzaron contra la de Kem, que estalló en el aire en una chispeante nube de humo negro. Aprovechó el momento y pronunció el hechizo de luz con toda la intensidad que pudo entregarle y lo hizo estallar ante los ojos de Kem, que retrocedió con un grito desafiante. Abrió las alas y saltó al aire donde no tendría que ver dónde pisaba hasta que se recuperase de su desventaja. Tendría tiempo para pensar en qué era aquella criatura que le hacía frente con conocimiento, habilidad y osadía. Desde luego no era un mago normal ni mucho menos.

Clamó a su magia oscura y del suelo comenzaron a crecer afiladas ramas negras cubiertas de pinchos tan afilados o más que su espada. Estas golpearon las defensas de Cerón, que soportaron el impacto de las mismas contra la esfera de protección que habían levantado a su alrededor. El mago sintió la pérdida de fuerzas que implicaba defenderse de un drugano negro. Si bien había estado mucho tiempo junto a Ónice, no se había enfrentado a ella jamás por lo que desconocía hasta qué punto eran fuertes. Por supuesto que sabía de su poder, pero la cotidianidad del trato, igual que el de Sonthorn, habían camuflado ese poder.

Cerón buscó en el cielo al drugano que se había alejado lo suficiente para comenzar a confundirse con la noche. Una niebla negra comenzó a concentrarse a su alrededor. Kem era un luchador inteligente y fuerte, no se lo podría fácil. Cerón vio a su alrededor cómo las raíces comenzaban a alzarse sobre él tratando de rodear su magia completa y no solo su cuerpo. Trató de saltar para alejarse y descubrió que no podía superar la fuerza de su magia. Masculló un improperio, era un blanco fácil.

"¿Qué hago? —le gritó a Nefrén en su cabeza—. *¡Ya me ha reconocido, déjate de esconderte!"*

"*¡Escapar!* —Su brazo volvió a arder con su brillo anaranjado —. *Solo puedes escapar ya".*

"Es más rápido, puede volar y yo solo puedo contener sus ataques. Correr no parece una opción".

"*El enemigo de mi enemigo es mi amigo* —dijo Nefrén dándole el recuerdo de los Tharbrins".

"Tiene que ser una broma".

Una runa negra impactó contra la defensa mágica de Cerón, que quedó sin aliento ante la repentina pérdida de fuerza. Era una runa de frío y sintió el hielo en sus pulmones cuando pudo volver a respirar. Tragó saliva a duras penas. Sus pies comenzaron a helarse al momento.

"Por los Dioses Desaparecidos… ¡Tú controla a la Oscuridad!".

"Esa zorra es mía".

Comenzó a dibujar la runa de fuego con su mano derecha lo más rápido que pudo mientras con un hechizo humano ordenaba al viento que emergiese de él en todas direcciones con lo que logró apartar las raíces puntiagudas durante un instante. Terminó el símbolo de fuego y siguió dibujando el siguiente, que le protegería del mismo cuando este escapase de control. No funcionaba igual el fuego creado por la magia de uno mismo que el que este provocaba en la vegetación al fin y al cabo. Frente a su magia estaría a salvo, frente al incendio posterior no.

Cerró el símbolo y el mundo estalló en llamas a su alrededor creando un infierno de fuego tan intenso que la noche se hizo día por más de un instante. El cielo se iluminó con el color anaranjado del incendio desatado lo que permitió que Cerón pudiese localizar a Kem en las alturas. Este se lanzó en picado, escapando de las llamas que parecían perseguirlo empujadas por la voluntad de Nefrén de acabar con su anterior señor. En cuanto el drugano se posó en el suelo, plantó firmemente los pies y se cubrió con una esfera negra de magia contra la que impactó la llamarada con la fuerza de un huracán arrastrando todo lo que rodeaba al drugano tras él.

Cerón observó la esfera negra siendo arrastrada por la fuerza de su magia, pero permaneciendo íntegra a pesar del terrible impacto. Solo cuando las llamas terminaron de alejarse en la distancia hasta extinguirse, Cerón fue consciente del infierno que había creado que nada tenía que envidiar al del barco de Praedesi. A su alrededor todo había sido carbonizado al menos a cien metros a la redonda, incluso las raíces creadas por el drugano para retenerlo.

Se tapó la nariz tratando de impedir que el asfixiante humo lo hiciera desconcentrarse y buscó a su alrededor el siguiente peligro. Tal como esperaba, no tardaron en alzarse de entre las llamas media docena de figuras de cuerpo etéreo. Estas rodearon la esfera de Kem y al mago divididos en dos grupos. El drugano bajó su

protección y contempló el caos reinante a su alrededor furioso por muchos motivos. Se humedeció los labios cuando observó a los Tharbrins que le hacían frente con una mueca burlona en su ardiente rostro.

—¡Matadlo! —ordenó el drugano fuera de sí señalando a Cerón. Este vigilaba a sus propias llamas humanas.

El más cercano a Kem amplió su sonrisa.

—No.

Kem palideció, incrédulo. Amplió las alas y se enfrentó a la criatura.

—Matadlo ahora mismo o…

—No estás en situación de darnos órdenes —le espetó otro de ellos.

—No eres tú quien da las órdenes.

El drugano apretó los puños todavía más incrédulo. Aquellas criaturas eran volubles, pero siempre habían cedido a su autoridad.

—¿Quién da las órdenes entonces?

—La ama —dijo el más cercano a Cerón. Parecían compartir pensamientos o ideas.

—Kelldom es mi criatura, no te atrevas a contradecirme por…

—No, no es tu ama, sino la nuestra. Los Tharbrins no están a tu servicio —respondió el quinto de ellos. Cerón miró al sexto poniendo a prueba su teoría. Este miraba furioso la espada de su cintura. Sin duda sabían que había acabado con uno de ellos gracias a ella y a Tamatha. Los cinco que habían hablado desaparecieron y emergieron rodeando a Kem que se vio obligado a cerrar sus alas para no que no resultaran quemadas. El sexto siguió observando al mago y a su espada. Este se llevó la mano a la empuñadura instintivamente.

Kem vaciló. No podía enfrentarse a todos ellos directamente al menos con el mago humano que le había plantado batalla tan hábilmente vivo. Apretó los dientes con rabia. Miró a Cerón en la distancia y alzó la espada hacia él amenazante. Sin embargo, en cuanto esta llegó a la altura de sus ojos, sonrió con una maldad imposible de contener. Recogió la espada, pero no la guardó en su funda. La sostuvo con ambas manos con cuidado.

—Te volveré a encontrar, mago. No importa dónde te escondas, te encontraré. Al fin y al cabo, tengo tu sangre —le espetó antes de saltar hacia el cielo y marchar hacia el sur con toda la fuerza de sus alas empujándolo. No era una derrota, para él era una victoria aplazada.

Las seis llamas rodearon a Cerón en cuanto Kem desapareció de su alcance. En el cielo no podían hacer nada contra él. Las nubes no les pertenecían, al menos por el momento. El único Tharbrins que no había hablado dio un paso hacia Cerón, que retrocedió instintivamente. La única forma de acabar con ellos requeriría de su magia telépata, pero debía ser el último recurso. Por suerte, otro de sus compañeros puso su etérea mano en su hombro.

—No lo hagas. Sabes lo que ocurrirá —le dijo—. No… lo… hagas…

La duda se manifestó en su rostro flamígero. Tenía ante él al asesino de Tharbrins, pero su líder les había prohibido hacerle daño.

—Nos has llamado —dijo otro tras él y el mago se volvió—. ¿Por qué?

—Para escapar de él —aseguró el mago.

—Nunca escaparás de él ahora que sabe qué eres. —Otro interlocutor diferente, lo que obligó a Cerón a volverse de nuevo.

—No sabe nada de mí.

—Pero lo sabrá —dijo otra voz. Nunca se repetían. El único que permanecía en silencio era el que más le preocupaba.

—Cada problema a su tiempo. ¿Cuáles son vuestras órdenes respecto a mí? —preguntó directamente, no era necesario andarse con rodeos.

—Lo sabrás —aseguró el único que no había hablado—. Pero a su tiempo.

Chasqueó sus dedos etéreos y los seis Tharbrins desaparecieron a la vez dejando a Cerón desconcertado. Pero no se permitió tiempo para recomponerse. Comenzó a correr hacia el sur tan rápido como sus piernas fueron capaces de permitírselo y no se detuvo hasta que se adentró varios cientos de metros en la zona más espesa del primer bosque que encontró. Su corazón latía frenético en su interior y sudaba profusamente a pesar del frío que reinaba en la noche. Lejos de las llamas de los Tharbrins, el mundo era mucho más gélido de lo que parecía.

La voz de Nefrén llegó a su mente en cuanto pudo volver a pensar. Miró hacia el cielo y se alegró de descubrir que no había manera alguna de que el cielo se colara entre la espesura de las ramas de los árboles.

"¿Qué te has creído que hacías? —le espetó furioso—. *Es el maldito drugano negro más poderoso del mundo. Podía haber acabado contigo".*

"Y yo con él —respondió Cerón—. *Y todo se habría acabado. No habría guerra, no habría más problemas. Solo quedaría Tarnicis y el mundo sería libre".*

"Ya, porque si tu caes en la locura todo será maravilloso".

"No caeré en ella —aseguró, si bien no podía descartarlo. Quizá solo hiciera falta un escalón más—. *Yo no soy como ellos".*

Cerón señaló hacia el sur, al mismo lugar por el que había huido Kem. Tarnicis no estaría lejos.

"Tienes una misión que cumplir".

"¿Te crees que me hubiese dejado marchar si se lo explico? Tal vez debiera decirle la verdad, que busco las runas blancas para acabar con él. ¿Es mejor eso?"

Nefrén guardó silencio y permitió que Cerón se calmara. Aún tenía el corazón acelerado y su mente no iba a ser menos.

"No debiste enfrentarte a él, no ha sido inteligente, ha sido pasional —respondió con calma—. *Él es frío, certero y pausado. Solo siendo tú también así lograrás vencerle, engañándole. Si te enfrentas a él y se da cuenta de que puede perder, escapará y volverá cuando esté listo para vencerte. No ha llegado hasta aquí enfrentando batallas que no puede ganar. No lo hagas tú".*

Cerón respiró hondo y asintió, pues incluso él mismo se había dado cuenta de que cometía el error de rebelarse contra él. Pero tener la oportunidad de terminar con la Guerra era demasiado tentador como para no hacerlo. Sin embargo, una parte de él sabía que no era eso lo que había sentido. Había sentido la rabia por ser ninguneado, por ser amenazado. Una terrible parte de su interior quería devolver el golpe a su moral y esa parte cada vez se había más presente en él.

—Descansemos esta noche —dijo al aire—. Mañana pensaremos qué hacer.

"Me parece bien. El camino es largo y está lleno de pasos en falso. Descansa, mago. Has hecho una locura, pero la has hecho bien".

Nefrén pasó por alto que Cerón conocía también las runas negras y era tan habilidoso con ellas. Había visto sus temores en los que recordaba la runa del frío fuera de control, pero no asumía que pudiese ser tan rápido y preciso. Un mago humano que además dominase la magia rúnica de su raza sería una fuerza terrible para bien o para mal. El drugano no olvidó en cambio que ese mismo humano era un telépata unido por lazos de sangre el mismísimo Kelldom. Si Cerón bajaba su último peldaño, los Dioses

Desaparecidos no lo quisieran, sería el fin el mundo. Nada ni nadie le detendría a él, ni siquiera Sonthorn.

Cerón descansó durante la noche lo mejor que pudo envuelto en su capa. La noche era más fresca que la anterior y algo le decía que su situación no iba a mejorar en absoluto. Tomó nota mental de tratar de conseguir algo más de abrigo, pero no estaba dispuesto a robarle a nadie su escasa protección. Por un momento se planteó acercarse lo suficiente a la ciudad que Praedesi tenía bajo su control, allí tendrían víveres útiles y abrigo para su viaje. Sin embargo, no se lo entregarían solo con pedírselo por favor. Además cualquier ciudad en su camino sería peligrosa. El Señor de los Druganos Negros había volado hacia el sur y podía volver a aparecer., y aun así algo le decía que no lo encontraba en una ciudad. Simplemente no creía que se inmiscuyera tanto con Praedesi como para vivir junto a ellos. Seguramente viajase de un lado a otro de La Isla en busca de…

"*¿En busca de qué?* —se preguntó de pronto. Ahora que había logrado revivir a Kelldom en el cuerpo de Tarnicis, ¿qué tenía que hacer en aquel lugar tan alejado de su propio mundo? Nefrén había desaparecido de su mente, pero intuía que no sería de ayuda. Kem jamás le hubiese contado nada a Nefrén, que era su rival más poderoso al menos en vida. Entregarle un movimiento secreto sería arriesgar el liderazgo de su raza—. *Algo trama aquí aún, pero no sé qué puede ser. Kelldom ya está vivo, puede volver con él y arrasar el continente cuando lo desee. Pero sigue aquí, algo tiene que retenerlo. Algo más debe de estar buscando. ¿Las runas negras? No, él ya las conoce, ya las conocía hace décadas, eso no puede ser. Tal vez Tarnicis no le obedezca y por eso aún no quiera llevarla al continente… no, no esperaría que Kelldom le obedeciese como si fuese un simple Ashgar. ¿Tendrá algo que ver con los Tharbrins? Esas criaturas solo existen aquí y, por lo que han dicho hoy, no están a su servicio…* —Cerón meditó unos instantes, unos seres como aquellos serían terriblemente valiosos en la guerra. Chasqueó la lengua, pues sería tan valiosos como peligrosos. Enseñarles un mundo nuevo sería condenarlo al mismo destino que La Isla. No le encajaba ninguna de todas las opciones que tenía, por lo que

asumió que no sería ninguna de ellas—. *Busca otra cosa en este lugar y nosotros vamos a averiguar qué es. Alguien tiene que saberlo".*

Cerón sonrió disfrutando de un nuevo misterio que añadir a la extensa lista de problemas que resolver. Si Kem y por tanto Kelldom no estaban preparados para volver, eso les daba más tiempo. Solo necesitaban descubrir qué era y así podría tenderle la trampa con la que Nefrén esperaba que ganase.

"Paso a paso, mago —dijo el drugano en su mente—. *Descansa hoy, tendrás tiempo a pensar en ello mañana. Yo te lo recordaré".*

"No deberías escuchar conversaciones ajenas".

"No puede ser menos ajena, te oigo aunque no quiera".

Eso no era verdad. Cuando el drugano desaparecía Cerón experimentaba una calma y soledad inabarcables a partes iguales. Durante esos momentos sí tenía la intimidad que anhelaba a cada momento que debía aguantar sus improperios. Finalmente se resignó y cerró los ojos rendido por el cansancio. Necesitaba descansar más que nunca desde su cambio en el Pozo de Enam, por muy largo que hubiese sido su viaje o intensa su carrera. La fuerza de Kem había sido terrible y había necesitado de mucha de su energía para contrarrestarla. Había sido apasionante, rápido e intenso, pero igual de agotador.

Se dejó mecer por el sueño reparador y solo despertó cuando Nefrén encontró la mañana iluminado sus ojos cerrados. Unos pocos nuevos improperios en su mente le hicieron volver a la realidad.

—Pensaba que a los druganos negros les gustaba la noche y no el madrugar —protestó mientras se sentaba tratando de orientarse. Dormir cada día en un lugar diferente hacía que cada amanecer fuese más irreal que el anterior y Cerón llevaba ya muchos amaneceres diferentes.

"Por eso mismo. No creo que Kem tenga ganas de recorrer el mundo al extinguirse la luna. Es el mejor momento para avanzar mientras él no está preparado".

Cerón tuvo que admitir la verdad de sus palabras. Se puso en pie, se desperezó e inició la marcha hacia el sur. Durante el día aprovechó a comer la fruta que pudo encontrar similar a la del continente y sopesó la posibilidad de cazar algo para comer. Su cuerpo pedía alimento con una voz más intensa que la de Nefrén.

"Kem estará tan hambriento como tú. El uso de la energía agota las reservas, más aún si es un combate tan intenso como el de anoche. Te puedo asegurar que Kem no se contuvo para acabar contigo. Te hubiese arrancado la piel a tiras de haber podido".

"Sois una raza admirable, desde luego".

"¿Como Praedesi? Tal vez no haga lo correcto, pero lucha por el bien de su raza. El problema es que está equivocado, no que esté determinado. Se equivoca, pero quiere lo mejor para los druganos negros y eso pasar por superar cualquier obstáculo. ¿Frenarás tu mano si de ti dependiera de que la Guerra se detuviese?"

Cerón se humedeció los labios, no podía responder. Su mente solo podía imaginar su mano a punto de acabar con Tarnicis y dejándola vivir. Tal vez él no estuviera tan determinado como debía. Nefrén fue consciente de todos sus pensamientos.

"Al menos es lo bastante valiente para luchar por lo que cree, por mucho que esté equivocado. Tú tienes la verdad en las manos y eres incapaz de estrangularla".

Esta vez fue Cerón el que masculló un improperio que hubiese hecho enorgullecer a Ónice. Decidió dejar el tema de lado y centrarse en comer algo más tangible, su humor se estaba torciendo desde que se había despertado.

"Si Tristán estuviese aquí podría cocinar algo de carne".

"¿Sin fuego?"

"La Hermandad de la Llama tiene unas runas rojas especiales. Es curioso como los colores cambian según la naturaleza de quien las usa".

"La naturaleza no, sino la intención".

"Sigue siendo curioso. Tienen una runa que produce calor sin fuego, solo calienta".

"Nosotros también —dijo Nefrén como si nada—. *Usé una cuando la nieve me envolvió en mi viaje con Ámber al norte. Tratábamos de encontrar esa misma hermandad. Sabíamos que existía, pero no cómo encontrarla".*

"Espera, ¿sabes cómo cocinar con runas y no me dices nada? Y yo aquí comiendo fruta como si quitara el hambre".

"Haberlo preguntado. Tú conoces muchas más runas que yo, imaginé que la conocerías".

"De ahora en adelante —dijo Cerón frustrado, furioso y hambriento— *nada de suposiciones. Una conversación entre nosotros dura un segundo, tres días sin comer nada caliente parecen meses".*

"Implicaría a la Oscuridad".

"Podríamos subir la montaña entera sin preocuparnos por el frío".

"¿Podríamos?".

"Sí, maldita sea, podríamos. Hasta que logre arrancarme esta espada del brazo esto va a ser siempre un podríamos, más nos vale a los dos comenzar a colaborar más que por nuestro propio interés —le espetó Cerón—. *Tú quieres salvar a tu raza, yo al mundo entero que, por cierto, incluye tu raza. Lo que tú sepas debo saberlo yo, lo que yo sepa debes saberlo tú. ¿Has entendido?"*

Nefrén guardó silencio, meditando. Quizá el mago tuviera razón, había colaborado lo justo y necesario para seguir, pero no

luchaba por avanzar. No era una carga para Cerón, pero desde luego no era una ayuda. No podía cambiar sus comentarios, estaban grabados demasiado hondo en su naturaleza para ello, pero sí podía hacer mucho más. El drugano negro tenía el conocimiento de toda una raza, de toda una estirpe. Había vivido bastante más de cien años recorriendo el continente de punta a punta.

Tenía mucho que aportar, pero tenía lo mismo para esconder del mago. Cerón era un peligro en potencia, ¿qué pasaría si caía por su escalera a la locura y se alzaba de nuevo con todo el conocimiento de la raza de los druganos negros? La decisión no era sencilla en absoluto, por lo que le transmitió la información sobre la runa de calor antes de hablar.

"Caza algo con tu magia. Necesito meditar".

La presencia de Nefrén desapareció y el brazo de Cerón permaneció sin cambios muchas horas. Por suerte, el mago había aprendido a cazar gracias a sus compañeros durante su viaje. No era una actividad a la que le gustase dedicar demasiado interés, pero reconocía que la alimentación era necesaria para sobrevivir, si bien también la consideraba una pérdida de tiempo atroz cuando tenía tanto por saber, tanto por conocer. Había aprendido a seguir la pista de animales y su torpeza la compensaba con su magia.

Cerón conocía hechizos que le permitían captar el calor de los animales tal y como otro mostraba la magia a su alrededor, lo cual era particularmente útil dentro de un bosque. Cualquier animal que se escondiese sería un blanco fácil aunque careciese de un arco con el que cazarlo. Decidió, para su incomodidad, emular a Sonthorn el día en que ambos se conocieron. Encontró una pequeña familia de jabalís y se dirigió hacia ella con una piedra mediana en la mano. Distinguió a través de la magia que había seis especímenes, dos de ellos muy grandes para una sola persona y tres demasiado jóvenes para merecer la pena acabar con ellos.

Escogió al único de un tamaño mediano y pronunció el hechizo. La piedra salió volando de su mano y dos segundos

después toda la manada menos uno salían corriendo entre gruñidos furiosos y chillidos asustados. Cerón esperó a que se alejaran, no quería que se volvieran a atacarle y verse obligado a matarlos. Aguardó varios minutos y cuando su hechizo dejó de identificar animal alguno en las inmediaciones se acercó a su presa. Esta había sido atravesada por la piedra en un macabro recordatorio de la hazaña de un joven Sonthorn muchos años atrás.

Respiró hondo y apretó los dientes. Los recuerdos eran dolorosos cuando traían a la memoria momentos del pasado más felices, o al menos compartidos con personas queridas que ya no estaban. El dolor por la imagen de Sudne viva le hirió con mucha más fuerza de lo que podía permitirse. La Oscuridad encontraría aquel dolor y lo utilizaría en su contra en cuanto pudiese.

Apartó los pensamientos y se dedicó a preparar la carne, otra acción que consideraba una pérdida de tiempo. Para su sorpresa la sensación del trabajo con las manos le gustó a pesar de la sangre. Utilizó la espada modificada y descubrió que sus cortes eran perfectos y rápidos. Parecía estar hecha para aquella tarea de despiezar un animal y no necesitó mucho tiempo para tenerlo todo listo. Recogió la carne y se alejó de los restos para que los demás animales salvajes aprovecharan lo que él no quería.

Encontró un lugar adecuado y preparó un círculo de piedras, lo cual le hizo sonreír ante su estupidez, pues no habría fuego que se pudiese escapar. Sin embargo, le resultó útil para delimitar un lugar para la runa. Preparó más piedras para poner encima de la runa con la que preparar la comida y buscó a Nefrén en su interior.

—Te necesito, no debo enfrentarme a la Oscuridad —dijo para llamar su atención. El drugano apareció al instante.

"Y no lo harás —aseguró decidido. Algo había cambiado en él, su tono era más protector. A Cerón le recordó a Roland cuando tenía la cabeza en su sitio—. *Yo me encargaré de ella, pero prométeme que no usarás la magia de los telépatas".*

"¿Cómo?"

"Te revelaré todo lo que sé, todo lo que sabemos los druganos negros, todo lo que he aprendido y lo que he olvidado ya, pero no puedo permitir que te conviertas en otro Kelldom capaz de acabar con todo".

"Yo no voy a…"

"Él tampoco tuvo esa intención, estoy seguro. En este punto del abismo ante el que nos zarandemos he decidido apostarlo todo por ti. Eres la última esperanza, en realidad pareces ser la única oportunidad para derrotar a Kelldom y a Tarnicis".

"Sonthorn llegará y…"

"Y si no has resuelto todos los enigmas no será capaz de hacer nada —aseguró decidido Nefrén—. *Prométemelo y te entregaré un conocimiento que jamás ningún humano ha tenido ni tendrá".*

Cerón se mordió los labios. No era una decisión difícil de elegir, sino de aceptar. Alejar su naturaleza, por mucho que esta fuera terrible, era desgarrador ahora que la conocía. Sin embargo, Nefrén trajo a su memoria el recuerdo del asesinato de Sudne, cuando ella prefirió morir antes de bajar su último escalón. Ella había sido capaz, él debía serlo también.

—Acepto.

CAPÍTULO 8

AÚN MÁS ARRIBA

La información inundó la mente del mago como la fuerza de un tsunami, llevándose las estanterías de sus propios recuerdos que tan bien había colocado Cerón durante toda su vida. Un huracán de recuerdos que zarandeó hasta la última página de su ser amenazó con destruirlo, con colapsarlo, con volverle loco. Toda la vida de Nefrén se abalanzó sobre Cerón que se vio obligado a recogerla al vuelo sin saber si sería capaz sostenerla.

Sus ojos se abrieron de par en par, su corazón se aceleró y su alma se rompió con cada uno de los actos del drugano a lo largo de toda su vida. Pasó en un instante por su alocada juventud en busca de batallas que ganar, a su yo adulto y sereno que descubría que quizá no todo fuera luchar. Sin embargo, lo que más llamó su atención fueron sus años de sobriedad madura que no se resignaba a dejarse llevar y quería luchar, pero no en beneficio propio como en su fogosa, en más de un sentido, juventud. El Nefrén adulto que había retado a Kem, comprendió que debía darle a su raza otra perspectiva y eso intentó.

Sin embargo, fueron sus recuerdos más humanos los que golpearon al mago, que no era capaz de imaginar que un drugano negro pudiera sentir de forma tan apasionada nada por nadie. Vio honor, respeto, cariño… y al final de todos estos sentimientos

apareció Ámber, una drugana negra que había logrado cambiar junto a él. Vio su cambio en cada recuerdo. Su rabia, tan similar a la de Ónice. Su determinación y su odio a los druganos blancos, un odio que la corrompía hasta la médula. Fue consciente de que ella había sido la asesina del padre de Sonthorn y se le revolvió el estómago, pero también lo fue de que ella no era más que el resultado del odio de otros. Ella pudo cambiar, ella supo cambiar gracias a él.

Y entonces llegaron las runas negras, los druganos neutrales, el descubrimiento de sus habilidades únicas y su visita a la Diosa. Si Cerón hubiese podido abrir los ojos más de la sorpresa estos se saldrían de sus órbitas. Y no solo eso, sino que había descubierto que existía algo llamado el Conducto de la Diosa. Más aún, el drugano había conocido a su propia madre y ella sabía lo del conducto. Cerón negó con la cabeza tan desconcertado como si ante él se hubiese materializado el propio Tristán con una sonrisa irónica en el rostro.

—Habilidades, territorios ocultos, Irena, la misión, la anciana… ¡a ella la conozco! —gritó de pronto—. ¡Era Madaba, la portavoz del Consejo de Ancianos de Shuko! ¿Cómo es que sigue viva? Desapareció hace muchos años… No puedo creerlo, todo está relacionado. ¿Qué os dijo la Diosa? Eso no lo he visto.

"Ni lo verás. Solo Ámber y Eldrich lo saben y se llevaron su secreto a donde quiera que fuesen. Si siguen vivos, claro, no he vuelto a verlos desde entonces".

La imagen de Nefrén guardando con cariño el arma de la drugana envuelto en cuero en su propia casa en las montañas llegó hasta él. La depositó al lado de las libretas llenas de ideas sobre las runas negras que había perfeccionado durante los últimos años.

—Conociste a mi madre…

"Sí —reconoció con dolor—. *Durante años".*

—Permitiste que le hicieran todo eso… —Cerón estaba sobrepasado. La terrible historia de Sudne lo había roto por dentro.

"La salvé cuando pude hacerlo y la dejé ir cuando tuve ocasión. —No se arrepentía de sus actos, eran los necesarios en aquel momento—. *Ella fue la primera en venir a La Isla, aunque me temo que nunca sabré por qué".*

"¿Cómo sabía ella lo de La Isla o lo del Conducto de la Diosa del que jamás he oído hablar?"

"Las voces de su cabeza, estoy seguro. Thierry hablaba con ella".

"¿Quién narices es Thierry?"

"Por lo que he logrado averiguar, el Dios de los humanos, tal como Irena es de los druganos".

"¿Mi madre hablaba con un Dios?"

"Yo diría que todos los telépatas lo hacéis. A medida que descendéis peldaños su voz es más clara, pero ya sabes el problema que acarrea. Respecto al Conducto de la Diosa, Kem los llamaba así, decía que eran…"

La idea llegó a la misma vez que a la mente de Cerón. Kem los había estado buscando por todo el mundo de forma casi compulsiva, ¿por qué no podía estar buscándolo en La Isla? La idea encajaba perfectamente en el puzle mental que ambos compartían ahora.

—¡Por eso está aquí! —exclamó Cerón—. Por eso vino mi madre, por eso ha venido él, por eso vino Nurae. Por los Dioses Desaparecidos, ¡todo encaja ahora! Por eso se llevó a Kalmenter, para obligarle a confesar dónde estaba. ¡Los Calán tienen que saberlo! Por eso está del lado de los Tharbrins a pesar de que son una amenaza, está buscando a los Calán y ellos son la manera de encontrarlos.

Nefrén no pudo por más que asentir mentalmente. No encontró nada que rechazara su teoría, al fin y al cabo, ambos estaban al corriente de la misma información ahora. Cerón se puso en pie, pero las piernas le temblaron y se vio obligado apoyar las

manos en el suelo para no caer. Respiró agitadamente y tragó saliva con esfuerzo mientras trataba de controlar el mundo que giraba alocadamente a su alrededor.

Se concentró en el suelo bajo sus manos esperando que aquella sensación de vértigo desapareciese tras unos segundos y la achacó al huracán de recuerdos y sentimientos que le habían golpeado en un instante.

"Descansa, come, tómate tu tiempo. Recupérate —pidió Nefrén con calma, aunque estaba tan ansioso por seguir adelante como él—. P*aso a paso, ¿recuerdas?"*

Cerón se dejó caer y se sentó ante las piedras que aguardaban la runa de calor. Comenzó a dibujar la runa sabiendo que Nefrén se ocuparía de la Oscuridad y de nuevo no sintió su presencia corruptora en su interior. La runa de calor comenzó a brillar con su oscuro fulgor. Acercó la mano a ella y sintió su calor, a diferencia de la runa del fuego esta sí le afectaba. Sonrió cansadamente al saber la respuesta, pues había investigado sobre ello en sus años de soledad en la montaña. Sacudió la cabeza, frustrado, no había sido él quien había tomado las notas en su solitario retiro. No le gustó la idea de mezclarse aún más con el drugano, pero ya no tenía posibilidad de volver atrás.

Colocó varias piedras planas sobre la runa y estas comenzaron a calentarse. Preparó filetes de carne y los colocó encima de ella que rápidamente subió de temperatura. No tardó mucho tiempo en comenzar a cocinarse sobre el calor de la piedra y pronto el aroma colapsó sus sentidos. El recuerdo del ciervo preparado junto a Ámber llegó hasta él, pero también llegó el de los magos humanos calcinados tras la explosión provocada por la traición de Kem.

La vida de Nefrén era una dicotomía aún mayor con cada experiencia vivida, todas ellas intensas hasta la extenuación. Cerón sentía el respeto y cariño hacia Ámber, como el del padre orgulloso que acompaña a una hija al altar. El desprecio acérrimo hacia Kem a la vez que su lealtad hacia su raza, intensos como el fuego de la

propia drugana negra. Nefrén era todo honor y determinación, pero también pudo sentir cómo esta misma se había apagado con los años hasta que se había decidido a morir enfrentándose a Rénal. Sintió su muerte, su transpiración, los años encerrados en la cárcel de garras y escamas hasta que la locura casi lo invadió.

Pudo sentir a Sonthorn enfrentándose a él, su dolor por atacar a Ónice, su felicidad antes de caer a sus manos. Escuchó su conversación con Sonthorn y su petición de que él continuara su lucha por salvar a los druganos negros. Cerón fue partícipe de todas las atrocidades y bondades vividas por Nefrén y no pudo frenar las lágrimas que recorrieron su rostro. Si alguien merecía morir en aquel mundo, desde luego no era él. Su destino había sido terrible cuando sus intenciones habían sido siempre buenas, si bien sus actos no, pero de ellos se encargaría de juzgarlos la Diosa y el mismo Nefrén lo aceptaba de frente y sin dudar.

Cocinó y comió instintivamente mientras los recuerdos de Nefrén se iban acumulando en su memoria, encajando libros en sus propias estanterías. Asumió como propios los recuerdos y sintió un anhelo difícil de controlar de volverse a encontrar con Ónice en algún momento y lugar para darle las gracias por todo. Una nueva lágrima recorrió su rostro que, sumándose a la anterior, le hizo sentir la necesitad de beber. Usó su magia y llenó un recipiente de los que guardaba en su mochila condensando la humedad del ambiente. Repitió la operación varias veces y continuó comiendo en silencio mientras recorría los recuerdos del drugano.

Encontró a una Sudne joven junto a su hermana, la misma que acababa de asesinar a sus propios padres. Por primera vez pudo ver a las personas que habrían sido sus abuelos de haber tenido una vida normal y sintió lástima y rabia por ello. Cerón recorrió todos los encuentros de Nefrén junto a ella y sufrió y amó cada uno de ellos, pues eran dolorosos, pero eran una nueva posibilidad de sentirla viva de nuevo a pesar de todo.

—No es el mejor destino el que le ha tocado a mi familia —murmuró con dolor.

"No, no lo ha sido, pero habéis sido lo suficientemente fuertes para soportarlo. Muchos otros se habrían derrumbado en vuestra situación. Nurae lo hizo mientras Sudne no. —Cerón se percató de que Nefrén no hablaba de su madre o de su tía y un escalofrío recorrió su espalda. Ni siquiera el drugano era capaz de saber cuál de las dos era su madre—. *No puedo ayudarte con eso, solo Kalmenter sabe la respuesta y no está en condiciones de responder. Él volvió junto a Nurae y un bebé, pero no sé si eras tú o Kelldom, lo siento".*

El mago tragó saliva y asintió. Era lo que él también pensaba, pero sí que había alguien que sabía el pasado y el futuro de todos ellos. Miró hacia el cielo del norte y volvió a imaginar a Tamatha sobrevolando la Torre de Mármol Negro con Aylwin sobre su lomo. La joven Cazadora sabía todo de todos, hasta ahí llegaba su inmenso poder a cambio de un terrible destino que siempre terminaba en su muerte.

"Aylwin será capaz de responder".

"Si es que quiere".

Cerón chasqueó la lengua. La joven solo tomaba iniciativas que le condujesen a su destino, a su encrucijada. Si creía que Cerón no debía saber de quién descendía jamás se lo revelaría. Suspiró, solo le quedaba seguir adelante y esperar que ambas mujeres lograsen sus propios objetivos, aunque de Aylwin ni siquiera podía imaginar qué era lo que debía hacer.

Continuó comiendo hasta saciarse y un poco más. Necesitaba recuperar fuerzas, y en eso se esforzó. Cuando sorprendentemente logró dar cuenta de toda la carne cortó el lazo con la runa y se tumbó un instante. Logró entrever a través de las hojas que era poco más de mediodía, por lo que aún debía caminar mucho antes del anochecer. Se puso en pie y se estiró antes de partir de nuevo. Enterró los restos de huesos y piel junto a los de la cocina improvisada y comenzó a caminar de nuevo, lo cual agradeció para acomodar su estómago a la nueva carga.

Curiosamente, su ánimo había mejorado mucho, pero decidió no atribuirlo a los recuerdos de Nefrén, a su confianza o a la comida. Era una combinación de todo a su modo de ver. Eso y que había descubierto qué era lo que buscaba Kem en La Isla. Los Calán debían de saber algo sobre El Conducto de la Diosa, aunque seguramente ellos lo denominasen de forma diferente. El primer paso era encontrarlos y para eso todavía faltaba mucho camino por delante.

Cuando emergió del bosque pocas horas después lo primero que descubrió fue una ciudad amurallada situada próxima a un caudaloso río. Sin duda era el lugar de entrenamiento de Praedesi. Se detuvo y se planteó su situación, o más bien sus opciones. Continuar durante el día arriesgándose a ser visto por los miembros de Praedesi o aguardar la noche, no demasiado lejana, y arriesgarse a ser encontrado por Kem. El drugano no estaría muy lejos, incluso era posible que estuviera en la propia ciudad esperándole, pues él mismo le había informado que iría hacia el sur.

"¿Tú qué opinas?"

"Que los druganos tienen una excelente vista nocturna y los magos sin magia en la distancia no distinguen un humano de un jabalí".

Decidió rodearlo por la derecha, dado que en el lado contrario no había forma de pasar desapercibido en campo abierto. Comenzó a caminar hacia el oeste alejándose de la ciudad lo más rápido posible. No se internó en el bosque dado que le retrasaría, pero anduvo lo más cerca posible tratando de camuflarse con él. Cuando se encontró con el río de frente, sin ningún paso aparente para tomar, se detuvo de nuevo. Observó el caudaloso cauce de agua de más de veinte metros que se alejaba de la ciudad con disgusto. Se acercó a él y aprovechó para saciar su sed. El agua estaba helada y era rápida y agitada. No le costó recordar el cruce de los ríos en el que Sonthorn casi se ahogó buscando la Gema de los Hombres.

Oteó en ambas direcciones del cauce buscando alguna forma de cruzar sin éxito y nadar no parecía una opción, él no tenía una drugana para salvarlo. Entonces una idea tan obvia como poco probable se apareció ante él. Era una idea que había apartado de su mente hacía tiempo, cuando algo cambió en el mundo que hizo que semejante posibilidad pasara a ser imposible. Sin embargo, Raven lo había logrado en Sonnen. No solo eso, sino que el Predilecto de la Oscuridad había conseguido lo mismo.

—El teletransporte —murmuró mientras observaba la idea en todos sus lados. Nefrén no podía ayudarle, los druganos carecían de aquella habilidad que solo la magia humana permitía. *"Y las runas negras",* se recordó Cerón, que sabía que aquella fue la manera de alejar a Tarnicis de Sonthorn, si bien hizo falta no solo su fuerza, sino la de docenas de Byron".

"¿No es una habilidad perdida? —le preguntó Nefrén. Si lograba poder usar aquel hechizo tal vez tuvieran alguna ventaja".

"Sí, lo era hasta que algo cambió cuando Sonthorn atravesó la barrera por primera vez. Aún no sé el qué, pero desde entonces he visto a varios que lo lograban. Raven es una semielfa, por lo que las reglas de la magia parece que les son ajenas, pero el Predilecto de la Oscuridad era un humano. —Cerón le transmitió el recuerdo y sus ideas sobre él".

"Su magia no parece humana. —El mago ignoró su rechazo—. *¿Cómo funciona el hechizo? ¿Qué límites tiene?"*

"Debes poder visualizar perfectamente tu objetivo y este no debe estar camuflado. Los humanos también podemos, pero solo con la magia. Bien, además cuánto más lejos está el objetivo, más energía requiere. Debería ser sencillo pasar a la otra orilla".

"Adelante".

Cerón se humedeció los labios mientras recordaba el hechizo. Este era complicado, de los más complicados de la Escuela de Magia. Requería mucha concentración y una dicción precisa y rápida,

que se aceleraba hasta su culmen justo antes de desaparecer y reaparecer en su objetivo. Era tan agotador que el antiguo Cerón quedó tan exhausto la última vez que lo logró que no pudo proteger a Sudne de los asaltantes de Shuko. El dolor le recorrió y lo apartó como pudo mientras se concentraba aún más. Se imaginó a sí mismo mirando su ubicación desde el otro lado del río y comenzó a formular el hechizo.

La magia comenzó a rodear al mago y cuando completó la última sílaba acelerada se teletransportó al lugar deseado. No pudo evitar gritar de alegría al observar el río desde el lado contrario.

—¡Sí! —gritó sorprendido y orgulloso a partes iguales—. ¡Por fin algo que hacemos mejor que los druganos!

Pero Nefrén no opinaba lo mismo, aunque estaba orgulloso del mago. Para él era una habilidad increíble que le hubiese gustado poseer. El mundo habría sido mucho más pequeño de ser así.

"Marit pudo hacerlo, Ámber me lo dijo. Por eso se escapó de ella y Sonthorn sigue vivo —le recordó Nefrén alejando el júbilo del mago—. *Pero no sé cómo y desde luego Ámber tampoco o la habría encontrado tarde o temprano. En aquel entonces ni siquiera los humanos podían hacerlo".*

"El teletransporte no siempre ha sido posible —comentó Cerón mientras volvía a caminar alejándose aún más del río. No debía olvidar que podía haber ojos atentos a él y aquel hechizo no pasaría por alto ante ninguno de los miembros de Praedesi—. *La capacidad para usarlo ha ido fluctuando desde hace décadas. Quizá tenga algo que ver con todo esto que está pasando en el mundo".*

Nefrén opinaba lo mismo. Tantos cambios tenían que estar relacionados de alguna manera que no lograban comprender. Todas las razas se habían esforzado por olvidarse del mundo centrándose en sí mismas y estas eran las consecuencias de su error. El conocimiento se había perdido para protegerse de Kelldom y ahora se encontraban sin el saber con el que hacerle frente. Uno a menudo encuentra su destino en el camino que escoge para evitarlo.

Cerón siguió alejándose a buen paso de la ciudad y solo volvió a ir hacia el sur cuando se sintió lo bastante alejado de ella como para no ser visto desde allí, lo cual le llevó hasta la noche. Sus ojos otearon el cielo sin descanso mientras buscaba un refugio donde guarecerse, pues no siempre iba a tener un bosque en el que esconderse. Sin embargo, una llanura abierta se extendía en todas direcciones y la noche comenzaba a caer, no le restarían muchos minutos de sol.

Aguzó la vista, lo único diferente que localizó parecían los restos de un incendio con pequeñas estructuras aun en pie. Comenzó a correr hacia ellas, no le quedaba mucho tiempo. En cuanto se acercó lo suficiente entendió que había sido un pueblo arrasado por los Tharbrins. Muy pocas estructuras permanecían en pie, la mayoría de forma incomprensible. La ceniza se extendía en todas direcciones, pero esta se había transformado en una pasta con el tiempo y la lluvia. Buscó un lugar para refugiarse más adecuado que una simple pared.

—Vamos, vamos, siempre hay sótanos en las aldeas —masculló corriendo entre los restos. El sol comenzaba a retirarse y sus rayos casi no incidían sobre él—. Un consejo, una biblioteca, un granero, ¡algo!

Continuó saltando sobre los escombros y las cenizas hasta que divisó un desconcertante montículo de tierra calcinada. Esta tenía más de tres metros de altura y ascendía y bajaba en una suave pendiente a ambos lados. Cerón corrió hacia ella mientras Nefrén le informaba de lo que era.

"Es una vivienda subterránea —relató trayendo a su memoria compartida los recuerdos de las escasas que había visto en su vida —. *Son un buen refugio en los climas duros, la tierra mantiene mejor la temperatura que el aire".*

El mago aceleró el paso y rodeó la estructura en busca de una puerta que abrir, pero antes de rodearla encontró la abertura con una puerta quemada caída ante ella. Se lanzó al interior y encendió

su luz hecha de magia humana. Se detuvo a calmar su corazón mientras observaba el interior. Este no se diferenciaba demasiado de la sencilla casa del anciano que le había indicado el camino, solo que esta estaba completamente calcinada. El fuego de los Tharbrins se había abierto camino hasta allí dentro. Cuando aceptó que nada en su interior podría ser aprovechado, apagó la luz y se situó con cautela al lado de la puerta mientras observaba el cielo en busca de un contorno oscuro que se recortara contra las estrellas.

—Este viaje va a ser muy largo si tengo que esconderme en cada paso que doy —murmuró sabiendo que Nefrén estaría atento.

"*Teletranspórtate ante los Calán si quieres, por mí encantado* —se burló retándole a hacerlo. Cerón puso los ojos en blanco".

"No puedo, ya lo sabes. No tengo nada a lo que agarrarme para hacerlo. Si Tamatha estuviera podía hacerlo, pero sin ella…"

"¿Qué hay de tus sueños? —Estos volvieron a pasar por la mente del mago. Ninguno traía respuestas. Su trampa a Tarnicis junto a la dragona verde no serviría de ayuda y el intento de Praedesi para que ardiera en la hoguera tampoco traía información sobre los Calán—. *Lástima, debiste tocar más a esa mujer.* —Cerón se descubrió asintiendo de acuerdo y enrojeció avergonzado. Estuvo escuchando las bromas y risas del drugano hasta que logró contenerse tras muchos minutos.—. *La vida es demasiado breve, te lo aseguro, para no luchar por lo que amas. Tal vez no la ames* — apuntó antes de escuchar sus quejas— *pero algo os une y ese algo no debe quedarse escondido entre las sombras. Lucha, ríe, ama y sé libre. Si algo sabíamos hacer los druganos negros eran esas cuatro cosas. Por desgracia la risa se nos apagó hace siglos y desde entonces no somos los mismos. No cometas nuestros errores tú también".*

Cerón tragó saliva al ver los recuerdos de un muy joven Nefrén golpeado hasta que cualquier felicidad fue arrancada de su corazón. Sintió una lástima incalculable al saber que, aunque la libertad era lo que más apreciaban, jamás habían sido libres. Quizá por eso

lucharan ahora por ella con sus vidas. Se acomodó entre las sombras y tras un par de horas sin el menor rastro de Kem en los cielos, dejó que el sueño le alcanzara.

La mañana llegó de nuevo con un Nefrén estimulándolo para iniciar el camino. La luna desaparecía tras las montañas y un brillante sol comenzaba a alumbrar La Isla. Se puso en pie y se desperezó antes de iniciar la marcha.

—Vamos allá.

Cinco días después se encontraba observando las inmensas montañas desde su base. Había ido girando hacia el oeste poco a poco tratando de llegar al pico más alto de la cordillera. Ahora que estaba bajo sus pies y era incapaz de verla terminarse, comenzó a replantearse si no sería mejor probar en la más baja. Al fin y al cabo, podían estar en cualquiera de todas ellas. Suspiró, se arrebujó bajo la ropa que había ido encontrando durante las varias aldeas quemadas a su paso, y comenzó a ascender.

Había empezado a nevar la jornada anterior y no había dejado de hacerlo desde entonces. El frío comenzaba a hacer sus efectos y, aunque aún no necesitaba la runa de calor para protegerse en la noche, supo que la necesitaría ese mismo día. Se había ido preparando para el ascenso durante los cinco días anteriores, sobre todo acumulando comida. Sabía que cuanto más se ascendiese menos caza encontraría, así como vegetación siquiera. Pronto no habría más que rocas y nieve a su alrededor. Por suerte el agua no sería un problema con la humedad o la nieve. El refugio tal vez, pero Nefrén le había enseñado cómo protegerse de la nieve. No, su problema sería el frío y la dureza del camino, un camino sin ninguna garantía de obtener algún resultado.

Los Calán podían estar en cualquier parte de las montañas y tal vez ni siquiera pudiese encontrarlos si se escondían. Llevaban viviendo milenios en las crestas de las montañas, conocían perfectamente aquel lugar y lo más probable era que pudieran

ocultarse a voluntad, al fin y al cabo, se habían escondido de Praedesi y de los Cazadores a la perfección. No obstante, Cerón confiaba en encontrarlos, pero por si por algún casual no los descubría, haría porque ellos fueran a verle a él. Si tenía que crear un infierno de llamas que arrasase toda la cordillera lo haría, pero por los Dioses Desaparecidos que los Calán darían la cara.

Probablemente se ganase muchas enemistades, cierto era, pero él traía la verdad, muchas verdades en realidad. Tamatha, las runas blancas, La Guerra, el cómo acabar con los Tharbrins, su unión con los Cazadores o lo que quiera que fueran las pequeñas criaturas doradas de su visión. Tendían que agradecer su información tarde o temprano. Ascendió durante cuatro días interminables hasta que la nieve fue tan profunda que esta le cubría por encima de la cintura. El viento era atronador, pero sus pulmones luchaban por respirar y su corazón bullía dentro de su pecho.

—¡Controla a la Oscuridad! —le gritó al drugano que aceptó su idea. Cerón comenzó a dibujar la runa de calor ante él. La cerró, la amplió y la empujó con suavidad. Esta atravesó la capa de nieve y la derritió sin dificultad, lo que le permitió a Cerón avanzar otro día más incluso más rápido que el día anterior.

Esa fue la tercera noche que durmió sobre la nieve envuelto en su magia humana protectora con la runa de calor brillando sin descanso desde el día anterior. Nefrén parecía controlar a la Oscuridad sin problemas y, si los tenía, no se lo dijo nunca. Se limitó a cumplir su parte y Cerón no osó preguntarle siquiera; sería una falta de respeto, estaba seguro.

Fue durante aquella última noche cuando sintió presencias a su alrededor, si bien no podría decir que las sintiese de verdad. Su magia telépata le decía que había alguien más cerca de él, que iba y venía a toda velocidad, pero sin dejar de vigilarlo. Era una fuerza arrolladora y furiosa, pero que de momento se mantenía en la distancia expectante, vigilante. Un escalofrío recorrió su cuerpo tan intensamente que se vio obligado a removerse para apartar la sensación.

"¿Lo has sentido? —le preguntó a Nefrén, pero este tenía suficiente con lo que estar concentrado".

"No. Eso es problema tuyo, humano —masculló con dureza. La Oscuridad le estaba afectando. ¿Qué clase de pruebas le estaría haciendo pasar la Oscuridad? Si Cerón había acabado casi desesperado con pocos segundos junto a ella, el calvario del drugano debía de ser terrible".

"Aguanta un poco más, ya nos han visto. Solo es cuestión de tiempo".

Nefrén asintió mentalmente y siguió concentrado en su inabarcable tarea. Cerón no le envidiaba en absoluto. Prefería luchar contra dragones furiosos que contra la Oscuridad durante días. Siguió aguardando bajo la nieve que le azotaba de forma intermitente con cada furiosa ráfaga de viento. Tan arriba el viento se volvía caprichoso y poderoso, con inesperadas tormentas seguidas de una calma desconcertante.

Miró más arriba en busca del final de su camino, pero solo encontró las nubes interrumpiendo su visión. Cuando las hubiese alcanzado no podría ver nada a su alrededor y se vería obligado a usar su magia para apartarlas. Conociendo a Tamatha como la había llegado a conocer, sabía que los Calán interpretarían su magia como una amenaza. Podía pasar cualquier cosa llegado aquel momento, pero por los Dioses Desaparecidos que no se iría sin hablar con ellos.

Durmió intermitentemente rodeado de sueños con sombras aladas y pesadillas tan peligrosas como las de la mismísima Oscuridad. Sabía que los Calán no le atacarían y se permitió el lujo de cerrar los ojos con confianza. Ellos querían pasar inadvertidos, olvidados como la misma *Esmeralda*. No se mostrarían de no ser preciso y él no les había dado motivos para lo contrario.

La mañana pareció haber bajado las nubes hasta él y descubrió una niebla sorprendentemente densa a su alrededor. Estiró la mano y la agitó tratando de apartarla, pero esta se perdió en la bruma. Ni siquiera veía su mano con el brazo estirado.

Masculló un improperio, no podía avanzar así. Un paso en falso a aquella altura podía implicar una caída de la que ni siquiera su magia telépata podría salvarlo. Pronunció el hechizo humano mucho más alto de lo que sería necesario y una suave espiral de viento le rodeó apartando la bruma de él. Pudo ganar cinco metros de visión a su alrededor, pero lo que era más importante, obtendría la curiosidad de los Calán. Si la magia humana no existía en La Isla, aquella raza de criaturas escurridizas querrían saber más.

Tuvo por seguro que tendría ojos puestos sobre él a partir de entonces en todo momento, pues él haría lo mismo. Aquel humano extraño, que controlaba dos tipos de magia a la vez, se atrevía a ascender las montañas más altas de La Isla adentrándose en su territorio. Los líderes de los Calán estarían siendo informados en pocos minutos.

"Esto debería haber llamado su atención. Subamos cuanto antes, no quiero ver un dragón sin un lugar donde resguardarme —le dijo a Nefrén. El recuerdo de la dragona verde de más de diez metros volvió a su memoria. Tamatha era una Calán joven y si ya en su primer día de cambio de forma era tan grande, Cerón no quería imaginarse el tamaño que podrían tener sus líderes. El recuerdo de Kalmenter ocupando toda la base de la torre que fue su cárcel llegó hasta él—. *Era descomunal a pesar del cautiverio y de que sus alas estuviesen rotas. Un semejante en libertad podría ser el doble de grande".*

Pensó en Tamatha siendo del tamaño que su imaginación reflejaba e inició la marcha empujando la runa negra de calor ante él. Nefrén no contestaba ya esa mañana, debía de estar inmerso en un enfrentamiento terrible. Tenía que darse prisa por salir de allí, no podía permitir que la Oscuridad reclamase al drugano. De ser así, ¿podría esta controlarlo a él? Decidió no pensarlo demasiado, no podría hacer nada por él. Sin embargo, sí que le preocupó no tener su ayuda cuando encontrase a los Calán, pero cuando llegase el momento haría lo mejor que pudiese, con él o sin él.

Aceleró el paso mientras el viento a su alrededor arrancaba la niebla dejándole un paso libre. La nieve no fue un problema gracias a la runa, pero desde hacía un día se sentía cansado en todo momento por la falta de aire. Estaba tan alto que hacía días que no veía un solo pájaro en los cielos, ya fuera por la altura o el frío, pero nada volaba allí arriba. Tal y como había dicho Nefrén, ni siquiera los druganos ascendían tanto; simplemente sus alas eran incapaces de sostenerles por mucho que su magia les protegiese del frío.

Sin embargo, cuando una sombra cruzó sobre él como un rayo desgarrando las nubes a su paso, supo que los dragones sí podían volar tan alto. Giró en la dirección que había tomado la sombra alada y aceleró más el paso a pesar de la falta de aliento. Resopló y descubrió su aliento alzándose desde sus labios mucho más visible que antes. Un frío atroz le recorrió de pronto y se vio obligado a acercarse a la runa para no congelarse. Sintió el aire condensarse a su alrededor y sus músculos protestaron al dar cada paso. No le costó darse cuenta de que la culpable era la magia de los Calán que se revelaban ante él.

Incrementó el paso de la energía a la runa y apretó los dientes. Debía acabar con todo aquello cuanto antes.

CAPÍTULO 9

FRÍO Y LLAMAS

Su ascenso fue agónico y cada movimiento se volvió, paso a paso, más arduo. Se sintió como si avanzara hacia un destino del que cada paso le alejara más de la posibilidad de darse la vuelta. Sus dientes comenzaron a castañar a pesar de la runa de calor a la que, a aquellas alturas, Cerón ya había abierto las puertas por completo. Esta permanencia casi pegada a su rostro y, a pesar de ello, era incapaz de sentir su calor. Sin embargo, si la alejaba lo más mínimo de su cuerpo era incapaz de respirar siquiera.

Siguió adelante hasta que encontró el final de su camino ascendente. La cima se abrió ante él en una explanada de roca desnuda. Para su sorpresa casi estaba descubierta de nieve, lo que sí tenía eran docenas de surcos imperfectos en los que fácilmente podría caber su pierna hasta la rodilla. Avanzó hasta detenerse en el centro y alzó las manos mostrando sumisión. Estas temblaron al alejarse de la runa y se vio obligado a volver a situarlas bajo su fuerza.

Ni un solo sonido llegó hasta él en aquel mundo helado y ajeno, sin más criaturas vivas que él mismo. Ni siquiera el viento parecía querer llegar a aquel lugar tan alejado. Cerón miró en todas direcciones buscando a alguno de los Calán sin resultado. Se concentró en su oído en busca de alguna pista cuando un silbido comenzó a ganar intensidad. Tras él, un extraño crujido que le

recordó a una cascada de agua se elevó tras él. A continuación escuchó un crujido continuo tan rápido como un rayo y abrió los ojos de par en par.

Entregó toda su fuerza al hechizo de viento y despejó la cima de la montaña alejando las nubes más de doscientos metros a su alrededor. Apartado lo que le impedía ver, descubrió un descomunal dragón azul que se lanzaba directamente hacia él con una llamarada azul demasiado similar al hielo como para no reconocerlo.

Pronunció un hechizo de levitación y arrancó un enorme peñasco de roca que interpuso entre él y el hielo. Este impactó contra la roca con una fuerza atroz que hizo que tanto la piedra como él saliesen despedidos, por suerte, lejos del hielo. El dragón volvió a ascender alejándose de él. No tardaría en regresar con un nuevo ataque.

Cerón se puso en pie completamente helado, la runa de calor se había roto y nada le protegía ya. Su mano trató de dibujar un nuevo símbolo y sus dedos se agarrotaron incapaces de hacer movimiento alguno. Sintió incluso cómo su corazón se frenaba enfriado por la frío de su alrededor. Su mente comenzó a trabajar con dificultad y fue entonces cuando su magia telépata se vio obligada a entrar en acción. Un aura de calor envolvió a Cerón y calentó su cuerpo al menos lo suficiente para que fuera capaz de pensar de nuevo.

"¡No! —se gritó a sí mismo—. *¡Nada de magia telépata!"*

No estaba dispuesto a bajar un peldaño más por un poco de frío. Sus labios se habían calentado lo suficiente para formular un hechizo que contrarrestara al que le golpeaba, pero a pesar de que su mente le decía que el fuego era lo que necesitaba, no podía hacer algo así, sería atraer a los Tharbrins hasta el corazón del territorio de los Calán. Perdería su posible confianza y los necesitaba de su lado. Pero lo que sí podía hacer era eliminara aquella magia

Pronunció el hechizo humano y creó una pequeña burbuja en la que ninguna magia podía adentrarse, al menos que esta fuera más

poderosa que él. Pudo ver la barrera a su alrededor temblando, ondeando, luchando contra la magia reinante y le entregó toda su fuerza, toda su determinación y poder. Cerón consiguió mantener a raya al frío y su corazón pareció latir de nuevo.

—¡No he venido a hacer daño a nadie! —gritó al aire sobre él esperando que el dragón le escuchara—. ¡Vengo a pedir ayuda!

Un nuevo silbido a su derecha se elevó en el aire. No creía que la barrera de roca fuese a volver a funcionar contra el dragón, eran animales demasiado inteligentes para ello. Además, no podía permitirse perder su barrera mágica. La siguiente vez se congelaría irremediablemente y ya no habría vuelta atrás.

Observó su alrededor sin nada más que le pudiera ayudar, solo había aire y piedra y levitar un roca ya había salido, como poco, regular. Una idea atravesó su cabeza. Quizá la cuestión no fuera protegerse del dragón, sino obligarlo a escuchar.

—¡Solo quiero hablar! —gritó antes de pronunciar su hechizo a toda velocidad, el mismo que hacía levitar objetos, pero en sentido contrario. Todo sería mucho más pesado a partir de entonces.

Al instante sintió la gravedad tirando de él hacia el suelo, aplastándolo contra la roca, donde cayó de rodillas. Escuchó un rugido en las alturas, una magia de hielo que se estrellaba contra el suelo y luchó por alzar la cabeza. Pudo ver que su hechizo surtía efecto y el dragón descendía de forma violenta contra la montaña.

"Demasiado rápido —pensó a toda prisa—. *Un impacto así lo dejará malherido como poco".*

Esperó un instante más a que cayese más rápido y viese su muerte cierta antes de detener el hechizo. Pronunció el de viento e insufló fuerza a sus alas que lograron frenar la caída lo suficiente como para que esta no fuera fatal. El dragón se estrelló contra el suelo; patas y abdomen retumbaron en un estruendo que sacudió la montaña. Su cabeza y cola impactaron a continuación, rodó y clavó

las garras en la roca para tratar de detenerse, lo cual le llevó varias docenas de metros.

Unos ojos furibundos, azules como el cielo más limpio, se clavaron en el mago con más fuerza que las garras en la piedra.

—¡No he venido a hacer daño! ¡Vengo a suplicar ayuda! —gritó de nuevo ahora que había obtenido su atención, al menos una atención con la que no trataba de matarlo. Sintió la presencia del dragón asaltándolo por cada rincón de su ser, tratando de penetrar en las defensas mágicas que tanto él como su esencia telépata tenían alzadas a su alrededor.

El dragón se alzó sobre las cuatro patas y abrió las alas. Miró al cielo y sacudió la cabeza negativamente. Volvió a mirar al mago que comprendió que no estaban solos. Tragó saliva incómodo, no podía enfrenase a más de un dragón y menos si no quería herirlo. Sorprendido, pensó en cómo le había aterrado el pequeño dragón de Nefrén solo unas semanas atrás y ahora se encontraba plantando cara a más de uno de ellos preocupado por no hacerles daño.

El dragón volvió a tratar de introducirse entre sus defensas y Cerón se esforzó por evitarlo, lo que debió de enfurecer al dragón porque golpeó el suelo con la cola con rabia.

"Déjalo entrar, ¿cómo te crees que va a hablarte si no? —le espetó Nefrén. Su voz sonaba tan agotada como derrotada".

Cerón cedió ante la fuerza del dragón que se coló en su mente en cuanto encontró una mínima grieta en su defensa. La fuerza, rabia y poder que sintió el mago eran superiores a todo lo que había experimentado en su vida. Sin pensarlo, apoyó una rodilla en la roca incapaz de hacer otra cosa que someterse al dragón. Este pareció aceptar su sometimiento y la temperatura ascendió rápidamente ahora que la magia de frío había cesado.

"Gracias —agradeció Cerón al dragón".

"Has podido matarme, ¿es cierto? —dijo una voz poderosa y femenina".

"¡Eres una dragona! —exclamó sorprendido por completo. La dragona le ignoró y volvió a preguntar esta vez con menos paciencia —. *Nunca quise hacerlo, pero podría haberlo hecho. Como te he dicho, vengo a pediros ayuda, no a luchar con vosotros".*

"Tienes un minuto para explicarte".

"Sé cómo acabar con los Tharbrins y Tamatha ha confiado en mí para que venga a pediros ayuda".

Cerón sintió en su mente la más absoluta, completa y ardiente sorpresa por parte de la dragona. Esta ladeó la cabeza mientras sondeaba las ideas del mago. Cerón trajo ante sus ojos el recuerdo de Tamatha y él luchando contra los Tharbrins y acabaron con uno de ellos. Después la vio marchar con una chiquilla de pelo y ojos blancos en su lomo hacia el norte. La dragona abrió las fauces y negó con la cabeza incapaz de creer lo que estaba viendo, pero era verdad, eran recuerdos, no se podían alterar. Alzó la cabeza al cielo y volvió a mirarlo. Un rugido emergió de entre las nubes.

"Si has mentido estás muerto, humano".

"Lo asumí cuando comencé a ascender. Jamás mentiré".

"Vendrás con nosotros, tienes que explicar mucho",

"Espera, tengo que advertiros algo. —La dragona lo miró con suspicacia y retiró un par de metros su enorme cabeza—. *Los Tharbrins me buscan, me vigilan. No quiero que sepan dónde estáis. No puedo traerlos aquí".*

Un dragón dorado aterrizó al lado de la enorme dragona. Era mucho más pequeño, poco más grande que Tamatha cuando se transformó. Debía de ser joven en comparación. Intercambió una mirada con la dragona y miró a Cerón con asco. Un rugido y unas fauces que se cerraron peligrosamente cerca del cuello del pequeño dragón le hicieron recapacitar. Se tumbó en el suelo sin dejar de mirar, ahora con rabia, al humano.

"Tenemos formas de protegernos de ellos. Siéntate sobre Colin y agárrate con fuerza. No hagas ningún movimiento en falso o te dejará caer, te lo prometo. Suelta esa espada, se quedará aquí".

"No —rechazó Cerón—. *No a lo de la espada. Con ella es con lo único que pueden morir los Tharbrins, no puedo perderla, no hay más como ella".*

Colin dejó escapar una pequeña llamarada y la dragona extendió un ala ante él, instándolo a detenerse.

"¿Por qué es tan especial?"

Volvió a sondear al mago y este le mostró cómo Aylwin recuperó el pedazo de metal del mar. Las alas de la dragona temblaron y su voz sonó ansiosa.

"Llévala contigo. Colin, llévalo con rapidez al Nido. No debe correr el más mínimo peligro, eres responsable de él".

Cerró las alas temblorosas sin dejar de mirar la espada colgada de su cintura. Dobló las piernas y saltó hacia el cielo donde una grupo de dragones salió a su encuentro. Giraron hacia el oeste y solo dos permanecieron sobrevolando en círculos la cima. Cerón alzó las manos y comenzó a acercarse al dragón lentamente.

—No quiero hacer daño a nadie. Solo he venido a buscar ayuda —dijo mientras se aproximaba.

El dragón lo ignoró mientras miraba al cielo en la dirección que habían tomado el resto de sus congéneres. Cerón aceptó su indiferencia y llegó hasta él. Estiró la mano y tocó las doradas escamas con la llama de los dedos.

El día cambia a la noche aunque mantiene la nieve reinando a mi alrededor. Incrédulo observo como una joven Tamatha muy humana me sonríe directamente a mí. Corro hacia ella y ambos nos fundimos en un abrazo con sentimientos tan profundos como el cielo

en el que una docena de dragones giran en círculo sobre nosotros. Es la danza, es el momento, es mi momento.

—Es mi turno, no puedo aguantar más —le digo con dolor a la mujer entre mis brazos. Ella solloza. Sabe que es nuestro destino, ninguno de los dos puede evitarlo.

—Puedes retrasarlo aún.

Niego con la cabeza. Mantengo mi rabia a raya a duras penas. Un corazón de dragón bulle en mi interior abrasador.

—Pronto llegará el momento en que no pueda controlarlo y no debe ser aquí. —Mi mano aparta el pelo de su rostro y me muestra sus hermosos ojos verdes. Estos brillan con su sobrenatural llama mientras una lágrima recorre su rostro—. ¿Les has dicho lo de…? —Señalo sus ojos.

—No, no deben saberlo. Ella me lo ha dicho.

—Pero, Tamy… Está bien, pero esto es…

—No es peor que separarnos —asegura. Rio sin ganas ante sus palabras y recojo la lágrima con mi pulgar.

—Me la quedo. Ya sabes, de recuerdo.

Ella me empuja con cariño y dolor. Me mira de arriba abajo con una mezcla de orgullo, envidia y dolor.

—¿Sabes tu color?

—No —miento descaradamente. Este comienza a manifestarse cuando estamos preparados para el cambio. Seré un dragón dorado, podré volar sobre el sol sin que nadie pueda verme. Por desgracia, tenemos prohibido revelarlo—. Pero no seré uno blanco, te lo prometo.

—Más te vale, no quiero ni imaginarme que tuvieras que…

—¿Encontrar mi encrucijada con la que salvar al mundo? Si crees que eso es un mal destino, estás muy…

Pone un dedo en mis labios y me obliga a callar. Los líderes humanos se nos acercan.

—Es la hora —dicen a la vez y vuelvo a mirar a Tamatha por última vez con estos ojos—. Volveré pronto, te lo prometo.

Ella se seca las lágrimas y asiente, pero nuevas lágrimas acompañan la curva de su rostro.

—No serás el mismo.

Trago saliva dolido. Es la verdad, nadie es igual al regresar.

—Pero nada cambiará, te lo prometo. —El suelo tiembla cuando el inmenso cuerpo de Jéssica aterriza a mi lado enfadada por el retraso—. Será mejor que me vaya.

Tamatha asiente con dolor. Jéssica estira una de sus enormes garras y rodea mi cuerpo antes de lanzarme al cielo protegido por su cuerpo. Abandono un mundo que antes era mi hogar para adentrarme en uno nuevo, el mundo de los dragones, donde los Calán al fin somos nosotros mismos.

Aunque ella aún no lo entienda.

El mundo volvió a la normalidad tan rápidamente que Cerón se sintió mareado. Se apoyó contra el dragón que ni siquiera sintió su peso. Su cuerpo estaba caliente a pesar del frío reinante. Era duro y fuerte, cubierto por completo de escamas doradas que ascendían y bajaban al compás de su respiración.

—Tú la conocías —susurró, sin pensarlo—. Tú fuiste el que cambió a un dragón dorado

Dándose por aludido, el dragón volvió su cabeza hacia él amenazador. Una nube de humo emergió de su nariz. Sin embargo, Cerón no se dejó amedrentar. Había descubierto que la dragona azul se llamaba Jéssica y era la líder de todos ellos, al menos de los que tenían alas. Si ella había dado la orden, él debía obedecer, estaba seguro. Además, amenazar con un fuego que atraería a todos los

Tharbrins no era la mejor de las ideas y Cerón se lo dijo directamente. Una sensación muy semejante a los celos recorrió su cuerpo al descubrir que aquel dragón había sido su… ¿pareja?

—Yo que tú controlaría el fuego de tu boca. No creo que a Jéssica le guste que atraigas a todos los Tharbrins del mundo —le dijo directamente. Sin embargo, el dragón emitió una sonrisa y una ligera llama envolvió al mago dejándolo anonadado.

"*Mi fuego no necesita control* —le espetó. Su voz sonaba joven e irreverente. Le hubiese encantado conocer a Aylwin, Cerón lo tuvo por seguro".

"*¡Eso es!* —pensó encajando las piezas—. *Es uno dorado, como los ojos de Cassius. Tienen que compartir sus habilidades gracias a su Esencia. Él interfiere con la magia..* —Trató de localizar a Nefrén en su mente y solo encontró al dragón que parecía curiosear en su interior. Lo bloqueó por completo, no deseaba tenerlo cerca".

—Me preguntó qué pensará Jéssica de esto.

Una nueva voluta de humo emergió de frustración mientras volvía a situarse en posición de espera. Cerón suspiró y se subió de un salto a él tal y como había visto a Aylwin hacerlo sobre Tamatha. Se agarró a su cuello con brazos y piernas. Antes de que pudiera decir que estaba preparado, el dragón saltó hacia el cielo con una fuerza y velocidad que Jéssica no tenía. No le extrañó, era una dragona por lo menos cinco veces más grande que el dorado que montaba.

Se internó en las nubes y Cerón perdió de vista el mundo a su alrededor y pronto fue incapaz de saber la distancia o la dirección tomada. Sin duda esa era su intención, pues el dragón se mostró especialmente errático en los giros y cambios de altitud que desconcertaron completamente al mago. Al poco tiempo dejó de esforzarse por tratar de orientarse y se limitó a disfrutar de las vistas a su alcance y de la victoria en su mano.

Cuando las nubes se apartaron de su vista pudo contemplar el mundo bajo sus pies, muy en la distancia. El dragón dorado había abandonado la montaña y volaba paralelo a la cordillera. Cerón fue consciente entonces de las palabras de Roland que hablaban con extenuación, con cariño, casi con amor sobre el volar. El mago pudo ser consciente de por qué se enfurecía Ónice cada vez que no podía salir a volar en la noche, lo que le hizo pensar en el dolor que le causaría estar bajo tierra tratando de salvar el mundo.

Sonthorn le había tratado de explicar la sensación varias veces, Ónice no, por supuesto, no se rebajaría, pero el Heredero del Cielo había intentado sin éxito trasmitirle la sensación de fuerza y libertad que volar por encima de todo y de todos le transmitía. Cerón siempre había rechazado sus palabras, al fin y al cabo para él solo era moverse más deprisa entre dos puntos. Negó con la cabeza ante su ingenuidad infantil, pues en aquel momento no cambiaría aquella sensación por nada del mundo. Se imaginó a sí mismo volando sin la ayuda de un dragón dorado y gruñón bajo él y su corazón se colmó de felicidad. Tenía que contárselo a Sonthorn en cuanto pudiera. Pensó en volar sobre Tamatha y los celos regresaron a él.

Debía ignorar algo así o la Oscuridad se apoderaría de sus sentimientos y los celos, por lo que había estudiado toda su vida, eran de los más desgarradores, capaces de matar por despecho o de empujar a buscar venganza. El dolor que esa sensación estúpida e infantil provocaban en él era inesperada y poco inteligente, pero el mago la sentía con todo su corazón. Sacudió la cabeza y encontró ante ellos a un grupo de dragones con Jéssica a la cabeza. Volaban en formación en la que los más grandes asumían la vanguardia y los más pequeños, que habrían de ser los más jóvenes, los seguían de cerca.

Su montura dorada ascendió sobre ellos y se lanzó en picado para rodear a Jéssica demasiado cerca para ser algo casual. La dragona rugió, se balanceó y trató de morder al pequeño dragón dorado, pero este era mucho más rápido que ella. Un nuevo rugido terriblemente cargado de rabia llenó las nubes. Su infantil montura

frenó su vuelo y se situó tras la dragona donde todos pudieran verlo y, seguramente, vigilarlo. Sintió un montón de enormes ojos fijos en él y se volvió para mirarlos a ellos también. Ahora que volaba tras la enorme dragona, el viento había dejado de ser un problema y podía observar sin tener que entrecerrar los ojos.

Cerón encontró a cinco dragones, aparte de la líder y de su montura. Cada uno tenía un tamaño diferente entre Jéssica y el dorado, así como nuevos colores. Identificó el rojo, verde, marrón y azul, pero se sorprendió de no hallar ninguno negro. El blanco estaba casi descartado si conocías sus historias, pues tendrían la misma naturaleza que Aylwin y su vida sería corta, ademas de que estarían protegidos para solo morir cuando llegase su encrucijada.

Pero el negro sí que le extrañó no localizarlo, al fin y al cabo tanto Kalmenter como Nefrén cuando no la misma Ónice habían portado aquel color. Cerón lo había llegado a considerar como el color de los propios dragones. Decidió preguntárselo a Jéssica en cuánto se hubiese ganado su confianza, pues esta aún estaba tan en el aire como todos ellos.

Sintió cómo media docena de mentes trataban de asaltarlo por todas partes de su ser. Los sintió poderosos como Jéssica, pero cada uno diferente en su actitud. Unos eran joviales, otros rabiosos, otro curioso, cada uno tenía su propia personalidad, pero no dejó entrar a ninguno de ellos. Le parecía una falta de respeto hacia su líder. Ella habría de ser la que tomara las decisiones y solo ante ella debía hablar. Tratar de poner a algún otro Calán de su parte habría sido tomado por un intento de menoscabar su autoridad y, si algo había comprendido Cerón de aquella raza, era que tenían muy poca paciencia y un corazón demasiado ardiente.

Pensó en todo ello mientras observaba el mundo bajo él. Este se mantenía blanco y, dado que no estaban sobre la cordillera, aunque no se alejaban de ella, supuso que debían de estar en la cara sur de la misma. Trató de localizar alguna estructura humana allí abajo que le pudiese indicar dónde estaban los Cazadores sin resultado alguno. Esta era sin duda la cuestión que más confianza

requeriría por parte de Jéssica. Los Cazadores eran sus auténticos enemigos, si se podía decir así, pues el verdadero peligro eran los Tharbrins.

Sin embargo, Tamatha había logrado asociarse con una de ellos para luchar por derrotar a los Tharbrins, ¿podrían sus líderes actuar igual? Era una decisión terriblemente difícil, pues implicaba entrar en conflicto abierto con ellos. ¿Estarían preparados? Pero los necesitaban de su lado y habría de hacérselo entender. Si eran capaces de comprender todo lo que habían descubierto con Aylwin y Tamatha, no tendrían más remedio que participar en la lucha contra los Tharbrins, al fin y al cabo no les quedaban más enemigos de los que protegerse y podían centrarse en combatir al fuego con el fuego.

Pero siempre que un problema se resolvía, el destino traía uno nuevo y desconocido que eliminar. Cerón escuchó un rugido en la distancia y su montura se revolvió incómoda. Los siete dragones cerraron filas y sus ojos se buscaron unos a otros. El nerviosismo se apoderó de todos ellos, menos de Jéssica que volaba decidida al frente. No existía nada tan poderoso como ella a lo que temer, ¿verdad?

—Esto no me gusta —musitó Cerón buscando a los dragones que había rugido sin resultado. Buscó en todas direcciones menos en una, porque ¿por qué mirar arriba cuando volaban lo más arriba posible? Cerón dejó abierta la puerta de su mente y la dragona entró con su monstruosa fuerza y brusco ímpetu.

"Agárrate con todo lo que tengas a Colin —dijo directamente antes de desaparecer tan rápido como había llegado. Un escalofrío recorrió al mago, que volvió a sentir la angustia del miedo a lo desconocido. Se humedeció los labios dispuesto a formular cualquier hechizo necesario para protegerle a él o al grupo de dragones con los que volaba".

La cuestión era, ¿protegerlo de qué? Y ni siquiera tenía posibilidad de hablar con Nefrén sobre ello. El mago había

considerado que el rugido debía de significar algún peligro que un Calán explorador habría descubierto, pero eso implicaba a Praedesi, a los Tharbrins o a los Cazadores. Sin embargo, hasta dónde él sabía, Praedesi no tenía forma de volar, los Tharbrins no se materializaba en el aire y los Cazadores no tenían manera de elevarse del suelo.

Negó con la cabeza desconcertado. ¿Cuál podía ser la amenaza que pusiera a un grupo de siete dragones tan nerviosos? Podía sentir una ansiedad casi palpable. Siguió oteando el horizonte en busca de la avanzadilla de dragones, pero se agarró con fuerza al dragón bajo él. Se sujetó con piernas y brazos con todas sus fuerzas. Por suerte el dragón era joven y sus manos llegaban a agarrarse entre ellas al otro lado del cuello. Tuvo buen cuidado de no acercarse demasiado a su cabeza dado que sus cuernos tras ella se movían a un lado y a otro al compás de las rápidas miradas que el dragón dirigía a su alrededor.

Entonces el rugido se repitió, mucho más intenso y cercano, acompañado del eco de más rugidos furiosos. Colin alzó la cabeza y Cerón comprendió que no eran los únicos que surcaban los cielos de La Isla. Siguió la mirada del dragón y descubrió una docena de dragones negros descendiendo en picado hacia ellos. Sus fauces comenzaron a escupir un infierno de llamas sobre el grupo que inició maniobras para esquivarlos. Cerón trató de seguir sus siluetas, pero el brusco, intenso y desesperado giro de Colin le hizo perder el norte, el sur, el arriba, el abajo y casi hasta su estómago. El viento azotó su rostro con una fuerza atroz mientras el pequeño dragón cerraba las alas y se lanzaba en picado para escapar de la acometida.

El mago solo pudo ver el mundo girar alrededor del cuello y cabeza de Colin, lo único para lo que tenía capacidad en aquel momento era para agarrarse y eso hizo. Los giros y cambios de dirección fueron constantes a pesar de su velocidad. Giró la cabeza tras de sí como pudo, gritando de puro terror y haciendo uso de todas sus fuerzas, y vio una mole de garras y escamas que pasaba a

menos de cinco metros de su montura. Colin abrió una de las alas y giró para evitar que las garras de su atacante destrozaran su alas y Cerón se vio zarandeado con una fuerza tal que sus manos comenzaron a separarse la una de la otra.

Colin volvió a cambiar de posición y el mago se encontró sin aliento con el pecho incrustado contra las escamas del dragón, que abría ambas alas y remontaba el vuelo mientras él mismo rugía uniéndose a los furiosos bramidos de sus compañeros. No supo si serían rugidos de rabia u órdenes, pero los Calán pasaron a la acción. Colin volvió a rugir, solo que esta vez el sonido no fue arrogante, sino molesto.

Lanzó una llamarada ante él descomunal y esta estalló en una nube de humo negro. Se lanzó a través de ella y cerró las alas dejándose caer a toda velocidad. Las piernas de Cerón se soltaron con el impulso y solo pudo gritar mientras sus manos le sostenían en un descenso desesperado. Sobre él y a pesar de que no pudiera verlo, el resto de dragones mantenía una encarnizada lucha de garras, llamas y dientes en el que más de uno de ellos caía hacia el suelo malherido o muerto.

Colin giró para esquivar el dragón verde que mantenía sus dientes rodeando el cuello de un dragón negro. Este clavaba sus garras en el pecho del mismo y la sangre y vísceras de ambos acompañaron a sus cuerpos en la caída. Cerón los vio caer sin saber la distancia al suelo y sin estar seguro de querer saberlo. Su montura giró bruscamente hacia un lado para esquivar una llamarada y Cerón fue incapaz de sostenerse más.

El agarre del mago se perdió y vio alejarse hacia las alturas al dragón dorado que, al sentir que perdía a su jinete, volvió a girar de nuevo y se lanzó en picado hacia él. Cerón giró sin control y solo pudo gritar mientras el viento le cegaba los ojos y le llenaba los pulmones a pesar de su grito. El suelo todavía estaba lejos, pero se acercaba peligrosamente. Vio a los dos dragones heridos luchar a su lado y, para su desgracia, el negro también lo vio a él. Volvió su cabeza hacia él a pesar de que la sangre manaba de su cuello en un

reguero mortal a la fuerza. Abrió las alas tratando de frenar su caída y estas comenzaron a desgarrarse a causa de los daños de la batalla. Sin embargo y aunque siguió cayendo, pudo dirigir su caída y comenzó a acercarse al mago. Abrió la boca y esta empezó a formar una llamarada.

Cerón comenzó a gritar las palabras mágicas de forma desesperada. Un impetuoso viento lo alejó del dragón y de su infierno de llamas. Este, en cuanto vio que su objetivo se había apartado de él, rugió de rabia y cambió de dirección de nuevo. Esta vez no preparó ningún fuego, sino que clavó su mirada en él, decidido a alcanzarlo. Cerón repitió el hechizo y se alejó de nuevo de él lo bastante para darle tiempo a mirar hacia abajo. Al momento se dio cuenta de lo desesperada situación al ver el suelo tan cerca. Masculló un improperio y negó con la cabeza.

—No… no… no…

Su magia telépata se arremolinaba a su alrededor, no le dejaría morir. No sabía lo que haría, pero no le gustaba la idea. Comenzó a pronunciar el hechizo del teletransporte y se imaginó de nuevo sobre la montaña que había abandonado ese mismo día. Pero pronunciar un hechizo largo y complicado implica distraerse e incapacita para pronunciar ninguno más. El dragón negro sonrió mientras se acercaba al mago rápidamente.

Pero Cerón no estaba solo en aquella lucha y había una dragona azul que no pensaba dejarlo morir. Aquel mago había traído el recuerdo de los Uldenhar hasta ella, de los dragones blancos y la solución de los Tharbrins. Por sus garras que viviría.

Jéssica se estrelló como una montaña contra el cuerpo del dragón negro y sus garras y dientes lo destrozaron en un abrir y cerrar de ojos. Su cuerpo mutilado continuó su camino cuando la dragona azul abrió las alas para frenar. Giró hacia Cerón y trató de agarrarlo, pero no era tan fácil de hacer. Ningún Calán estaba acostumbrado a algo así y su corazón latía furioso en su interior

volviéndola torpe para todo lo que no fuera matar. El mago se escapó de sus garras, pero este no dejó de pronunciar el hechizo.

La magia comenzó a rodearlo más rápido de lo previsto y frunció el ceño, pero no dejó de pronunciar el hechizo, el suelo se acercaba rápidamente. Podía ver las copas de los árboles cubiertas de nieve con detalle. No cesó en sus palabras cuando su cuerpo comenzó a desvanecerse. El aire dejó de azotarlo y sintió una presión alrededor de todo su cuerpo. Sorprendido hasta la locura, observó una garra de escamas marrones sujetando su cuerpo.

Miró hacia arriba y descubrió al dragón de su escuadrón que lo observaba orgulloso. Sin embargo, no pudo concentrarse en él. Giró hasta situarse horizontalmente y comenzó a abrir la garra.

—¡No! —gritó temiendo que lo dejara caer.

Pero Colin llegó volando a toda velocidad y se situó bajo él. Ascendió hasta que sus piernas rodearon el cuello de dragón dorado. La garra marrón se abrió y Cerón cayó contra Colin, se agarró al instante con todo su ser y acto seguido el dragón volvió a descender, esta vez no tan bruscamente. Para sorpresa del mago, el suelo estaba mucho más alejado que instantes antes. Abrió los ojos de par en par. Uno de aquellos dragones había hecho que apareciera en la garra del dragón marrón. Abrió la boca de sorpresa y el aire entró en sus pulmones con una oleada impetuosa.

Decidió dejar las sorpresas, la magia y las batallas para más adelante y se concentró solo en sujetarse al cuello de Colin.

"No te sueltes por nada del mundo —le espetó el dragón dorado—. *Vamos a volar muy rápido mientras nos protegen. Más te vale que tu vida valga más que las de mis hermanos".*

Cerón miró tras de sí y efectivamente vio cómo la lucha se recrudecía. Nadie trataba de huir ya y todos se enfrentaban en cielo abierto luchando por acabar con los dragones rivales, fueran quienes fueran.

"¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Nefrén en su cabeza".

Cerón suspiró y comenzó a pronunciar un hechizo que fortaleciera su cuerpo para soportar el vuelo. Sus manos y piernas se asieron con una fuerza que solo la magia lograba.

"No tengo ni la menor idea —aseguró, volviendo a mirar al frente—. *Pero algo me dice que los Calán tienen más problemas de los que Tamatha conocía".*

CAPÍTULO 10

UNA PUERTA CERRADA

Ágata se supo engañada en el mismo momento en que Ónice chasqueaba los dedos apartándola de ella y devolviéndola al mundo de las sombras hasta que la reclamase de nuevo. Sin embargo, la Oscuridad sonrió satisfecha. Tal vez hubiese perdido aquella primera batalla, pero había encontrado la forma de ganar las siguientes. La drugana no lo tendría tan fácil a partir de entonces. Volvió a su larga espera sabiendo que, tarde o temprano, tendría una nueva oportunidad para ganar y que sabría aprovecharla.

Ónice apartó de su mente a la Oscuridad y se concentró en su alrededor como ella misma le había explicado a Sonthorn cómo hacer sobre el castillo de Neyvel. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquellas enseñanzas? ¿Meses? ¿Años? Parecía una eternidad a pesar de no haber transcurrido más que unas pocas semanas. El mundo avanzaba demasiado rápido hacia el abismo y temía que no fuesen lo bastante veloces para alcanzarlo. Tendrían que volar para llegar a tiempo antes del precipicio y tal vez no fuera solo una expresión.

Buscó a los miles de puntos dorados a su alrededor y los encontró a todos y a cada uno de ellos. Pudo ver sus intenciones, sus voluntades e incluso sus recuerdos, que no eran más que oscuridad en sus mentes. Aquellas malditas cosas ni siquiera

recordaban lo que tenían que hacer. Tenían un motivo para vivir y lo ignoraban, lo que sacaba de sus casillas a la drugana. Vivían una vida vacía de motivación, carente por completo de un objetivo. Casi se podría decir que ni merecían vivir, pues para ella no merecían vivir.

Sonthorn había sido muy tajante al respecto: debían vivir y tenían que recordar. Por suerte ese no era su problema, ella solo tenía que explicarles de forma sutil lo que era la magia negra y la Oscuridad a la que tenían que saber hacerle frente. Y Ónice sabía perfectamente cómo hacerlo. Tal vez no fuera el método más rápido, ni el más eficaz, ni mucho menos el mejor, pero era el que ella más necesitaba.

Desplazó su esencia hasta el primero de ellos, una pepita dorada congelada en medio de un mar de hielo. La observó por cada uno de sus lados y, cuando encontró el rostro dormido, se humedeció los labios. Movió una mano negra etérea hacia él y le dio un poderoso guantazo que el Uldenhar recibió sin inmutarse. Su piel ni siquiera vibró, parecía no haberse enterado siquiera. Ónice arrugó la nariz calculando hasta dónde podría torturar a aquella cosa antes de aburrirse o de hacerla adaptarse, lo que ocurriera antes.

Cargó el brazo de nuevo y le dio un puñetazo en mitad del rostro. Esta vez su piel sí que vibró y una oleada de magia negra se difuminó a través de su piel alejándose del lugar del impacto. Repitió el gesto solo que esta vez con la pierna y la piel del Uldenhar esta vez sí que absorbió el golpe de forma más tangible. Por si acaso, repitió el gesto y ocurrió lo mismo. Si aquella cosa se estaba adaptando lo hacía muy despacio, por lo que decidió probar algo más contundente. Desenfundó la espada que brilló con un fulgor negro que ignoró y la clavó en el pecho del Uldenhar.

Casi al instante sintió que la vida de la criatura se escapaba por la herida abierta en su pecho.

—Ups —masculló al darse cuenta de que había ido demasiado lejos—. Malditas cosas inútiles… —Miró a su alrededor y se desplazó

hasta el siguiente Uldenhar vivo. Tal vez este tuviese más ganas de vivir que el anterior. Si tenía que golpear a cada cosa de aquellas estaría la vida allí dentro y no tenía intención alguna de hacerlo—. Quizá eso de corromper no sea tan mala idea.

Rodeó el Uldenhar con su esencia y volvió su magia en él tratando de arrebatarle su energía, su fuerza, su vida. Comenzó lentamente intercalando algún que otro golpe poco necesario para la tarea, pero extremadamente importante para contener su frustración creciente. Al principio, la criatura la ignoraba mientras le arrebataba su fuerza, pero tras unos pocos segundos comenzó a defenderse. Su piel se oscureció levemente y la drugana apreció que comenzaba a resistirse. Iba por buen camino. Un par de patadas después, tres improperios y un auténtico intento por matarlo si no hacía algo el Uldenhar fue capaz de resistirse a su fuerza.

Sin embargo, ¿sería suficiente? ¿Tendría todo lo que necesitaba? Solo había una manera de saberlo a su manera de ver tan brutalmente rápida. Sacó la espada de nuevo y trató de atravesar a la criatura dorada sin éxito. Su piel se oscureció allá donde el arma se apoyaba, pero nada más. Aquel Uldenhar era el primero en resistirse a la Oscuridad. Estaba un paso más cerca de derrotarla. Por desgracia, cuando Ónice volvió a mirar a su alrededor y se hizo a la idea de los miles de puntos dorados aún por torturar, comprendió cuán lejos estaba todavía de cumplir con su tarea. Por suerte, una de sus actividades favoritas durante toda su vida había sido torturar y llevaba meses sin hacerlo. Tenía reservas de sobra. Sonrió como una niña con un juguete nuevo y pasó al siguiente infeliz.

—¿Por qué sonríe tanto? —preguntó el Líder de los Uldenhar sin apartar los ojos de Ónice—. ¿No se supone que es algo terrible luchar con la Oscuridad?

Tristán a duras penas lograba contener la risa. Lo logró solo para que no pensara que se estaba desternillando por dentro al saber lo que Ónice debía de estar haciendo. Solo Raika sabría su secreto.

—Debe ser una sonrisa irónica —mintió descaradamente—. Ya sabes, para engañar a la Oscuridad.

—Entiendo… buena idea.

Raika miró de pronto hacia el túnel por el que habían llegado hasta el altar y aguzó el oído. Le transmitió la información a Tristán de que la batalla de Sonthorn había cesado de pronto. Solo había dos opciones para un alto así e iban de la victoria a la derrota. El pelirrojo amplió su sonrisa, jamás dudaría de Sonthorn, mucho menos ahora que le había visto tan cambiado. Tenía mil preguntas para él, pero lo primero era lo primero. Corrió hasta el pasillo y vio una luz dorada al fondo difuminada por el hielo e interrumpida por las trampas de Huz, que parecieron desaparecer a toda velocidad a medida que Sonthorn acababa con ellas.

Un minuto después pudo observar al drugano que caminaba ante un ejército de Uldenhar que miraban absortos la luz que sus alas desprendían ante ellos. Justo detrás del drugano caminaba Tsuneo, pero no pudo distinguir a Azekel entre los cientos de puntos dorados. El guerrero llegó hasta él y se adentró en la sala del altar. Observó a Ónice en trance y al Líder de los Uldenhar saliendo a recibir a sus congéneres. Estos comenzaron a hablar desordenadamente y les pidió silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Tristán. Miró los guanteletes dorados de Sonthorn cubiertos del líquido ámbar tan conocido por todos ellos.

—Se resistieron a su diosa por un momento —respondió con rudeza. Su rostro estaba contraído tratando de controlarse. Llegó hasta Ónice—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Diez minutos. Comenzó a sonreír hace cinco. Creo que lo ha conseguido.

Sonthorn asintió.

—¿Ahora? ¿Siguiente paso? —dijo mirando al Líder de los Uldenhar sin paciencia alguna en su tono.

—Tú les devolverás la memoria. Eso es todo lo que sé.

Sonthorn gruñó levemente, incómodo. No le gustaba improvisar en absoluto.

—¿Y el hielo?

—Puedes derretirlo como lo has hecho antes —se limitó a responder—. Todo está en este altar. Debe de haber un símbolo para deshacer todo esto igual que lo hay para mantenerlo.

Sonthorn miró a Tristán interrogante. Los ojos dorados del drugano aplastaron al pelirrojo que fue incapaz de sostener su mirada y la desvió a lo primero que vio que no fuera hielo. Su vista recayó sobre Byford y tragó saliva apenado.

—El único que conocía este mundo fue él. Según me dijo conoció a una Calán que viajó hasta aquí desde muy lejos solo para mantener el hielo en su lugar. Él sabría responder a tus preguntas mucho mejor que yo.

—No está en condiciones de responder —dijo Tsuneo acercándose al gigante caído en desgracia. Clavó una de sus garras en su cuerpo congelado y no manó ni una sola gota de sangre—. No te dirá nada ya.

—¿Qué te contó sobre esa Calán? —preguntó el Líder de los Uldenhar.

—Que se llamaba Úrsula y que tenía una habilidad especial para con el hielo. —No quería hablar de Valeria y de sus actividades pasadas. Tal vez el Uldenhar lo dejara pasar.

—¿Como tu amiga? —preguntó rompiendo sus esperanzas.

—Sí, pero no dijo nada más relevante sobre ella. No estaba dispuesto a hablar de ella, siempre la mantuvo alejada de la conversación y no era un hombre que permitiese preguntas indiscretas. Mira, en eso se parecía a Calandra —dijo recordando la furia de ambos al ser contrariados—. Y comienzo a pensar que no era casualidad.

—¿Has conocido a Calandra? —preguntó Sonthorn logrando contener de nuevo su rabia. Dio una palmada y los guanteletes desaparecieron. Unos segundos después logró respirar hondo y las alas parecieron volver a introducirse en su espalda. Sus ojos volvieron a mostrar el mismo color que los de Tristán—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Ahora sí quieres ponerte al día? —respondió irónico antes de darse cuenta de a quién se lo decía. Sin embargo, Sonthorn sonrió ante su comentario, al fin y al cabo seguía siendo Tristán, con todos sus defectos y virtudes—. La conocimos cuando Raika y yo recogimos esta tablilla. —Tristán se detuvo a recordar las palabras exactas. Por suerte Raika le ayudó a recordar—. *"Está libre… ¡está libre! ¡Corred! ¡Liberad a los Uldenhar, encontrad la siguiente llave y abrid la puerta dorada!",* nos dijo Calandra. Ella sabía que había otra llave de la cuál no sabemos nada.

—Yo diría que esa es la otra llave necesaria —dijo Tsuneo.

—No, qué va —le contradijo su líder—. Le ha dado el orden adecuado, Calandra no se equivocaría en algo así.

—La situación era tensa. Su hermana, que no sé quién es o qué pinta aquí, se ha liberado y amenaza con… la verdad no sé con qué, pero parece peligrosa. Tal vez tuviera miedo de ella.

—No, qué va —le respondió a él también—. Calandra puede derrotar a Ágata cuando quiera, el problema es que destruiría el mundo en el proceso. Y tendrían que volver a empezar de nuevo, lo cual no creo que le apetezca.

—Eso es malo —apuntó Tsuneo, que seguía investigando el cadáver de Byford. Apartó los restos de las pieles de su cuerpo sin repulsa alguna mientras iba descubriendo más y más heridas.

—Si ha dicho ese orden es porque la llave no liberará a los Uldenhar.

—Es la única llave de la que hemos oído hablar, aparte de esa, claro —respondió señalando a Ónice.

—Valeria congeló este lugar y tú lo derretirás. La llave no sé qué abrirá, pero lo descubriremos.

Tristán apretó los dientes y suspiró con dolor.

—*"El mañana es oscuro y el destino esquivo, Tristán, y ella es la llama que abrirá el camino. Si estoy en lo cierto, ella es la clave de todo tu maldito mundo…"*

—¿Más palabras de Calandra? —preguntó Sonthorn.

—Me temo que sí.

Sonthorn miró dubitativo al Líder de los Uldenhar que ladeó la cabeza pensativo. Si no había una llave quería decir que él era quién debía liberarlos sin saber siquiera cómo manejar el altar. ¿Confiaría Calandra en su magia para cumplir con el propósito? Él era el encargado de devolverles la memoria, pero ¿era él quién debía acabar con el hielo? Una idea se abrió paso en su mente iluminada con la misma fuerza y calor que unos valientes rayos de sol en un despejado día de invierno. Esta se adentró en su mente como si se tratara de una tormenta dorada de luz y vio clara la respuesta.

Tal vez él no tuviera que resolverlo todo, sino que tal vez él fuera el encargado de encontrar a quien supiera solucionar cada problema. Y aquel problema helado solo podía resolverlo quien lo había creado.

—Es Valeria —dijo mirando a Tristán—. Ella es la clave.

—Esa clave está muy lejos de aquí. —No le contradecía, al fin y al cabo la conocía demasiado bien. Ella era especial y siempre lo había sabido. Que Sonthorn pensase lo mismo no cambiaba en absoluto su percepción sobre ella. Raika se volvió para gemir ante el recuerdo y volvió a centrarse en Tsuneo. No le gustaba que explorase el cadáver de Byford, pero tampoco podía impedírselo, dado que lo hacía con calma y respeto.

Sonthorn miró a todos a su alrededor cumpliendo con sus papeles. Ónice educando a los Uldenhar a su manera, Tristán

guiando a su pueblo, Éwoly permitiéndoles a todos sobrevivir, Huz dándoles oportunidades cuando solo encontraban muros ante ellos, los Uldenhar dispuestos a todo por su diosa e incluso él a punto de devolverles la memoria a todos ellos.

—No es casualidad —murmuró siguiendo el círculo que formaba con su mirada a su alrededor. Una docena de ojos lo contemplaba—. Nunca ha sido casualidad. Este ha sido siempre nuestro destino incluso cuando no hemos sabido ver el camino, esta ha sido siempre la meta.

—Será una de ellas, que la carrera es muy larga —apuntó Tristán y Sonthorn le dio la razón con una sonrisa.

—Cierto, una de ellas. Y yo he sido el más ciego a la Diosa, ¿es Valeria más o menos recta que yo?

—¿Recta? Casi podría decir que tiene un palo metido por el… —Se lo pensó mejor y cambió su expresión—. Sí, es más decidida y está más entregada que todos nosotros juntos a la Diosa, si te refieres a eso.

—Por lo que sabrá escucharla cuando le hable.

—Sí, ella sí tendrá oídos para ella.

—Pues vendrá —aseguró el guerrero mirando hacia la entrada de la caverna de hielo como si esperase verla entrar en aquel preciso momento. Tristán siguió su mirada con el corazón acelerado ante la sola idea de encontrarse con ella de nuevo. Masculló un improperio cuando solo encontró a Huz mirando estúpidamente hacia abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el semielfo al observar tantos ojos clavados en él.

—Nada, no te preocupes —dijo Tristán—. Pero si vez acercarse a una chica pelirroja avisa.

—¡Aquí todos son pelirrojos!

—Pues cuando veas un puma de dos metros entonces.

—¿Qué es un puma?

—En esencia un gato negro.

—De dos metros. ¡Entendido!

Huz apartó la mirada y comenzó a buscar a su alrededor cualquier sombra que pudiese parecerse a la descripción de un gato negro de dos metros. Tristán negó con la cabeza conteniendo la risa al imaginarse a Huz cuando viese a Líner ante él. Por desgracia, no creía que eso fuese posible, al menos en mucho tiempo.

—Irena le enseñará el camino, Tristán —aseguró el drugano—. Confía en ella.

—¿Propones que esperemos a que venga hasta nosotros? ¿Ella que cree que ha sido expulsada de aquí de por vida?

—Tú también lo creías —dijo Éwoly desde el exterior. Él y Pimape observaban ahora junto al semielfo.

—Ya, pero yo y las normas no nos llevamos bien. Ella sí. ¿De verdad vamos a esperar sin más?

—Sí —aseguró el Líder de los Uldenhar adelantándose a Sonthorn—. ¿Puedes tú controlar el hielo? ¿No? Eso me temía. No es tu destino igual que no es el mío ni tampoco el suyo.

—Él puede derretir el hielo con su magia.

—Sí. ¿Implica eso que deba hacerlo? Puedes arrebatar la vida, ¿debes hacerlo acaso?

—¿En serio tengo que filosofar con una rana gigante dorada? —se preguntó Tristán señalando al Uldenhar. Sin darse cuenta se había alterado. Su calma se había extinguido bajo la ansiedad por ver a Valeria de nuevo. Respiró hondo y trató de controlarse—. Perdona, no pretendía…

—Cuando conozcas a los Calán comprenderás que tus improperios son caricias al lado de los suyos.

—Doy fe —apuntó Tsuneo mientras ladeaba la cabeza y recogía las garras sorprendido—. Y también doy fe de que esto debe ser importante.

Todos se volvieron hacia él al instante. Tsuneo agarró una gruesa cadena dorada que rodeaba el cuello de Byford. Al final de esta había un colgante de oro con la forma de un medallón roto a la mitad. La piel de los dedos de Tsuneo vibró al sentir el metal bajo ella. Sus ojos se abrieron de par en par y miró a su líder que se acercó rápidamente a él. El resto de los presentes hizo lo mismo, menos Ónice que seguía en su particular trance que no hacía más que ampliar su sonrisa. Sonthorn que no se apartó de su lado. Cada pocos segundos ampliaba su ser y la buscaba para confirmar que estaba bien.

—Déjame ver —dijo el Líder de los Uldenhar.

Tsuneo retiró la cadena del cuello de Byford y le cedió el objeto. La piel del Líder de los Uldenhar vibró como la de Tsuneo y sus ojos mostraron la misma expresión de sorpresa que la de su congénere.

—Tráeme a un orfebre —le ordenó y Tsuneo asintió alejándose hacia el grupo de Uldenhar que no habían dejado de mirar a Sonthorn ni un solo momento. Volvió la cabeza hacia Tristán—. Tú lo conocías, ¿sabes qué es esto?

—No lo había visto en toda mi vida —aseguró el pelirrojo. Tras él llegó Pimape que no pudo reprimir su curiosidad a pesar del frío. Iba envuelta en una gran capa de pieles y aún así sus labios estaban azules. Éwoly la seguía de cerca todavía más protegido por pieles—. ¿Y tú?

Pimape se acercó aun más frunciendo el ceño. Sonthorn dio más fuerza a su hechizo y la luz llenó cada rincón de la cueva de hielo reflejándose en sus paredes e iluminando con más fuerza aún.

—No, es la primera vez que veo algo así. Parece un grabado en oro de… ¿un castillo? No sabría decir, nunca he visto uno de ellos

más que en dibujos.

—Se parece el de Neyvel en Darmid —aseguró Tristán reconociendo sus formas. Sin embargo, este había sido cortado abruptamente y solo la mitad del mismo permanecía en sus manos —. ¿Qué es?

—Ahora os lo confirmo. —Tsuneo y Azekel separaron a uno de los Uldenhar del grupo y lo llevaron a la fuerza hacia su líder. Este apoyó una mano en su pecho y una oleada de color dorado se extendió por su cuerpo hasta recorrerlo por completo.

La criatura pareció despertarse de un sueño y sacudió la cabeza mientras centraba la mirada en su líder. Sus ojos se abrieron de par en par para, a continuación, abrazarse con él. Sonthorn asintió en la distancia, no se había equivocado con él. Si un líder era así de querido entre sus congéneres sin duda merecía su respeto.

—Gracias a la Diosa que estás aquí —aseguró el Uldenhar.

—La Diosa nos necesita ahora más que nunca, hermana Ruby.

La Uldenhar se apartó de su líder y se recompuso. No había diferencia entre ella y sus congéneres, al menos a simple vista.

—Y preparados nos encontrará. ¿Qué puedo hacer por ella?

Pimape enarcó una ceja ante su voluntad y confianza en su Diosa. ¿Sería ella capaz algún día de hacer lo mismo?

—Dime qué es este objeto. Estoy seguro de que no es solo metal, hermana. Tus manos de orfebre sabrán distinguirlo.

—Déjame verlo. —Recogió el objeto de sus manos y al contacto con él su piel también cambió de color, solo que esta vez el cambio fue más intenso y lento. Cerró los ojos y dejó que las sensaciones que le provocaba llenasen su piel, su corazón y su mente. Ladeó la cabeza concentrada—. Puedo sentir la magia en él.

—¿Qué tipo de magia? —preguntó su líder guiando sus pensamientos por el sendero adecuado.

La mujer acarició el medallón con ambas manos recorriendo cada uno de sus rincones.

—Es… desconocida para mí, no pertenece a los Calán —aseguró. Señaló a Sonthorn a pesar de tener los ojos cerrados lo localizó a la perfección—. Ni a él ni a la Diosa.

—No será de utilidad entonces —aseguró Tsuneo que volvía a registrar al gigante caído.

—Si Byford lo llevaba encima debía de ser importante para él y, por ende, para todos nosotros —se interpuso Tristán—. Él solo se preocupaba por el norte y sus animales… Los mismos que os atacaron, por eso buscabais el sur, ¿no es así?

—¿Animales? —El Líder de los Uldenhar estuvo a punto de reír —. ¿Crees que huiríamos de unos animales?

Sonthorn se separó un par de metros de la drugana interesado, pues desconocía aquella situación.

—¿Estabais huyendo? ¿De qué huíais entonces?

—De los humanos tras el hielo, por supuesto —respondió tajante.

—Espera, ¿qué? —preguntaron Pimape y Tristán al mismo tiempo.

—¿Los Vanhir? —preguntó Sonthorn aclarando las ideas. Señaló a ambos pelirrojos con la mano.

—¿A ellos? No se parecen a ellos. Su pelo no es rojo como el suyo, sino dorado. Al menos el de la mayoría de ellos.

No quedó ni un solo rostro que no mostrase una mueca de desconcierto inabarcable. Pimape fue la primera en recomponerse.

—No hay nadie al norte del Valle de Valán —dijo tajantemente desafiando a cualquiera a contradecirla, ante lo que el Líder de los Uldenhar no se echó atrás.

—No *conoces* a nadie al norte de ese valle igual que yo no sé lo que es Valán, pero te aseguro que los humanos que viven allí son terriblemente peligrosos.

Tristán miró a Sonthorn y antes de que respondiera ya supo lo que iba a decir. Una mueca de esperanza se reflejó en el rostro del guerrero. Un mundo desconocido era un posible aliado.

—¿Dónde está? ¿A qué distancia? —preguntó el pelirrojo antes de que Sonthorn tuviera tiempo.

—El tiempo es muy relativo dentro del hielo. No hay luz del sol, no hay noche, nada se mueve y todo está frío. No podría decirlo, pero el camino es largo.

—¿A través de los túneles del norte? —preguntó Tsuneo que sí que conocía de qué iba todo aquello, al menos en parte. Tanto tiempo escuchando a sus captores le había proporcionado un guion parcial de lo ocurrido.

—Estarán custodiados.

—Volando entonces —dijo Sonthorn. Miró a su alrededor y compuso un plan apresuradamente—. Esto abre muchas puertas tras las que debemos descubrir qué hay. Ruby, permíteme el medallón, por favor.

La mujer Uldenhar se acercó a Sonthorn y le tendió el objeto con una reverencia. Sus ojos brillaban de ilusión y esperanza al caer sobre él. Sin embargo, no se sentía preparada para mirarlo a los ojos directamente y agachó la mirada. El guerrero recogió el medallón y lo examinó. Él no tenía la sensible piel de los Uldenhar, pero sí tenía el conocimiento de lo que la imagen transmitía. Tal como había dicho Tristán, el grabado se asemejaba a la torre de Darmid desde la que Neyvel dirigía la ciudad. El recuerdo le golpeó trayéndole la visión de Tarnicis y de la última noche que habían compartido en aquella ciudad. Tragó saliva a duras penas y se centró en la imagen ante sus ojos y no tras ellos.

Era una torre, no había duda, de piedra lisa y recta. Mostraba al menos tres almenas con una increíble cantidad de detalles para ser un grabado en oro. El orfebre debía ser excelente, como poco. Giró el medallón y observó el abrupto corte que dividía la torre en dos allí donde la pieza se rompía dejando una imagen inacabada. Recorrió el filo y frunció el ceño. Era liso y perfectamente pulido, sin bordes afilados ni daño alguno en él. Casi parecía que había sido creado para ser así.

—No está roto —aseguró sin levantar la mirada, concentrado en una idea que le rondaba la cabeza. Se fijó con más detenimiento en el lugar en el que la cadena se asía al objeto. Estaba desplazada del centro un par de centímetros hacia el exterior lo que hacía que no colgara recta sino que se inclinara mucho más de lo normal—. Está dividido, mirad sus bordes, son suaves y perfectos. No hay rastro alguno de que haya sido dañado. Esto es la mitad de algo, la cuestión es: ¿de qué? ¿Qué podía hacer Byford con algo así?

—Ni la más remota idea —respondió Tristán, pero una pata le arañó la pierna para recordarle que su memoria no era la mejor—. ¡Que me haces daño! —Raika volvió a insistir y agachó la cabeza ante él—. Esperad, parece que una cachorra entrometida quiere decirme algo. Dadme un minuto.

—¿Aún no te comunicas del todo con ella? —preguntó Pimape con un resquicio de burla en su tono.

—Estamos en ello.

Tristán se agachó, apoyó la frente en la de la loba y dibujó la runa de unión sobre ellos apareciendo al instante en su lugar de unión, solo que esta vez estaba cubierto de nieve y el cielo mostraba un azul oscuro propio del más duro invierno. El viento no arreciaba, pero el frío era insoportable. Tristán se abrazó a sí mismo mientras observaba a la loba de pie ante él cubierta de pieles blancas que contrastaban con su cabello rojo.

—Lo que me faltaba, una loba cubierta de piel de conejo —se burló aunque abrió lo brazos y se fundió con ella en un abrazo—. Lo

hemos conseguido.

—Estamos muy lejos de conseguir nada.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿te parece poco?

—Me parece el comienzo.

—Aguafiestas.

—Infantil.

Pero Raika le devolvió el abrazo con todo su corazón y durante unos segundos se permitieron permanecer unidos como habían jurado estar la primera vez que se conocieron tantos años antes.

—Lo conseguimos —dijo ella finalmente dándole la razón.

—Mira ahora quien se da cuenta de su progreso. ¿Qué pasa, Raika? ¿Por qué me has pedido audiencia?

—¿Audiencia? ¿Como a un rey?

—No se me ocurre una manera mejor de llamarlo, la verdad…

Raika negó con la cabeza. Amaba y odiaba demasiado a aquel hombre.

—Vi ese objeto varias veces mientras Byford estaba vivo —aseguró—. Lo sacaba, lo acariciaba y lo guardaba de nuevo. Movía los labios en una especie de promesa o plegaria, no sabría decir porque nunca decía una palabra, y lo guardaba de nuevo.

—Tenía claro que era importante para él, pero no tanto. —Tristán meditó unos instantes trayendo a la mente todos sus recuerdos del gigante sin resultado alguno—. Pero yo no recuerdo nada que tuviera que ver con ese colgante.

—Porque tu memoria es horrible.

—Eh, no es horrible, es… ¿dirigida?

—Sí, pero dirigida hacia Valeria. —No era un ataque ni mucho menos, amaba a la mujer casi tanto como Tristán y sabía que

cuando ella estaba presente el infantil Tristán era aún más infantil y menos Tristán—. Has visto este grabado antes.

—No, qué va.

—Si me vuelves a contradecir te muerdo.

—Ya estás como Byford, o como Valeria, o como Ónice, ¡o Calandra! ¡Qué manera de vivir enfadados! Estoy seguro de que os saldrá una úlcera un día de estos de tanto…

—¡Tristán!

—En eso tengo razón y lo sabes.

—Está bien, pero yo la tengo en lo del recuerdo. Haz memoria y busca el grabado de una ciudad dorada.

Tristán puso los ojos en blanco y se concentró en buscar aquella información sin resultado alguno para frustración de la loba.

—No sé qué ha visto Valeria en ti.

—Mi irresistible encanto natural.

Raika le dio un empujón y lo apartó de ella frustrada.

—Eres tan natural como este glaciar. Está bien, fue ascendiendo a la cueva de Byford, allí había un grabado, ¿lo recuerdas ahora?

—¡Eso es! —exclamó al recordardo—. Menos mal que tengo una memoria prodigiosa, cualquier otro lo habría olvidado. —Raika puso los ojos en blanco. La balanza entre amar a Tristán y odiarlo parecía zozobrar hacia el odio—. Menos mal que estoy yo aquí para aclarar tus recuerdos. Raika, ¿cómo se te había olvidado algo así?

—Por los Dioses Desaparecidos… —masculló ignorando a Tristán y a sus burlas.

—No puede ser casualidad que él tenga un medallón tan similar al grabado. Raika, debemos ir a verlo cuanto antes.

—Dime algo que no sepa.

—Que te quiero más que a nada en este mundo. —Raika iba a devolverle la burla que esperaba de él y se quedó con la boca abierta, incrédula y desconcertada. La balanza del amor odio cambió de lado de golpe. Tristán le dio un beso en la frente con tanto cariño que la loba estuvo a punto de derretirse ante él—. Volvamos, tengo que contarles lo que yo he recordado y tú no.

Y la balanza volvió a equilibrarse mientras la loba sonreía. Le dio una patada en la espinilla y ambos volvieron a la realidad.

—¿Y bien? —preguntó Pimape al verlo recuperarse. Para ellos no habían pasado más de dos segundos.

—Raika me ha recordado algo que había pasado por alto. He visto este grabado antes en la montaña que ascendía para llegar a la cueva en la que vivía Byford.

Sonthorn frunció el ceño.

—¿A qué distancia?

—Volando unos minutos. A pie, medio día.

—Merece la pena investigarlo, tal vez esté la otra mitad y nos diga algo concreto —dijo Sonthorn tras meditarlo demasiado poco tiempo—. Pero también hay que investigar a los humanos del norte, por no hablar de que necesitamos a Valeria para derretir el hielo para que los Uldenhar sean liberados y los enanos puedan ascender.

—Aún les faltará mucho tiempo —gritó Huz desde la entrada de la cueva. Seguía mirando en todas direcciones concentrado, pero su oído era casi tan bueno como el de un elfo—. Y por aquí no hay ningún gato gigante aún.

—Eso nos da margen para… —Se detuvo al sentir la presencia de Ónice de vuelta. Se volvió hacia ella y la descubrió radiante de felicidad y agotada al extremo de que sus piernas flojearon al dar un paso hacia Sonthorn. El guerrero la sostuvo y ella se dejó sostener.

"¿Estás bien? —le preguntó mentalmente".

"Un poco cansada".

"Estoy orgulloso de ti".

"Lo habría hecho encantada aun sin tener motivos".

"¿Has disfrutado torturándolos?"

"Casi tanto como en nuestra primera noche juntos en Sonnen".

Sonthorn la abrazó con más fuerza. Era incapaz de comprender cómo era capaz de sentir placer torturando a otras criaturas, pero la aceptaba tal y como era, con sus virtudes y defectos, con su sonrisa y su oscuridad.

"¿Qué tal la Oscuridad?"

"Esa zorra me las pagará, pero de momento he conseguido engañarla. ¿Notas algo diferente en mí?"

Sonthorn amplió su ser y rodeó a la drugana. Abrió los ojos de par en par al descubrir el aura de oscuridad que la cubría cuando servía a Ágata.

"Por los Dioses Desaparecidos… ¿Ágata te ha entregado su fuerza?"

"¿Entregado? ¡Ha! —Ónice sonrió con maldad—. *Se la he robado a esa malnacida. Ahora tengo su fuerza".*

CAPÍTULO 11

LA REINA DE HIELO

—Dile a este amable Líder de los Uldenhar, guía de las miles de criaturas doradas aguerridas con espadas en vez de manos, que no has disfrutado torturándolos, que ha sido solo una malinterpretación de tu gesto de concentración —los interrumpió Tristán acercándose a ellos rápidamente antes de que pudieran cometer un desliz.

—¿Un qué? —preguntó la drugana sorprendida.

"Convéncelos de que ha sido terriblemente difícil para ti golpearlos".

"Pero no lo ha sido, ha sido un verdadero placer".

"No es la respuesta adecuada e incluso tú lo sabes".

"Oh, está bien".

—Ha sido desgarrador para mí tener que educar la piel de todas esas bellas criaturas que solo querían dormir…

"No te pases… —le dijo Sonthorn. Tristán enarcaba una ceja y tanto Huz como Éwoly se miraban sorprendidos por su cambio".

"Tú has empezado. Además, solo logré arrebatarle su magia a Ágata engañándola. Déjame practicar con estas cosas".

El guerrero puso los ojos en blanco y la dejó actuar a su manera. Era imposible hacer cambiar a Ónice de opinión cuando se sentía poderosa y ahora lo era más que nunca. La dejó hablando con el Líder de los Uldenhar y llegó hasta Pimape y Éwoly.

—¿Está bien? —preguntó el elfo—. La Ónice que yo conozco no hablaría así.

—Ni la que yo conozco tampoco, pero no importa ahora. ¿Habéis cumplido con lo que os pedí?

—Sí, al menos en parte —aseguró Pimape—. Los animales han partido en todas direcciones y Éwoly ha creado una gran estructura para todos nosotros y muchos más. Los Vanhir le están dando calor mientras hablamos. Pronto podrán derretir este glaciar con el entusiasmo con el que trabajan ahora. Ver de nuevo a uno de los Grandes Señores les ha llenado de energía.

—Mejor, porque el camino será muy duro desde aquí.

—¿Acaso no ha sido bastante duro ya? —preguntó el elfo verdaderamente preocupado.

El guerrero le apoyó una mano en el hombro y lo apretó con respeto.

—Has llegado más lejos que ningún otro elfo, Éwoly, estoy realmente orgulloso de ti. Jazmín estará aún más orgullosa que yo de… —Una idea pasó por su cabeza de nuevo a toda velocidad—. ¡Las armas!

Todos volvieron los ojos hacia él salvo Tsuneo. El Uldenhar se giró hacia el exterior dejando a su espada al guerrero y extendió las garras preparado para entrar en combate en el mismo instante en que encontrase un enemigo. Tras la criatura dorada llegaron muchos ojos extrañados y preocupados. Solo Ónice y Sonthorn sabían que no había peligro en las inmediaciones.

—Calma —aseguró el guerrero—. Es solo un misterio que tenemos que resolver. —Se volvió hacia todos y los abarcó con la

mirada—. Bien, tenemos mucho que planear aún. Pimape, por favor, acompaña a todos los Uldenhar hasta el lugar preparado para ellos. Quiero que entren en calor y recuerden lo que es la vida de nuevo fuera del frío. Tsuneo, ¿podrás vigilarlos por si surge algún problema?

—Por supuesto, no habrá problemas —aseguró guardando las garras tras una nueva mirada a su alrededor.

—El resto os quiero conmigo, tenemos que poner a tres razas al día sobre demasiadas cosas. Después quiero ir a ver la guarida de Byford y alguien tendrá que resolver el misterio de los humanos del norte, pero paso a paso. Salgamos de aquí por el momento y recuperemos el calor de nuevo.

—¡Por fin! —exclamó Éwoly en un gesto de triunfo. Pimape lo miró con furia—. ¿Qué? Nací y crecí en el calor, deberías venir a mi mundo y luego, si aún te atreves, me vuelves a mirar así.

Pimape frunció el ceño tanto que Tristán estuvo a punto de acercarse para evitar un enfrentamiento. Sin embargo, la anterior líder de los Vanhir dedicó una sonrisa al elfo tan intensa como jamás nadie había visto.

—Será un placer.

Éwoly enrojeció, pero tantas semanas junto a Tristán le habían enseñado el desparpajo necesario para enfrentarse a algo así.

—En cuanto terminemos con todo este jaleo del mundo que zozobra y todo eso, te llevaré a recorrer cada rincón de Firmantalas. Y te aseguro, señora mía, que no te será necesaria tanta ropa.

—Lo estoy deseando, cuéntame más —pidió mientras rozaba con su mano el brazo del elfo y comenzaba a caminar hacia la escalera de madera fabricada con su magia. Ambos comenzaron a ascender mientras Éwoly le hablaba de la majestuosidad de su mundo con ilusión y orgullo.

—Lo que me faltaba por ver —dijo Tristán en cuanto se perdieron de vista. Todos habían llegado a la misma conclusión que él—. Bueno, al menos ya sabemos cómo nació el pueblo de Sonnen.

—Cuando descubra el clima de Firmantalas no habrá ningún pueblo de Sonnen que crear de nuevo —le espetó la drugana que recordaba perfectamente la asfixiante atmósfera de aquel mundo lleno de árboles enormes y elfos empalagosos—. Vámonos de aquí.

El grupo comenzó a ascender y solo Tsuneo se quedó atrás para guiar a los Uldenhar rezagados. Su líder iba junto a Sonthorn dirigiendo una nueva marcha en un mundo desconocido para todos ellos.

—Sonth, espera —dijo Tristán cuando ambos salieron al exterior de la cueva.

—¿Qué ocurre?

—Quiero… quiero enterrarlos a los dos —pidió con un gesto de vergüenza en el rostro—. No es una prioridad, por supuesto, pero…

El guerrero apoyó una mano en su hombro.

—Por estas cosas Irena te ha elegido. Lo haremos, por supuesto. ¿Dónde has pensado darles sepultura?

—No lo he hecho, se me ha ocurrido ahora mismo.

—Otro más que solo sabe improvisar… —masculló la drugana y Raika ladró a su lado confirmando su teoría.

Las dos continuaron su camino sobre el glaciar. Tristán y Sonthorn esperaron mientras veían la lengua de Uldenhar pasando ante ellos hacia el improvisado poblado de los Vanhir. Por suerte, los líderes de ambos grupos eran lo bastante respetados como para poder controlar a sus grupos. De no ser así, las heridas del pasado no tardarían en reabrirse.

—Has dicho que vivía por y para los animales del norte.

—Sí, toda su vida se dedicó a protegerlos.

—Más al norte que aquí.

—Sí, más al norte, sí. ¿A qué viene tanto norte?

Sonthorn guardó silencio esperando que Tristán viera la idea ante sus ojos plateados. Sin embargo, el pelirrojo no pudo descubrirlo por sí mismo y se vio obligado a explicárselo.

—Yo creo que tu amigo debería descansar con los humanos más al norte, de los que huían los Uldenhar. Parecían tener el mismo propósito, ¿no crees?

Tristán meditó unos instantes.

—Nunca dijo nada al respecto que yo recuerde, pero mi memoria no es la mejor. Seguro que Valeria podría responderte mejor que yo. —Tristán suspiró con dolo y esperanza a partes iguales.

—¿La echas de menos? Siento haberos separados, de verdad.

—Empiezo a creer que no has sido tú quien nos separó, sino Irena. —Sonthorn no pudo negarlo y asintió. Cuando Tsuneo pasó ante ellos siguieron la fila de Uldenhar hacia el campamento del que comenzaban a llegar las órdenes de Pimape—. Y sí, la echo de menos, siento que me falta un brazo sin ella, es un vacío que no logro llenar en mi interior.

—Aparecerá, estoy seguro. Ella es la clave para seguir adelante. ¿Crees que es casualidad que tú hayas venido al glaciar al mismo momento que yo?

—¿Casualidad! ¡Ha! Nada es casualidad en este camino lleno de diosas caprichosas… ¡ups! —Se llevó la mano a los labios tratando de frenar sus palabras antes de que el viento las recogiera sin éxito alguno—. Oh, perdona, Calandra, no pretendía decir eso.

—¿Ahora le rezas a Calandra? ¿Qué hay de Irena?

—¿Pero tú has visto la rabia que almacena? Mejor me disculpo con ella, que Irena es más tranquila y sabrá entenderlo.

Sonthorn sonrió y negó con la cabeza. Tristán podía ser ahora el líder de los Vanhir, pero seguía siendo el mismo.

—¿Qué es eso de que eres el Protector de los Calán?

—¿En esencia? No tengo ni la más remota idea.

—Pues sí que vamos bien.

—A tiempo estás de insultar un poco a Calandra, quizá así me pase por alto a mí.

—Otro día mejor.

Ambos llegaron al borde del glaciar y contemplaron la enorme estructura que Éwoly había creado. En ella podría resguardarse un ejército de varios miles de hombres sin ningún problema. El humo salía por más de dos docenas de aberturas en el techo. Sin duda el ambiente sería mucho más propicio para descansar e incluso el guerrero deseó estar allí dentro a pesar de que su magia le protegía del frío.

—A Raika no le va a gustar esto.

—Pues a Ónice sí. Será mejor que vayamos con ellas antes de que alguna se enfade.

Bajo ellos los Uldenhar se adentraban por una de las puertas de la redonda estructura. Eran poco más que puntos dorados sobre el manto de nieve que se perdieron como una tormenta dorada atravesando una ventana entreabierta. Por supuesto, Tsuneo iba el último de todos ellos.

—Me gusta Tsuneo —dijo Sonthorn—. Un espécimen único.

—Pues tenías que haberlo visto cuando lo liberé del hielo —recordó Tristán con seriedad—. Solo quería morir, era lo único que anhelaba. Él no durmió el sueño de sus congéneres, él permaneció vivo viendo el mundo girar mientras trataban de obligarlo a olvidar.

—¿Cómo lo soportó?

—Porque él tenía una palabra que cumplir y nada le iba a detener.

—Entonces me gusta aún más. Debería venir a la reunión.

—No lo hará. Él sabe su lugar y entiende cuál es. No está hecho para decidir, sino para luchar. Lo rechazaría, sin duda.

Sonthorn asintió haciéndose una idea bastante aproximada del tipo de personalidad que tenía Tsuneo. Definitivamente le gustaba cada vez más.

Cuando llegaron a la base del glaciar Ónice los esperaba junto a Raika.

—La rana vieja y la pelirroja embobada nos esperan por allí —dijo sin duda refiriéndose al Líder de los Uldenhar y a Pimape.

Ambas iniciaron la marcha seguidas de los dos hombres que ponían los ojos en blanco. En cierta manera era agradable que algo se mantuviera igual durante todos aquellos cambios, aunque ese algo fuera el desprecio de Ónice. Éwoly había preparado una sala pequeña para ellos que a Tristán le recordó la que había preparado durante su viaje al norte. Sin duda, el elfo no tenía la imaginación demasiado desarrollada, lo cual encajaba con su naturaleza.

Huz y Éwoly charlaban sobre el arco de Jazmín mientras el semielfo le explicaba lo que había descubierto sobre ella. El elfo recogió la vara de madera y esta brilló con intensidad. Un destello verde emergió en todas direcciones mientras la vara cambiaba de forma hasta adquirir la figura de un arco largo, delgado y sutil, hermosamente tallado.

—¡Increíble! —exclamó Éwoly, pero no fue el único.

Pimape abrió los ojos de par en par completamente desconcertada. En cambio, el Líder de los Uldenhar contempló el destello reconociendo de inmediato a Jazmín en su brillo. El elfo rozó la cuerda con los dedos y un nuevo destello acompañó la vibración para deslizarse por sus dedos y ascender por su brazo. El brillo

pareció recorrer a Éwoly como si él también tuviera la piel de los Uldenhar. Sus ojos brillaron un instante antes de humedecerse. El elfo trastabilló y Huz lo sostuvo.

—¿Estás bien? —preguntó el semielfo dándole tiempo a sostenerse por sí mismo.

—Sí… no, quiero decir… sí.

—A ver si te decides —le espetó Ónice sin mucho interés.

—Estoy bien, estoy bien. —Éwoly se mantuvo en pie por sus propios medios sin dejar de mirar el arco en su mano—. Es… ella, sé que era ella.

—¿Quién? —preguntó Sonthorn.

—Su hermana —dijo Líder de los Uldenhar.

—Jazmín —aseguró el elfo a la vez—. Era ella, estoy seguro.

Ónice volvió a prestar atención al elfo y lo miró con el ceño fruncido. Acto seguido desvió los ojos hasta Sonthorn. Aquello era una novedad importante. Hasta el momento Jazmín solo había hablado con el guerrero.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Sonthorn buscando alguna pista que seguir.

Pero Éwoly miró al drugano y cerró los labios. Negó lentamente con la cabeza.

—No me permite decíroslo, mi señor.

—¿Cómo? —Ónice estalló furiosa—. ¿Pero cómo te atreves a callarte lo que la maldita hermana de la zorra de Ágata te ha dicho? Escúchame bien, comeplantas paliducho y escuálido, o nos cuentas lo que te ha dicho o te corto las orejas aquí mismo.

Ónice avanzó hasta él apartando a Pimape de un empujón, pero antes de llegar el elfo sacó su propia daga con un movimiento florido y ágil y se la tendió. La drugana se detuvo incrédula y recogió el arma. Éwoly se quitó la capucha y se arrodilló ante ella dispuesto

a pagar por su silencio el precio que ella pidiese. Las palabras de su diosa jamás saldrían de sus labios. La drugana comprendió furiosa que no conseguiría nada torturando al elfo, aunque por un momento se le pasó por la cabeza la idea de llevar sus orejas como colgante. Masculló un improperio y lanzó la daga contra la pared sin mirar siquiera adónde lo hacía. Por suerte no había nadie en su trayectoria. Pimape llegó hasta el elfo y lo ayudó a levantarse y Tristán recogió su daga y se la devolvió.

—Al menos hemos visto que este arco sirve para algo más que en mis manos —dijo Huz atajando el silencio incómodo.

—Eso aún está por ver —respondió Sonthorn viendo a Ónice alejarse hasta el fondo de la sala lo más cerca posible de las sombras donde pudiera escuchar sin que su presencia llamara la atención. Una de las ventajas de poder hablar con Sonthorn mentalmente era que él podía plantear las preguntas que ella odiaría que saliesen de sus propios labios—. Tenemos mucho que contarnos, pero empecemos por la espada de los hombres, Huz. ¿Puedes dejársela a Tristán?

—Oh, por supuesto.

El semielfo soltó el cinturón que sostenía la espada de madera y se la tendió a Tristán que contempló el objeto con suspicacia.

—Creía que era… no sé, ¿un recuerdo de tus viajes? —se burló mientras recogía el cuero y observaba la espada de madera con aún más extrañeza.

—En cierta manera sí es un recuerdo. Blándela —le pidió.

—¿Esta madera?

—Sí, vamos, hazlo.

—La espada esta de niños.

—Sí, tu confía en mí.

—Los Vanhir entrenan con armas de verdad desde casi bebés —dijo el pelirrojo.

—No es verdad —rechazó Pimape.

—Pues deberían. Bajo mi mando, las nuevas generaciones de…

El movimiento de Ónice al levantarse le hizo replantearse la necesidad de burlarse de aquel objeto durante más tiempo. Agarró rápidamente el mango de la espada antes de que la drugana iniciase la carrera hasta él. Tristán dudaba que fuera a contener su mano dos veces seguidas por lo que cesó en sus burlas.

Blandió el arma ante él sintiéndose estúpido por hacerlo y, cuando vio que nada cambiaba en el pedazo de madera, confirmó su sensación de estupidez. Le devolvió el arma a Huz con un golpe en su pecho. El semielfo la blandió incrédulo y el arma cambió de forma en su mano de nuevo.

—¿Qué? Ya os habéis burlado de mí, ¿por qué no os reís? —preguntó mirando a su alrededor. No le gustaba ser el centro de las burlas, al menos de las de aquel tipo. Sin embargo, nadie se reía y tanto Ónice como Sonthorn se miraban intercambiando sus pensamientos.

—Dale el arma a Pimape, Huz.

El semielfo obedeció y la anterior líder de los Vanhir recogió el arma y la blandió tal y como había hecho Tristán. Por supuesto, tal y como con él había ocurrido, no cambió nada en absoluto, es más, dado que Huz se la entregó cambiada, esta volvió a su forma de madera.

—No puedo creerlo —dijo Huz dando voz a sus pensamientos —. No eres humano.

—Toma, eso ya lo sabía —dijo Tristán.

—Sí eres humano —le recordó Pimape.

—Yo diría que no —aseguró Huz.

Tristán señaló al semielfo con ambas manos.

—Él sabe mucho de eso, hazle caso —lo apoyó el pelirrojo.

Pimape se volvió hacia Sonthorn.

—Momento de explicaciones.

—Si las tuviera te las daría, te lo prometo. Encontramos las armas de los dioses en el mundo de los enanos. Estas —dijo mientras se golpeaba las manos entre sí. Señaló el resto de objetos mientras los identificaba— son las armas de Calandra, esa es la espada de Thierry y ese el arco de Jazmín. Los enanos tienen el hacha de Archy en su poder. Creemos que Huz podía usar a medias ambas armas al ser un semielfo, lo que queda patente al ver cómo Éwoly ha interactuado con el arco. Sin embargo, la espada parece reacia a que Tristán o tú la portéis. La única explicación que tengo es que no sois humanos, al menos humanos del todo.

—Tiene que ser una broma —respondió incrédula. No podía concebir algo así, era simplemente imposible. Sabía que eran una raza especial, pero estaba segura de que eran una escisión de los humanos, no algo completamente aparte. Sin embargo, si lo que le decían era cierto y no podía contradecir a uno de los Grandes Señores, no había otra explicación. Éwoly había dejado clara su teoría—. Entonces, ¿qué somos?

—Cuando tenga una explicación para eso también te la daré. Creo que solo me falta por conocer a Thierry, te prometo que le preguntaré —aseguró el guerrero—. Pero, mientras ese día llega, debemos continuar. Tenemos mucha información que poner sobre la mesa.

—Dirás problemas sobre la mesa —apuntó Tristán con buen criterio. Sonthorn no pudo negarlo.

—Sí, muchos problemas sobre la mesa. Solo espero que sea lo bastante fuerte para soportarlos todos, porque de nosotros depende el destino del mundo. Irena, Calandra, Jazmín y Archy han confiado en nosotros para arreglarlo y debemos estar a la altura, pues incluso

ellos se han sacrificado por conseguir la victoria. —El recuerdo de Archy apagándose desgarró su corazón de nuevo—. Pongámonos al día.

—Maese elfo, ¿tendría a bien crear una mesa lo suficientemente robusta para todo lo que debe aguantar? —preguntó Tristán con una cortesía impropia de él.

Éwoly le miró desconcertado buscando la trampa. Cuando el pelirrojo sonrió burlón puso los ojos en blanco y pronunció el hechizo. La estancia cambió para adaptarse a su petición y una recia y delicadamente tallada mesa creció desde el centro dejando el hueco justo para que la hoguera se mantuviera. A su alrededor dispuso una silla para cada uno de ellos y, para sorpresa de todos e incluso suya, en las paredes de la estancia crecieron media docena de flores de Mieb que comenzaron a limpiar el ambiente al momento.

—Jazmín nos regala su presencia y nos bendice con su pureza —aseguró acercándose a la primera flor de Mieb. La olió con suavidad y cariño con una sonrisa sencilla y auténtica. Tosió y se sentó al lado de Pimape con los ojos vidriosos—. Este es el camino adecuado para los elfos.

—Entonces para los que no son elfos, humanos, druganos, enanos, Uldenhar o Calán también —respondió irónicamente Pimape. El elfo le dedicó una sonrisa triste.

—Bueno, es lo que nosotros llevamos sintiendo toda la vida —dijo Huz—. Estar entre dos mundos.

—No, qué va. Nosotros no estamos entre dos mundos —dijo Tristán mucho menos compungido que Pimape. Él siempre había sentido que no era un humano normal, ahora solo lo corroboraba—. Estamos fuera de dos mundos, en realidad.

—Se parece bastante.

—En eso tienes razón, señor dos mundos.

Tristán se sentó a su vez y el resto hizo lo mismo, todos menos Ónice, que siguió oculta entre las sombras. Estas parecían envolverla más allá de su naturaleza. Sus dedos de oscuridad se extendían hacia ella como si quisieran capturarla de nuevo o simplemente no se permitieran estar lejos de ella. Sonthorn abrió su mente y fue incapaz de localizarla en absoluto a pesar de tenerla frente a él, solo era capaz de ver sombras alrededor de donde debía estar. Trató de hablar con ella y se sintió bloqueado como jamás lo había estado. Ónice necesitaba soledad y se la entregó concentrándose en todo lo que tenían que poner sobre la mesa. Suspiró y comenzó.

—Los Uldenhar no conocen la historia del continente. Yo puedo hablar por los humanos si os parece bien a todos, aunque ninguno lo sea. Si estoy equivocado en algo, por favor, corregidme.

Y comenzó a relatar todo su viaje, pero no solo su viaje desde el día que conoció a Cerón, sino la historia de un mundo ajeno para él que parecía tener más preguntas que respuestas. Le contó al Líder de los Uldenhar todo lo que sabía sobre los druganos de todos los destinos, sobre los telépatas, los humanos y los enanos, si bien El Guardián de la Memoria sabría hacerlo mejor cuando escapasen. No fueron pocas las horas que dedicaron a aquella parte de su historia, tan convulsa y con tantas vidas entremezcladas.

Tristán relató toda su experiencia con Valeria en el glaciar tratando de no dejarse ningún detalle que, por suerte, Raika le supo recordar a su especial manera. Les habló a todos de Byford, del lugar especial entre ellos y sus animales, donde Calandra podía llegar, de Radnor, del norte y de la, por desgracia, gloriosa victoria de Raika contra los Uldenhar dormidos en el hielo. Sonthorn relacionó al instante las extrañas marcas de dientes que había visto en el Uldenhar asesinado. Tal y como le había dicho a Azekel, no podían juzgar a los atacantes sin saber qué les movía a hacerlo. Ahora lo comprendió y grabó en su mente que no todo era blanco o negro, sino que miles de tonos grises parecían extenderse ante él a cada paso. Un escalofrío recorrió su nuca en la dirección a la drugana entre las sombras.

—Sonthorn dice que vendrá y nosotros estaremos esperando ansiosos por verla de nuevo —aseguró acariciando la cabeza de Raika a su lado. La loba se había tumbado aburrida ya de tanta conversación. Ónice habría hecho lo mismo si tuviera una cama desde la que atender a la conversación solo durante los fragmentos que le interesasen—. Ella es la llama.

Éwoly relató la historia de su mundo, sin embargo fue incapaz de dejar de lado la elegancia en su narración y pronto se perdió en descripciones interminables que Huz supo reconducir antes de que perdiese del todo el hilo. Les habló a todos de el rey Jayone, de la vida en Firman y la barrera que protegía y escondía su mundo, tan similar a la del Valle de Valán. Les contó la caída en desgracia de su mundo tras olvidar a los druganos blancos y cómo habían recuperado la esperanza gracias a él.

Huz entrelazó la historia de los semielfos con la de Éwoly y rellenó las lagunas que este había dejado en su particular versión aclarando cómo habían logrado sobrevivir quizá por ser tan únicos como los Vanhir.

—Estamos alejados de la magia, al parecer. No somos elfos, no somos humano y, sin embargo, somos ambos. Podemos transportarnos a lo que veamos, pero no a distancia como los humanos —aseguró para sorpresa de Sonthorn—. Podemos moldear las plantas, pero no podemos devolverles la vida como los elfos. Somos y no somos al mismo tiempo. Somos el texto entre renglones escritos de la magia, tenemos nuestras propias reglas y no estamos sometidos a la rudeza de sus líneas.

—¿Así logró Raven calmar a Cerón? —preguntó el guerrero recordando como la mujer había incapacitado al mago con solo un par de palabras.

—Sí, eso es, pero por si te lo estás preguntando, solo funciona una vez. Es un borrón en su línea de magia, la primera vez te detiene la lectura, la segunda ni siquiera lo ves.

—Sois únicos —dijo el guerrero que ya sabía de su importancia.

—Y pocos, pero cuando el mundo vuelva a girar libre y sin peligro, seremos más y, quizá, los dioses tengan a bien darnos nuestro propio libro en el que escribir nuestra historia.

El grupo guardó silencio y miró al Líder de los Uldenhar que era el único que aún no había hablado. La criatura observaba el fuego en el centro con concentración.

—¿Está bien? —preguntó Éwoly.

—Sí, es que ellos y el fuego no se llevan precisamente bien —explicó Tristán.

—Ah.

El Uldenhar apartó la vista de las llamas y los contemplo a todos.

—Las llamas traen la muerte, pero parece que aquí tenéis vuestra propia muerte y tiene muchas más formas que unas simples llamas —aseguró la criatura dorada—. El mundo está mucho peor de lo que imaginaba, desde luego mucho peor que cuando Calandra nos envió a descansar. No dudo de que haya hecho lo correcto, pero el riesgo que ha corrido es inabarcable. Los Calán y los Tharbrins en el mismo mundo sin que podamos enfrentarnos a ellos es… complicado.

—No sé de qué está hablando —dijo Huz.

—Y eso es lo que te permite tener esperanza —aseguró el Uldenhar con dureza—. Ahora os contaré yo la historia de los Uldenhar, los Calán y sus enemigos los Tharbrins. Los recuerdos más antiguos aún son borrosos para mí, como si estuviera despertando poco a poco de un sueño. Van y vienen sin poder sujetarlos… —Se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos que Pimape aprovechó para salir de la reunión y pedir que trajeran comida para todos. El día se estaba alargando y más que lo haría—. Mi nombre es Hisao. Era Líder de los Uldenhar cuando Calandra nos envió a dormir al hielo con una misión. Yo fui quien aceptó su petición, si es que a las órdenes de Calandra se les puede llamar peticiones.

Acepté dejar a nuestros hermanos los Calán a su suerte en La Isla aún a sabiendas de que podría ser la destrucción de todo mi mundo, pues confiamos en Calandra ciegamente. Jamás nos ha fallado y antes de hacerlo arrasaría este mundo, y lo digo en sentido literal.

«En mi mundo no hay fuego, no hay luz de una llama ni calor procedente de ella. La comida se cocina con el aliento de los dragones Calán que nos acompañan día y noche. Luchamos a su lado contra los Cazadores y los Tharbrins. ¿Que qué son los Tharbrins? Son Calán caídos en desgracia, consumidos por las llamas de su odio hasta tal punto que jamás vuelven a tener un cuerpo material que los sostenga. Ninguna cuchilla puede acabar con ellos y su magia es terriblemente poderosa. Son capaces de quemar el mundo a su alrededor y no dejar nada con vida, pero no pueden llegar a este mundo salvo a través de una llama previa. Por lo que veo no han llegado hasta aquí aún, lo cual me da esperanzas.

»Los Calán son una raza especial creada a imagen de Calandra. Son rudos, valientes, impulsivos y ardientemente rabiosos, como has comprendido al recibir su bendición —dijo señalando a Sonthorn, que asintió al recordar la sensación de rabia que le recorría a cada momento que permanecía con los ojos dorados—. Nacen humanos y se transforman muy jóvenes en dragón. Así permanecerán el resto de sus vidas a no ser que encuentren una Esencia que reutilizar para volver a su forma humana, pero esto es una teoría que solo pudimos poner a prueba una vez antes de ser enviados al glaciar. Basta que sepáis de ellos que son poderosos, muy poderosos, y no solo por su forma de dragón. Cada uno tiene habilidades especiales extremadamente útiles para la lucha, pero igual que existen ellos existen los Cazadores, una raza de humanos especializada en cazarlos desde hace miles de años. Utilizaban sus Esencias para alimentar sus ciudades en mundo frío, pero todo esto era antes de que llegaran los Tharbrins, durante la época de la gran Valeria. Tal vez estoy divagando de más».

—¿La Gran Valeria? —preguntó Pimape, sorprendida.

—Sí, junto a Connor. Fueron los que lograron que los Calán cambiasen y alteraron la historia de mi mundo. Deberías leer los libros que hablan de ellos, el primero se titula "Ojos de Hierro", te gustará. Valeria es un nombre prohibido desde entonces, jamás nadie lo ha usado. Escucharlo de nuevo en un ser vivo es… difícil para mí. Estoy deseando conocerla, si Calandra le ha permitido portar ese nombre debe ser por un buen motivo.

—¿Te suena de algo Úrsula? —preguntó Tristán.

—No, para nada. ¿Por qué?

—Byford dijo que llegó desde muy lejos al sur y la llamaba la Reina de Hielo antes que a Valeria. Imagino que era una Calán, tal vez la conocieras.

—Llevo en el hielo miles de años, Tristán. Ningún Calán es tan longevo, quizá algún dragón lo sea si no ha muerto asesinado, pero desde aquí me es imposible saberlo. Fuera lo que fuese esa tal Úrsula, está muerta y una nueva Reina de Hielo gobierna ahora.

—¿Qué es una Reina de Hielo? —preguntó Sonthorn. Comprendía lo del hielo, pero no de dónde había salido—. No conozco ninguna magia capaz de hacer lo que dice Tristán que hizo Valeria.

—¿En esencia?

—Comienza por lo básico.

—Nuestra piel es su magia —dijo como si lo explicase todo.

—Explícate más, entonces.

—Nuestra piel se adapta a todo lo que nos rodea o afecta. En ella es su magia la que se adapta. Si su problema o su solución es el hielo, hielo será. Si su esencia es el fuego y usa su magia sobre ella, fuego será —dijo señalando a Raika—. Es capaz de transformarlo todo y a todos. —Calló unos segundos y torció el gesto—. Me pregunto si será capaz de transformar a los Tharbrins en Calán de nuevo…

—Le preguntaré en cuánto la vea de nuevo —aseguró Tristán. Comprendía mejor que nadie gracias a Tsuneo de lo que eran capaces aquellas criaturas.

—Tu mundo es algo sin importancia ahora —dijo Ónice desde las sombras cortando las teorías innecesarias—. ¿Qué hay al norte de aquí? ¿Por qué los temíais?

—No perder el objetivo en ningún momento es una gran virtud tanto para la caza como para la lucha —aseguró Hisao inclinando la cabeza ante la drugana que ni se dignó en darse por aludida—. En el norte hay humanos realmente fuertes. Sobreviven en la nieve y progresan en ella, tanto que han logrado construir una ciudad donde el agua no corre siquiera libre.

—¡Imposible! —exclamó Pimape—. ¡Los Vanhir lo sabríamos!

—No hemos llegado tan lejos jamás, Pi —le recordó Tristán.

—Ellos habrían venido. ¿Por qué vivir en el hielo si tienen elección?

—¿Y si no la tienen? —preguntó Éwoly sin darse cuenta de las preguntas que había creado en todos ellos.

—Si no tienen elección —dijo el guerrero mirando instintivamente hacia el norte—, debemos averiguar por qué.

CAPÍTULO 12

UNA BATALLA PERDIDA

—Queréis ayudar a los que nos han atacado —afirmó Hisao. No había reproche en sus palabras.

—Quiero averiguar qué ocurre con ellos, no me creo que esto sea casualidad —se defendió el guerrero—. Byford, los animales del norte, el medallón partido, la llave que falta… Hay un nexo de unión que nos falta y debemos descubrirlo. Pero puedes estar seguro de que tu pueblo no volverá a ser amenazado por nadie.

—Salvo por Ágata, los magos humanos, los Tharbrins, Neroc… —dijo Tristán.

—Sí, salvo esos y algo me dice que alguno más. Gracias por el aporte, señor no humano.

—¡De nada! ¿Ves, Raika? Y tú que decías que se enfadaría…

—No nos preocupa luchar, no nos importa morir —dijo Hisao para sorpresa de todos—. Calandra nos estará esperando a todos al otro lado. —Se encogió de hombros y sonrió—. Ese es nuestro lugar, esto solo es… la bruma antes del amanecer.

Ónice puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua. Un destino así significaba para ella acabar junto a Ágata y no tenía el menor interés en aceptarlo.

—Un plan —dijo la drugana impaciente.

Llamaron a la puerta y Pimape la abrió para dejar pasar a varios Vanhir con bandejas de comida variada para todos. Fuera se había transformado el día en noche, por lo que la drugana miró al cielo tras la puerta con ansiedad. Sonthorn asintió y Ónice salió corriendo de la sala, se transformó y una oleada de oscuridad llenó el campamento. Esta pareció adentrarse incluso en las estructuras de madera con sus garras sombrías. El fuego dejó de alumbrar por un aterrador instante y todos se sintieron ciegos bajo la magia de la drugana.

—¡Increíble! —exclamó Éwoly mirándose las manos hasta que la luz regresó al mundo.

Sonthorn y Tristán se miraron e intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Eso es nuevo —dijo el pelirrojo.

—Sí. En su lucha contra la Oscuridad ha salido ganando ella.

—Nunca hubiese apostado en su contra, pero también estoy seguro de que la Oscuridad nunca pierde, Sonth, como mucho empata —aseguró mientras se asomaba a la puerta para verla ascender en el cielo. Las estrellas tras ella desaparecían a medida que ascendía ocultas por la oscuridad que desprendía—. Juraría que ahora es mucho más fuerte que antes.

—Ha conseguido la fuerza de Ágata o al menos en parte. —El guerrero suspiró incómodo. Todo lo que tuviera que ver con Ágata era peligroso—. No creo que esta sea la última sorpresa que nos depare desde ahora.

—Siempre ha sido una caja de sorpresas. ¿O esperabas acaso que luchara a tu lado?

—Sinceramente, sí. Cuando miré en su interior vi sueños, esperanza e incluso amor. Esos sentimientos no habitan en las criaturas malvadas.

—Entonces todo irá bien, porque tiene sueños, alberga todavía algo de esperanza e incluso tiene momentos para el amor a pesar de las dificultades —apuntó Tristán con buen criterio apoyando una mano en su hombro y apretando con fuerza—. Confía en ella, sabrá ver la luz entre tanta sombra.

Sonthorn asintió y se volvió hacia su amigo.

—Te has vuelto un digno sucesor de los druganos blancos. La Diosa tuvo a bien cambiar tu mirada.

—¿Sucesor? ¿Yo? —rio estrepitosamente—. ¡Yo soy uno de ellos! ¿Es que acaso no ves mis ojos con cataratas? Por eso la espada no funciona conmigo, porque soy uno de los Grandes Señores.

Esta vez fue Sonthorn el que palmeó su hombro con respeto y se volvió a introducir en la estancia. Tristán cerró la puerta después de mirar una vez más al cielo que se oscurecía a medida que Ónice se sentía más completa. Apretó los dientes conteniendo sus teorías y siguió el camino de Sonthorn. En el interior la conversación había cambiado de dirección.

—¿Cómo que no podemos regresar al continente? —exclamó Huz perplejo mirando a Pimape lo que hizo que Sonthorn se dirigiera hacia él. El semielfo gesticulaba escandalizado por la noticia. Se volvió hacia Éwoly que confirmó sus palabras.

—Hay una montaña que sube hasta el cielo derrumbada sobre el único paso subterráneo. El único camino está cortado.

—Doy mi palabra de drugano blando de que es verdad —lo apoyó Tristán.

—No eres un drugano blanco —le contradijo Pimape.

—Envidiosa.

—Basta —les cortó el auténtico drugano blanco—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no nos lo habíais contado antes?

—Porque si lo hacíamos solo pensaríamos en cómo escapar y no cómo avanzar —respondió Tristán con determinación—. Nuestro camino es hacia delante, no hacia atrás. Hemos quemado nuestro mundo para seguir adelante, no íbamos a regresar a recoger las cenizas. O hacia delante o hacia ningún lado.

—¿Cómo vamos a regresar a Sonnen, entonces? —preguntó Huz alterado. Tristán no supo responder. Señaló hacia el cielo y se encogió de hombros—. ¿Volando? Ni siquiera ellos pueden cruzar las montañas.

—Un dragón podría —respondió Tristán que ya había considerado aquella posibilidad—. Y tenemos una.

Huz masculló un improperio y se apartó de él. No quería subirse de nuevo en la dragona, había tenido bastante miedo y frío para toda su vida.

—No es una solución, sino un parche. La solución nos la dará Irena, o Calandra, a estas alturas ya no sé quién mueve los hilos aquí. Pero estoy seguro de que encontraremos el camino, igual que sé que Valeria vendrá —dijo el guerrero—. Escapar volando será lo último que hagamos, pero si ha de ser así, será porque esa era la salida.

—Una profecía autocumplida, genial. Eso nunca da resultado —ironizó Huz.

—Podemos usar los túneles —dijo Hisao, pensativo—. Cuando el hielo se vaya, quiero decir, aún los túneles son muy pequeños para todos vosotros. Nos llevarán hasta el valle igual que nos llevarán hasta la ciudad del norte.

Tristán señaló al Uldenhar con ambas manos.

—¿Ves? —le espetó al semielfo—. Solo hay que confiar un poquito en nuestras diosas. Eso te ocurre porque tu raza no tiene. Aunque no sabemos cómo estará el túnel al sur del valle tampoco…

—Y tú no tienes ni raza —le devolvió un poco más tranquilo. Alzó las manos aceptando la idea y se apartó unos pasos.

—Eso duele, ¿sabes?

—No iremos por los túneles a la ciudad del norte. Iremos volando Ónice y yo —dijo el guerrero para sorpresa de todos que no esperaban quedarse atrás. Sus rostros confusos se volvieron hacia él obligándolo a explicarse—. Volando nos llevará un día, vemos qué hay o quién está allí y volvemos. Solo quiero saber qué ocurre y después decidiremos qué hacer.

—¿Y qué se supone que haremos nosotros mientras tanto? —preguntó el pelirrojo.

—Todo lo demás. Hay que reubicar a los Uldenhar que despierten, a los enanos que logren subir y hay que prepararlos a todos para la guerra. Hay que buscar la llave de la puerta dorada y esperar a Valeria, ¿te parece poco?

—Poco no, pero aburrido sí —respondió con sinceridad.

—Eres el Líder de los Vanhir…

—Y Protector de los Calán, no lo olvides —le recordó.

—Sí, el Líder de los Valán y Protector de los Calán y debes permanecer con ellos. Eres su corazón y su mente, no puedes ir de lado a lado ahora. Debes estar con ellos, debes guiarlos y corregirlos. Tú te quedarás aquí, Tristán. Es el camino que la Diosa ha elegido para ti, ¿acaso vas a contradecirla?

—Pues claro, como siempre.

—¡Tristán! —exclamó Pimape furiosa con él.

El pelirrojo suspiró y negó con la cabeza. Sus hombros parecieron descender hasta el suelo al aceptar su papel.

—Guiaré a mi raza y esperaré a que regreses.

Sonthorn asintió con orgullo.

—Pero antes debes hacer un nuevo camino conmigo. Quiero ir a la guarida de Byford.

El rostro de Tristán se iluminó.

—Estoy preparado. ¿Cuándo partimos?

—Por la mañana, no creo que sea buena idea correr por la nieve de noche y tú no puedes volar aún.

—Aún, cierto. —Señaló a Huz—. Nos vendrían bien sus habilidades para ascender hasta la cueva. Se lo pediría a Éwoly, pero este lugar no se va a mantener vivo sin él.

—Concedido.

—Tienes que devolver la memoria a mi raza, mi señor —dijo Hisao con respeto—. Muchos despertarán en tu ausencia y cuando el hielo deje de ser un problema para ellos, ellos serán un problema para nosotros.

—Tienes toda la razón. —El guerrero dudó en cómo proceder. Trató de comunicarse con Ónice, pero seguía envuelta en su nube de sombras—. Iré ahora mismo, acompáñame, Tristán, por favor. El resto aprovechad a descansar, no sabemos cuándo dejaremos de tener la oportunidad para hacerlo.

—Será un placer, mi señor —dijo Éwoly con una reverencia antes de abandonar la reunión. Pimape asintió ante el guerrero y siguió al elfo de cerca. El guerrero sonrió casi tan abiertamente como Tristán cuando lo miró confundido. Huz se encogió de hombros y los siguió no tan de cerca. Solo quedó Hisao sin moverse.

—Mi pueblo está seguro con Tsuneo.

—Es un gran luchador, ¿verdad? —preguntó el guerrero.

—No te imaginas hasta qué punto lo es. Ha nacido para eso y para eso se le ha entrenado. ¿Os importa que os acompañe?

—Pensé que estarías harto de hielo, Hisao, por eso no te lo he pedido.

—Estoy harto de hielo, pero más aún de descansar. Además, si reconoces que Tsuneo es un gran luchador porque nació y creció con ese destino, has de recordar que el mío era guiar a los Uldenhar y para ellos he dedicado toda mi vida. No podría evitar ir aunque quisiera. Si se trata de mi pueblo, allí estaré.

—Te honran tus palabras, Hisao. Por supuesto que puedes venir, soy yo quien debería pedirte permiso para hacerlo —dijo Sonthorn inclinando la cabeza.

—Vaya par de... —masculló Tristán que abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir en voz alta—. ¿Líderes? Sí, esa era la palabra exacta que estaba buscando.

Hisao miró a Tristán con la cabeza ladeada tratando de entender sin éxito la intención de sus palabras. Por suerte Sonthorn llegó en su auxilio.

—Tristán es muy particular, me temo. O lo odias o lo amas, y de momento no conozco a nadie que lo odie tanto como para no amarlo. Recuerda que incluso Irena lo bendice.

—Su sentido del humor se parece al de los Calán, solo que menos… rabioso. No tardaré en acostumbrarme. Disculpa si todavía no estoy a la altura.

—Nunca estarás a la altura, ¿has visto tu tamaño? —Sonthorn enarcó una ceja ante su comentario—. Vale, ese sí está fuera de lugar.

—Cuando conozcas a los Calán de los que eres el Protector, no volverás a pensar así. ¿Nos vamos? —preguntó Hisao sin ofenderse en absoluto. Toda una vida con aquellas criaturas furiosas, decididas y directas había hecho que no tuviera la piel tan fina como para ofenderse por algo así—. Y, al menos, yo sí tengo una raza —le devolvió con una sonrisa.

Tanto Tristán como Sonthorn no pudieron evitar reírse ante el comentario. Llegaron a la puerta y el guerrero la abrió para

encontrarse de frente con Ónice ante él. La drugana tenía una expresión de locura que jamás había visto ni en ella ni en ninguna otra criatura. Abrió los brazos para proteger a Tristán y a Hisao tras él y se interpuso en la dirección de la mirada de la drugana. De sus ojos ascendía un hilo de oscuridad que danzaba como si de humo elevado por el viento se tratara. Sus alas estaban abiertas de par en par a su espalda. Una mueca con sonrisa irónica demasiado similar a la de Ágata presidía su rostro.

Los ojos de la drugana indagaron tras Sonthorn, que volvió a situarse en la dirección de su mirada.

—Ónice, ¿estás bien? —El guerrero extendió su ser y trató de reconocer a la mujer sin el más mínimo éxito. Ante él solo había un vacío de oscuridad. No encontró ni el más mínimo rastro de la mujer que amaba. Su mano se movió instintivamente en busca de su espada. La de ella hizo lo mismo.

—Apártate, esto no va contigo —dijo con voz gélida. Alzó la mano para apartar a Sonthorn y este sujetó su brazo con rapidez y habilidad. Ónice volvió la mirada hacia él, sorprendida. Frunció el ceño al descubrir sus ojos plateados. Volvió a mirar en dirección a Tristán por encima del hombro del guerrero, moviendo la cabeza para no perderlo de vista. Regresó de nuevo al guerrero desconcertada mientras trataba de liberar su brazo con un movimiento rápido y entrenado.

Sin embargo, ella no era la única que sabía defenderse y el guerrero contraatacó. Derribó a la drugana y esta le hizo caer aprovechando la inercia de su movimiento. Ambos rodaron por el suelo golpeándose contra las sillas de Éwoly y destrozándolas con la fuerza de sus movimientos.

—¡Salid de aquí! —gritó el guerrero a Tristán y a Hisao sobre el estrépito de la lucha. Antes de acabar la frase ya estaba de pie debatiéndose contra la drugana con todas sus fuerzas.

—¡No te dejaremos solo! —gritó el pelirrojo sin saber qué hacer. No podía luchar contra ella, pero estaba claro que algo le

estaba ocurriendo. Llamó a Raika y escuchó casi al instante su aullido lejano. No tardaría en llegar y con ella lo haría Copi. Y si el león se enteraba de lo que ocurría, Pimape no estaría lejos, y si ella se movía, no tardaría en seguirla Éwoly. En menos de un minuto todos los líderes de todas las razas estarían allí dentro tratando de pensar qué hacer con la drugana negra descontrolada—. ¿Se puede saber qué le pasa?

—¡No lo sé!

Un atronador viento de oscuridad lanzó a Tristán y a Hisao contra la pared. Sonthorn se mantuvo en pie gracias a que tenía sujeta a Ónice con fuerza, sin embargo la drugana era demasiado fuerte para él y se vio obligado a transformarse a pesar de que los daños que podría causar irían en aumento. No le quedaba otra opción si quería estar a la altura.

Una luz plateada impactó contra la drugana sin que la oscuridad que parecía envolverla fuese afectada. La luz pareció no querer siquiera tocar a la mujer y la rodeó evitando su presencia. Ónice cambió de postura y lanzó al guerrero por encima de ella aprovechando un nuevo impulso del viento de oscuridad que la envolvía. El guerrero se estrelló contra la pared, pero ignoró el golpe y contraatacó alzando una esfera plateada alrededor de la drugana y su viento se cortó de pronto. Sin embargo, la oscuridad no tardó en impregnar la superficie de la esfera y pronto la corrupción comenzó a ser patente en ella. Pudo sentir la furia de la drugana golpeando las paredes con todas sus fuerzas.

"Al menos ahora puedo sentirla —se dijo con frustración tratando de pensar en qué estaba ocurriendo".

El guerrero había asumido que no trataba de acabar con él dado que su arma seguía guardada y solo estaba luchando con las manos, lo que no lograba comprender. Intuía que tenía algo que ver con Ágata y su poder, pero no lograba comprender cómo había ocurrido todo.

Miró hacia el estrépito de la puerta en la que adentraba Raika mientras Copi se encajaba contra ambos marcos. La loba llegó hasta Tristán y lo ayudó a ponerse en pie. El pelirrojo se sujetaba la cabeza sangrante.

—¡Controladla! —gritó Tristán apoyándose en la loba.

—¡Déjanos pasar! —gritó Pimape desde el exterior al enorme león que rugió sin poder continuar su avance. Copi no le hizo el más mínimo caso y siguió tratando de seguir la estela de Raika.

Pero las palabras mágicas de Éwoly se elevaron sobre todos ellos y la estructura comenzó a cambiar de forma casi al instante. La puerta que frustraba al león fue lo primero en desaparecer.

—¡Yo la sujeto! —gritó Huz tras todos ellos. El semielfo no estaría lejos.

Su hechizo se unió al de Éwoly y pronto la estancia desapareció dejándolos bajo el frío cielo y la nieve que este dejaba caer sobre todos ellos. El humo de la hoguera al apagarse se elevó dejando una vista más clara de lo que ocurría allí y pronto les quedó patente a todos la situación. Pimape corrió hasta Tristán y dibujó la runa de curación sobre su cabeza mientras Copi se interponía entre la esfera que ocupaba Ónice y su Vanhir.

Huz ordenó a las plantas que se alzaran del suelo y estas cubrieron la esfera, ahora más negra que plateada. Por desgracia, en cuanto tocaron su superficie se derritieron en un líquido negro y ponzoñoso que rezumó burbujeante hasta el suelo. Sonthorn se puso en pie aliviado por la ayuda del grupo que solo trató de retener a la drugana y no de herirla. Pero era demasiado poderosa para dejarse controlar, la conocía perfectamente, al menos hasta hacía solo unos minutos. La Ónice que había entrado en la estancia le era completamente ajena.

Más y más plantas se elevaron del suelo y rodearon a la drugana en una frenética carrera por cerrarse a su alrededor. Éwoly y Huz unieron sus fuerzas en un solo hechizo que envolvió a Ónice

más y más rápido. Sin embargo, ella era más y más rápida en su furia corruptora y pronto ni siquiera hizo falta que sus plantas tocasen la esfera para deshacerse. Una nube de vapor emanaba del líquido negro que se acumulaba en el suelo alrededor de la esfera burbujeando. El olor comenzó a hacerse insoportable.

Sonthorn comprendió que no la controlarían solo con ataduras y cerró los ojos concentrándose en ella. Pudo visualizar con claridad a la drugana golpeando furiosamente la esfera y se adentró en su interior aprovechando los huecos que su rabia dejaba abiertos. Era un torbellino de oscuridad lo que encontró y, aun así, se adentró en él. Perdió de vista incluso sus manos en aquella total oscuridad y siguió avanzando hacia lo que su alma le decía que era Ónice.

—¡Éwoly, tu arco! —gritó Huz en el exterior. Observó a Sonthorn con los ojos cerrados, concentrado en su propia tarea y comprendió lo que estaba haciendo, al fin y al cabo le había visto hacerlo demasiadas veces—. Sonthorn trata de reconducirla, démosle tiempo.

El elfo se descolgó el arma de su espalda y esta cambió al momento. El arco comenzó a brillar en su mano con un fulgor verdoso en cuanto la empuñó.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—¡No tengo ni idea! Pero es tu diosa, maldita sea, dile que haga algo.

—Lo que me faltaba por oír… —Éwoly miró hacia el cielo helado y pronunció su propia plegaria en élfico. Cuando terminó de dirigir sus palabras al cielo se sintió aún más estúpido que antes de hacerlo —. No creo que Jazmín esté tan lejos de Firmantalas.

—Sus flores sí. ¡Vuelve al hechizo! —le animó Pimape señalando la esfera ahora ya completamente negra. Huz reemprendía la contención por su cuenta siendo claramente insuficiente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tsuneo que ayudaba a levantarse a Hisao. Ninguno lo había oído llegar.

—La drugana negra está ahí dentro y parece enfadada —respondió Pimape que no tenía especial cariño por los druganos negros. Toda una vida creyéndolos el enemigo de los Grandes Señores había dejado huella en su alma. A la Vanhir le costaba mucho aceptar a Ónice como aliada y solo la presencia de Sonthorn y los nuevos ojos de Tristán la impulsaban a ello.

Tsuneo extendió sus garras dispuesto a entrar en combate y miró a Hisao expectante.

—No —dijo secamente el Líder de los Uldenhar y Tsuneo asintió conforme. Hisao decidía, él luchaba. Ninguno de los dos estaba hecho para el puesto del otro y ambos lo sabían y, lo más importante de todo, lo aceptaban. Tsuneo guardó las garras y esperó observante por si tenía que intervenir.

Pero cuando Éwoly unió su hechizo al de Huz supo que no sería necesario. Las plantas que el elfo creaba ahora ascendían con el mismo fulgor verdoso que el arco que aún sostenía en su mano. La corrupción no fue capaz de doblegar su magia y logró que la esfera fuese rodeada por las plantas que elevó del suelo. Huz cambió su hechizo y esperó a que la magia del elfo encerrase a la drugana para envolverlo todo. La oscuridad dejó de extenderse y Sonthorn lo pudo sentir en su interior.

Sonthorn miró a su alrededor y descubrió un brillo verdoso sobre la oscuridad impetuosa que giraba en torno a un punto central que debía de ser Ónice. A pesar del frenesí oscuro, distinguía a la drugana con claridad. Apretó los dientes y empujó toda su energía hacia sus alas tratando de que estas iluminasen a la drugana o, si no al menos sus próximos pasos hacia ella. A su espalda un brevísimo brillo mostró la figura de sus alas plateadas, sin embargo no fue más que eso, un efímero fulgor. Desapareció al instante absorbido por la oscuridad que parecía haberse acelerado con su gesto.

La idea de que las diosas de ambos tuviesen algo que ver se abrió paso en su mente. Ónice parecía enfurecerse más y más a medida que usaba la luz de Irena, ¿podría Ágata haberse apoderado de la drugana? ¿Habría funcionado la trampa de la Oscuridad incluso con Ónice? Apartó la idea de su cabeza, no estaba dispuesto a no confiar en ella. Ónice estaba segura de su victoria y él daría su vida por ella. No, Ágata no se había hecho con su control, pero estaba claro que su fuerza había desorientado a la drugana.

"Su fuerza para luchar contra los druganos blancos —pensó rápidamente atando cabos—. *Buscaba a Tristán por sus ojos, pero ¿por qué no a mí? Dijo que esto no iba conmigo…"*

Sacudió la cabeza, los motivos exactos no importaban en aquel momento. Puso a prueba su teoría y volvió a impregnar sus alas con la misma energía y se encontró con la misma oscuridad acelerándose para ocultarlos. Ónice no quería su luz, eso quedaba claro. Pero lo que también estaba claro era que la drugana necesitaba una luz que la recondujese, que la orientase de nuevo, una luz que apartase la oscuridad, una luz que…

"Se lleve la noche y le abra los ojos —murmuró antes de dar una palmada. Los guanteletes de Calandra aparecieron en sus manos brillando con intensidad. El fulgor de ambos impregnó el ambiente y la oscuridad pareció evitar girar en su huracanado camino entre ellos. Sonthorn sintió los ojos negros de Ónice fijos en él a pesar de no ver más allá de sus manos doradas—. *Démosle luz entonces".*

El guerrero apretó los puños con rabia y la luz se incrementó. Dio un paso hacia ella dispuesto a golpearla con su luz si era necesario, pero la Oscuridad no estaba dispuesta a permitirlo. Una nueva oleada de viento lo desequilibró. Cerró las alas en su espalda oponiendo la menor resistencia al viento y se encontró en el suelo agarrándose a él con las manos doradas. Dejó escapar un improperio y percibió una risa irónica que no provenía de ningún lugar, la misma risa que lo sacó de sus casillas. Una cosa era luchar, pero humillar sí que no lo permitiría.

La rabia lo envolvió, lo zarandeó y, antes de darse cuenta siquiera, el mundo a su alrededor se había transformado en día. Un tornado de oscuridad se mantenía ante él retando su fuerza y determinación. Se puso en pie y sintió el peso de las cuatro alas en su espalda. Miró tras de sí y confirmó la ayuda de Calandra de nuevo. Agitó los apéndices y saltó hacia el torbellino de viento y oscuridad que protegía a la drugana y lo atravesó cayendo sobre Ónice. Esta lo miraba con incredulidad al ver adentrarse la luz dorada de Calandra en el único lugar en el que aún existía la sombra en aquel mundo.

"¿Qué haces tú aquí? —le preguntó desconcertada por completo—. *Este no es tu mundo".*

"Ahora sí —le respondió el guerrero sin darse cuenta de las palabras que salían de su boca".

Sonthorn se levantó de un salto y agarró el brazo de la drugana. Tiró de ella con una fuerza imposible de resistir y la lanzó contra el tornado negro que los envolvía. La drugana salió volando y lo atravesó desapareciendo en su exterior. Sonthorn saltó tras ella y cuando cayó al suelo se encontró a Ónice levantándose torpemente mientras trataba de orientarse. La drugana parpadeaba incapaz de entender dónde estaba o cómo había llegado hasta allí. Centró sus ojos en Sonthorn y su rostro se iluminó. Mientras estuviera él sería el lugar correcto.

La rabia del guerrero se acumulaba en su pecho pero ver el rostro real de Ónice calmó su intensidad.

"¿Qué ha pasado? —preguntó la drugana mirando a su alrededor—. *Esto no es el glaciar".*

"No precisamente".

El mundo era un desierto llano y seco azotado por el sol. No había nada más que tierra y sol a su alrededor. No descubrió ni el más mínimo rastro de vida de ningún tipo.

"Al menos hace calor. ¿Cómo hemos llegado aquí?"

"¿No lo recuerdas? ¿Qué es lo último que recuerdas?"

Ónice hizo memoria y frunció el ceño.

"Recuerdo estar volando mientras tú discutías tonterías en vez de seguir adelante. —Sonthorn no pudo evitar sonreír. Aquella sí era su drugana negra. Le tendió la mano dorada y ella la tomó para ponerse en pie. El guerrero la alzó y la abrazó plegando las cuatro alas sobre ella protector. El calor de los apéndices los colmó a ambos —. *Pero me da igual cómo haya llegado hasta aquí. Si estás tú sin duda es el lugar correcto".*

Sonthorn abrazó con más fuerza a la drugana y respiró el aroma de su pelo.

"*Y tú la correcta* —respondió y, por primera vez en mucho tiempo, el recuerdo de Tarnicis golpeó su alma".

"Algo ha ido mal, ¿verdad?"

"Sí, pero no es nada que no estemos a tiempo de arreglar".

"Pues hagámoslo".

"Juntos".

El guerrero volvió al mundo real y descubrió a todos observándolos a ambos. Pimape era incapaz de apartar los ojos de los cuatro apéndices dorados de su espalda. Ignoró a la mujer y buscó a Ónice descubriendo la esfera de magia que la cubría.

—Liberadla, ya pasó lo peor —ordenó y solo Éwoly obedeció. Pronunció el hechizo y su magia desapareció volviendo a introducirse bajo la tierra.

—No sé si es buena idea… —dijo Huz que conocía a la drugana bastante bien a aquellas alturas.

—Tú no, pero yo sí —contestó el guerrero controlando la rabia de ser contradicho.

El semielfo aceptó la idea y se unió al elfo en su tarea de liberar a la drugana. Sonthorn se acercó a ella y en cuanto la magia

se retiró encontró a Ónice tan desconcertada como solo unos segundos antes. La drugana miraba en todas direcciones tratando de comprender qué había ocurrido o cómo había llegado hasta allí. Sus alas desaparecieron dentro de su espalda y volvió a ser la misma drugana negra irascible de siempre.

—Esta sí me suena más —dijo Tristán aliviado de verla con un gesto mucho menos psicópata en el rostro.

El guerrero se adelantó hasta ella y se detuvo lo bastante lejos del fango negro como para no pisarlo. Estiró el brazo y le tendió la mano. Ónice se agarró a él y saltó fuera del agujero en el suelo que se había creado a su alrededor y por el que se filtraba ya el líquido corruptor. Miró a todos sorprendida y desorientada aún.

—¿Qué hacéis al aire libre? —preguntó frotándose los brazos que comenzaban a sentir el frío del norte. Miró tras ellos y descubrió el glaciar alzándose a pocos metros. La luz que emitía Sonthorn era suficiente para iluminarlos a todos e incluso al glaciar—. ¿Aún sigue esa cosa en pie?

Buscó a Sonthorn con la mirada y él solo pudo asentir. Se planteó por un momento tratar de relajarse, pero la idea de que tal vez Ónice aún necesitase una luz para guiarla brilló en su mente. Además sería útil aquella forma dorada para devolver la memoria a los Uldenhar congelados.

—Te lo explico mientras vamos al altar.

—¿Ahora?

—Sí. —No pudo evitar que su voz sonase más cortante de lo que le gustaría. Aquella forma era terriblemente dura y agresiva.

Ónice frunció el ceño, pero aceptó. Tristán dio un par de palmadas tras ellos.

—Venga, cada uno a su tarea, aquí no hay nada que ver, señores —exclamó lo que le granjeó la mirada de molestia de Pimape—. Lo pasado, pasado está. Es hora de avanzar.

Hisao asintió y comenzó a caminar hacia el glaciar seguido de Tsuneo. Aunque nadie le había invitado formalmente, después de ver lo ocurrido con la drugana no estaba dispuesto a dejar a su líder sin protección, o al menos sin la protección de alguien de su raza. Pimape miró a Tristán interrogativa y él negó con la cabeza lentamente. La antigua líder de los Vanhir suspiró y asintió.

—Vámonos, Copi. Todo ha acabado ya. Sigamos con nuestra tarea.

El león gruñó a la drugana antes de volverse y marcharse. Al menos no tenía que enfrentarse a su enemigo de madera de nuevo. El enorme león odiaba más que nada en el mundo las puertas.

—Yo… creo que cambiaré de lugar la sala de reuniones, si os parece —dijo Éwoly mirando el agujero negro que permanecía humeante ante ellos.

—Gracias —se limitó a decir Sonthorn—. Vamos.

Emprendió el camino tras Hisao y Tsuneo con Ónice a su lado. Tristán los siguió con Raika a su lado. La loba intercambiada pensamientos con el pelirrojo, estaba tan preocupada o más que él, al fin y al cabo los animales eran mucho más intuitivos que los humanos y, por mucho que Tristán no fuera humano, en cuanto a intuición, hasta el conejo menos avispado le superaría.

"Ya puedes explicarte —le dijo mentalmente la drugana—. *¿Qué ha pasado?"*

Sonthorn trajo a su memoria el recuerdo de Ónice ante la puerta y su lucha contra ella. La drugana se detuvo en seco con los ojos abiertos de par en par. Miró al guerrero casi suplicando que no fuera verdad. Tristán se detuvo y apoyó una mano en la loba pidiéndole calma cuando esta comenzó a gruñir.

"No… no puede ser…"

"Me temo que sí —dijo el guerrero con dolor—. *La Oscuridad te dominó".*

"Pero… ¡la engañé! —exclamó desesperada—. *¡Yo tengo su fuerza! ¡Yo la controlo!"*

"Ya te has visto en mi recuerdo. La Ónice que nos atacó no controlaba a la Oscuridad".

CAPÍTULO 13

UNA PEPITA DE ORO

El vuelo duró varias horas en las que Colin no dejó de mover la cabeza en todas direcciones. Parecía buscar peligros que solo él pudiera comprender entre las nubes debajo de él. Voló en silencio siempre atento hasta que se hizo de noche. Colin no pareció interesado en llegar a ningún lugar y cada vez que se aproximaba a las montañas, volvía a alejarse de ellas a gran velocidad. Cerón mantenía la cabeza apoyada en las escamas de su cuello, pues aunque estas le irritaban el rostro, sentía un dolor terrible en su propio cuello. Su cabeza le pesaba como jamás lo había hecho y, tras el frenético vuelo del dragón dorado para escapar de la lucha, ya no tenía capacidad para volver la vista a ningún lado que no fuera el que su postura designara.

Pero finalmente la noche llegó y el sol desapareció tras el horizonte. Sin embargo, en vez de sentir la intimidad que las sombras transmiten, Colin se comportó de forma aún más nerviosa y su vista no se apartó del firmamento en ningún momento. De no haber sido una locura, Cerón habría pensado que buscaba a druganos negros en el cielo. Y entonces la idea estalló en su cabeza.

"¿Hay dragones malvados como los hay entre los druganos oscuros? —pensó para su propio asombro. Aquellas criaturas eran realmente parecidas a los druganos, ¿por qué no asumir sus mismos

roles? Reparó entonces en que había insultado a toda la raza de Nefrén y se disculpó—. *Perdona, no quise…"*

Pero Nefrén no estaba presente de nuevo, sin duda Colin volvía a hacer uso de facultad para anular la magia. Sin embargo y a diferencia de ahora, durante horas Nefrén estuvo a su lado y pudo compartir con él todo lo ocurrido. Colin debía de haber controlado su habilidad. Pero ¿la había controlado o se había agotado? ¿O simplemente su arrogancia juvenil le hizo olvidar que debía mantenerla? El mago tomó nota de que tal vez pudiesen controlar su habilidad cuando Cassius no podía.

"O no quería —pensó con una maldición. Cassius podía haberle mentido y no se habría dado cuenta. Raanee era capaz de controlarla, sin duda él también podría hacerlo. Un improperio se unió a su maldición".

Sintió que la postura de Colin cambiaba bajo él y se centró de nuevo su atención en él. Durante aquellas horas de vuelo había aprendido las adaptaciones posturales que provocaban cambios en su vuelo y sintió, más que percibió, que el dragón se disponía a descender. Bajó la cola, flexionó ligeramente sus alas y se dirigió directamente hacia la montaña donde un frondoso bosque cubierto de nieve se acercaba a gran velocidad. Sin embargo, Colin no frenaba su descenso en absoluto. Se preparaba para aterrizar, eso estaba claro dado que adelantaba las patas para la caída mientras retrocedía el cuello y la cabeza.

—¡El bosque! —gritó Cerón, incrédulo. Si pretendía aterrizar allí destrozaría por completo la arboleda e incluso a sí mismo, por no hablar del pequeño bulto humano de su lomo.

Pero Colin no contestó y siguió descendiendo. Hinchó las alas y frenó ligeramente antes de impactar contra la copa de los árboles. Cerón cerró los ojos y, para su sorpresa, atravesó la nieve y la vegetación como si esta no fuera más que un espejismo. Abrió los ojos y vio cómo el mundo vibraba y cambiaba a su alrededor. Colin abrió las alas todo lo que pudo y se propulsó para frenar antes de

aterrizar con dureza contra el suelo de roca. Este estaba repleto de cicatrices de miles de garras sobre él.

Una sacudida y un poderoso impacto contra el dragón fueron todas sus sensaciones. Eso y unas náuseas atroces, su estómago parecía haberse puesto del revés con la bajada y la caída. Dejó de entregar energía al hechizo que le mantenía sujeto al dragón y, sin poder evitarlo, se deslizó por uno de sus lados. Colin chasqueó las fauces como si se estuviera riendo y deslizó un ala debajo de Cerón para que resbalara por ella hasta el suelo, donde rodó torpemente hasta quedar tendido boca arriba. Cuando abrió los ojos y centró la mirada, encontró media docena de lanzas apuntando a su cuello.

—Oh, por los Dioses Desaparecidos…

Alzó las manos enseñando que no llevaba armas, algo inútil cuando portaba una espada en la cintura, aunque por poco tiempo. Tras las lanzas había la misma cantidad de humanos con rostros duros y cuerpos fuertes cubiertos de pieles blancas. Su espada duró solo un instante más en su cintura antes de ser arrebatada por uno de ellos. Una de las lanzas se apoyó en su mandíbula y le obligó a cerrar la boca si no quería que le atravesara. Cerón no hizo ningún movimiento, era más que consciente de la poca paciencia de los Calán.

—Silencio —ordenó uno de ellos. Este había abandonado su postura de amenaza y miraba a Colin con el ceño fruncido.

Cerón sintió el retumbar del suelo y tras el hombre se alzó la monstruosa cabeza de un dragón violeta que observó a Cerón con interés y preocupación. Él también volvió la vista hacia Colin. Durante más de cinco minutos debieron de estar intercambiando información mentalmente. Sus expresiones eran cada vez más preocupadas cuánto menos o eso entendió el mago, era difícil deducir expresiones en los dragones. Los humanos, en cambio, se mostraron mucho más nerviosos y pronto sus gestos se volvieron poco a poco más violentos. Colin se vio obligado a saltar ante los Calán y los apartó a todos con un golpe de la cola que pasó sobre el

pecho del mago como si un látigo del grosor de un árbol estallara sobre él.

Los Calán se apartaron del mago y el dragón dorado aprovechó el momento para adelantarse y situarse sobre Cerón protector. Agachó la cabeza hasta que hizo frente a todos los que portaban lanzas contra su protegido, no estaba dispuesto a dejar que el sacrificio de sus hermanos dragones fueran en vano.

El dragón violeta alzó su cabeza y la ladeó sorprendido por la vehemencia del joven dorado. Caminó hacia él y su tamaño se hizo patente a medida que se acercaba. Era por lo menos en triple de grande que Colin. Sin embargo, este no se amedrentó. Tenía la verdad de su lado, solo era cuestión de que todos la viesen.

—Nadie ajeno entra aquí —dijo el mismo que había mantenido su conversación con ambos dragones. Se volvió hacia Cerón. Era alto, fuerte y atlético. Su expresión era tan dura como él. Tenía el pelo negro muy corto y no debía tener más de treinta años. Sin embargo, Cerón imaginó que ocurriría lo mismo que con los druganos, que eran mucho más longevos de lo que sus cuerpos mostraban, menos Sonthorn, claro—. Explícate.

El mago se abstuvo de decirle que se aclarara, que o guardaba silencio o hablaba, pero que se decidiera, lo cual fue la mejor decisión de su vida. Se incorporó hasta sentarse en el suelo bajo el dragón, que respiraba aceleradamente. Hasta ese momento Cerón no se había percatado del agotador viaje que había superado y no solo físicamente. Al menos uno de sus hermanos había muerto por proteger a un humano solo con la palabra de Jéssica. Se humedeció los labios y habló sin miedo, él también traía la verdad.

—Sé cómo derrotar a los Tharbrins y la misma Tamatha me ha pedido que venga a pediros ayuda. Ella está ahora con una Cazadora de ojos blancos en su lomo buscando su encrucijada en el otro lado del mundo donde una guerra completa se está formando —dijo directamente, sin rodeos. Aquella gente no era partidaria de palabras bonitas o enrevesadas y lo confirmó a medida que sus

captores mostraban un desconcierto acorde a todo lo que decía—. Esta ha llegado hasta aquí en forma de una mujer de ojos dorados que es capaz de crear magia sin usar palabras. Mi misión es ayudaros a vosotros a acabar con los Tharbrins y pediros ayuda para luchar contra esa misma mujer y lo que representa.

Tanto los seis Calán como el dragón violeta guardaron el silencio más absoluto, incrédulos.

—Ve a buscarlos, trae a Pepita —ordenó el mismo Calán a uno de sus hombres. A aquellas alturas Cerón ya lo había catalogado como líder del pequeño grupo.

—¿A Pepita? —preguntó abriendo los ojos de par en par. La mujer era mucho menos musculosa que su líder, pero era fuerte y atlética tanto o más que Tamatha. Era rubia y de ojos verdes, con el pelo recogido en una coleta cómoda. Era más joven que su líder y Cerón le atribuyó su misma edad.

—Y rápido. —La mujer salió corriendo y desapareció entre una arboleda intangible que vibró a su paso antes de volver a materializarse tras ella. El hombre miró a otro de los Calán, este igual de joven que ella. A decir verdad, Cerón se fijó en que no había nadie mayor que su líder y entendió por qué: a su edad debían de estar todos transformados. ¿Por qué él no?—. Alerta a los líderes y no solo de lo que dice. Colin ha traído a un extraño, pero Jéssica no está con él.

El dragón dorado agachó la cabeza y miró al hombre con una furia asesina que este le devolvió. Cerón abrió los ojos de par en par, ¿de verdad era capaz de enfrentarse a un dragón? Debía de ser un mago poderoso, pero recordó que no tenían más magia que sus habilidades y su cuerpo si no dominaban las runas. ¿Cómo pensaba hacerlo?

—Se lo ordenó Jéssica —apuntó Cerón tratando de ayudar a su montura engreída.

—¿Y dónde está ella para explicar este desprecio por las normas que nos han mantenido vivos?

—Luchando contra un montón de…

Colin dio un pisotón al lado del mago tan fuerte que le hizo saltar del suelo varios centímetros. Cerón sintió su enorme pata rozando su cuerpo y la advertencia quedó clara. El hombre le miró interesado.

—¿Y decías?

—Nada, sin duda mi completo desconocimiento sobre vuestras razas me ha confundido. Imaginaciones mías, como este bosque que me rodea y que no soy capaz de palpar.

El hombre asintió y Colin hizo lo mismo antes apartar la vista de él. El dragón miró entonces a su congénere violeta a los ojos, sin duda manteniendo su propia conversación. La arboleda desapareció de su alrededor, aunque permaneció por encima de todos ellos como una cúpula mágica que impedía ver a su través nada que no fueran árboles y nieve.

El campamento de los Calán apareció entonces a su alrededor. Una enorme explanada cubierta de casas pequeñas de madera, barro y rocas se extendía en todas direcciones. Salpicando estas descubrió docenas de dragones de todos los colores, la mayoría aparentemente ociosos, muchos incluso tumbados descansando. Escuchó las risas de los jóvenes y algún rugido de rabia de sus congéneres escamosos. El enviado se perdió entras las casas donde los primeros en percatarse del cambio en la magia de protección de su aldea comenzaron a volver la vista hacia ellos.

Sus miradas desconcertadas se entrecruzaron y la noticia de un extraño en su mundo se extendió rápidamente.

—No te muevas lo más mínimo —dijo la que parecía la más joven de sus captores. Esta tenía el pelo castaño y los ojos azules. Cerón se preguntó si la belleza sería un rasgo de su raza o solo una casualidad, aunque probablemente tuviera que ver con que los

adultos se transformaban en dragones, lo cual impedía que mostrasen una imagen menos llamativa.

—No voy a…

La muchacha alzó la mano con un gesto de furia. Aquella raza parecía vivir sobre un volcán siempre a punto de explotar.

—No… te… muevas…

Cerón ladeó la cabeza, pero pronto comprendió por qué la mujer era tan estricta con él. Docenas de alas comenzaron a agitarse a medida que la noticia de su llegada se distribuía por la aldea. Observó a todos los dragones alzarse y girar hacia ellos dispuestos a proteger a sus familias del enemigo. Al fin y al cabo, ¿qué otro motivo podía haber para que un extraño llegase a su hogar?

Colin se agachó y lo cubrió mejor con su cuerpo, protegiendo al mago hasta el punto de que su pecho le empujó contra el suelo. El dragón violeta caminó hasta interponerse también entre ellos y sus congéneres, que volaban directos hacia ellos. Cerón vio que más de una vivienda era derruida por el ímpetu de los dragones por proteger su aldea, que sufría los problemas de albergar a criaturas de veinte metros de largo entre pequeñas casas sencillas. El mago comprendió que estas eran sencillas por ese mismo motivo, pues mirando con más detalle descubrió muchas otras edificaciones destruidas y muchas más construyéndose de nuevo. Aquella aldea tenía los problemas y las ventajas de compartir el espacio con aquellas enormes criaturas.

"¿Por qué conviven tan cerca unos de otros? —se preguntó dando rienda suelta a su curiosidad cuando debía de estar pensando en qué decir para no ser devorado por aquellas bestias aladas—. *Tiene que haber un motivo que se me escapa, no creo que esos accidentes sean solo ocasionales".*

El primero de los dragones, uno rojo de cuerpo ágil y mirada furibunda, fue el primero en llegar. Se lanzó en picado hacia él

esperando que el dragón violeta se apartara, pero ese no se movió en absoluto. Colin se agachó un poco más y obligó a Cerón a tumbarse en el suelo de piedra para no ser aplastado. Solo podía observar por el hueco que quedaba entre sus piernas y el pecho del dragón dorado como el violeta abría las alas tapándolos a ambos. Escuchó el terrible sonido de una mandíbula cerrada en el aire y un aleteo poderoso y rápido seguido de un retumbar en el suelo. Tras este primero se unieron muchos más y más de una docena de dragones aterrizaron violentamente. Sin embargo, el dragón violeta parecía poder controlarlos a todos, o al menos frenar su ímpetu.

Escuchó rugidos tras las alas violetas junto a garras arañando el suelo y más chasquidos de fauces furiosas. Estas eran tan aterradoras que incluso Colin apretó más a Cerón contra el suelo. El mago trató de empujar al dragón para poder respirar, pero a pesar de ser de los más pequeños reunidos, su peso era imposible de calcular. Comenzó a agitar las piernas desesperadamente mientras golpeaba al dragón con sus puños. Aun le quedaba algo de aire y comenzó a pronunciar el hechizo que haría levitar al dragón lo suficiente para poder respirar.

—Colin, por Calandra, que lo vas a asfixiar —dijo una mujer. Su voz sonaba mucho más anciana que la de la joven Calán que le había advertido que no se moviera—. ¿Dónde está Pepita? Ah, aquí viene.

El suelo retumbó y Cerón se sintió mecer de lado a lado mientras Colin se levantaba lo suficiente para permitir que respirara de nuevo. El mago pudo volver a tomar aliento mientras miraba lo que ocurría. Al parecer, una montaña dorada se acercaba a él haciendo temblar el suelo con cada paso acelerado. Colin agachó la cabeza hasta el suelo en señal de reverencia, lo cual viniendo de una dragón tan joven y arrogante, debía de significar un respeto incalculable que no encajaba en absoluto con el nombre de Pepita.

La montaña creció de tamaño a medida que los temblores hacían lo mismo. Completamente incrédulo y desconcertado, el mago aceptó que no era una montaña lo que se acercaba, sino un

dragón dorado. Este era por lo menos más de diez veces más grande que Colin, más de cinco que el dragón violeta y, por seguro más del doble que la monstruosamente grande Jéssica. Abrió la boca y ni siquiera fue capaz de emitir sonido alguno de sorpresa.

La docena de dragones dejaron paso a Pepita, que frenó poco a poco su avance hacia ellos. Se detuvo ante el dragón violeta que fue el único que no hizo una reverencia ante él, y comenzó a respirar aceleradamente. Sin embargo, no era a causa de la furia de su raza, sino del esfuerzo físico de llegar hasta allí. Cerón observó mejor al dragón mientras trataba de recomponerse.

Pepita tenía el mismo color dorado que Colin, pero la juventud había pasado hacía muchos milenios. Su cuerpo era redondeado, sus músculos débiles y sus alas pequeñas para su tamaño, demasiado finas y huesudas para sostener una mole como aquella. Sus ojos eran dorados al igual que él y su cabeza descomunal, acorde con su tamaño. Poseía cuernos que se alargaban tras su cabeza varios metros como las lanzas de los Calán que aún permanecían cerca de Cerón.

Logró controlar su agitación y observó a Colin y al dragón violeta en busca de explicaciones. Una conversación silenciosa entre ellos fue suficiente. Miró al resto de dragones y estos aceptaron relajarse tras unas pocas protestas furiosas. El dragón violeta se apartó y Pepita se agachó tratando de ver a Cerón. Colin se levantó y Cerón quedó expuesto a todos los ojos de los presentes que no perdían detalle de él. Un hombre y una mujer adultos, al menos mucho más que quienes sostenían las lanzas, se situaron ante Pepita y acariciaron su mandíbula con cariño.

El dragón se tumbó en el suelo con aspecto cansado y aguardó sin dejar de mirar al mago. Cerón sintió una completa y absoluta soledad, percibió una sensación de desprotección que no había experimentado desde antes de entrar en el Pozo de Enam. Se sintió débil e incapaz de nuevo y un terror indescriptible recorrió su cuerpo. Inspeccionó los conductos de magia protectora que

mantenía desde hacía días sobre él y las descubrió no solo cerrados, sino anulados. Nada le protegía ya.

Fue incapaz de retener la urgencia de levantar las barreras de protección a su alrededor de nuevo y comenzó a murmurar las palabras mágicas incluso aunque le pusieran en peligro. Simplemente no podía permitir volverse a sentir indefenso.

"No lo hagas —dijo la voz de un anciano en su cabeza. Era suave y cariñosa—. *Vamos a llevarnos bien, ¿verdad? Nada de magia y todo irá bien".*

Los ojos del dragón seguían fijos en él. Pepita amagó una sonrisa sin perder la concentración y Cerón lo comprendió al instante.

"*Tú bloqueas mi magia* —afirmó sin buscar una respuesta que ya conocía".

No era una acusación, sino más bien una sorpresa interesante. Ni Cassius ni Colin habían anulado sus protecciones a pesar de tener la misma habilidad. Sin embargo, aquel dragón anciano era capaz de hacerlo, lo que podía implicar que cuanto más ancianos eran más fuertes se hacía su magia. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? ¿La magia de los druganos? ¿Las runas quizá? ¿A los telépatas? Tomó nota mental sobre ello.

"Solo hasta que podamos confiar en ti".

—Levántate —dijo el hombre bajo la cabeza de Pepita y Cerón obedeció a pesar de sentirse completamente ajeno, indefenso e inútil—. Mi nombre es Tharion y ella es Vaelira. Explícate antes de que nuestros hermanos pierdan la cabeza, son un poco dados a arranques demasiado fogosos.

—Ya, me suena —murmuró sin poder evitarlo.

Tharion frunció el ceño. Su rostro curtido mostraba surcos profundos, marcados por años de guerra y liderazgo. Su cuerpo, fornido y sólido, conservaba una fuerza inusual para su edad,

mantenida por el mismo fuego que ardía en el interior de los dragones tras él. Su cabello grisáceo, corto y peinado hacia atrás, dejaba al descubierto más piel de la que le gustaría reconocer. Vestía un abrigo de cuero grueso, reforzado con placas negras y adornado con remaches y broches de oro envejecido. Sus ojos, de un rojo abrasador, brillaban con intensidad, capaces de helar o encender.

La figura de Vaelira no distanciaba mucho en cuanto a fuerza. Se mantenía erguida y felina mostrando una elegancia y fuerza latente en cada movimiento. Llevaba el cabello largo y blanco, sujeto por anillos dorados entrelazados que resplandecían bajo el cuerpo de Pepita. Usaba una capa de piel blanca con interior escarlata, abrochada por una cadena de oro macizo. En sus muñecas colgaban brazaletes con inscripciones y sus botas estaban reforzadas con escamas negras endurecidas. Sus ojos, de un violeta profundo, revelaban claridad y juicio implacable.

—Mi nombre es Cerón —comenzó por relatar lo más básico. Tendría tiempo de sobra para enredar su historia—. Soy un mago humano del continente, muy al norte de La Isla. Conocí a Tamatha hace unas semanas en un barco de Praedesi que había ido al continente en busca de las espadas de los druganos. Junto a ella tuve visiones de los Calán, de Calandra y de los Tharbrins, tantas que en una de ellas me dio las gracias porque iba a salvar a los Calán y por ende al mundo —recordó con nostalgia el momento—. Logramos alejarnos de Praedesi para traerme aquí a conoceros, pero durante el viaje los planes cambiaron. Conocimos a tres Cazadores…

Donde ante Praedesi ninguno de ellos emitió protesta alguna, al pronunciar la palabra Cazadores se volvió un hervidero de rugidos, rasguños al suelo e improperios a partes iguales, según el cuerpo que emitiera la protesta. Vaelira se giró hacia los Calán humanos y guardaron silencio rápidamente. Pepita hizo lo mismo con los dragones, pero le llevó bastante más tiempo que la mujer, lo cual era comprensible. Al fin y al cabo, a quien cazaban era a los dragones, no los Calán de forma humana.

—Continúa —dijo la mujer cuando obtuvo el silencio suficiente.

—Eran una pareja con una hija joven, poco más que una adolescente. Él era un ojos dorados y ella tenía los ojos violetas, al parecer nada extraño según me contó Tamatha.

—¿Tamatha te habló de eso? —preguntó Tharion con una mueca de disgusto.

—Sí. Confió en mí como yo lo hice en ella, tanto como para recorrer toda La Isla a pie, escalar la cordillera más alta durante días y enfrentarme a una docena de dragones a ciegas. ¿Hice mal en confiar en ella? —les preguntó directamente. Los Calán eran orgullosos, duros, irascibles y quizá un poco intransigentes, pero aceptaban la verdad y a ella se agarraban. Eran sinceros, brutales, sí, pero sinceros.

—No, hiciste bien confiando en ella. Estás vivo, ¿no? —respondió Vaelira.

—Ella confió en mí y mi presencia aquí es muestra de que hizo lo adecuado. No debéis castigarla por hacer lo correcto.

—Eso lo decidiremos más adelante. ¿No está ella contigo para explicarse? —preguntó Tharion ignorando su defensa. Miró a Colin y el dragón negó con la cabeza.

—Me temo que no. Nos separamos hace unos días.

—Continúa, entonces, Cerón.

El mago suspiró y continuó.

—Aquella familia guardaba un secreto. Su hija, Aylwin, era un ojos blancos. —La noticia se extendió como una llamarada deseosa de calcinar un campo seco por meses de sol. El humo se alzó al instante en forma de incredulidad—. No podía creerlo, pero esa chica nos mostró cómo vencer a los Tharbrins y yo mismo acabé con uno de ellos poniendo a prueba su información a riesgo de mi vida.

Las palabras de Vaelira sonaron duras. Apretaba la mandíbula con fuerza.

—Los ojos blancos no existen —afirmó con dureza—. Jamás han existido, no son más que una leyenda para asustar a nuestros jóvenes antes de transformarse.

Cerón sacudió la cabeza desconcertado. A Tamatha le había costado aceptarlo, pero no esperaba que sus líderes rechazaran la idea. Los miró a ambos y después a los dragones y al resto de Calán. Todos tenían miradas de desdén o incomprensión. Pero ellos defendían al verdad, ¿por qué mentir sobre algo así? ¿Era mentira o desconocimiento? ¿O rechazo?

—Yo mismo la vi con mis propios ojos —continuó a pesar de levantar más ampollas en los líderes de los Calán—. Nos enseñó que el fuego de los Calán es capaz de materializar a los Tharbrins y que con esa arma que me habéis arrebatado se les puede matar.

—Los Calán se han enfrentado a ellos durante miles de años y no hemos logrado acabar con uno solo de ellos. ¿Por qué esta arma es capaz? —preguntó Tharion. Hizo un gesto y le llevaron el arma rápidamente. La sacó de su funda y la miró con ojo crítico—. ¿De qué material está hecho?

—Es la garra de un Uldenhar —aseguró y Tharion alzó la vista del arma hacia él—. Aunque no tengo muy claro qué es lo que son.

—Lo que eran —apuntó él volviendo la vista al filo y pasando los dedos por él—. Los Uldenhar eran nuestros hermanos hace muchos siglos.

Creó frunció el ceño. Tamatha había tenido la visión de uno de ellos hablando con Sonthorn y con Ónice.

"¿Qué palabras había usado? —se preguntó tratando de recordar—. *Eso es".*

—"Los Uldenhar jamás abandonaron a los Calán, pero la Diosa nos entregó otra misión. Solo espero que hayan podido vencer a los Tharbrins sin nosotros" fueron sus palabras, pronunciadas por una criatura dorada tanto como él —dijo señalando a Pepita—. Y siguen vivos.

Tharion y Vaelira se miraron dubitativos. Querían creer, estaba claro, pero si tenían esperanza y la perdían con ella moriría una parte de su alma.

—No… —comenzó a decir la Calán—. Necesitamos pruebas. Muéstranos a los Uldenhar de tu memoria.

—No puedo, fue Tamatha la que tuvo la visión. Yo solo confío en ella, pero no puedo demostrar nada.

Cerón pudo observar cómo los hombros de sus interlocutores se relajaban tras perder la esperanza. Pero era verdad, ¿cómo hacérselo ver? Tal vez hubiese algo más en su conversación que los hiciese aceptarlo. Repasó todo lo que la Calán le había dicho y, a pesar de la dificultad del momento, su memoria estuvo a la altura de lo que se esperaba de ella.

—"Hoy hemos vuelto a hacer patente la unión de nuestras razas, de nuestros dones y futuro. Este Calán ha regresado a su forma humana gracias a la Esencia modificada por nuestros más sabios y antiguos líderes. Podrá hacer uso de nuestra magia y de nuestra piel para volver a cambiar las veces que necesite. Podrá vivir los dos mundos, podrá acariciar a sus hijos y podrá protegerlos para siempre a la vez" —repitió, si bien no mostraba un Uldenhar actual, sí que demostraba sus visiones eran reales, o eso esperaba—. ¿Os sirve eso de algo?

—¿De algo? —rio irónico Tharion—. Llevamos miles de años buscando esa habilidad de nuevo. ¿Me vas a decir que tú, un extranjero humano desconocido, la has encontrado? No me hagas reír.

—No, para nada. Ha sido Tamatha quien la ha encontrado. Yo solo os transmito sus palabras —dijo con toda la sinceridad que pudo—. Lo único que os traigo es la verdad y esa misma es mi defensa. Los Uldenhar están vivos y pueden ayudar a volver a vuestra forma humana. Ellos son los únicos capaces de acabar con los Tharbrins, vosotros no podéis como nunca habéis podido. Y los ojos blancos existen, yo mismo los he visto y sé de lo que son

capaces. Si queréis tener un mundo en el que vivir, necesitamos a los Cazadores para derrotar a Praedesi, a los Tharbrins y a Tarnicis.

—Tu mujer humana de ojos amarillos, la que gobierna a los Tharbrins —apuntó Tharion—. No es un problema al sur de la cordillera. —Hizo una pausa mientras miraba a Pepita sobre él—. No sé cómo has averiguado todo esto sobre nosotros, pero no puede salir de aquí.

El líder de los Calán comenzó a darse la vuelta. Fue el turno de su compañera.

—No me creo ni una sola de tus palabras, Cerón —aseguró ella sin el menor remordimiento—. Encerradlo hasta que llegue Jéssica, tiene que dar muchas explicaciones —ordenó Vaelira y Cerón asumió su cautiverio alzando las manos hacia delante como si le esposaran. La mujer le miró con extrañeza.

—Aquí no hay cadenas como en tu mundo. Pepita se encargará de ti por ahora.

Colin bufó sobre Cerón dando su opinión en contra, pero Pepita bajó la cabeza hasta él recordándole que no era su papel tomar las decisiones. El pequeño dragón dorado podía haber cabido en las fauces de Pepita sin esfuerzo. Emitió una pequeña nube de humo en protesta y saltó hacia el cielo de un solo salto. Sus alas impulsaron el viento bajo ellas mientras ganaba altura. Cerón luchó por mantenerse en pie.

—Chiquillos —dijo Vaelira mientras se alejaba de Cerón. Las lanzas volvieron a rodear al mago rápidamente.

"No son necesarias las cadenas, ¿verdad, joven mago? —preguntó Pepita en su cabeza. Casi podía ver sonreír a un anciano que había vivido el suficiente tiempo como para saber que nada importa demasiado, o al menos no tanto como los jóvenes creían".

"No, no son necesarias. Como ya he dicho, solo traigo la verdad".

"¿Sabes el problema de la verdad?"

"Que no siempre quiere ser escuchada —dijo Cerón sin dudar. Él era el primero que había rechazado su propia verdad".

"Acompáñame, pero ten cuidado con dónde te sitúas. Últimamente he cogido un poco de peso y soy algo más torpe de lo que me gustaría —se burló el dragón y sus alas subieron y bajaron al compás de su risa. Era más que obvio que lo de últimamente quizá fuera una ironía. Se giró torpemente y el resto de los presentes, dragones incluidos, se vieron obligados a apartarse de él. El suelo tembló de nuevo—. *La verdad es dura y prende las brasas de una esperanza perdida hace mucho tiempo. Tus palabras reabren heridas que han sido muy difíciles de cerrar".*

Pepita comenzó a caminar alejándose de Cerón. Este le siguió teniendo buen cuidado de mantenerse lo bastante lejos como para no ser aplastado. Una lanza en su espalda incentivó su movimiento.

"Tamatha se está jugando la vida por esa verdad. Yo he creído morir varias veces para llegar aquí y poder compartirla con vosotros. —No había reproche en sus palabras, solo trataba de hacerle ver la importancia de estas—. *¿Ha sido en balde?"*

"Oh, eso solo el tiempo lo dirá. Si todo lo que has dicho es verdad, Jéssica se lo mostrará a los líderes pequeños y pronto todo se aclarará, si bien puede ocurrir cualquier cosa tras ello".

"¿Líderes pequeños?"

Pepita rio de nuevo. Una casa acabó aplastada por su cola al cambiar de dirección. Cerón rodeó el lugar. No era la única derruida. Desde luego aquel pueblo no estaba pensado para aquel dragón.

"Sí, pequeños. Ellos gobiernan la ciudad y a los Calán pequeños. Yo decido por los más grandes y Jéssica sobre los luchadores. Colin está a su servicio, por eso no puedo retenerlo. Seguro que está volando directo hacia Jéssica para que venga a explicar lo sucedido. Ella puede mostrar tus recuerdos, yo no".

"Espero que siga viva —aseguró Cerón con dolor. A pesar de su enfrentamiento, ella había sido la que había confiado en él con los ojos cerrados—. *Pero, ¿por qué Jéssica me creyó cuando todos vosotros no?"*

"Oh, es muy fácil. Ella puede ver tus recuerdos, no tus mentiras. Insisto, tus recuerdos al completo —aseguró el dragón. Una enorme cueva apareció al alejarse de la aldea. Era lo suficientemente grande para Pepita, tanto que aún tardarían un buen rato en llegar hasta ella—. *Y porque ella ya estaba viva cuando el último dragón blanco se sacrificó".*

Cerón imaginó a una de aquellas criaturas portando el blanco de los ojos de Aylwin y se sintió inspirado y orgulloso.

"Debió de ser un gran dragón".

"Dragona —le corrigió Pepita—. *Se llamaba Sarah y se sacrificó junto a un Cazador de ojos blancos para salvarnos a todos".*

Cerón abrió los ojos de par en par.

"Entonces, ¡sabes que es cierto!"

"Sí, pero también sé lo que representará para todos nosotros. El problema, pequeño humano, es que los dragones enfrentamos un enemigo que no existía cuando Sarah se sacrificó".

"*Los dragones negros* —apuntó Cerón y Pepita suspiró con dolor".

"Nuestros hijos que se han vuelto contras sus padres".

CAPÍTULO 14

COLORES

"Siento decir que uno de los dragones que me traía fue asesinado —confesó con pesar Cerón. Estaba seguro de que unos animales tan inteligentes y antiguos eran irremplazables".

"Colin me lo dijo. —El dolor del anciano dragón era incalculable. Saber que un dragón más joven que él había muerto mientras él seguía vivo era terriblemente duro para él—. *Su Esencia no caerá en desgracia* —dijo con sentimiento. Cerón comprendió que debía de ser algún tipo de despedida para ellos. Sin embargo, sus palabras le recordaron la misión de Aylwin".

"Ahora que me acuerdo, Tamatha y Aylwin van al continente a buscar la Esencia de Kalmenter, ¿lo conoces?"

"Por supuesto —aseguró Pepita con interés. Giró su enorme cuerpo para observar al mago y uno de los lados de la entrada a la montaña sufrió las consecuencias—. *Lo que no logro imaginar es cómo lo conoces tú. Hace años que desapareció. Háblame de él.* — Cerón relató todo lo que sabía sobre el dragón negro tratando de pasar por algo la indicación sobre él o Nurae. Revelar que él era familiar de quien había secuestrado y torturado al dragón no sería bien recibido por Pepita—. *Triste final, debo admitirlo, no se lo merecía. Era un buen dragón".*

Pepita se dejó caer en el suelo y la cueva tembló amenazando con derrumbarse sobre ellos. Cerón se agarró a una de sus patas para mantener el equilibrio. El dragón apoyó la cabeza en el suelo y cerró los ojos dejando al mago incrédulo. ¿Sería capaz de echarse a dormir delante de él? Se apartó un par de metros por seguridad y se sentó ante el dragón. Sus captores permanecieron en la entrada de la cueva sin perder detalle de él.

"¿Quieres saber una historia sobre los dragones de los Calán? —preguntó Pepita".

"No sé si debería, no confiáis en mí".

"Cierto, pero a mi modo de ver, si algo de lo que has dicho no es cierto, estás muerto. Pero, si por Calandra hay algo cierto, más nos vale ponernos al día cuanto antes, ¿no te parece?"

"Entonces estoy deseando conocer esa historia —sonrió Cerón a pesar de la amenaza—. *He estudiado sobre los dragones en el continente, tal vez tenga relación".*

"¿Existen los dragones libres en tu mundo?"

"Es más complicado que eso. Los últimos dragones libres murieron en la batalla contra Kelldom. Se hacían llamar los Dragones Afines, o al menos así se les recuerda. Fue hace más de dos mil años".

"Otra verdadera lástima. ¿Es que solo traes malas noticias?"

"Y esperanza".

"Algo es algo, aunque es verdad que necesitamos más esperanza que buenas noticias, me temo. Bien, deja que te cuente algo sobre nosotros los dragones reales, no los de las historias de tu mundo —se burló sin mover una sola escama de su cuerpo. Parecía que estaba completamente dormido—. *Los Calán cambiamos, ya lo habrás visto cuando Tamatha lo hizo. Cambiamos una sola vez en nuestra vida y ya jamás volvemos a ser los mismos. Hubo un tiempo, hace mucho, mucho tiempo, en que los Calán eran capaces*

de volver atrás utilizando las Esencias de hermanos caídos, de forma que podían volver a caminar en el mundo como un humano más.

«Fue un gran tiempo de regocijo para todos. Nuestra raza creció mucho por aquel entonces, pues, a diferencia de ahora, podíamos tener hijos no solo en la juventud.

Ahora, como habrás podido ver, todos los padres son poco mayores que los hijos, pues cuando llega el momento de cambiar, ya no hay vuelta atrás y los dragones, por desgracia, no nos podemos reproducir.

Te preguntarás qué pasa con Tharion y Vaelira. ¿Por qué ellos son adultos? Porque ellos se sacrificaron para dirigir a los Calán a costa de su capacidad de cambiar. Ellos no podrán hacerlo nunca más igual que yo no podré remontar el vuelo.

Cada uno tiene su propio sacrificio para que nuestra raza perdure. Somos padres muy jóvenes, cambiamos demasiado pronto y nos enfrentamos a un terrible enemigo tan fuerte como nosotros mismos. Los dragones negros, como Kalmenter, a quien ya conoces. Antes eran nuestros líderes. Son inteligentes, fuertes y decididos; son los mismos que antes luchaban contra los Cazadores. ¿Por qué nos enfrentamos a ellos? No lo sabemos.

Un día comenzaron a cambiar, hace cerca de veinte años, quizá un poco más; el tiempo, a mi edad, se difumina en mi memoria sin que pueda sujetarlo. Ahora que lo pienso, comenzó a ocurrir cuando Kalmenter desapareció y, durante un tiempo, incluso creímos que él tenía algo que ver, pero veo que no, que él solo fue una víctima más de un enemigo desconocido. Nuestros jóvenes comenzaron a cambiar tras transformarse. No fue algo inmediato, sino gradual. Emergía un espléndido dragón verde para, poco a poco, ir cambiando el color de sus escamas… y no solo las escamas. Su mente se corrompía, su alma se consumía y un rencor alimentaba su cuerpo.

Un rencor que solo se calmaba con la muerte de otro dragón. Cuando nos dimos cuenta de ello, tomamos la decisión de que todos

los Calán próximos a cambiar debían hacerlo muy lejos de este lugar. Sucede en un lugar al sur donde ni los Tharbrins ni Praedesi pueden llegar, un lugar que podemos decir que controlamos. Durante muchos días se vigila a los nuevos dragones en busca de algún cambio en ellos y, si tras un mes este no se produce, pueden regresar a su hogar con libertad. La prueba es dura, pero importante. Cuando regresen podrán ayudar a su raza cada uno a su manera.

Habrás visto que cada uno de nosotros tiene un color diferente tanto de ojos como de escamas. Esos colores vienen determinados por nuestras Esencias, que son las que nos dan las habilidades que has logrado entender. Cerca de mí no hay magia capaz de penetrar, ni la humana ni ninguna. Colin tiene la misma habilidad, pero él es mucho más joven y no está tan entrenado. Además —rio el anciano dragón—, su juventud le hace estar muy poco dispuesto a la inanición necesaria como lo estoy yo.

Yo protejo a toda la aldea de la magia externa, incluso la de los Tharbrins, aunque muchas veces me pregunto si realmente querrían atacarnos de detectar una llama por la que colarse. Por si te lo preguntas, aquí tampoco hay fuego. Los Calán temen con razón a los Tharbrins. No sabemos de dónde vienen ni qué quieren, pero, si realmente has logrado acabar con uno de ellos, podremos volver a tener esperanza.

Este lugar podrá volver a mirar al cielo sin encontrarse con la imagen creada por Melissa. Ella es capaz de camuflarnos a todos bajo su magia, igual que yo los protejo de la ajena. Cada uno, a su manera, es especial e importante, más aún si cada día somos menos dragones. Quizá por eso nos sea tan difícil de entender que Tamatha se marchara con una Cazadora sobre su lomo. Los Cazadores robaron nuestras Esencias durante milenios en la época de la gran Valeria.

Pero, si todo esto que dices es verdad, no podemos perder la oportunidad de luchar. Los Calán deben encontrar la verdad en tus

palabras, pero hasta que Jéssica regrese, permanecerás conmigo. Espero que eso no te suponga un problema.»

"Ningún problema, Pepita —respondió Cerón. Al pronunciar el nombre del dragón se sintió infantil y no pudo evitar preguntarle—. *En mi mundo una pepita es un pequeño pedazo de material, normalmente oro* —aseguró dándole pie a explicarse. El dragón rio y sus alas se movieron al compás de su carcajada".

"En mi mundo también —aseguró sin dejar de reír—. *Me llamaron así cuando cambié. Lo hice muy joven y al ser dorado me llamaron así, porque era un pepita de oro. Mi nombre real es otro, por eso doy tanta credibilidad a tu historia. Ningún Calán, dragón o no, revela su nombre real a nadie en el que no confíe en absoluto. Si Tamatha lo hizo tiene que haber un motivo para ello. Pero descuida, Jéssica nos mostrará tus recuerdos y todo se aclarará. Los Calán podrán renacer y alzarse de nuevo".*

Pero esta vez no había alegría en sus palabras. La voz de Pepita sonó triste y melancólica. Cerón no pudo entender el motivo, pero algo de todo aquello le dolía al dragón a pesar de que sus palabras mostraban esperanza para su raza. Decidió no preguntar más y descansar hasta que todo se hubiese resuelto. Se tumbó en el suelo y se acostumbró rápidamente al calor del interior de la cueva. Este era desprendido por el dragón que parecía su propio brasero encendido.

Pocas horas después llevaron hasta él una ración de comida que devoró deleitándose con el extraño plato. Era variado y para su sorpresa estaba cocinado, si bien no podía encontrar rastro alguno de fuego en él. Pepita le explicó cuando lo vio dudar que no era necesario el fuego para calentar, el aliento de los dragones puede ser igual de ardiente sin el pequeño inconveniente de atraer a enemigos inmortales hasta ellos.

El mago comió y se tumbó siguiendo las indicaciones del dragón que le instaba a descansar y eso hizo, durmió tanto que las horas desaparecieron ante él. No podía saber si era de día de noche

dentro de la cueva, pero contó cinco comidas las que le llevaron. Debían de haber transcurrido al menos dos días, si los Calán comían tres veces al día, lo cual no podía asegurar. Durante las muchas horas que pasaron juntos pudo averiguar muchas cosas sobre los Calán que a Pepita no le parecían importantes de esconder, aunque los temas delicados los mantenía al margen. Cerón compartió con él igualmente toda la información que creyó útil o curiosa, sobre todo lo relacionado con los dragones o los druganos. El gigante dorado opinaba igual que él que no eran tan diferentes al fin y al cabo.

Con la sexta comida Pepita abrió los ojos y cortó la conversación con el mago. Alzó la cabeza y miró hacia la entrada de la cueva. Cerón hizo lo mismo e ignoró la comida que habían dejado para él. Algo debía de estar pasando fuera de aquella extraña cárcel sin rejas. Sus sospechas se confirmaron cuando comenzó a escuchar el estruendo de batir de alas y aterrizajes poco menos que violentos. Varias viviendas se vieron afectadas y hubo maldiciones y rugidos por todas partes.

Pepita miró a Cerón con profundidad y se puso en pie lentamente. Cambió de postura y se alejó de la entrada de la cueva dejando sitio para los nuevos visitantes que llegaban con Jéssica a la cabeza. La dragona se lanzó al interior buscando en cada rincón y solo cuando vio que Cerón estaba de pie y a salvo se detuvo de manera que el mago pudo verla bien.

Estaba muy herida. Las escamas, solo unos días antes relucientes, estaban melladas y chamuscadas; algunas incluso arrancadas, permitiendo ver una carne oscura y sangrante bajo su armadura natural. Una de sus alas presentaba desgarros como velas rotas, pero aún se extendía con la suficiente fuerza para mantenerla en el cielo si fuera necesario. El costado izquierdo mostraba profundas hendiduras de garras y un ojo estaba cerrado por un gran hinchazón, pero el otro seguía ardiendo con desesperación. El humo y el olor a sangre lo envolvían, pero en su postura se percibía que, pese al dolor y las heridas, no se rendiría. Jéssica tenía más hoy por lo que luchar que en toda su vida y no dejaría pasar la oportunidad.

Tras ella llegó Colin corriendo junto a un dragón verde desconocido. Este ignoró a todos salvo a Jéssica. Se situó a su lado y comenzó a emplear su magia sobre ella. Ante los ojos de Cerón, las heridas de la dragona comenzaron a cerrarse lentamente, lo suficiente para que parara de sangrar y el suelo de la cueva dejase de recibir el líquido carmesí. Agitó la cola ante el dragón verde y este aceptó retirarse. Sin embargo, su paso era débil y se tambaleó antes de desaparecer en el exterior de la cueva. No tardó en llegar hasta ellos el estruendo de un dragón agotado cayéndose sobre una o varias casas.

Tharion y Vaelira llegaron corriendo hasta la reunión improvisada y Jéssica los recibió con un rugido y la amenaza de comérselos vivos cuando cerró las fauces a menos de un metro de ellos furiosa. Ninguno de los líderes pequeños se dejaron intimidar por la dragona y no se movieron ni un centímetro. Cerón no hubiera sido capaz.

Jéssica golpeó el suelo con las patas delanteras y estrelló su cola contra las paredes de la cueva furiosa hasta el extremo. Su respiración era acelerada, casi desbocada. Miró a todos los presentes y Cerón supo que les estaría, como poco, gritando mentalmente. Pepita se adelantó hacia ella haciendo valer su enorme tamaño, más de dos veces el de la dragona. Esta no se apartó y desafió al dragón dorado, pero Pepita no era respetado solo por su tamaño y protección, sino por la sabiduría de su larga vida.

Pero una cosa era mantener una conversación con un dragón inteligente y otra doblegar a la líder de los dragones que combaten activamente a enemigos igual de peligrosos que ellos. Jéssica estaba, sencillamente, demasiado alterada para controlarse y saltó hacia el cuello de Pepita tratando de acabar con él.

—¡Corre! —gritaron Tharion y Vaelira a Cerón al mismo tiempo mientras ellos mismos corrían hacia la entrada de la cueva sin mirar atrás. Toda una vida entre dragones les había hecho conocerlos casi mejor que a ellos mismos.

El mago no necesitó que se lo dijeran dos veces y trató de rodear a los dos dragones que se habían enzarzado en un monstruoso combate en un lugar demasiado pequeño para que su enfrentamiento no tuviera consecuencias. Corrió pegado a la pared lo más lejos posible de ellos, pero eran tan grandes que cualquier movimiento los llevaba rápidamente hasta él. Se agachó cuando la cola de Jéssica estalló sobre él contra la pared haciéndola explotar en una nube de piedra y polvo.

Saltó hacia delante evitando la oleada de escombros y rodó por el suelo, pero antes de que pudiera escapar la pelea entre ambos le había alcanzado y se encontraba entre todas sus patas, que se movían sorprendentemente rápido para animales de tal tamaño. Se detuvo y buscó cómo salir de allí cuando al solución llegó desde el exterior. Cerón comenzó a sentir la magia de los Calán rodeando su cuerpo y apareció en la entrada de la cueva bajo el ala izquierda de un dragón marrón. No pudo distinguir si era el mismo que le había salvado de la caída días atrás, pero le dio las gracias con sinceridad.

Contempló la batalla ante él y escuchó cómo temblaba el mundo entero bajo el azote de aquellas enormes bestias, las más grandes que jamás hubiese conocido y que seguro que conocería en toda su vida. La contienda se extendió más de diez minutos en los que ambos se golpearon y trataron de aplastar sin pensar en las consecuencias, pero Pepita era mucho más grande y fuerte que Jéssica y acabó doblegándola. La aplastó contra el suelo, puso una de sus patas delanteras en su cuello y con la otra sujetó su cabeza. Dejó caer todo su peso sobre ella y pronto Jéssica dejó de pelear.

Respiraron agitadamente varios minutos en los que ambos mantuvieron una sencilla conversación. No eran enemigos y debía de quedar claro para Jéssica. Sin embargo, la dragona había enfrentado demasiadas garras en los últimos días y, tras la rabia del momento, le costaba apartar aquella parte de ella. Pepita logró calmarla lo suficiente para que recuperara la compostura a costa de muchas y

variadas heridas en su cuerpo, que no había salido indemne del combate.

—La rabia de los Calán a veces es incontrolable —aseguró Tharion a Cerón.

—No más que otras que he conocido —aseguró pensando en Ónice y en su costumbre de pasarse de la raya. Sin embargo, ella no media treinta metros de largo, lo cual era una ventaja para todos sus compañeros de viaje.

Tharion ignoró su comentario y se acercó a Jéssica cuando Pepita estuvo seguro de que no corría peligro. La dragona volvió el ojo útil hacia él y por un momento estuvo a punto de volver a encenderse de nuevo. Por fortuna un nuevo empujón de Pepita contra el suelo le hizo razonar. Suspiró y trató de ponerse en pie lentamente. Pepita le permitió hacerlo poco a poco.

—Tu amigo no ha corrido peligro en ningún momento —aseguró Vaelira, si bien el mago no estaba tan seguro de ello—. No es necesaria tu furia.

La voz de la dragona impregnó cada una de las mentes de los presentes.

"Ha traído el recuerdo de los Uldenhar y la forma de acabar con los Tharbrins. ¿Es este el trato que merece? —preguntó mirándolos a ambos".

—Es el trato que merece quien acude a nosotros sin saber sus intenciones —se defendió Vaelira—. Cualquier amenaza debe ser detenida, no nos hemos pasado mil años ocultos para dejar que el primero que llega hasta nosotros nos tienda una trampa. Sabes tan bien como yo que son las normas acatadas por todos. ¿Por qué te comportas así?

Jéssica refunfuñó, chasqueó la mandíbula y una voluta de aliento helado emergió de su nariz. No podía decirlo, pero Cerón entendía que su rabia no se debía al trato que le habían profesado,

sino a las vidas que había perdido en la batalla. El mago frunció el ceño, ¿cómo explicaría las graves heridas sufridas?

"El humano debe estar a salvo —replicó directamente ignorando su pregunta—. *Y devolvedle su espada".*

—No —se negó Tharion—. Es un recluso hasta que nos muestres lo que has visto en él. Haznos ver y será libre.

"¿No te basta con mi palabra?"

—No, pero si lo prefieres podemos hablar de las heridas que has traído. ¿Te parece mejor?

"Las luchas de los dragones no son problemas para los menores —le espetó y apartó la mirada de él y la detuvo en Cerón—. *¿Estás bien?"*

"Sí, Pepita me ha protegido e informado sobre vosotros, al menos en parte. Hasta que llegases para mostrar mis recuerdos no podrá confiar en mí. Ninguno lo hará en realidad".

"Ellos no saben lo de los ojos blancos tan bien como yo — confesó la dragona—. *Yo estuve allí la última vez que uno de ellos existió. Conocí a la última dragona blanca de nuestra historia y la vi sacrificarse al encontrar su encrucijada".*

"Lo siento mucho. Debió de ser un momento crucial para que lo hiciera. Por lo que me ha contado Aylwin, su única obsesión es encontrar el único momento en que su muerte será la que proteja al mundo".

"No te imaginas hasta qué punto debió de ser una encrucijada, Cerón, pues en aquel sacrificio había dos ojos blancos. —El mago miró incrédulo a la dragona".

"No sabía que podía haber dos vivos a la vez. Por lo que tengo entendido, ocurre muy poco y nunca hay dos criaturas con ese don, siempre son muy distantes en el tiempo. Dos dragones blancos, debió de ser maravilloso. —La sola imagen de las dos criaturas aladas sobrevolando el mundo le llenó de inspiración y fuerza, pues

era como imaginar a dos druganos blancos defendiendo el mundo bajo sus alas".

"Nunca ha habido dos criaturas iguales en el mismo tiempo, Cerón —dijo enigmática Jéssica. El mago frunció el ceño ante el enigma, pero esta vez no tardó en resolverlo y sintió un alivio al poder tachar un enigma de su cabeza por una vez".

"Fue un Cazador de ojos blancos, ¿verdad? —No necesitó esperar la confirmación de la dragona, lo tuvo tan claro como ella en su recuerdo—. *Por los Dioses Desaparecidos, ¡por eso has confiado en mí!"*

"Han pasado miles de inviernos desde entonces y ya había comenzado a creer que habían sido ensoñaciones mías. Toda mi raza ha olvidado a los ojos blancos, pero yo sé que existen y de lo que son capaces. Pueden ver el futuro de todos a su alrededor y actuar en consecuencia para encauzar el destino hacia su encrucijada".

"No, Jéssica, temo que estás equivocada. No solo ven el futuro, también pueden ver el pasado".

"No, no pueden. —La dragona bajó la cabeza hacia él y Cerón sintió como rebuscaba en sus recuerdos. Él se lo puso fácil y le entregó las palabras de la joven cuando le habló del Pozo de Enam —. *¡Por Calandra!"*

La dragona alzó la cabeza hacia Pepita. Se debieron de comunicar rápidamente porque el dragón dorado ladeó la cabeza confuso. Él también debía de desconfiar de sus palabras. Miró a Cerón y de nuevo a la dragona.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Vaelira al ver su comportamiento—. Explícate, Jéssica.

La dragona lanzó una mirada furibunda a la Calán, pero el empujón de la enorme pata de Pepita le hizo abandonar su actitud. Volvió a hablar para todos los presentes.

"Ha aparecido una ojos blancos en el mundo y Tamatha vuelva con ella para alcanzar su encrucijada. Por lo que he visto, parece que esta es la más importante que jamás ha existido. —Un murmullo de sorpresa y desconcierto se alzó por toda la aldea. Al parecer la dragona era capaz de hablar en la mente de todos a la vez. Cerón tomó nota mental de ello y confirmó que cuanto más longevos eran los dragones más poderosa era su magia única. ¿Serían capaces los dragones marrones de transportarlo hasta el otro lado del mundo?"

—No existen los ojos blancos —volvió a objetar Tharion tal como había hecho con el mago. Pero la dragona no era un simple humano y obligó a todos los presentes a observar la imagen de Aylwin y sus palabras. La aldea entera palideció—. No... no puede ser…

—Lo es —aseguró Cerón—. Esa niña es capaz de ver el futuro y el pasado de todos, te lo prometo.

—Pero… oh, ¡por Calandra! —exclamó Vaelira—. ¿Sabes lo que eso significa?

Pepita y Jéssica asintieron con sus enormes cabezas.

—Una Cazadora… ¿cómo es posible? Calandra debe estar furiosa con nosotros si les concede a ellos el don mientras nos atacan a cada momento —se preguntó Tharion.

—Entregarle ese don al enemigo… tiene que haber un motivo. ¿Tendrá que ver con los Uldenhar? Quizá debimos buscarlos, no debimos dejar que se extinguieran. Eran una de sus razas, debimos protegerlos y no lo hicimos —planteó la mujer conectando ideas que poco o nada tenían que ver. Pero Cerón sabía la verdad sobre ellos, al menos en parte.

—Los Uldenhar están vivos y os recuerdan —les repitió—. Varios de mis amigos han logrado rescatarlos. Muéstrale el recuerdo, por favor.

Jéssica así lo hizo y llenó sus mentes con todas las referencias a los Uldenhar que Cerón había experimentado. El mago pudo ver lágrimas en los ojos de cada uno de ellos e incluso en los dragones. Tal vez ellos no los recordasen, pero sus almas inmortales sí que lo hacían y sufrieron al reencontrarse con ellos. Tanto tiempo perdido era un puñal en sus corazones.

—Debemos traerlos de vuelta —aseguró Tharion que miró al resto buscando confirmación a pesar de ser el líder de los Calán menores y tomar él las decisiones junto a Vaelira—. Podemos acabar con los Tharbrins junto a ellos, entonces. Calandra volverá a confiar en nosotros y podremos acabar con los Cazadores que nos acechan.

Cerón miró a Jéssica sorprendido de cómo un dragón podía mostrar un gesto de vergüenza y desolación a la vez. Jéssica buscó a Pepita con la mirada y este confirmó que era el momento de confesarlo todo.

"*Tal vez esta sea nuestra propia encrucijada, compañera* —dijo Pepita con dolor".

"*Pero no la última batalla* —le respondió con igual pesar. Suspiró y se dirigió al resto de los Calán al completo, si bien todos los que tenían alas sabían lo que iba a decir. Era un secreto que les corrompía el alma—. *Los Cazadores no son quienes nos atacan, sino los dragones negros.* —Si antes al saber que existían los ojos blancos se había levantado desconcierto, ahora un incendio de preguntas, dudas e improperios calcinó la aldea entera. Jéssica obligó a todos a observar cada batalla contra ellos, cada encerrona, cada herida y cada muerte. Los verdaderos enemigos eran ellos mismos y esta vez sí debían saberlo".

—Pero, entonces, ¿todos los dragones caídos durante estos años…? Los más jóvenes que cambiaron, ¿qué ha sido de ellos? —preguntó Tharion roto de dolor.

"*No todos han caído en la batalla, por desgracia. La mayoría de ellos sigue vivo y nos busca* —respondió Jéssica".

—Por eso os los lleváis cuando se transforman, para… ¿matarlos? —Vaelira estaba desolada. Eran sus hermanos, primos e hijos de los que estaba hablando la dragona.

"Los que se corrompían debían morir antes de que nos mataran. Solo era cuestión de tiempo tener que enfrentarnos a ellos".

Cerón recordó cuando Neyvel ordenó matar a su propia hija solo por nacer con los ojos negros y el estómago le dio un vuelco. Dos especies tan alejadas eran capaces de lo mismo creyendo que ese era el camino adecuado cuando solo llevaba a más sacrificios y dolor. Tal vez podía ser verdad que Calandra los había abandonado viendo de lo que eran capaces. Los mismos errores a un mundo de distancia, no podía creer que fuese una casualidad más. Pero quizá solo fuese debido a tener que tomar las decisiones, por muy duras que estas fueran. ¿Podía culparles por hacer lo que creían adecuado? Eran preguntas muy difíciles de responder y el mago sabía que no había una respuesta correcta ni una decisión adecuada.

—No puedes hablar en serio —dijo Tharion incrédulo como Vaelira.

"Habéis visto de lo que son capaces tan bien como yo. No hay otra manera y, hasta que logremos averiguar cómo hacer que dejen de corromperse, ese seguirá siendo su único destino. Quien no esté de acuerdo puede partir hoy mismo, los dragones no se lo impedirán. Llevamos dos décadas protegiéndoos de cualquier criatura alada y por Calandra que no dejaremos que acaben con los Calán, grandes o pequeños —les retó Jéssica a todos y cada uno de ellos, pero Cerón pudo percibir un miedo especial, que solo se tiene ante la adversidad a la que sabes que no te puedes negar".

—¿Cómo hemos llegado a esto? —preguntó Tharion.

—¿Cómo evitamos la corrupción? —preguntó una joven no mayor que Cerón. No podía saber su edad dado que desconocía cómo envejecían los Calán, pero por su apariencia no debía de ser

mucho mayor que él. Después recordó a Ónice, su aspecto y su edad y decidió guardarse sus ideas preconcebidas para otro día.

Jéssica continuó explicando la tragedia.

«Hace dos décadas que las nuevas generaciones de dragones comenzaron a cambiar de color. Al principio creímos que era una simple modificación de sus habilidades, una adaptación, pues todos sabemos que los dragones negros son los más fuertes de todos. Sin embargo, no solo cambió su apariencia. Día a día sus escamas se tornaban más oscuras, sus patas más anchas y sus cuellos más fuertes. Sus dientes crecían y sus alas lo hicieron a continuación, si bien tardaron más tiempo en adaptarse al peso que ganaban sus cuerpos. Una semana quizá, tal vez dos a lo sumo, pero cuando alzaban el vuelo por primera vez con su brillo oscuro sus almas cambiaban.

Nos atacaron durante el vuelo la primera vez. Se unieron contra nosotros y solo nuestra experiencia y habilidades lograron que saliéramos con vida. Son muy fuertes y aterradoramente agresivos, tanto que son capaces de morir para acabar con uno de nosotros. Si alguno de ellos llegara hasta aquí no quiero ni imaginar el peligro que supondría. Pero, por fortuna, nunca han volado hasta que cambian y la vista es muy diferente desde aquí abajo o desde allí arriba, no es tan fácil encontrar este lugar a pesar de que ha sido su hogar durante toda su vida.

Por ahora permanece secreto, pero ¿quién sabe cuánto tiempo más? Debíamos impedir que llegaran hasta aquí, pero ¿cómo hacerlo sin matarlos? Cada nueva remesa de Calán que cambia tiene que tomar una terrible decisión.»

Jéssica guardó silencio y a Cerón se le encogió el estómago cuando supo lo que quería decir. La única manera de mantener su aldea a salvo de un atacante aéreo era no tener un atacante aéreo. O bien acababas con el atacante o con su capacidad de volar. Se imaginó a Jéssica y al resto de dragones saltando sobre un joven

dragón negro para mutilarlo y arrancarle las alas y se vio obligado a apoyarse en el dragón marrón para no caer al suelo.

—¿Los… mutilasteis? —Tharion había llegado a la misma conclusión.

Pepita asintió tras Jéssica.

"Sin vuelo no hay cambio y sin alas no encontrarán jamás este lugar".

Era terriblemente lógico, duro e impactante a partes iguales. Les concedían la posibilidad de malvivir o morir. Si le plantearan a Ónice la posibilidad de vivir sin alas o morir, le escupiría a la cara y ella misma se quitaría la vida. Un dragón no debía de ser muy diferente. A juzgar por las expresiones de desamparo de los Calán presentes, Cerón supo que tenía razón. Habían nacido para volar y solo en el aire estarían completos. Arrancarles la posibilidad debía de ser tan doloroso como arrancarles las propias alas.

Sin embargo, quedaba el problema de su número. Desde que comenzaron a mutilarlos se impediría que se volviese contra ellos, pero seguían siendo numerosos. ¿Cómo era posible?

—¿Cuántos son? —preguntó Cerón y Tharion lo miró con furia. No tenía ningún derecho a hablar allí y mucho menos de aquellos temas. Jéssica debió de pensar lo mismo y lo fulminó con la mirada—. No… no era mi intención curiosear, solo pretendo ayudar.

—No sabes nada de los Calán, ¿cómo vas a ayudar? —le espetó Vaelira.

—Tampoco cuando me subí al barco y ahora les traigo la forma de volver a su forma humana y de acabar con los Tharbrins —contestó antes de darse cuenta de lo que había hecho. La rabia parecía ser contagiosa en aquel lugar. Alzó las manos y se disculpó —. No pretendía…

"*Calculamos que cincuenta* —contestó Pepita dándole su aprobación a que se uniera a la conversación. Observó al resto de

los líderes—. *Él me ha recordado que el último dragón negro que vivió aquí desapareció cuando comenzaron a cambiar. No puede ser una casualidad. No sé qué hacía especial a Kalmenter o por qué su marcha fue seguida de todo esto, pero este humano sabe mucho más de un mundo que es muy grande y parece profundamente conectado. Será mejor que dejemos que hable. Y si se convierte en un peligro para nosotros* —dijo sonriendo con la cabeza ladeada— *solo tenemos que comérosloˮ.*

CAPÍTULO 15

GRIETAS EN LA PIEL

Cerón pasó por alto la amenaza de ser comido, al fin y al cabo había bailado con la posibilidad desde que había conocido a *Esmeralda*, la humana, y cuando cambió la posibilidad se hizo tan real como ella. ¿Dónde estaría? Cerón se la imaginó entrando en la Torre de Mármol Negro en busca de la Esencia de Kalmenter. Sin embargo, la imagen que se formaba en su cabeza, o más bien el color de sus escamas, iba tornándose más oscuro a cada instante.

"¿Podría cambiar Tamatha? ¿Será ella un enemigo en un futuro? —se preguntó el mago incómodo solo con pensarlo. Su mente repasó todo lo que sabía y sintió cómo su cerebro volvía a fluir como en su cuerpo anterior—. *No, Aylwin lo sabría, lo habría visto. No se subiría a ella si fuera a ser una amenaza, a no ser que quisiese que eso ocurriese también, pero ¿para qué? Como mucho le quedaría una semana para cambiar al negro… No, la he visto en mi futuro y sigue siendo verde, ella sigue siendo ella misma. ¿Tendrá algo que ver con su color original?"*

—¿Cambian todos los dragones por igual? —preguntó en voz alta acercándose a Tharion y Vaelira. Estos lo miraron desconcertados—. Me refiero, ¿hay diferencias entre los colores originales o no influye en los cambios?

"No hay diferencia, nadie está a salvo —respondió Jéssica—. *¿A dónde quieres llegar?"*

—Te lo diré cuando lo sepa. ¿Cuántos colores tenéis?

Tharion miró a Jéssica negando con la cabeza, no le parecía adecuado. Pero Pepita seguía siendo el líder y tomando las decisiones. Además, nadie podía hacerlo callar ni por la fuerza ni convenciéndolo. Uno de los inconvenientes de la edad era la testarudez y él tenía edad para repartir al igual que Jéssica. Esta puso los ojos en blanco cuando le escuchó confesar sus secretos.

"Hay diez colores, humano. Podemos ser rojos, naranjas, dorados, verdes, azules y violetas, negros, blancos, marrones y grises. Nunca ha habido ninguno más y, sinceramente, dudo que los vaya a haber jamás. Cada uno tiene sus propias habilidades en las que no siempre influye el color de nuestras escamas".

Cerón observó la ciudad tras el dragón marrón a su lado, el mismo que podía teletransportar incluso a personas como bien había demostrado. Sabía que los dorados anulaban la magia, que los violetas creaban visiones, los blancos veían el futuro, los verdes curaban, pero el resto de los colores se le escapaban. La curiosidad arañó su mente con furia y logró controlarla a duras penas. No era necesaria aquella información extra, sin embargo sí que podía serlo en lo referente a los dragones negros. ¿Por qué eran estos los más poderosos de todos? ¿Qué tenían de especial?

Kalmenter no había hecho uso de ninguna habilidad especial, al menos que él recordase, si bien la situación fue demasiado caótica para planteárselo. O quizá su ojo inexperto fuese incapaz de percibirla dada su completo y absoluto desconocimiento sobre los dragones y mucho más sobre los Calán.

—¿Qué virtud tienen los dragones negros? ¿Qué los hace tan fuertes? —preguntó directamente lo que le granjeó más miradas de desagrado—. Conocí a Kalmenter y no usó ninguna habilidad especial, al menos que yo pudiera identificar.

La confesión levantó una oleada de desconcierto y muchos ojos se volvieron hacia Jéssica. Esta confirmó sus recuerdos y se los transmitió. La imagen del poderoso dragón torturado, con las alas destrozadas, enjaulado y medio loco provocó más de una lágrima en ellos. Ninguno rechazó que la muerte fuera el final adecuado para él en aquella situación. Del glorioso Kalmenter, protector de los Calán, no quedaba nada más que las escamas negras.

"Son lo contrario a los ojos blancos —se limitó a decir Jéssica sin mucho entusiasmo. Respondía, sí, pero no confesaba la verdad. Si Cerón quería hallarla debía de ser por sus propios medios".

—Los ojos blancos ven todos los futuros posibles para encontrar el adecuado en el que morir salvando algo, protegiéndolo —meditó en voz alta. Podía ver a Pepita sonriendo sobre todos ellos, iba por buen camino—. ¿Qué es lo contrario a morir por otros? Solo puede ser vivir, ¡vivir por uno mismo! Por los Dioses Desaparecidos, por eso son tan fuertes. Toda su existencia se basa en sobrevivir, ¿son capaces de ver sus luchas y encontrar la victoria?

"¿Qué? —preguntó Jéssica desconcertada, esperaba más del mago—. *No, para nada. Viste a uno morir cuando te trajimos aquí, ya lo sabes".*

La alternativa era mucho más difícil de aceptar, pero encajaba a la perfección. Si los Calán habían acabado con muchos dragones negros para evitar que atacaran a sus pequeños, ¿cómo era posible que su número fuera tan alto? Abrió los ojos de par en par al comprenderlo. Su habilidad no era evitar la muerte, sino regresar de ella.

—No puedo creerlo. ¿Pueden regresar de la muerte? —preguntó incrédulo. Pepita asintió.

"Son el color más fuerte y ardiente de todos. Han nacido para luchar, siempre ha sido así. Crecen más rápido, son más fuertes y pesados y su aliento es el más ardiente de todos. Viven rápido y envejecen pronto. Son una llama demasiado ardiente para perdurar, pero que arrolla lo que haya ante ella. Buscan la batalla

constantemente y, si mueren, vuelven a la vida, pero solo si han logrado hacerse con la esencia de otro Calán. Volverán a tener un cuerpo joven, una nueva vela que encender. Es una lástima que Kalmenter no pudiera conseguirlo".

—¿Cuánto tiempo tardan en renacer?

"Depende de su habilidad. Cuanto más ancianos son más fuerte es esta y menos tiempo tardan en volver a la vida. El que viste morir tardará al menos seis meses en regresar —aseguró Jéssica—. *Pero ten por seguro que regresará y cada vez que caiga será más poderoso y volverá antes. Es una cuenta atrás que no podemos ganar, el tiempo juega en nuestra contra".*

—Tenemos que averiguar qué los hace corromperse —propuso Cerón y docenas de miradas irónicas de *"¿En serio? No lo habíamos pensado",* recayeron en él—. Ya sé que lo habéis intentado, solo quiero decir que…

"Es una prioridad para nosotros, si te refieres a eso, al igual que los Tharbrins, los Uldenhar y Praedesi".

—Praedesi busca lo mismo que vosotros, aunque sus métodos sean poco sutiles —dijo Cerón abiertamente. Ya era hora de poner todas las fichas sobre la mesa—. Quieren acabar con los Tharbrins y, si no lo logran, encontrar un lugar para trasladarse en el que no puedan existir, por eso han ido a mi mundo.

"¿Allí no hay Tharbrins? —preguntó Jéssica".

—No. No sabía que existía hasta que me hablaron de ellos durante el viaje. Para mí eran tan desconocidos como vosotros.

—¿Estás seguro? —preguntó Tharion mirando a Vaelira con profundidad.

—Sí, completamente seguro de ello. Lo único que tiene relación con este mundo fue Kalmenter y ahora los Uldenhar que ha encontrado el mismo que… el mismo que ha acabado con Kalmenter —dijo Cerón bajando la voz. No podía creer que fuera casualidad, no

quería creerlo. El plan de Irena debía de ser tan complicado que para todos ellos no tenía sentido—. Hasta ahora.

—¿Hasta ahora qué? —preguntó Vaelira.

—No lo había comprendido hasta ahora. Todo está conectado, todo y todos. La Diosa de los druganos, que sería algo así como vuestros primos, es la hermana de Calandra. Ella teje los hilos que mueven a todos en el continente. Ella hizo que Sonthorn acabara con Kalmenter, ella hizo que encontrara a los Uldenhar, ella permitió que… permitió que Tarnicis fuera secuestrada y ahora sea la líder de los Tharbrins en este mundo. ¡Todo está relacionado! —Cerón recordó de pronto las conversaciones de Nefrén con su madre en la que hablaba del dios de los humanos y cómo este hablaba con ella. Él también estaba al corriente del plan. ¿Podría estarlo también Calandra? Fuera como fuese, las brumas se disipaban y el mago apartó para siempre las conjeturas sobre las casualidades—. Si los dragones negros se han corrompido es por algo que no sabemos, algo que no vemos o que no relacionamos. ¿Qué pasó hace veinte años? Aquí, en este mundo.

—Lo único reseñable fue que Kalmenter desapareció —apuntó Tharion.

—¿Qué más? Vamos, algo que no sea importante aunque no lo creáis. Dadme ideas.

Cerón comenzó a mesarse la barba. Tendría que afeitarse en cuanto pudiera.

"Yo vi un Tharbrins en el sur, en el hielo —aseguró el dragón marrón".

"Eso es imposible —rechazó Jéssica—. *Jamás han llegado tan al sur".*

—También eran imposible que nadie llegara hasta aquí y miradme. ¿Hace cuánto tiempo?

"Poco después de desaparecer Kalmenter".

—Tomo nota. ¿Alguien recuerda a una mujer humana con un bebé meses después? Estuvo aquí durante un año, quizá dos. —Cerón no tenía mucha confianza de que aquella raza hubiese conocido a su madre, pero decidió intentarlo. Uno de los Tharbrins le había reconocido en la isla del Predilecto de la Oscuridad, otra casualidad que no se creyó—. Era una humana especial, una telépata como yo. —Dudó un instante y confesó—. Quizá fuera mi madre y ese bebé fuera yo. Su magia podía actuar sin palabras, runas ni hechizos. Era muy poderosa, tanto para que los Tharbrins la conocieran a ella y me recordaran a mí aún décadas después.

—Los Calán no tienen relación con los humanos —rechazó sin ambages Tharion.

"Salvo con los Cazadores y esa relación no es muy cordial —dijo Pepita".

Cerón guardó silencio. ¿Podría haber ido a verlos a ellos? Tendría que plantearles aquella misma pregunta a ellos.

"Praedesi comenzó a crecer con su magia humana en ese tiempo —dijo Jéssica—. *Se extendieron muy rápido por esa época".*

—Su única influencia es sobre la Oscuridad y es gracias a las runas negras. Pero no creo que eso haya sido lo que corrompiera a los dragones.

—¿Qué es la Oscuridad y qué tiene que ver con su magia? —preguntó Vaelira.

Cerón se humedeció los labios. ¿Cómo explicarlo si ni siquiera él sabía lo que realmente era?

—Es… el mal, en todo su esplendor, completo y directo. Ella es la tentación y a través de ella se apodera de ti poco a poco. Te corrompe desde dentro hasta hacerse dueña de ti y de todo tu ser. Al final, porque siempre hay un final, ella gana. Tiene toda la eternidad para tenderte trampas ya que cada día te conoce más —explicó lo mejor que pudo—. Praedesi conoce las runas negras que hacen uso de su fuerza, pero con esas mismas y mucha disciplina

son capaces de mantenerla a raya. Tamatha puede explicároslo mejor, yo tuve poco tiempo para aprenderlo.

—Suena como algo que podría corromper a un dragón. ¿Cómo estás tan seguro de que no puede ser?

—Pues… porque yo no he caído y no soy el más adecuado para enfrentarme a ella. Por lo poco que conozco a los Calán, sé que su determinación es mucho más fuerte que la mía. Mi sangre es débil y cuanto antes lo admita antes podré enfrentarme a ello —confesó. Kelldom era la muestra viviente de ello, por no hablar de Nurae. Solo Sudne había conseguido escapar—. Aun así, los dragones no pueden hacer uso de la fuerza de la Oscuridad. Solo las runas pueden abrirle la puerta.

"Los dragones no usan runas, aunque hemos oído hablar de ellas. —Jéssica miró al resto de dragones y todos negaron con la cabeza. Muchos de ellos ni siquiera sabían que eran más que símbolos negros en el aire—. *Pero la corrupción que has comentado sí que es muy similar a la que vemos en cada uno de ellos. Al igual que en ti, puedo ver en ellos y solo hay sombras en su interior".*

Cerón se frotó la sien y comenzó a caminar entre todos ellos murmurando sus propias ideas tratando de que alguna tuviera el más mínimo brillo a verdad.

—La Oscuridad solo encuentra camino a través de las runas negras. Pero ellos también son negros y dudo mucho que su color sea casualidad. Kem, los dragones, la Oscuridad, Kelldom, las runas… algo tiene que unirlos, algo que tuvo que cambiar hace veinte años. La caída de la barrera no es, eso ocurrió hace pocas semanas. Tal vez haya influido en la magia del mundo entero, pero no puede ser en este cambio. —Sus pasos se aceleraron a medida que hablaba. El dragón marrón levantó la pata delantera para dejarle pasar. Ni siquiera la había visto. Cuando lograba entrar en aquel trance intelectual se olvidaba de todo y de todos. Y lo había echado de menos—. Las runas son el único camino para llegar hasta ella, no se puede conjurar una puerta sin la llave que la abra. Por eso los

druganos negros rechazaron las runas hasta que llegó Kem con ellas… —Se detuvo en seco—. Hasta que llegó con ellas hace veinte años. Las runas regresaron en la misma época, pero ellos no las pueden usar. —Cerón reanudó su marcha descartando la idea—. No hacen uso de su magia, no hacen uso de ninguna magia en realidad. Es una habilidad, un don, por así decirlo. —Buscó con la mirada a su alrededor, pero con tantos dragones reunidos le fue imposible. Se acercó de nuevo al dragón marrón—. Perdona, ¿podrías alzarme para que vea toda la aldea?

El dragón ladeó la cabeza sorprendido, pero la apoyó en el suelo y Cerón saltó sobre ella agarrándose a sus cuernos. Cuando estuvo lo más alto posible y pudo ver la aldea con claridad confirmó su teoría.

—Muchas gracias, bájame de nuevo, por favor. —El dragón obedeció, bajó la cabeza y Cerón saltó al suelo—. Quiero conocer a algún dragón negro anterior a que comenzasen a cambiar los jóvenes. Tal vez tenga algo que aportar a esta conversación.

"Kalmenter fue el último dragón negro cuerdo —dijo Pepita y Cerón no pudo por más que poner los ojos en blanco. Llamarle cuerdo a Kalmenter era, cuanto menos, un poco inexacto—. *Fue el último. Tras él no ha nacido ninguno".*

—No puede ser casualidad entonces.

"No son tan numerosos como el resto —dijo Jéssica como si no tuviera importancia—. *Cuanto más único se es menos cantidad existe, por eso eran nuestros líderes. Ocurre igual con los ojos blancos, que son únicos en sí mismos y por eso tienen su propio destino. Los dragones negros eran muy pocos".*

—Y ahora os enfrentáis a cincuenta, ya. Me niego a creer que sea una casualidad. —Volvió a caminar entre todos los presentes, atónitos por todo lo que sabía de ellos o del mundo—. Kalmenter fue secuestrado por Nurae, el más fuerte de todos ellos fue doblegado por una sola mujer. ¿Le doblegó o se dejó doblegar para protegerlos? Tamatha estaba segura de que fue para protegerlos,

pero ¿de ella? Y si es así, ¿por qué vino Sudne después hasta aquí? Apuesto a que su marcha tiene que ver con la corrupción del resto. ¿Cómo eran de numerosos? ¿Cuántos podía haber a la vez?

"No más de media docena —apuntó Pepita".

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Tharion.

—Cuando lo sepa te lo digo. Media docena como mucho y ahora que no hay un auténtico dragón negro no dejan de llegar para ocupar su espacio. ¿Y si la Oscuridad se hubiese colado por ese hueco? Su magia no tiene que ver con palabras o runas, es una habilidad como la de los telépatas. —Se detuvo de nuevo completamente pálido con el rostro presa del miedo —. Como la de los asesinos. ¡Por los Dioses Desaparecidos! ¡Eso es! ¡Es la Oscuridad, siempre lo ha sido!

—Explícate —ordenó Vaelira tan sorprendida como el resto.

—Conocí en mi viaje a un grupo de asesinos que vive en una isla al norte de aquí, a varios días de navegación. Ellos tenían acceso a la Oscuridad sin necesidad de runas o palabras mágicas. Ellos saben cómo abrirle la puerta, tal vez sepan cómo cerrarla. Ellos saben algo más sobre la Oscuridad que yo desconozco, y ese algo puede ser la clave.

—¿Podrían explicar por qué se corrompen los dragones? —preguntó Tharion con esperanza en su voz.

—No… no lo sé, ni siquiera sé si seguirán con vida. —Se dirigió a Jéssica y se señaló la mente—. Cuéntaselo.

La dragona asintió y se introdujo en la mente del mago. Jéssica encontró los recuerdos de la isla y los reprodujo para todos los presentes. Por primera vez en sus vidas pudieron ver a un Tharbrins en carne y hueso y la imagen fue tan aterradora como ardiente.

—No puede ser casualidad, igual que tampoco lo es que hubiera un Tharbrins allí. —Cerón negó con la cabeza. El puzle

comenzaba a tomar forma en su cabeza cada vez más rápido—. ¿A qué fue a aquella isla? ¿Cómo lo hizo? Tenía cuerpo, no era una llama a pesar de que tratase de arder. ¿Y si, solo si, buscaba algo allí relacionado con la Oscuridad? El Predilecto de la Oscuridad se hacía llamar. —Se golpeó la frente con la mano—. ¡Pues claro! ¡Lo tuve ante mis ojos y no lo vi!

—Explícate —ordenó esta vez Tharion aún con la imagen del Tharbrins en su cabeza.

—El Conducto de la Diosa —respondió como si fuera la mayor aclaración jamás expresada. Obviamente no dio resultado—. Hay… hay lugares en este mundo que comunican con las diosas. En el continente un drugano negro encontró el camino hasta Irena, la hermana de Calandra. Creo que eso es lo que ha venido a buscar Kem, lo que trajo a Sudne aquí, lo que buscaba Nurae no eran dragones, era el conducto y… Kalmenter debía saber algo sobre ello. Por eso le obligó a irse con ella, para que le confesara dónde estaba el Conducto. No fue para proteger a los Calán, sino para protegernos a todos.

Guardó silencio. Habían acabado con la vida de una criatura que se había sacrificado para proteger al mundo entero. El mismo que había acabado con Roland e intentado asesinarle a él y a Sonthorn. Si quedaba algo de aquel dragón heroico, se había pedido mucho tiempo antes de que llegaran ellos a la torre.

"Kalmenter no sabía nada de ningún conducto que conectara con Calandra —aseguró Pepita rompiendo la teoría del mago—. *Yo ya estaba aquí cuando él nació y jamás dijo nada en tal sentido, ni él ni ningún otro dragón negro. No sé qué hay en esa isla o si tu teoría es cierta, pero Kalmenter no sabía nada".*

—Debemos ir a esa isla —dijo Vaelira mirando a Jéssica. Esta estiró las alas dispuesta a partir de inmediato—. ¡No! Espera, no debes ir sola.

"Yo decido sobre las batallas, Vaelira, no lo olvides".

—Sí, pero no sobre el destino de los Calán. No es un viaje para luchar, sino para averiguar. Tú no irás.

La dragona dejó escapar de su mandíbula un ligero aliento tan frío que se condensó y cayó al suelo convertido en hielo que se rompió en mil pedazos. Bajó la cabeza hasta enfrentarse a la mujer cara a cara. Para sorpresa de Cerón, Vaelira le plantó cara sin el menor atisbo de miedo. Decidió preguntarles en cuanto pudiese cómo es que eran capaces de enfrentarse a los dragones sin miedo, al fin y al cabo eran cien veces más pequeños y carecían de magia. Algún arma oculta debían de tener que el mago desconocía.

—Debe ir Colin —añadió Tharion y la dragona la miró a él también furiosa—. Es el más rápido de todos y además es un dorado.

Jéssica sacudió la cabeza negando la posibilidad. Colin había alzado el cuello orgulloso y dispuesto a partir de inmediato. Su corazón latía acelerado ante la emoción de una misión como aquella con la que siempre había soñado.

"No es el más rápido, cualquier gris volaría más aprisa y en silencio que él. Además es muy joven para algo así".

—Los grises están ocupados y lo sabes muy bien —contraatacó Tharion—. ¿Podemos prescindir de ellos?

Jéssica apartó la mirada y una garra arañó el suelo con rabia.

—Espera, ¿en qué están ocupados? —preguntó Cerón recordando que no había visto a ninguno de aquel color tampoco. Algo le dijo que tenía que ver con los dragones negros al ser un color tan cercano, si bien también debían de estar igual de cerca que de los blancos.

Jéssica miró iracunda al mago y Pepita apoyó una garra sobre ella recordándole que debía controlarse. Cerón abrió los ojos de par en par. Aquella raza estaba a punto de estallar a la mínima contradicción. ¿Cómo no se habían matado ya entre ellos? Sin

embargo, no era con él con quien estaba enfadada y enfrentó de nuevo a los líderes pequeños.

"Diles la verdad —pidió Pepita".

—¿Qué verdad? —preguntó Cerón de nuevo ante el silencio de todos los presentes.

—Los grises se encargan de mantener a raya a los Cazadores —confesó Vaelira—. Y eso les mantiene siempre lejos del Nido.

Cerón comprendió que con Nido se refería a aquel lugar y aceptó su teoría.

—Pero… no son vuestros enemigos, ellos también luchan contra los Tharbrins —dijo frunciendo el ceño frustrado. ¿Cómo no eran capaces de entenderlo—. Hay un ojos blancos nacido en su seno, ¿acaso Calandra se equivocó? —Tharion chasqueó la lengua incómodo. Las miradas de todos esquivaron al mago—. Entonces enviar a un gris. No sé qué habilidad tienen ni me interesa ahora, pero si es el más adecuado, hacedlo. Los Cazadores no serán un problema.

"No es a los Cazadores a los que controlan —confesó Pepita —. *Sino a los negros. Los hostigan y alejan de aquí, por eso están todos ocupados y su habilidad, que puedo sentir que anhelas saberlo, es la velocidad. Podrían recorrer diez veces más distancia que Colin en la mitad de tiempo. Y en tierra no se quedan atrás".*

Cerón abrió la boca incrédulo a punto de decir que algo así sería imposible, pero hacerlo enfurecería a los dragones aún más. Su gesto demostraba su incredulidad, pero Vaelira llamó más su atención con su propia rabia.

—¡Nos habéis mentido! —gritó furiosa dando un paso hacia delante. Un brillo comenzó a rodearla y Pepita corrió hacia ella en cuanto lo reconoció apartando a Jéssica de un empujón. El dragón marrón tras Cerón saltó a un lado y antes de que se pudiera dar cuenta Cerón y el resto de los Calán menores habían sido

transportados a una distancia segura. Tharion estaba a su lado apretando los puños tratando de controlarse a su vez.

Jéssica golpeó contra el lateral de la entrada de la cueva y una lluvia de rocas se dirigió hacia los presentes. Cerón pronunció el hechizo humano para protegerlos a todos y, para su sorpresa, surtió efecto. Nefrén llegó casi al instante a su mente y descubrió que recorría cada uno de sus recuerdos a toda velocidad. Había estado aislado del mago muchas horas e intuía que podía haber metido la pata demasiadas veces en su ausencia. Para su sorpresa no fue así.

Pero no tenían tiempo a ponerse al día. Vaelira comenzaba a emitir una calor asfixiante y Jéssica, en cuanto recuperó la compostura, saltó hacia ella emitiendo una oleada de hielo que la impactó directamente extendiéndose tras ella varios metros en una lengua de hielo que lo congeló todo. El frío llegó hasta Cerón a más de cincuenta metros de él y observó atónito como Pepita levantaba a la Calán pequeña y la sujetaba entre sus dos garras mientras el hielo se derretía rápidamente. De su interior salía un pulso ardiente que pugnaba por liberarse y arrasarlo a todo y a todos. El agua caía por sus patas y hacia el cielo se alzaba una nube de vapor cada vez más intensa.

—¿Qué está pasando? —preguntó mirando a Tharion que seguía concentrado en su propio autocontrol. Unas líneas recorrieron sus brazos similares a la roca que se fundía rápidamente mientras se resquebrajaba. Su piel comenzó a emitir un brillo rojizo que Cerón ya había visto antes—. ¡Por los Dioses Desaparecidos! ¡Eres uno de ellos!

Retrocedió desconcertado y sintió su magia rodeando su cuerpo protectora.

"¿Qué diablos has hecho? —preguntó Nefrén".

"¡Nada!"

Cerón se alejó corriendo cuando Jéssica lanzó una oleada de hielo directa hacia Tharion que la recibió con los brazos abiertos

anhelante de su magia. El aire se congeló a su alrededor con tal intensidad que los pulmones del mago se negaron a capturar el aire necesario para respirar. Corrió alejándose del Calán y solo tras más de veinte metros pudo volver a respirar. A su alrededor todo el Nido parecía haberse puesto en marcha. Gritos, rugidos y órdenes eran lanzados en todas direcciones, pero para su sorpresa, todos se movían de forma ordenada y entrenada.

Aquello no era inesperado para nadie.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cerón a Colin cuando chocó contra él. El dragón apartó la vista por un instante de Pepita y miró hacia el mago. Había duda en su mirada, una duda mucho más allá de lo que el mago podía comprender. Las garras del enorme dragón dorado agarraban a una mujer de cuerpo ardiente. Debía acabar con ella cuanto antes—. ¿Y mi espada?

El mago buscó a su alrededor a los Calán menores. Había visto que uno de ellos portaba su espada, si bien no se la había llegado a entregar cuando Jéssica se lo había ordenado. La localizó en un chico que se alejaba corriendo de allí con buen criterio. Una nueva oleada de hielo cruzó sobre su cabeza e impactó entre las garras de Pepita que se congelaron al instante creando una masa de hielo de varios metros de grosor. Las quemaduras que sufriría con el frío serían terribles, pero el dragón dorado lo ignoró. Apoyó su frente en el hielo y sus labios comenzaron a moverse como si le hablara a Vaelira tratando de hacerla recordar, tratando de hacerla volver atrás.

—Está tratando de contener su magia —se dijo sorprendido —. ¿Por qué no acaba con ella?

Corrió hasta el Calán que portaba su espada y le agarró del hombro. Este se giró y lo miró de arriba abajo, pero no había miedo en su mirada, ni siquiera sorpresa. Su rostro solo expresaba una determinación infinita y una voluntad a prueba de fuego, y nunca mejor dicho.

—¡Necesito mi espada! —le gritó más que le pidió. El joven dudó, aquello no encajaba con el plan. Sin embargo, comprendió que tal vez pudiese ser útil y se la devolvió antes de reemprender la carrera.

Cerón hizo lo mismo en sentido contrario en cuanto la tuvo en su mano directamente hacia Pepita, esquivando el ajetreo y los enormes dragones azules que llegaban para ayudar a contener a Vaelira. Otros dos aterrizaron rodeando al dorado y vertieron todas sus frías llamas sobre las garras del dragón. Sin embargo, el pulso ígneo de la Calán jamás se reducía. Cada oleada era más rápida que la anterior y Cerón supo que la magia ya no sería capaz de detenerla.

"¿¡Qué demonios es esta raza!? —preguntó Nefrén sorprendido hasta el extremo".

—¡Ya no tengo ni idea!

Llegó hasta los tres dragones azules y se situó al lado de Jéssica. Esta lo vio por el rabillo del ojo y lanzó un latigazo con la cola hacia él lo suficientemente lejos para no dañarlo, pero lo bastante cerca como para que comprendiera al instante que no debía estar allí. La dragona redobló su esfuerzo sobre Vaelira cuando el hielo comenzó a resquebrajarse a pesar de la magia de tres dragones de hielo y la habilidad del dorado más fuerte de todos. La Calán pequeña era ahora una Tharbrins tangible imposible de contener en absoluto.

"¡Márchate! —le gritó Jéssica en su mente—. *¡Colin, llévatelo de aquí!"*

El pequeño dragón dorado llegó corriendo hasta ella. Nefrén desapareció de su mente de nuevo con su presencia. Mantuvo una breve comunicación con Jéssica y rugió furioso.

—¡Puedo acabar con ella! —le gritó desenfundando el arma y apuntando a Vaelira. Un nuevo latigazo más cercano le obligó a

saltar a un lado para no ser aplastado. Si Jéssica tenía algo de paciencia, la había perdido.

"*¡Lárgate de aquí! ¡Tú debes emprender otro camino!* —intervino Pepita mirando a Cerón, que seguía pensando en cómo ayudar—. *Ayuda cumpliendo tu promesa y arregla todo esto".*

—¡Dejadme acabar con ella!

"*¡No, podemos controlarla!* —aseguró la dragona azul, pero ninguno de los presentes estaba tan seguro".

"Nunca hemos podido hacerlo, ¡por eso sumergimos a Craig! —le recordó Pepita aunque Cerón no comprendió ninguna de sus palabras".

"*¡Hagámoslo de nuevo!"*

"*Ya es tarde, Jéssica. Mira hasta qué punto ha llegado. Arrasará con todo hasta que logre una Esencia nueva y lo sabes…"*

"*No será la tuya* —se negó la dragona—. *Eres demasiado valioso".*

"*Ya no.* —Esta vez fue la cola de Pepita la que impactó contra Jéssica y la hizo trastabillar. Su magia se cortó por un instante—. *Yo no puedo volar, yo no escaparé de todos modos. Desalojad el Nido, encontrar a la ojos blancos, averiguad qué corrompe a nuestros hermanos y pedid ayuda a los Cazadores".*

—¡No te pienso abandonar! —gritó Cerón acercándose al dragón.

"No puedes hacer nada aquí, humano, pero puedes hacer que mi sacrificio sirva de algo. Te estaré vigilando al lado de Calandra".

El pulso ardiente incrementó su fuerza y Cerón miró a la Calán pequeña con desesperación. No podía permitir que una criatura como Pepita se sacrificara, tenía que haber una posibilidad.

"*Yo me quedo contigo* —aseguró Jéssica volviendo a usar su magia sobre Vaelira".

Cinco segundos después quedó claro que no serviría de nada. El hielo se derretía antes de llegar a la mujer. El olor a carne quemada se alzó a medida que la ardiente mujer abrasaba las garras de Pepita. Este apartó la cabeza de ella y miró a los tres dragones.

"Se acabó. —Parpadeó y las tres lenguas de hielo se cortaron al instante—. *Llévate a Tharion y averigua qué pasa en la isla. Colin, llévate al extranjero a donde crea que necesite ir. Ya sabes dónde será el siguiente Nido. Vuelve a él cuando hayas completado tu misión. El resto llevaros a los Calán lejos de aquí. Es una orden, es mi última orden".*

Cerón pudo observar con dolor como los dragones podían llegar a llorar cuando Jéssica apartó la mirada de Vaelira y la depositó en Pepita suplicando que hubiese otra alternativa que no había. El dragón dorado asintió orgulloso mientras sus garras se derretían y solo sus huesos contenían a Vaelira a base fuerza bruta.

"Ha sido un honor compartir un nido contigo. Volveremos a encontrarnos, en otro tiempo y lugar. Hasta siempre, Pepita —aseguró la dragona antes de volverse al resto de congéneres—. *¡Ya lo habéis oído!".*

Tras Cerón docenas de dragones alzaron el vuelo con cientos de Calán sobre sus lomos. La cortina de protección que camuflaba el Nido desapareció y el mago vio a toda la raza de los Calán lanzándose al aire para alejarse de su propia líder corrompida. Jéssica saltó sobre él, agarró a Tharion y se lanzó al vuelo. Los otros dos dragones azules corrieron hacia el Nido y recogieron unos enormes fardos junto a más Calán pequeños.

Colin se agachó ante Cerón.

"O te subes o te secuestro. —Había un dolor incalculable en sus palabras".

Cerón saltó sobre él y se agarró con fuerza. El dragón se lanzó al aire en el momento en que una oleada de llamas abrasaba el nido por completo. Giró la cabeza para ver que Pepita ardía, pero

seguía sosteniendo a Vaelira entre sus manos. Intermitentemente a su alrededor, docenas de figuras humanas de fuego se alzaban ahora que una puerta había sido abierta por fin.

Colin se alejó del resto de sus congéneres y se llevó a Cerón lejos de todos ellos. Sus hermanos en una dirección, Jéssica en otra portando un pedazo de hielo con una llama brillante en su interior y ellos hacia lo desconocido.

El mago había encontrado a los Calán, pero ¿a qué precio?

CAPÍTULO 16

UNA RAZA INMORTAL

"Puedo controlarla —aseguró Ónice al guerrero—. *No volverá a dominarme, te lo juro, esa zorra no volverá a manejarme".*

El guerrero no respondió y su silencio fue más doloroso para la drugana que cualquier puñalada en el corazón. Tragó saliva torpemente y se apartó del camino. Esperó a que Tristán y Raika se perdieran escaleras arriba hacia el glaciar. Sonthorn aguardó con ella a quedarse solos físicamente.

—Ahora sé de qué es capaz, sé lo que puedo esperar de ella. No me volverá a encontrar con la guardia baja.

—Ninguno sabemos de lo que es capaz. No sabemos qué es siquiera, Ónice.

—Si me domina de nuevo, mátame —le ordenó directamente—. Si vuelve a controlarme acaba conmigo porque si lo ha conseguido dos veces lo volverá a hacer. No seré un títere de nadie y si tengo que ser un arma para ella, prefiero morir y así romper su juguete. —El guerrero no respondió incapaz de aceptar aquella posibilidad. Apretó los dientes y comenzó a apartar la mirada—. No, ni se te ocurra volverme la cara, ¿me has oído?

El guantazo que acompañó a su pregunta se extendió como un trueno por el glaciar aprovechando su estructura y provocando un estrépito que bien pareció que el hielo se abría a la mitad. El cuerpo del drugano soportó el golpe, pero una oleada de luz iluminó el mundo como si se hubiese hecho de día por unos instantes. Su luz se reflejó en el cielo y se pudo ver a incontables millas a la redonda. La drugana se vio obligada a cubrirse los ojos con el antebrazo durante todo el tiempo que Sonthorn tardó en controlar la rabia que sintió al ser golpeado. Su luz pareció borrar la sombra que aún cubría levemente a la drugana y que poco a poco volvía a aparecer. Solo cuando esta desapareció pudo percibirse su ausencia.

A pesar de su acción Ónice no se dignó a disculparse, al fin y al cabo él se lo había buscado apartando la cara de ella. Miró al guerrero desafiante en cuanto la luz de sus alas dejó cegarla. Sonthorn continuó tratando de recomponerse y Ónice se acercó a él.

—Mi vida es mía y elijo cómo vivirla, y eso incluye cómo perderla. No seré un arma para Ágata, ¿me oyes? Por las buenas o por las malas, pero no volverá a pillarme desprevenida.

—No pienso perderte.

—Pues encuentra la manera de apartar las sombras cuando yo no pueda —le espetó—. Eres el ser de luz, ¿no? Pues aparta las sombras —dijo dándole un empujón tratando de demostrar su teoría —. Eso es lo que hiciste hace un minuto, aquí dentro —dijo señalando su pecho con un dedo. Ónice guardó silencio y su voz sonó mucho más sincera, tanto que al guerrero le recordó su primera noche en Sonnen cuando regresó de su forma de dragón—. La oscuridad es fácil, es terriblemente fácil. Te muestra el camino sencillo y te imposibilita el complicado. Yo... únicamente veía tinieblas a mi alrededor con solo un camino iluminado hasta que llegaste tú. No sé cuánto tiempo vagué tratando de encontrarte antes de rendirme. Solo necesito tu luz —dijo abriendo los brazos y señalando la enorme estructura de madera— igual que todos ellos. —A su alrededor Sonthorn descubrió cientos de ojos pendientes de ellos reflejando el brillo dorado de sus alas.

Sonthorn miró tras de sí hacia el glaciar y por primera vez se observó a sí mismo más allá de la visión que Ónice le había transmitido de sí mismo. Se giró por completo hacia el glaciar y movió las alas de forma automática. Tras el hielo, en la distancia, los pequeños puntos dorados parecían devolver el brillo del drugano. Eran criaturas ansiosas de su diosa y él era su representación. Era una luz para ellos, un sol en el cielo, la…

—La llama que abre camino… —murmuró con una sonrisa triste. Acercó el rostro al hielo y contempló sus propios ojos dorados tan extraños como poderosos—. Me pides que sea el día cuando mi diosa vive en la noche.

—Tal vez. Pero si esa es la manera de que no vuelva a dominarme, la tomaré. No quiero morir, Sonth —confesó con dolor la drugana—. No ahora, que tengo algo por lo que vivir. Pero si he de elegir entre servir y caer, sabes muy bien lo que elegiré.

Sonthorn se volvió hacia ella sorprendido por la sinceridad de sus palabras, al menos en aquel lugar tan abierto donde demasiados oídos podían escucharla. La drugana se concentró en los ojos dorados del guerrero sumergiéndose en la profundidad de su alma, calentándose con el fuego de su pasión. No tardó en comenzar a sentir el hielo derritiéndose en su pecho y estiró los brazos hacia delante. El guerrero no dudó ni por un segundo lo que tenía que hacer y la abrazó con pasión. La drugana temblaba y no era el frío el que la obligaba a ello. Abrió su mente para él.

"Sentí miedo —dijo con el corazón en un puño—. *Me tentó contigo, me torturó con tu traición, me rompió una y mil veces allí dentro. Tuve que ser peor que ella para soportarla, pero ese es el camino que buscaba. La Oscuridad es… imposible de dominar, Sonth. No sé si seré capaz de volver a dibujar una runa negra sin caer para siempre en un abismo negro del que ni siquiera tu luz sea capaz de traerme de vuelta. A su lado, regresar de la forma de dragón era un juego de niños".*

"No necesitarás ninguna runa negra más —aseguró el guerrero. Si aquel era el único camino se encargaría de arrasar con el mundo entero antes de obligarla a ello. Empujarla a la oscuridad sería una condena a muerte y por todas las diosas que no lo permitiría. Una parte del guerrero comprendió a Calandra en aquel instante y entendió lo que estaba dispuesta a hacer llegado el momento—. *Siempre estaré a tu lado. Seré tu luz, seré tu faro, seré tu fuego…"*

"Siempre has sido mi fuego desde aquella torre —dijo la drugana con una sonrisa al recordar el momento en que un joven y aún más infantil Sonthorn tapó su pecho desnudo con su chaleco de cuero. Qué lejos quedaba aquel momento de allí—. S*olo que ahora brillas mucho más.* —Ónice acarició las alas tras los hombros de Sonthorn sintiendo su fuerza y su rudeza. No eran las alas puras y suaves de un drugano blanco. Estas estaban hechas para dominar, las de los Grandes Señores para liderar y Ónice lo sintió en cuanto sus dedos recorrieron sus curvas. Y, la verdad, le gustó la diferencia —. *¿Puedes elegir forma a voluntad?"*

La pregunta sorprendió al guerrero que no supo qué contestar.

"Cuando comencé a luchar contigo cambié a mi forma, pero cuando me adentré en tus sombras esto apareció —dijo señalando su espalda—. *Creo que fue cuando me enfadé que Calandra vino al rescate".*

Ónice asintió, había ocurrido lo mismo las veces anteriores. Sin embargo, en esta ocasión parecía controlar mejor su rabia.

"¿No estás enfadado?"

—¿Contigo? —dijo en voz alta sin darse cuenta.

—No, me refiero a con todo. Las otras veces amenazabas con abrasarlo todo.

Sonthorn miró en su interior e hizo una revisión de su corazón. Apartó el latido que comenzaba a formarse por Tarnicis y se concentró en su rabia o frustración. No encontró la rabia furibunda que lo sobrecogía antes.

—No demasiado. Quizá me esté acostumbrado.

—Entonces llegará el día en que puedas elegir la forma que necesites.

—Eso es tan improbable como que tú puedas elegir cambiar a dragón —replicó Sonthorn apartando la idea de su mente.

Ónice frunció el ceño y asintió lentamente concentrada en sus propios pensamientos. Había vuelto a apartar al guerrero de su mente y continuó el ascenso hacia el glaciar sin decir una sola palabra más. El guerrero sintió una llamarada de frustración que logró controlar, para su sorpresa, aceptablemente bien. Arriba los esperaban los Uldenhar junto a Tristán y a Raika, que abrió camino hasta el altar en cuanto los alcanzaron. Todos guardaron silencio y solo cuando estuvieron frente al pedestal, Hisao volvió a hablar.

—Es tu turno —aseguró mirando al guerrero—. Haz que mi raza recuerde a los Calán, a Calandra y nuestra misión. —Señaló el altar —. Entrégales la luz y aparta sus tinieblas.

El guerrero frunció el ceño, aquella frase era demasiado similar a la de Ónice, no podía ser casualidad. ¿Les habrían escuchado? No lo creía posible, estaba relativamente seguro de que habían sido palabras no pronunciadas en voz alta. Miró a la drugana en busca de alguna señal de reconocimiento, pero estaba distraída. No era su momento, todo dependía de él. Ella había cumplido su parte con las runas y ni siquiera quería estar más del tiempo indispensable. Cada pocos segundos su vista se volvía inconscientemente hacia el altar y su recuerdo volvía a ella.

—Vamos allá. ¿Qué runa dibujo?

Hisao miró a Tristán interrogante y el pelirrojo hizo lo mismo con él. Raika gimió tras él sabedora de lo que iba a pasar.

—Tiene que ser una broma —dijo Ónice furiosa—. ¿No sabéis qué hacer ahora?

—Oh, claro que lo sabemos —dijo Tristán dando un par de pasos para esconderse tras Tsuneo—. Debemos dejar que Sonthorn les devuelva la memoria.

—Lo mato, te juro por todas las diosas que lo mato —exclamó la drugana y desenfundó su espada que comenzó a brillar con su tono rojizo. El fulgor del arma la reconfortó de tal manera que se olvidó del irreverente pelirrojo.

"Sigues siendo tú —le dijo el guerrero abriéndose camino en su mente en cuanto bajó las defensas—. *Yo lo tenía claro".*

"Yo no —respondió con voz quebrada—. *Dejé de tenerlo claro hace muchos días".*

El recuerdo de Ágata llenó la mente del guerrero haciéndole recordar el daño que estaba haciendo la hermana de Irena. Apretó los dientes y miró al altar decidido a hacer todo lo posible por apartarla de la victoria.

—Este altar amplía lo que quiera que recibe, ¿verdad?

—Podría decirse así —respondió Hisao—. Amplifica la magia del hielo y la de la oscuridad, ¿por qué no la tuya? Es muy propio de Calandra devolver lo que recibe, pero multiplicado hasta el infinito.

—Entonces ni siquiera necesito una runa —dijo dando un paso hacia el altar. Puso una mano sobre él y otra en el grabado del símbolo y cerró los ojos.

En cuanto se adentró en su mundo interior fue capaz de extender su mente a lo largo y ancho del glaciar sin esfuerzo. Encontró a cada uno de los Uldenhar dormidos en el hielo y los identificó, no solo los localizó. Se adentró en ellos y fue capaz de descubrir quiénes eran, sus recuerdos o sus sueños más secretos.

—Mejor nos apartamos —dijo Tristán al ver al guerrero concentrado en el altar.

Las cuatro alas de Sonthorn se habían abierto hasta el límite como si quisieran arropar a todos los Uldenhar dormidos. Habían

comenzado a brillar con tal intensidad que pronto todos tuvieron que taparse los ojos con los antebrazos para poder seguir viendo qué hacía. Todos menos Tsuneo y Hisao que contemplaban el brillo de las alas del guerrero embelesados como si fueran la primera vez que veían el brillo de su diosa en su vida. No tardaron en arrodillarse tras la espalda de Sonthorn, lo que les granjeó un insulto por parte de Ónice, tan poco dispuesta a alabanzas o tonterías del estilo. Sin embargo, sí que le gustaba que aquellas criaturas deformes alabasen a su drugano, eso no podía evitarlo y sonrió. Eso sí, después de increparlos.

El guerrero se adentró en cada uno de ellos, que parecía abrir los ojos a medida que su luz llegaba hasta ellos. Era un soplo de aire fresco, era la primera bocanada de aire al emerger del agua tras un largo periodo buceando. Era la luz en la noche, la esperanza en la agonía, el amor en la tragedia. Era todo para ellos, y a él se abrieron como las flores al sol, como las nubes a las montañas, como el recuerdo tras un adiós.

Los Uldenhar aceptaron la luz del guerrero y las brumas de sus mentes se disiparon como la niebla en la mañana. La tela ante sus ojos se disipó con el brillo del drugano y las pequeñas criaturas pudieron volver a sentirse ellas mismas, tal y como la propia Ónice había hecho solo unos instantes antes. Sonthorn pudo sentir las lágrimas en cada uno de ellos, su dolor por el recuerdo retomado y el pesar por el tiempo perdido. Por suerte, su vida solo había hecho una pausa y podría continuar en cuanto el hielo cediese a la magia o al tiempo, y el guerrero no estaba dispuesto a esperar tanto. Encontraría a Valeria aunque tuviera que ir él mismo a buscarla.

Recorrió el glaciar en busca de algún punto dorado olvidado y estuvo a punto de regresar al altar cuando un brillo más amarillo que el resto le sorprendió. No era el tono ámbar de los Uldenhar, sino un color más parecido al del sol. Era brillante en comparación, pues los Uldenhar eran color miel para él. Frunció el ceño porque asumió al instante que no provenía de una de aquellas pequeñas

criaturas. Viajó tan rápido como pudo hasta el punto desconocido en el extremo contrario del hielo, casi fuera de él.

—Algo ocurre —aseguró la drugana contemplando al guerrero ahora que su brillo había cedido y podía hacerlo sin miedo.

Sonthorn había plegado las alas a su espalda y las extendía hacia atrás. La drugana conocía demasiado bien cómo se comportaban unas alas y distinguió problemas donde ningún otro hubiese sido capaz. A continuación, Raika gruñó al sentir la preocupación de Ónice. Si la drugana se alteraba así, no debía de ser por una nimiedad. Comenzó a mirar en todas direcciones en busca de los problemas que anunciaba. Y tras ella la información llegó hasta Tristán que hizo lo mismo. Tsuneo fue el siguiente en comprender la situación y solo Hisao siguió contemplando a Sonthorn embelesado.

Tsuneo le advirtió a su líder haciéndole una seña al reparar en el resto de los congregados.

—¿Qué le ocurre? —preguntó a la drugana.

—No lo sé, pero él se ha puesto en alerta de pronto.

—¿Estás segura?

—Más que eso —aseguró.

Tristán la miró sorprendido.

—Si no te ha amenazado es porque debe ser grave —dijo el pelirrojo.

—Puedo amenazarte a ti si quieres.

—No, que me pillas ocupado. Raika, explora.

La loba salió corriendo hacia los túneles que se alejaban del altar y se detuvo en la encrucijada oliendo y escuchando en todas direcciones. El resto esperó por noticias del guerrero o de la loba.

—Nada, parece que no hay nada. Si no fueras tú me atrevería a decir que te equivocas, peeeero… —continuó cuando la drugana se

llevaba la mano a la espada— eres tú y nunca dudaría de ti. Preparaos para todo lo que pueda ocurrir. ¿Ágata, tal vez? —preguntó mirando a la drugana con preocupación y sin el menor atisbo de ironía en la voz.

—No lo creo. La sentiría yo antes que él y no lo hago.

—Búscala por si acaso.

Ónice obedeció a regañadientes. La idea de buscar lo único que no quería encontrar no le hacía la menor ilusión. Apretó los dientes y aceptó que era mejor estar prevenidos contra Ágata todo lo posible. Cerró los ojos y buscó a su alrededor, pero a duras penas logró ver nada más allá de Sonthorn. El drugano era un sol abrasador ante ella, una luz inagotable que lo colmaba todo. Volvió en sí y se lo contó al resto.

—Curioso —dijo Tristán—. Sonthorn me ha hablado muchas veces de su ojo interior, pero nunca tú de cómo se veía él. No era así, ¿verdad?

—No, para nada. Pero con estas alas no sé de qué es capaz o de qué no.

—Tened paciencia —dijo Hisao que se sentó en el suelo como si nada ocurriera—. Confiad en la diosa.

—Estoy de las diosas hasta el c… —Un ladrido cortó el improperio de la drugana. Volvió los ojos hacia Tristán interrogante. El pelirrojo miró directamente a la loba incrédulo. Movió la cabeza negativamente—. Más te vale comenzar a hablar.

—Es que… no puedo creerlo. Dice que escucha voces.

—¿Voces? —preguntó tan sorprendida como él. Todos miraron a la loba, que les devolvió un gesto de superioridad a cambio. ¿Cómo se atrevían a dudar ella?

Tristán asintió y caminó hacia la salida donde la loba señalaba el lugar de procedencia del sonido con la cabeza. Tristán dibujó una

runa roja y la impulsó contra su oído. Su rostro cambió a medida que confirmaba sus sospechas.

—Escucho voces en la distancia.

—¿Cómo de lejos? —preguntó Tsuneo extendiendo las garras y corriendo hasta él.

—Me es imposible asegurarlo. —Miró hacia Sonthorn y Ónice—. Solo él puede saberlo.

—Pues habrá que esperar. Conozco demasiado bien ese gesto. Está haciendo alguna tontería improvisada.

Tristán rio sin poder controlarse y Tsuneo se unió a él. Solo la drugana e Hisao mantuvieron la compostura.

—Confía en ella —le dijo el líder de los Uldenhar—. Es el camino.

—Un camino que recorre en solitario —le respondió tajante.

—Todos estamos solos cuando llega el único momento inevitable. Nadie puede recorrer el camino por nosotros, pero estoy seguro de que él sabrá enfrentarse a lo que quiera que haya encontrado.

—Ya, porque te lo ha dicho tu diosa —se burló.

—No. Porque no veo miedo en él.

Ónice controló sus impulsos por golpear a la criatura a duras penas. Se apartó hacia las sombras y esperó a que algo cambiara. No podía hacer otra cosa más que esperar en aquel momento. Una vez viajó hasta Sonthorn cuando conoció a Ágata y no le fue imposible como ahora, ¿qué le bloqueaba? ¿Sería él? ¿Sería su magia? ¿Sería Ágata? Masculló una interminable retahíla de improperios y esperó.

Mientras tanto, Sonthorn descubría en la distancia a las criaturas doradas que brillaban más que los Uldenhar dormidos. Se concentró en averiguar sus intenciones, pero estas parecieron

reacias a manifestarse. No buscaban hacer daño, pero tampoco tenían buenas intenciones. Eran el bien dentro del mal o el mal dentro del bien. Se limitaban a seguir adelante por una buena causa aunque ello supusiera herir a inocentes. No le costó encontrarse a sí mismo reflejado en ellos y no le gustó la idea.

Se acercó más a ellos y comenzó a distinguir a media docena de pequeñas luces agrupadas. Caminaban despacio y su fulgor variaba a medida que sus ojos recorrían sus alrededores en busca de amenazas de las que defenderse o con las que acabar, el drugano no lo tenía muy claro. Chasqueó la lengua molesto por no poder identificar en ellos nada más allá de lo que hacían y no de lo que eran cuando un ojo se volvió hacia él sorprendiéndolo.

Su mente se manifestó en una sala oscura en la que una silueta humana se enfrentaba a él. Era un hombre a juzgar por su complexión. Mantenían una postura cómoda con la que entrar en combate, pero carecía de armas para sorpresa del guerrero. Este se miró a sí mismo y descubrió que su aspecto era el mismo, solo que las cuatro alas de su espalda destacaban sobremanera. Los ojos de su adversario recayeron en estas cuando terminó de hacerse una idea del peligro que representaba el guerrero.

Sonthorn plegó las alas a su espalda, incómodo bajo su escrutinio. Tras él podría aprovechar su inercia para entrar en combate de ser necesario. Sin embargo, era lo último que quería y así se lo dijo. Levantó las manos mostrándolas desarmadas.

—No busco hacer daño a nadie —dijo esperando que le entendiera. No sabía si su magia se ocuparía de ello como con los elfos si acaso no hablaban su idioma.

El hombre ladeó la cabeza sorprendido por sus palabras. Alzó una mano y miró tras de sí.

—Quietos —indicó a lo que debían de ser sus acompañantes. Hizo una seña desconocida para Sonthorn que no tardó en asimilar con las que la Escuela Militar le había enseñado a él mismo. Si su criterio no fallaba, estaba indicando que inspeccionaran los

alrededores. Quedó claro que lo estaban buscando, lo cual no le sorprendió; él hubiese hecho lo mismo. Aguardó a que se dirigiera a él con paciencia, una paciencia que su dorado fulgor trataba de negarle—. No… esperaba a nadie que supiera hablar aquí dentro.

"Están en el hielo, por eso los he encontrado tan rápido —se dijo a sí mismo. Trató de orientarse para descubrir si serían las criaturas del norte de las que les había hablado Hisao, pero le fue imposible. Su única forma de averiguar nada allí dentro era preguntando, lo que le hizo plantearse, ¿cómo había llegado hasta allí? Abrió los ojos de par en par desconcertado y miró a su alrededor. Se sentía como en un sueño profundo en el que todo era real y nada lo era—. *¿Qué está pasando aquí?"*

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en voz alta.

El rostro del hombre se tensó.

—¿Eres capaz de distinguirlo? —El hombre estaba atónito—. ¿Cómo lo haces? —El guerrero guardó silencio. No iba a revelar nada sin obtener algo a cambio. Por un segundo pensó en lo bien que hubiese llevado Cerón aquella lucha dialéctica—. Está bien. Esto es un lugar de protección que ha creado mi magia. Nada puede afectarme aquí porque nadie es capaz de percibirlo. Pero tú… eres un dorado. ¿De dónde has salido? ¿Cómo has llegado hasta aquí? No te reconozco.

—Vengo del sur del continente. Llegué aquí después de liberar a los elfos, a los enanos y ahora a los Uldenhar —dijo directamente. La mentira no tenía cabida en su lenguaje—. He acabado con los Ashgar y ahora trato de evitar que un enemigo arrollador escape a través de este hielo.

El rostro dorado del hombre se endureció. Sus palabras sonaron deliberadamente lentas y claras.

—Quieres dejar que las criaturas del hielo vaguen libres. —No era una pregunta.

—Son libres.

—Hay mucho hielo aún.

—Aún —confirmó el guerrero—. Pero no durará mucho. No tardaré en encontrar la forma de que sean libres.

—Libres… ¿para qué?

—Para continuar su propia vida y así ayudar a detener a Ágata. Calandra les entregó la misión de proteger este mundo de ella y a mí la tarea de devolverles la memoria para hacerlo.

—Calandra… —Los ojos del hombre contemplaron a Sonthorn de otra manera—. Conozco ese nombre, es tan antiguo como peligroso es pronunciarlo en estos tiempos. Ahora entiendo tu brillo. No eres un dorado, pero ¿qué eres? Este no es un territorio demasiado explorado, pero no recuerdo nada como tú.

—Soy un drugano blanco, el último en realidad. —Una idea pasó por su cabeza. ¿Y si ellos tenían también su propia barrera como los Vanhir?—. Por eso ha caído la barrera de tu mundo, porque yo he abierto las puertas.

Era una estrategia improvisada y muy poco meditada que haría enfurecer a Ónice y sentirse orgulloso a Tristán. También era lo único que se le ocurría. A aquellas alturas ya tenía claro que aquel hombre venía del norte tal y como Hisao les había avisado. Solo faltaba descubrir por qué los atacaban.

El hombre dibujó una serie de runas doradas con destreza sin mirarlas siquiera y Sonthorn se preparó para esquinarlas de ser necesario. Sin embargo, los símbolos desaparecieron en el aire a medida que nuevos caracteres se iban sumando a la cadena. Mientras tanto el hombre meditaba las palabras del guerrero con el ceño fruncido.

—Los druganos blancos son aún más peligrosos que la palabra Calandra. Sé qué aspecto debe tener un drugano blanco y el dorado no es su color. ¿Sabes lo que creo? —preguntó mientras las formas de los símbolos que trazaba se hicieron más afiladas y delgadas—. Que estás tratando de hacerte pasar por uno de nosotros.

—Ni siquiera sé qué es lo que sois —respondió concentrado en los movimientos de sus manos. No podía comprender qué decían aquellas runas doradas, pero el cambio en su dibujo sí expresaba prisa, ansiedad y conflicto—. Y no he venido a suplantar a nadie. Te he dicho lo que he venido a hacer a este lugar mientras tú escondes tus intenciones. No llevo armas y no dibujo runas, solo busco averiguar qué ocurre en este lugar.

—No me engañas. Tú no necesitas runas para luchar. —El hombre movió levemente los ojos hacia un lado e inclinó la cabeza casi imperceptiblemente—. Tanto si has dicho la verdad como mentido, eres un peligro para nosotros. Si eres el culpable de la caída de la barrera y de la liberación de los Uldenhar, pagarás por ello.

Sonthorn extendió las alas y una oleada de rabia emergió en todas direcciones abrasando el lugar con su fulgor dorado. La oleada golpeó a su interlocutor y la fachada dorada se rompió en mil pedazos como si de cristal se tratara. El hombre abrió los ojos de par en par y se cubrió demasiado tarde de la magia del guerrero. Sonthorn saltó hacia él y lo agarró por el cuello alzándolo del suelo, o de lo que la diosa quisiera que fuera aquello que pisaba. Una rabia furibunda lo envolvía cuando apretó el puño de su mano libre a punto de golpear al hombre en el rostro dispuesto a hacerle lo mismo que Ónice soñaba con hacerle a Tristán. Cargó el brazo mientras el hombre se agitaba incapaz de respirar, golpeando su muñeca con todas sus fuerzas mientras le daba patadas. No se rendiría así como así.

Pero sus ataques no sirvieron para nada. Cuando la magia de Calandra se apoderaba del guerrero era invencible incluso allí dentro. El rostro del hombre comenzó a cambiar de color hacia uno más azulado y sus golpes se volvieron cada vez más débiles y torpes. El guerrero lo miraba con rabia incapaz de controlarse, incapaz de evitar destruir a aquella criatura que le llevaba la contraria. Pero ¿era él quien tomaba el control? ¿Era Calandra?

La imagen de Ónice siendo dominada por Ágata se abrió paso en su mente y la sensación de no estar haciendo lo correcto le golpeó con mucha más fuerza que el hombre. El guerrero lo lanzó contra el suelo, o lo que quiera que fuera, donde rebotó con fuerza, pero al menos podría respirar. Lo observó con el ceño fruncido mientras trataba de volver a ser él mismo, buscando sentirse alineado con sus ideas, la única forma de estar completo.

El hombre logró ponerse de rodillas a duras penas y golpeó el suelo con rabia, una vez, dos, tres veces lleno de frustración hasta que de su puño emergió una tormenta de nieve dorada que extendió en todas direcciones. Sonthorn se cubrió con las alas y saltó hacia atrás antes de ser golpeado por el muro de nieve que giraba a toda velocidad cegándolo por completo. Se vio obligado a sujetar el ala que lo protegía del viento para que no se rompiera bajo su fuerza. Por suerte duró poco y pudo volver a mirar a su alrededor en busca del hombre.

Apareció entre la ventisca al principio como una sombra dorada, como un presagio de fuego en mitad del hielo. La capa ondeaba tras él, desgarrada por mil batallas, los grabados antiguos de su armadura relucían bajo la luz que el guerrero proyectaba con sus alas. En su mano derecha ardía la marca del poder, un fulgor dorado que latía como un corazón impaciente, capaz de consumir montañas o salvar imperios.

Su mirada, dura como el acero forjado en las cumbres del norte, contenía el peso de los siglos y la determinación de quien ha visto caer a los dioses. En su brazo desnudo, las runas tatuadas parecían moverse con vida propia, serpenteando al ritmo del pulso del conjuro. No llevaba corona, pero el aire mismo se apartaba a su paso; la tempestad lo reconocía como uno de los suyos. Así fue como lo vio por primera vez, como un hombre nacido de la tormenta, destinado a desatar una aún mayor.

Era un hombre de complexión poderosa, alto y de hombros anchos, con la musculatura marcada bajo una armadura de cuero oscuro y placas de metal ornamentado con filigranas doradas. Su

piel, curtida por el frío y la batalla, contrastaba con el brillo cálido del poder que emanaba de su mano.

El cabello, largo y negro como el ala de un cuervo, caía desordenado sobre sus hombros, azotado por el viento helado que él mismo provocaba. Algunas hebras, humedecidas por la ventisca, se pegaban a su rostro, enmarcando unos ojos de un dorado apasionado, fríos y determinados. Su barba corta y descuidada acentuaba la dureza de su expresión, la de un hombre que había visto demasiado y seguía dispuesto a desafiarlo a todo y a todos.

Sobre su torso, las correas de la armadura se cruzaban para sostener un conjunto de medallones grabados con símbolos extraños, cada uno con un leve resplandor interior. En su antebrazo izquierdo, una espiral tatuada latía al compás del fuego mágico que encendía su puño derecho.

El conjunto lo completaban un manto oscuro, desgarrado por el tiempo, y brazales de bronce con grabados antiguos que parecían susurrar bajo la nieve. Era la mezcla perfecta entre guerrero y hechicero, entre hombre y mito, entre héroe y villano. Sonthorn lo observó incrédulo al ver en él reflejado al Nefrén del interior del dragón. Creó una esfera de protección a su alrededor y la nieve arrastrada por el viento dejó de molestarlo. Amplió la misma lo suficiente para poder extender las alas, pero no lo bastante para que el hombre se sintiera amenazado.

El guerrero solo necesitó mirar sus ojos para confirmar la loca teoría que golpeaba su mente, pues la misma mirada de Neyvel *El Inmortal* presidía su rostro. Aquel era un drugano neutral, uno de los que llamaban traidor a Neyvel. Su mente trabajó rápido y asoció lo que Ónice le había contado del viaje de Egon y de Valeria y su aventura en el mundo de los neutrales. ¿Sería aquel uno de ellos? No había muchas más explicaciones, al fin y al cabo, ¿cuántos lugares con neutrales podía haber?

Y, si aquel era uno de los que servían a Egon, ¿conocería a Valeria? ¿Sabría dónde estaba? La llama de la esperanza volvió a

brillar en su interior. Aquel drugano podía tener la respuesta que necesitaban.

CAPÍTULO 17

CUANDO YO DECIDA

—Eres un drugano neutral —aseguró—. Ahora lo veo claro. ¿Cómo has podido esconderlo? —Sonthorn señaló el arma de su mano, un afilado símbolo que parecía emerger de los tatuajes de su cuerpo para extenderse más allá de sus nudillos. La magia palpitaba y se movía siguiendo los movimientos de su brazo sin que él llegara a sujetar nada—. Puedes guardar el arma, no te será necesaria.

—Tú me has atacado.

—La próxima vez no te atrevas a enfadarme. Harías bien en respetarme, tú mismo has dicho que los druganos blancos son peligrosos.

El hombre amagó una mueca de burla ante sus palabras.

—He dicho que lo que tiene que ver con ellos es peligroso, no ellos mismos. Además, pareces tener muy poco de blanco.

—Es una larga historia, pero es correcta. Soy el último de ellos.

—¿Último? ¿Eso crees? ¡Ha!

La respuesta dejó a Sonthorn con la boca abierta, desconcertado hasta el extremo.

—¿Hay más? ¿Conoces a algún otro? —preguntó dando un paso hacia él, incrédulo. Sin embargo, no se dignó a responder lo que volvió a alterar al guerrero. Aquella maldita forma era imposible de controlar. Masculló un improperio y dio una palmada. Las alas de su espalda desaparecieron y el mundo creado entre ambos druganos se agitó y los sacudió como si hubiese estado en un precario equilibrio que ahora cedía sin el soporte dorado de uno de ellos. El guerrero recuperó su forma humana y volvió a transformarse de nuevo. Las alas plateadas de su espalda brotaron al instante y una oleada de paz y calma contrarrestó la tormenta dorada a su alrededor. La nieve pareció mecerse al compás de la respiración del guerrero, cuando no directamente detenerse en el aire. Agitó las alas e hizo desaparecer la esfera de protección dorada a su alrededor—. ¡Háblame de ellos!

Pero el hombre no era capaz de hablar, él también estaba sorprendido. Miraba las alas de Sonthorn con una mezcla de sorpresa y desconfianza. ¿Sería capaz de engañarlo con algo así?

—Es un truco —dijo en voz alta apartando la verdad de su mente y, si bien su corazón entreveía la respuesta, él no estaba preparado para asumirla. La sensación de paz que sentía, de alivio al dejar de arrastrar una carga insoportable debían ser cosa de su magia—. Tus alas no son tan blancas, no me voy a dejar engañar.

—¿Tan blancas? ¿Qué? Nunca han sido realmente blancas.

—No sé cómo has mostrado esta forma o la anterior, pero eres una amenaza en demasiados sentidos. Debería acabar con… —El neutral volvió a mirar hacia uno de sus lados durante un instante. Su mandíbula se tensó—. ¿Un lobo? —preguntó en un murmullo que solo su extraordinario oído fue capaz de escuchar. No le costó imaginar que Raika sería el centro de su atención ahora. No debía permitir que la atacaran, ni por un segundo esperaría enfrentarse a druganos neutrales y cuando comprendiesen la situación podía ser tarde para ellos. Debía volver cuanto antes.

Si tenía que enfrentarse a él debía acabar cuanto antes, pero no quería herirle. Tenía respuestas a demasiadas preguntas importantes para él. Se llevó la mano a la espada y acomodó las alas. Sin embargo, el hombre chasqueó los dedos y el arma de su mano desapareció como si se internara en su piel siguiendo el contorno de sus tatuajes. Estos adquirieron el color negro de la tinta común.

—Te permito seguir con vida un día más —dijo magnánimo.

—¿Me… permites? —preguntó el guerrero dando gracias de que Ónice no estuviera allí para escuchar sus palabras. No hubiese sido capaz de soportar una provocación como aquella. Ágata habría tomado el control de ella de forma irremediable, pues incluso hasta a él le estaba costando digerir sus palabras.

—Si volvemos a encontrarnos, Silvero, no te permitiré seguir con vida. No volveré a cometer el error de dejar a un drugano blanco con vida.

El neutral desapareció antes que el guerrero fuera capaz de comprender sus palabras. Dio un paso hacia el lugar que había ocupado un instante antes de forma inconsciente, tal vez queriendo evitar que se escapara con las respuestas. Sin embargo, el guerrero no llegó a completar el movimiento. Se sintió caer y desaparecer de nuevo en un mundo etéreo que ocupaba cuando lograba salir de su propio cuerpo. Masculló un improperio y regresó a su cuerpo donde se encontró a Ónice ante él observándolo atentamente.

—¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó directamente sin esperar a ver si estaba bien. Al fin y al cabo estaba vivo, ¿no?

—Averiguar que hay más druganos blancos en el mundo y que los que están atacando desde el norte son neutrales —dijo resumiendo rápidamente los hechos.

—El viaje te ha trastornado —replicó la drugana—. No hay otra explicación.

El guerrero la ignoró y saltó hacia la salida del altar donde Tristán lo miraba preocupado. Él sí que creía sus palabras. Miró hacia el pasillo y le contó a la loba la noticia. Debía volver cuanto antes y eso hizo. Ni siquiera ella estaba preparada para enfrentarse a algo así. Por fortuna, no le había dado tiempo a llegar hasta los neutrales, pero no podían arriesgarse.

—Ya está de vuelta, pero le llevará unas horas aún. Aprovecha para decirnos qué ocurre aquí —le pidió adentrándose de nuevo en la sala. Tsuneo sacudió a Hisao que dormía en el hielo como si nada. Ni siquiera el frío del glaciar le afectaba ya. Su diosa había dibujado el mapa y ellos solo tenían que seguir el sendero inscrito—. Raika escuchó voces en la distancia y ha ido a investigar. Estoy seguro de que no tiene nada que ver con los Uldenhar.

—No tiene nada que ver con ellos. Hay neutrales viviendo en el norte —repitió y miró a Ónice desafiándola a contradecirle—. Son los que han estado hostigando a los Uldenhar.

—Te refieres a…. ¿criaturas como tú? Tenían forma humana, eso es verdad —dijo Hisao.

—Y alas doradas —apuntó el guerrero.

—Eso no lo he visto, lo siento.

"Dime que es una broma —pidió la drugana".

"No, y su carácter no te va a gustar en absoluto".

"¿Por qué?"

"Porque son igual o más prepotentes que tú".

"¡Yo no soy prepo…! Vale, déjalo estar. ¿Cómo de poderosos son?"

"Lo bastante para ponernos en problemas".

—¿No habrás oído algo sobre Valeria, verdad? —preguntó Tristán.

—No, yo también pensé lo mismo. Tal vez sirviesen a Egon y a través de él supieran de Valeria, pero no lo reconoció. Solo se alteró cuando escuchó la palabra Calandra o… drugano blanco. Por lo que logré entender, hay más como yo y no les tienen en muy alta estima.

—¡Imposible! —exclamaron Ónice y Tristán al mismo tiempo.

—No me digas. Salgamos de aquí —dijo mientras volvía a su forma humana—. Los Uldenhar han recuperado su memoria, todos ellos. Hisao, puedes estar tranquilo.

—Nunca lo dudé, pero gracias.

El grupo salió al exterior donde aún era de noche. El viento helado era mucho más cálido que el interior del glaciar y lo agradecieron. El guerrero les relató todo lo ocurrido sin escatimar detalles sobre el neutral.

—Silvero —masculló la drugana—. Solo se me ocurre asociarlo con Silvan. —Chasqueó la lengua, aquello profundizaba la idea de que hubiera más druganos blancos—. Pero no lo entiendo, si tenían su propia barrera y esta cayó, ¿cómo es posible con más druganos blancos con vida?

—No tengo ni idea —reconoció el guerrero tan desconcertado como ella—. Solo sé que están allí y tienen muchas más respuestas de las que imaginaba.

—Se te olvida que también tienen un pequeño odio hacia ti —le recordó la drugana.

—Sí. Pero allí hay respuestas —dijo señalando hacia el gélido norte—. Tal vez expliquen ese odio.

Un estruendo recorrió el hielo y se sintieron zarandear sobre el glaciar. Tras el mismo, una descomunal explosión iluminó el cielo allí donde Sonthorn señalaba con la mano. Todos se agarraron como pudieron al hielo salvo Tsuneo que, mucho más rápido que el resto, había clavado sus garras en el suelo.

El atronador sonido del hielo resquebrajándose los golpeó con una fuerza atroz y Tristán palideció.

—¡Raika!

El Vanhir saltó hacia el interior del glaciar ignorando la altura, la escalera, el hielo o la maldita gravedad que lo golpeó contra el suelo. Corrió hacia el túnel de salida del altar y se asomó temblando de miedo ante la idea de perder a la loba. Sonthorn lo siguió al instante e iluminó el camino con la magia humana. Observó la sala y descubrió que enormes grietas recorrían las paredes ahora. Se acercó a una de ellas y pudo meter el brazo hasta el codo en su interior. Sacudió la cabeza antes de volver a centrarse en Tristán. El pelirrojo se acercaba a él con una expresión de alivio incalculable en el rostro.

—¿Está bien?

—Sí, el túnel ha aguantado, pero más le vale correr más que en toda su vida.

—Lo siento.

—Saldrá de esta, solo tenemos que esperar. —Tristán observó la grieta tras Sonthorn y silbó impresionado—. Esto es malo.

—Ya, algo así pensaba.

—¡Salid de ahí, imbéciles! —gritó Ónice desde el exterior.

—Tan sutil como siempre —rio Tristán. Ahora que su miedo había huido quedaba sitio de sobra para la ironía.

—No te quejes que al menos nos quiere vivos a los dos.

—Por ahora —respondió mirando al guerrero a los ojos y esta vez no apartó la mirada. El guerrero lo miró con dureza, pero no se amedrentó. Tenía la verdad y con ella nada se puede temer—. Confío en ella y le entregaría mi vida, pero a ella y no a lo que sea que la ha poseído. ¿Qué? ¿Crees que no vi su cara? No era ella y espero que tú también lo vieses.

—El mundo de los enanos trajo muchos peligros. Habíamos subestimado a Ágata.

—No es buena idea subestimar a una diosa, ¿no crees? Está cerca, estoy seguro, por eso Ónice se siente tan afectada. Pero Calandra también está aquí, por eso yo la vi y ella te da su fuerza. No es una casualidad.

—No creo que nada lo sea ya —confesó el guerrero. Tristán miró hacia el pasadizo que se alejaba de la sala—. ¿Raika está bien?

Tristán dio un paso hacia el pasadizo y se detuvo mordiéndose los labios.

—Herida, dice que nada grave. Tardará más en regresar de lo que pensaba.

—Lástima. Puedo ir a buscarla si quieres.

Tristán lo rechazó.

—Los túneles son más pequeños que nosotros. Además sería una deshonra para ella. Si se entera de que me quedo aquí mirando como un idiota hacia el túnel sin hacer nada, cualquiera la aguanta luego —bromeó con la mandíbula apretada.

—Estoy seguro de que regresará sana y salva. Siempre puede aprovechar a beber la Esencia Dorada —bromeó el guerrero tratando de animarle. Tristán sonrió con dolor.

—No lo hará ahora que sabe qué es. Solo nos queda esperar y hacer algo útil.

—Como salir de aquí antes de que Ónice se enfade de verdad.

—Por ejemplo.

Ascendieron de nuevo y observaron el norte preocupados.

—No ha cambiado nada. Ni una sola luz. Nada. Me gustaría ir volando a ver qué ocurre, pero… le queda poco a la noche —dijo la drugana obviando su último vuelo y sus desastrosas consecuencias.

—Quiero ir a ver la guarida de Byford antes de ir al norte. Debemos saber todo lo que sabía él antes de emprender un camino que no sé a dónde conducirá —dijo Sonthorn señalando a Ónice y a Tristán—. Partiremos al alba los tres.

—Habíamos planeado que viniera Huz. Si lo hiciera Éwoly me daría igual, pero todos sabemos que el elfo está ocupado con…

—¿Por qué? —preguntó la drugana.

—Vaya memoria tienes. Porque hay que escalar como media montaña. Si fuera de noche podríais llevarme, pero de día… la escalada será dura. Sin una escalera adecuada lo único que encontraremos es roca, nieve, hielo y… y… —Tristán abrió los ojos de par en par—. ¡Dadme el medallón!

—Lo guardó Pimape —dijo Hisao—. ¿Qué ocurre?

—Ahora os lo digo.

Tristán comenzó a correr sobre la madera creada por la magia élfica. Esta se había vuelto irregular y en muchos lugares se había roto debido al brusco movimiento del glaciar, lo que le hizo tropezar en varias ocasiones. Tras una mirada de desconcierto el resto emprendió la carrera tras él. No tardaron en llegar junto a Pimape que los miró a todos tan sorprendidos como ella.

—¿Noticias buenas o malas? —preguntó a Tristán que miraba en todas direcciones en busca del artilugio de metal.

—El medallón, ¿dónde está?

—¿El medallón? Lo tiene Ruby. ¿Qué ocurre?

—Cuando lo sepa te lo cuento. ¡Ruby! ¡Ruby! —gritó a uno y otro lados esperando que la Uldenhar le escuchara. Si tenía que reconocerla por él mismo jamás la encontraría—. ¡Tsuneo, ayúdame!

—Ve a buscarla —ordenó Hisao y el luchador se dirigió directamente a donde se encontraba. Salió a la intemperie de nuevo

donde se cruzó con Copi que regresaba alertado por los gritos. Buscó a Raika con la mirada.

—Está regresando, no tardará —mintió al león.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Pimape más nerviosa. Miró al guerrero inquisitiva.

—Ni idea. Hablábamos de subir mañana a la guarida de Byford y ha echado a correr.

—Veréis, cuando ascendí nos detuvimos en una pequeña plataforma a descansar, Valeria, Líner y yo. Raika estaba como siempre vagueando por el suelo. —Miró al león—. No le digas que he dicho eso… bah, sabe que diría algo peor con ella delante. Pues en ese lugar encontré un enorme grabado de metal dorado de más de dos metros de diámetro y hermoso como nunca había visto… hasta ahora. —Ruby llegó corriendo con Tsuneo y, si bien su complexión era muy diferente, sin estar uno al lado del otro no podría distinguirlos. La mujer le tendió el objeto y él lo observó con nuevos ojos comparándolo con el recuerdo de su viaje—. Era el grabado de una increíble ciudad, tan majestuosa que su simple visión es capaz de derretir el alma…

—Será solo la imagen de una ciudad, ¿acaso te vas a enamorar de ella? —se burló Ónice.

—Mañana pensarás diferente, te lo aseguro. —La mirada de furia de la drugana atravesó al pelirrojo lo que solo hizo que confirmara su teoría. Señaló a Ónice con calma, no era necesario alterarla más—. Ella es la garra, el corazón, la supervivencia y, reconozcámoslo, el odio en los druganos.

—Gracias —dijo sonriente la drugana conforme con su descripción.

—Y él es el valor, el sacrificio, el estoicismo, el honor en los druganos. —Sonthorn asintió ante sus palabras—. Pero hay un grupo de ellos que es capaz de ser mucho más heroico que Sonthorn y mucho más despiadado que Ónice.

—Los neutrales —se adelantó Pimape—. Pero son unos cobardes —dijo con desprecio.

—Lo eran —apuntó Tristán—. Recuerda lo que te conté de su mundo y de Egon y su situación. Ónice lo confirmó de nuevo antes, al fin y al cabo eran sus palabras. Los neutrales son capaces de lo mejor y de lo peor y no creo que sepamos todo lo que ocurrió durante su viaje. Ónice solo reprodujo las palabras que Neyvel quiso entregarle, que seguro que solo es una parte de lo que Valeria le contó a él y tampoco creo que se lo contase todo. Debemos suponer que hay mucho más detrás de todo esto de lo que sabemos.

—Lo de que son macabros lo confirmo —dijo Hisao recordando las atrocidades contra su pueblo, no mayores que las cometidas por Raika, pero ella tenía una razón, ¿no?

—Y héroes también —recordó Tristán.

—Me cuesta ver a un héroe arrepintiéndose de dejar con vida a un drugano blanco —dijo Ónice—. Merecen morir.

Sonthorn puso los ojos en blanco y le pidió calma a la drugana.

—Los elfos tenían sus problemas, los neutrales de Egon también, los enanos no estaban mejor y los Calán parecen sufrir en su mundo aún siendo tan poderosos como decís. ¿Creéis que podéis determinar con tan poca información que ellos son el enemigo sin lugar a dudas?

—Sí —dijeron al unísono la drugana y Tsuneo.

—No hay un mal absoluto ni un bien perfecto, recordadlo. Esos neutrales son poderosos, tanto como para querer enfrentarse a mí sin miedo y, sobre todo, creyendo que ganarían. Pero lo que más me preocupa no es eso, sino que haya otros druganos blancos allí y que además sean considerados peligrosos.

—¿Estás pensando en Kem? —preguntó Pimape—. Logró hacerse pasar por uno de vosotros, así es como acabaron con… bueno, varios de tus congéneres.

La anterior líder de los Vanhir pronunció las palabras con cuidado. La estrategia de Kem había provocado la muerte de Suren y el destino de Marit. ¿Serviría aquella estrategia para engañar a los neutrales también?

—No, no creo que sea él. Él está en muy al sur. Sin embargo, tal vez otro haya logrado lo mismo que él. No podemos descartarlo en absoluto.

—Kem no compartió las runas con nadie jamás —le recordó la drugana.

—Con los humanos sí y mira de lo que son capaces ahora. Uno de ellos pudo aprenderlo e incluso uno de ellos puede haberse hecho pasar por mí. No sé de lo que son capaces las runas negras, pero si pueden transformarte en un dragón, estoy seguro de que pueden cambiar los ojos de cualquiera. Pero no, tampoco estoy pensando en ellos. —El rostro del guerrero se ensombreció—. ¿Quién es el más poderoso y que no ha dado la cara aún?

Todos guardaron silencio mientras meditaban las opciones. La más obvia era Kelldom, pero ya sabían dónde se encontraba y qué cuerpo habitaba. Él había aparecido, por no decir que nunca se había ido. Ónice abrió los ojos de par en par y palideció cuando descubrió la respuesta correcta. Una sensación de miedo visceral le hizo temblar.

—¡Rénal! —exclamó y un escalofrío recorrió su cuerpo en el mismo instante en que volvía a su memoria. El recuerdo del engendro aquel transformando a Nefrén le heló la sangre por completo. Ni todos los glaciares del mundo habrían logrado hacerlo, ni siquiera Ágata le producía aquella sensación—. Por los Dioses desaparecidos, no me digas que estás pensando en él.

—Por desgracia. No me encaja ninguna otra explicación.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿Qué tienen esos neutrales que le pueda interesar?

El guerrero guardó silencio incapaz de responder. Ni siquiera sabía si sería él, imaginar sus intenciones se le antojaba algo imposible.

—Los artefactos —dijo Tristán tras meditar unos instantes—. Tienen los artefactos que les dio la diosa. Vamos, tú nos lo contaste. Valeria está buscando esos mismos artefactos que Ámber se llevó para proteger a su pueblo. Algo de una misión, decían.

Sonthorn miró a Hisao que asintió señalando al cielo. Puso los ojos en blanco exasperado.

—Es el camino de la diosa, ya lo sé. No hace falta que lo digas de nuevo —masculló el drugano—. Eso encaja con que Valeria vendrá de una forma u otra. —Miró a la drugana mientras intercambiaban pensamientos privados. La mayoría de ellos consistían una amenaza desde un lado y una excusa desde el otro. Ónice empujó al guerrero y se fue a buscar las sombras, al menos ellas le hacían caso, se podría decir incluso que eran menos cabezotas que él—. Explorar un mundo en el que soy el enemigo es peligroso, pero si los neutrales del reino de Egon se van a unir a nosotros como dijo Valeria, estos puede que nos sigan si logramos desenmascarar a Rénal. Además, es lo mejor que tenemos hasta que regrese la Reina de Hielo.

Un nuevo estallido atronador los hizo zarandear a todos.

—¡Sujetaos a algo! —gritó Pimape.

—¿A qué? ¡Solo hay hielo y nieve! —preguntó Tristán irónico sin perder la oportunidad.

—¡A nosotros! —gritó Tsuneo clavando las garras profundamente en el suelo.

—¡Raika! —gritó Tristán tratando de salir a buscarla, pero se vio zarandeado y cayó al suelo.

Éwoly y Huz se agarraron los primeros a Tsuneo y a Ruby y comenzaron a pronunciar su magia tratando de reforzar la estructura

de madera para que soportase el intenso terremoto. Sonthorn salió corriendo y se transformó mientras saltaba al aire y ascendía hasta elevarse por encima del glaciar. Tal como suponía, una nueva oleada de luz iluminó el cielo en la distancia y pudo escuchar cómo el hielo se resquebrajaba de nuevo. Incontables grietas se dibujaron en la superficie y el glaciar pareció arrugarse parcialmente. Sin embargo, lo único en que podía pensar era en los seres atrapados en el hielo e ignoró a los causantes del daño. Eso tendría que esperar.

Amplió su ser y buscó a la loba en el mar de hielo bajo él. No le costó distinguir el ardiente punto rojo. Se impulsó con las todas sus fuerzas y voló hacia ella. Había varias millas de hielo entre ellos que aprovechó para revisarlo bajo el brillo de sus alas. Se vio reflejado en el hielo y fue consciente de la diferencia de forma y actitud que mostraba su cuerpo y, sobre todo, sus alas. Vio sobre su reflejo el de la luna, su supuesta diosa que le daba fuerzas en la juventud y ahora solo le ponía pruebas delante de su paso y suspiró. Apartó la idea de su mente y volvió a buscar a la loba. Seguía viva a pocos cientos de metros más adelante y, por desgracia, varias docenas dentro del hielo.

Sus runas blancas no servirían para nada sin Ónice. La buscó en su mente y la descubrió en el mismo lugar que la había dejado.

"No me atrevo a transformarme aún —respondió la drugana como si aquellas palabras fueran suficientes—. *No voy a arriesgarlo todo por una loba irreverente".*

Pero él sí. Raika era parte de su equipo. Ella había sido la que los había salvado cuando solo quería morir contra el ejército de Ashgar. No la dejaría caer allí abajo. Aterrizó encima de donde se encontraba parada y supo que algo iba mal si se había detenido. La observó moverse nerviosamente a un lado y a otro en un espacio no mayor de un metro.

"Debe de estar encerrada".

Apoyó la mano en el hielo, que era tan duro o más que el de al lado del campamento. Miró en todas direcciones y no encontró

ninguna grieta por la que colarse. Tendría que hacerlo por las malas. Golpeó sus manos y los guanteletes de Calandra volvieron a brillar en ellas. Golpeó el suelo a continuación sin lograr nada más que quebrar la parte superior del mismo. Aquella no sería la forma de hacerlo, pero tampoco quería transformarse. La criatura dorada tal vez fuera muy fuerte, pero le era ajena. Poco a poco la dominaba, o más bien la controlaba, pero sabía perfectamente que no era él mismo y lo detestaba. Si algo amaba en la vida era estar de acuerdo consigo mismo. Él era un drugano blanco, uno al que le creían alas doradas, sí, pero uno blanco.

Entonces cayó en la cuenta de qué diferenciaba su último cambio de los anteriores en los que se sentía furioso y sin paciencia ninguna. Esta vez se había transformado desde su auténtica forma y no desde su cuerpo humano. Cuando cambió contra Neroc lo hizo directamente igual que durante la liberación de Hisao. Esta vez había sido distinto y se sintió diferente al hacerlo. Necesitaba probar la idea, aunque, por otro lado, tampoco tenía ninguna otra.

Apretó los puños y la mandíbula. Donde siempre pensaba en el amor como le había dicho al gobernador del pueblo de Tares, esta vez fue la frustración y el deseo de supervivencia al verse atacado lo que cambiaron su cuerpo. Sus alas cambiaron de color mientras dos nuevas emergieron bajo las primeras. Miró su reflejo en el hielo y esta vez sí se sintió el mismo. Tal vez sintiera rabia, que lo hacía; tal vez estuviera frustrado, que lo estaba, pero era él mismo y eso era lo importante. Dibujó la runa de fuego ante él dándole al menos dos metros de diámetro. Si tenía que sacar a un animal tan grande como Raika, necesitaba espacio. La empujó hacia abajo con una facilidad pasmosa, tanto que se vio obligado a frenarla, si no quería herir a la loba.

Miró hacia el agujero creado ante él que reflejaba la ardiente runa y se concentró en lo que tenía bajo él. En cuanto descubrió un aullante punto rojo bajo ella cortó la energía de la runa y esta se apagó. Saltó al interior del pozo y solo cuando impactó contra el hielo al lado de la loba se dio cuenta de la locura que había hecho.

Raika lo miraba con una ceja levantada y no hizo falta que Tristán le tradujera la pregunta de ¿cómo demonios piensas salir de aquí por ese pasadizo?

Pero la loba estaba más contenta de verlo que irónica y lamió el rostro de Sonthorn. Este trató de apartarla y sintió su mano caliente y húmeda. Movió a la loba y descubrió un feo corte en el cuello que sangraba con cada movimiento.

—Oh, Raika, lo siento —murmuró—. Te sacaré de aquí, solo hay que abrir un poco más de espacio. —La loba volvió a su actitud irónica—. No me mires así, solo es un poco más.

Volvió a dibujar la runa sobre su cabeza y la amplió hasta los cinco metros. Proyectó el símbolo hacia el cielo y sintió cómo consumía su energía de forma mucho más notable. Apretó los dientes y cumplió su tarea, pero para sorpresa de ambos, el cuerpo de un Uldenhar impactó a su lado. Este se movió torpemente, seguía vivo a pesar de la caída. Ahora debía sacarlos de allí a los dos y necesitaba las dos manos para sujetar a la loba. Suspiró ante lo que iba a hacer.

—Espero que Hisao me perdone.

Agarró a la pringosa criatura dorada y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el cielo. No obstante no fue lo bastante hábil y la criatura rebotó contra el hielo antes de caer de nuevo al suelo. Lo agarró en el último momento antes de que se estrellara y se concentró de nuevo. Retiró la resbalosa Esencia Dorada que lo cubría y lanzó con mucha más precisión y fuerza a la criatura, que se perdió en la superficie del glaciar.

—Ahora tú.

La loba lo miró amenazante. Cuando sus ojos se volvieron hacia la abertura valorando la posibilidad, Sonthorn aprovechó para restregar la mano llena de la gelatina que había quitado al Uldenhar sobre la herida del cuello de la loba. Esta aulló tanto de dolor como de asco al sentir el moco dorado sobre ella. Trató de liberarse de las

manos del guerrero, que no se inmutó siquiera. Solo cuando completó su tarea la dejó libre.

—¡No! —le gritó el guerrero cuando la vio tratar de limpiarse la cura con la pared de hielo—. ¡Déjalo actuar!

Pero la loba no respondía a razones y el guerrero no tenía ninguna paciencia a aquellas alturas. Agarró de lado el tórax de la loba y saltó hacia el cielo agitando con fuerza las cuatro alas y tuvo que reconocer que le fue mucho más sencillo de lo que pensaba a pesar del peso de la loba. Tristán la había encogido para que pasara por los pasadizos de los Uldenhar, pero seguía llegando a su estómago y pesaba en proporción.

Aterrizó sobre el hielo y buscó al Uldenhar que había lanzado, pero no fue necesario. Este llegó corriendo en cuanto la luz de Calandra que proyectaban sus alas lo iluminó. La loba se contorsionó tratando de liberarse y el guerrero la ignoró por completo. Agarró uno de los brazos del Uldenhar con fuerza y saltó de nuevo hacia el cielo.

—Te llevo junto a Hisao, no te preocupes —le dijo cuando el desconcierto ganó al anhelo por Calandra. La criatura asintió y se dejó llevar, no como la loba que seguía agitándose asqueada—. Como te caigas se lo explicas tú a Tristán.

La loba aulló y suspiró frustrada mientras los impulsos de las alas del guerrero la mecían sobre el viento. Al menos podía saber por una vez lo que era volar y podía restregárselo a Tristán durante meses. Al menos ella había ido firmemente sujeta al pecho del drugano y no colgando como él cuando Ónice lo rescató de los mangos negros. Algo bueno tendría que tener su periplo. Además y muy a su pesar, se encontraba mejor ahora que había dejado de sangrar.

Cuando logró estabilizar lo bastante el vuelo como para buscar a la drugana le contó lo ocurrido y pudo sentir su alivio por él, la loba le era irrelevante por completo, no digamos ya el Uldenhar que para ella no era más que un engendro. El guerrero pasó volando

sobre el acceso al altar y vio al grupo repartido por el lugar. Tristán miraba hacia él y solo cuando descubrió a la loba pareció volver a respirar.

"La llevo al campamento, estaba herida".

La drugana emprendió el camino junto al resto, Tristán el primero por supuesto. Sonthorn los perdió de vista cuando descendió buscando el lugar que Pimape ocupaba antes de ir a rescatar a la loba. No le costó encontrarla; era tan fácil como buscar al león de dos metros que vigilaba su puerta. Copi rugió llamando la atención de medio campamento y Pimape salió a la puerta. Éwoly e Hisao estaban con ella.

—¡La has encontrado! —exclamó al verlo llegar con la loba en brazos. Copi se acercó a olerla y le dio un cariñoso lametón en el rostro. Volvió a rugir para todos y este fue un rugido de victoria y, sobre todo, de alivio.

—Está herida. Tiene un corte feo en el cuello, debió de caerle un buen pedazo de hielo afilado. La he curado con lo que quiera que desprendan los Uldenhar durante su sueño —dijo dejando la loba ante Pimape y el Uldenhar ante Hisao. Tsuneo se adelantó a él protector, no estaba dispuesto a que una memoria corrompida por un brusco despertar hiriese a su líder.

—La curaremos enseguida. Copi, comida para ella, rápido.

El león salió corriendo a cumplir con su tarea y Pimape comenzó a trazar la runa de curación sobre la loba que sintió alivio al instante. Cuando la herida estuvo cerrada casi por completo, anuló la runa. Tenía la frente empapada en sudor a pesar del frío del exterior. Sacudió la cabeza apartando el sopor del cansancio y trazó una nueva runa. La loba encogió de tamaño hasta no ser más grande que un perro mediano.

—¿Estás bien? —preguntó Sonthorn, preocupado por ella.

—Llévala dentro.

El guerrero la cogió de nuevo y la llevó al interior de la estancia donde el fuego hacía su trabajo. La depositó en una cama creada en aquel momento por el elfo bien cerca de las llamas.

—Un poco de comida y estará bien —dijo Pimape.

—Y tú —apuntó el elfo y la antigua líder de los Vanhir asintió cansada.

—¿Cómo está el hielo allí delante? —preguntó Hisao aprovechando que todo había salido bien.

—Quebradizo, pero sigue entero.

—¿Viste a quién ha causado el terremoto? —preguntó Éwoly. El recuerdo del terremoto provocado al alzarse el golem de Jayone le golpeó con dureza. Su hogar estaba realmente lejos de allí.

—No, estaban más lejos aún. Pero no tardaré en encontrarlos.

—Pues deberá ser pronto, porque el glaciar no aguantará muchas más explosiones —apuntó Hisao.

Sonthorn iba a responder cuando Tristán se adentró corriendo en la estancia como un huracán. El hielo y los terremotos perdieron sentido para él cuando vio llorar a su amigo por la loba. Se arrodilló a su lado y se comenzó a dibujar la runa de curación apartando el recuerdo de la última vez que había tratado de curar a una amiga terriblemente herida.

CAPÍTULO 18

UNA IMAGEN FALSA

Sonthorn se acercó a Tristán y puso una mano en su hombro. Lo apretó en un gesto de comprensión.

—Está bien. Por la mañana estará deseando volver a la acción —auguró el guerrero.

Tristán no respondió y acarició a la loba que abrió los ojos con pereza. Contempló al pelirrojo y se relajó ahora que estaba en buenas manos. Además, así tenía una excusa para reclamar toda su atención para ella. Sonthorn palmeó su hombro aceptando su silencio y se alejó de él. En la puerta había una retahíla de Vanhir cargando con comida tanto humana como para la loba, sobre todo para la loba. Copi supervisaba desde el exterior y, por una vez en su vida, no trató de comerse él todas las bandejas. Para sorpresa del guerrero, cada vez llegaban más y más animales situándose alrededor primero del león y, cuando ya no quedó espacio, rodeando la pequeña estructura. Sus rostros mostraban preocupación y respeto.

—¿Se puede saber qué hacen todos estos bichos en la puerta? —preguntó la drugana cuando tuvo que apartar a varios de ellos para acceder al interior. Más de uno la miró amenazante, pero ella no se dignó en matizar sus palabras.

—Velan a su líder herida —dijo Pimape cuando entró—. Es su manera de mostrarle el camino a su hogar.

—Su hogar fue quemado, Pi —dijo Éwoly.

—No. Su hogar es su familia. El Valle de Valán era solo un lugar, nada más. A mí también me ha costado comprenderlo, te lo prometo. No fue hasta que salimos del valle que comprendí que el valle era lo que menos importaba.

—Ahí le doy la razón —dijo Ónice, pero para ella era muy fácil, su raza siempre había sido nómada, al menos desde los tiempos en los que las alas desgarraron sus espaldas por primera vez. Miró a la loba con una pizca de interés—. ¿Está bien?

El guerrero se sintió orgulloso cuando detectó un ligero aunque genuino tono de preocupación en su voz.

—Se recuperará —respondió Pimape.

—Es fuerte, lo superará. —La drugana apartó la mirada de ella y se centró en el siguiente punto del viaje. El mundo era para los vivos y, en este caso, para los que no estaban heridos—. ¿Qué has descubierto?

—Nada en absoluto, estaban aún más lejos y no vi a nadie.

—Pues como sigan van a acabar rompiendo el glaciar. Debemos detenerlos.

—¿Cómo pueden estar rompiendo el hielo si solo la Reina de Hielo o la magia de Calandra pueden? —preguntó Huz con inteligencia. Ónice lo miró con una ceja levantada, no esperaba su pregunta—. ¿Qué ocurre?

—Nada, que no esperaba algo inteligente de ti.

—Habrás querido decir que no esperabas algo *tan* inteligente de mí.

—Sé muy bien lo que he dicho.

—No lo sé —dijo Sonthorn cortando una conversación que no iría a ningún lado—. Tampoco sé cómo pudo manifestarse en ese plano. Hasta ahora solo habían hecho… bueno, las diosas.

—Valeria dijo que los neutrales tienen cada uno una habilidad única y especial —aseguró Tristán sin dejar de acariciar a la loba. Se había sentado en su cama y ahora tenía su cabeza sobre las rodillas.

—¿Una habilidad capaz de destruir la magia de una diosa? —preguntó Ónice tratando de recordar todo lo que Neyvel le había contado sobre el mundo de los neutrales. Recordó torpemente la batalla del Martillo y como una de las druganas se había sacrificado despejando las sombras de todos los corazones en un último gesto de grandeza—. No lo sé, la verdad.

—Debemos temernos lo peor y eso implica que tenemos poco tiempo. Si logran debilitar tanto el hielo como para que se rompa, acabarán con todos los Uldenhar y con los enanos que están ascendiendo —dijo Sonthorn.

—Vamos a por ellos, entonces —dijo Ónice directamente. Era lo más rápido y lo más útil con diferencia.

—Sigo queriendo ir a la guarida de Byford. Él tenía algo que ver con los neutrales, por algo tenía este medio medallón. Debemos averiguar por qué…

Tristán dibujó la runa de unión sobre sí mismo y la dejó caer sobre él y la loba. Al instante su mundo cambió y se transformó en un bosque oscuro y espeso en el que él se encontró enredado entre las ramas de los árboles. Estas impedían casi el paso en cualquier dirección. El suelo, resbaladizo y empinado, lo instaba a descender. Miró en esa dirección y descubrió que el bosque abría su camino mientras se cerraba sobre él.

Pero si de algo sabía Tristán era de bosques. Había pasado demasiadas guardias entre los que rodeaban el Valle de Valán y sabía que los árboles eran menos numerosos en las alturas. Se giró

hacia arriba y comenzó a ascender usando las ramas como cuerdas de las que tirar.

—¡Raika! —gritó tratando de que le respondiera sin resultado alguno. Pero no podía estar lejos y ella no se escondería de él—. ¡Raika!

Siguió ascendiendo hasta que una pequeña abertura en el suelo le llamó la atención. Mediría poco más de medio metro de diámetro, lo bastante como para que una cachorra de loba herida la atravesara. Tristán comprendió lo que estaba pasando. La loba había vuelto a aquella primera guarida con sus padres de la que había emergido para conocerlo a él.

Se agachó y trató de introducirse en ella sin resultado. Sus hombros eran demasiado anchos para acceder. Pero no se dio por vendido, no la iba a dejar sola. Comenzó a arañar la tierra y con sus manos desnudas y, tras largos minutos de excavación, logró atravesar la entrada de la cueva. Avanzó hasta una pequeña ampliación completamente a oscuras, por lo que dibujó una runa de calor que iluminase y calentase el lugar. No se había dado cuenta del frío que hacía fuera hasta que estuvo dentro de la madriguera. Esta tenía una temperatura adecuada para albergar a unos cachorros tan pequeños como lo era Raika. En cuanto la luz llenó el lugar, una docena de pequeños ojos rojos le devolvió el fulgor. Su pelaje era igual de rojo y solo sus dientes blancos se diferenciaban contra la luz.

Sonrió al darse cuenta de que eran cachorros de lobo rojo, tan jóvenes como la misma Raika el día que la había conocido tanto tiempo atrás. Adelantó la mano hacia ellos tratando de ganarse su cariño y solo recibió gruñidos. Los cachorros salieron corriendo hacia la entrada de la cueva donde se perdieron para siempre. Por suerte no había reconocido a Raika entre ellos y siguió buscándola. Avanzó de rodillas desplazando la runa en todas direcciones buscando el corredor adecuado.

—Raika, Raika —murmuró tratando de llamar su atención. Guardó silencio y escuchó aliviado un lastimero gemido procedente de la oscuridad a su derecha. Avanzó y descubrió a la Raika adulta y humana tumbada en un hueco en la tierra un poco más amplio de el que recorría Tristán. Se acercó a ella buscando cualquier daño que, por suerte, no encontró. La mujer estaba tumbada en posición fetal contra la pared abrazándose las piernas—. Al fin te encuentro, ¿estás bien?

Raika abrió sus ojos parcialmente y Tristán pudo encontrar la chispa de vida roja que nutría a la loba. Sus hombros dejaron de cargar el peso del miedo.

—Creía que no saldría del hielo —confesó con dolor. Temblaba visiblemente. Tristán llegó hasta ella y la abrazó como pudo, no era fácil abrazar a alguien en aquella postura. Raika agradeció el gesto.

—Yo creí que te perdía… no sabía qué… estaba desesperado y…

—Sonthorn me salvó.

—Tú le salvaste una vez —le recordó—. Tal vez estéis en paz.

Raika asintió.

—Cada paso puede ser el último —dijo con dolor la loba. Tristán solo pudo asentir.

—Es el camino que hemos elegido, ¿no?

Raika guardó silencio.

—Nunca me has preguntado por qué decidí unirme a los Vanhir, por qué me uní a ti —dijo Raika con cansancio.

—Porque soy irresistible.

—Sí, pero no. Fue por esto.

—¿El qué?

—Por esta imagen. Te vi a ti entrando a cuidarme a mi propia guardia cuando el resto de mi familia huyó dejándome sola. —Las

lágrimas bañaron el rostro de la mujer loba. Tristán se tumbó a su lado y la abrazó mejor con el corazón en un puño—. Tú me encontrarías a pesar de todo, tú me protegerías de todo y de todos.

—Eres tú quien me protege a mí.

—No siempre se protege con los dientes —dijo Raika acurrucándose contra el pelirrojo—. Te vi entrando por ese pasadizo tal y como acabas de hacer ahora.

—¿Viste el futuro?

—No, solo soñé de lo que serías capaz y tú estás haciendo mis sueños realidad.

—Entonces hay que añadirlo a mi nombre. Tristán, Salvador del Mundo, Líder de los Vanhir, Protector de los Calán, Heredero de los Grandes Señores y Cumplidor de Sueños de Lobeznas. —Raika le dio un codazo sin demasiado interés—. Pero, ¿sabes cuál es la que más me gusta?

—La de Salvador del Mundo.

—No, para nada. El mundo se puede ir a la porra si no estás tú en él —dijo con sinceridad.

—Tú y yo sabemos que no lo dices de verdad.

Tristán no respondió, pero una conversación con Irena llegó a su cabeza.

—No te defraudaré —murmuró a la luna en el firmamento. Y el tiempo se detuvo. Las bocas dejaron de moverse, las llamas de danzar y el mundo de girar ante él. Un escalofrío recorrió su espada al sentir el auténtico poder de su diosa.

"Sí que lo harás, pero eso también será parte de tu camino — escuchó dentro de su cabeza. Era una voz fuerte y poderosa, recia y decidida que, aun así, mantenía la dulzura y la bondad. Era una voz mágica y sobrecogedora que escondía entre sus palabras la sabiduría que solo la eternidad es capaz de otorgar".

"Si ese es tu sendero lo recorreré sin dudar, Irena —se atrevió a identificar a la voz".

"Hacía mucho que no escuchaba ese nombre. Gracias por recordármelo. —Tristán sintió su dolor al escuchar su nombre, un pesar que solo el paso del tiempo provoca en las heridas que no han terminado de cerrarse—. Es el camino que el mundo necesita —continuó la voz femenina—, pero no el que tú anhelas, hijo mío".

—¿Sabes que eran neutrales? —le contó a la mujer loba para cambiar de tema. Además, seguro que le sería interesante—. Cuando Líner te venga a presumir de conocer a los neutrales podrás replicarle.

—Solo quiero abrazarlas a las dos. Las echo de menos.

—Y yo —respondió Tristán acariciando su cabeza con cariño. Apretó las mandíbulas y contuvo una lágrima irrespetuosa—. Pero cada vez falta menos para verlas. Que sean neutrales confirma que estamos en el camino correcto. Valeria y Líner deben estar yendo hacia allí, tal vez incluso estén allí ya esperándonos y quejándose de que hayamos tardado tanto.

—Ojalá sea verdad. —La voz de la loba se mostraba terriblemente cansada. Se dejó caer laxa sobre el brazo de Tristán. Allí dentro se sentía a salvo, se sentía viva, se sentía completa, se sentía feliz—. Quiero cruzar esa puerta.

Tristán frunció el ceño.

—¿Cómo has dicho? —Pero la mujer loba descansaba ya sobre su regazo mientras él ladeaba la cabeza en un gesto de concentración. Una idea había pasado delante de sus ojos sin casi tiempo a recogerla. Por fortuna, Raika era mucho más lista que él, aunque jamás lo reconocería—. Otro de tus sueños de futuro, ¿a qué sí?

El pelirrojo apartó a la loba de su corazón y volvió a la realidad donde Sonthorn estaba a punto de continuar su frase.

—*Liberad a los Uldenhar, encontrad la siguiente llave y abrid la puerta dorada* —dijo Tristán casi en un murmullo deteniendo cualquier otra idea en el aire—. Fueron las palabras de Calandra. ¿Aún creéis que es una coincidencia? Nunca lo ha sido. ¿Sabéis qué es lo que creo? Que esto es la llave que buscamos o, al menos, la mitad. Solo nos queda encontrar la puerta de los neutrales y, o bien la tienen estos neutrales o Valeria sabe dónde está y nos traerá esa información pronto.

El grupo guardó silencio meditando sus palabras. Él siguió acariciando la cabeza de la loba en su regazo.

"¿Qué opinas? —le preguntó el guerrero a la drugana".

"Que no es lo más raro que nos hayamos enfrentado. El gigante tenía la mitad de algo y es posible que con ese algo protegiese los animales del norte como afirmaba".

"¿Los protegía de los neutrales?".

"No se me ocurre nada mejor".

El guerrero asintió, cada vez tenía más sentido el puzle de su cabeza.

—Más razón para buscar en su guarida, tal vez el otro pedazo esté allí.

—O la puerta —dijo Huz, esperanzado—. O las dos y así ya podremos volver al sur. Al cálido sur, me refiero.

—¿Tsuneo? —preguntó Sonthorn—. ¿Qué opinas?

—Que hay que darse prisa y esto es lo mejor que tenemos. Mientras averiguáis qué ocurre nosotros trataremos de rescatar a todos los hermanos que podamos.

—Es muy arriesgado, si hay más terremotos…

—Moriremos, cierto. Pero ¿acaso importa morir mañana? Si no estamos todos para luchar el mundo zozobrará igual. Caeremos antes o después, pero mientras estemos vivos trataremos de

conseguirlo. Los Uldenhar no se quedarán parados esperando que otros solucionen su destino. Nosotros somos el cambio, somos... —Hisao se detuvo y abrió los ojos de par en par. Comenzó a temblar de forma incontrolada y cayó al suelo. Tsuneo corrió a recogerlo—. Estoy bien, estoy bien…

—¿Necesitas algo? ¿Qué podemos hacer por ti? —preguntó Pimape preocupada y sin saber cómo ayudar a una de aquellas criaturas si se ponía enferma.

—No, no es eso. —Se humedeció los labios y miró a los Uldenhar del lugar—. Es que… he recordado… todo. Sé cómo podemos acabar con los Tharbrins. —Miró a sus congéneres con determinación—. Podemos acabar con las criaturas que han destruido nuestro mundo.

—Sois una raza poderosa y admirable. Jamás habéis olvidado vuestro lugar por mucho que la memoria haya huido de vosotros —dijo Sonthorn. Casi se podía decir que estaba orgulloso de ellos—. Me alegro de que estéis de nuestro lado.

—Los Uldenhar jamás abandonaron a los Calán, pero la Diosa nos entregó otra misión. Solo espero que hayan podido vencer a los Tharbrins sin nosotros.

—¿Cómo es que vosotros podéis vencerlos? —preguntó Ónice.

—Solo el fuego los vuelve tangibles y solo nuestras manos atraviesan sus corazones. Ellos son magia, etérea y sin cuerpo mientras que nosotros somos materia sin magia. Nuestro cuerpo es la llave para su muerte —respondió Hisao.

—¿Cómo? ¿Con qué? —volvió a preguntar la drugana.

—Con el fuego de los dragones. Solo en su mar de llamas se vuelven tangibles. Dentro de su aliento pueden morir. Nuestras cuchillas pueden matarlos, pero solo si nos sumergimos en su calor.

—¿No os calcina el fuego a vosotros? —preguntó Sonthorn.

—No. Nuestra piel nos protege, pero además la magia de los Calán protege a sus amigos, al igual que la tuya —dijo señalándolo —. Por eso yo sigo vivo y por eso mismo sé que tú eres el adecuado, el digno sucesor de Connor si Calandra te ha elegido.

Tristán alzó la cabeza, aquel nombre le sonaba.

—Ese tal Connor… vivió junto a Valeria, ¿verdad? —Hisao asintió.

—No solo junto a Valeria. Juntos lograron acabar con la Guerra de las Esencias y, a partir de ellos, empezó el legado de los Calán. Sin ellos no existiría nuestro mundo. Cuando todo esto acabe recordadme que os cuente su historia. Es apasionante.

Sonthorn le estrechó la mano y aceptó su propuesta.

—Entonces salvemos este mundo y vayamos a recuperar el vuestro —dijo con determinación.

Hisao asintió y aceptó el trato, un trato que los dos sabían que tenían que cumplir aunque no hubiesen decidido ellos mismos hacerlo.

"Quiero ver a esos dragones —reconoció Ónice—. *Dragones de verdad".*

"Te llevaré hasta ellos, te lo prometo".

Ónice se acercó más al guerrero y sus dedos rozaron su mano. Él la agarró y le entregó toda su confianza. Las palabras de la Oscuridad se disiparon ante los ojos de la drugana con solo el roce de su piel. Se estremeció recordando otros roces de piel y le transmitió la idea al guerrero que a punto estuvo de caerse ante las nuevas y sugerentes ideas de cómo montar a la dragona que Ónice le transmitía.

—Al alba partiremos —dijo tras un par de toses involuntarias—. ¿Estará Raika recuperada?

—No, faltan pocas horas —respondió Tristán.

—Dale de beber la Esencia Dorada —dijo Pimape por la fuerza de la costumbre. Después recordó de dónde provenía el líquido y se volvió hacia Hisao—. Perdonad, no pretendía…

—Nuestro cuerpo es capaz de hacer que se recupere antes del alba. No será ninguna molestia. ¿Dónde esta Azekel? Oh, ahí estás. Por favor, recoge un poco de líquido protector del glaciar, por favor.

El Uldenhar asintió y partió de inmediato.

—¡No! No creo que…

—Si quieres seguir la lucha usa todas tus armas y ella —dijo Tsuneo señalando a la loba con una garra— es un arma poderosa. Si no lo haces yo mismo te obligaré, lo que prefieras.

Tristán suspiró.

—Está bien, pero más os vale camuflar su sabor o no nos lo perdonará.

—Eso podemos arreglarlo —dijo Pimape.

—Éwoly y Huz, en nuestra ausencia quiero que preparéis algo con lo que ayudar a sacar a los Uldenhar del hielo. No podemos permitirnos que vengáis, la situación se ha acelerado —explicó el guerrero y, si bien no sabía qué podían hacer, confiaba en ellos. Además, su magia era tan desconocida para él que tal vez tuvieran algún secreto disponible.

—Bueno, con el arco de Jazmín tal vez haya algo que podamos hacer —dijo el elfo mirando a Huz. Este chasqueó la lengua y movió la mano de lado a lado con poca confianza—. Ya lo hemos discutido y parece que habrá que hacerlo de nuevo, pero algo se nos ha ocurrido, mi señor.

—Fantástico. El resto, preparaos para cualquier cosa. No sé si el hielo aguantará, si los enanos llegarán antes de liberarlo o qué pasará. Prepararos para todo. —Todos guardaron silencio por un segundo—. Es el momento de decirnos adiós. Sé que todos cumpliréis con vuestra tarea y que todos estaréis preparados y,

sinceramente, ardo en deseos de saber de lo que sois capaces todos vosotros.

—No te defraudaremos —dijo Pimape.

—Los elfos estarán a la altura.

—Y los medio elfos también.

—Los Uldenhar te sorprenderán en cuanto seamos libres.

El guerrero dio la mano a todos y cada uno de ellos y se despidió. La cita sería al alba en aquel mismo lugar. Necesitaba descansar y sabía que Ónice no le permitiría hacerlo en un buen rato. Era mejor afrontar aquel imprevisto cuanto antes y ambos se dirigieron a su pequeño lugar independiente en el que el fuego ardía con fuerza. Sobre una mesa improvisada había una suculenta comida y ambos recordaron su cabaña de Sonnen en muchos sentidos aquella noche, solo que esta vez Sonthorn no tuvo vergüenza y Ónice no necesitó regresar de su forma de dragón para reencontrarse consigo misma.

Raika y Tristán estaban esperando ya al alba en la intemperie ignorando la nieve que caía sobre ellos y cubría sus cuerpos. En el interior de la estancia de Pimape se observaba la luz del fuego danzante recortado contra sus siluetas. Tras la puerta, Copi observaba a ambos líderes dispuestos a partir hacia una nueva aventura desconocida para ellos. Su expresión era dura, pues entendía perfectamente lo que estaba en juego para todos ellos. Debía de reconocer que le hubiese gustado partir, pero tanto él como el resto de los Vanhir tenían sus propias tareas que cumplir y tampoco serían sencillas.

Cuando Ónice y Sonthorn se presentaron en el lugar Copi llamó a Pimape y se puso en pie para despedir a los que habían sido llamados a salvar el mundo. Merecían al menos aquella deferencia.

—¿Qué tal estás, Raika? —preguntó el guerrero acariciando la cabeza de la loba que volvía a ser tan alta como él. Parecía

completamente recuperada. Revisó su cuello y no descubrió ninguna herida en él.

—Lista para partir. La mágica poción de los elfos la ayudó a recuperarse —respondió Tristán guiñándole un ojo. Por fortuna la loba estaba ocupada devolviéndole el gesto al guerrero. Trató de subirse sobre sus hombros amenazando con aplastarlo—. ¡Raika!

—No, déjala. —Sonthorn soportó el peso de la loba sin esfuerzo, él también había descansado. Una de las flores de Jazmín presidía su cama y su influjo los ayudó a descansar y a olvidar, por un momento, que aquella noche podía ser la última—. Yo también me alegro de verla tan fuerte.

—Raika, basta. Vas a conseguir que Ónice se ponga celosa —dijo Tristán. La loba miró a la drugana con una expresión de "ahora es mío" dibujada en sus ojos.

Ónice ignoró a todos los presentes y se adentró en la vivienda donde Pimape había dispuesto varias mochilas para ellos.

—Hemos preparado lo que creíamos necesario, no sé cuánto tiempo os llevará el viaje.

—Ni nosotros. —Tomó una de las mochilas y carraspeó. Movió la mandíbula y sacudió la cabeza. Volvió a carraspear y a toser torpemente—. Gracias.

Pimape abrió los ojos de par en par, incrédula. Jamás hubiese imaginado que un drugano negro le daría las gracias por algo. Fue incapaz de responder. Todo su mundo se había terminado de derrumbar con aquella simple palabra. Miró a la drugana de arriba abajo y una parte de ella entendió por qué el guerrero había confiado en ella. Si le quedaba alguna duda de que Tristán era el adecuado para guiar a los Vanhir, esta se esfumó con aquellas siete letras.

Copi recogió entre los dientes las otras dos mochilas y las dejó en el exterior ante los dos hombres. Cuando Raika vio al león pareció recuperar la compostura y dejó de intentar subirse sobre

Sonthorn. Se acercó a él e inclinó la cabeza. Copi hizo lo mismo en una muestra de respeto mutuo. Ambos apoyaron sus frentes en el otro. El mando volvía a Pimape y a Copi, al menos mientras estuvieran fuera, que no sabían cuánto tiempo sería.

—Perdonad, es difícil calcular el alba tras siglos en el hielo —se disculpó Hisao. Tras él iba Tsuneo atento a cualquier peligro. Sin duda sería una baza poderosa en su bando y Sonthorn deseó tener mil más como él con los que luchar hombro con hombro.

—No te disculpes, tu tarea es saludar a los recién llegados, no despedirnos a nosotros.

—En mi mundo siempre hay lugar para una nueva muestra de respeto ante los héroes —dijo Hisao e inclinó la cabeza ante los cuatro, Raika incluida, por supuesto.

—Me gustará conocer tu mundo y sus dragones.

—En cuanto pueda te llevaré hasta él. Mientras tanto el destino nos separa. Buen viaje a todos, guerreros. Tenéis mi bendición.

—¿Tu bendición? —preguntó Ónice con una ceja levantada incrédula—. No necesitamos tu permiso.

—Es una forma de hablar. No es permiso, es…

—Déjalo, que saldrás perdiendo. Cuando tiene prisa se pone insoportable —le explicó Tristán—. ¿Nos das tu bendición para partir, Señora de las Sombras y Garras?

La drugana miró al pelirrojo y durante un segundo dudó si matarlo o solo cortarle la lengua. Al final cedió y le dejó vivir, le había gustado su nuevo nombre.

—Te has librado porque me gusta el mote. Vámonos, estoy harta de protocolos interminables.

—Despedidnos de los elfos —dijo el guerrero mientras iniciaban la marcha.

—Por supuesto. Éwoly está… en fin, cansado —aseguró Pimape roja de vergüenza. Ónice la miró con una sonrisa pícara de las que solo Sonthorn reconocía en sus noches más ardientes.

—No rompas al elfo, son muy endebles —le espetó.

Pero Pimape no se iba a quedar sin responder y el espíritu de Tristán pareció apoderarse de ella.

—No son tan blandos como crees…

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Sonthorn preocupado porque Éwoly pudiera estar herido. Tristán y Ónice pusieron los ojos en blanco mientras se alejaban del campamento e ignoraron el resto de sus preguntas. Cientos de ojos los vieron alejarse en busca de la guarida de Byford, que solo el pelirrojo y Raika sabían dónde estaba.

El amanecer fue frío y una niebla espesa se levantó con él casi impidiéndoles la visión. Por suerte, el olfato de la loba era más que suficiente para encontrar el camino adecuado y siguieron sus instrucciones durante toda la mañana hasta que, cerca del mediodía, la montaña en la que Byford había creado su hogar se alzó sobre la bruma.

—Allí es. Un par de horas más y llegaremos —aseguró Tristán.

—Ya, para empezar a escalar —masculló la drugana. Odiaba tanto el frío como los Uldenhar el hielo, si no más. Se arrebujó entre las pieles que confeccionaban su indumentaria. Se sentía torpe con aquellas prendas, pero necesitaba su energía para lo que aconteciera, no podía permitirse gastar su energía solo para ir más… llamativa sobre la nieve. Casi echaba de menos el calor del mundo de los enanos.

—Correcto.

Muchas protestas, quejas e improperios después llegaron a la base de la pared. Tristán les explicó cómo ascender siguiendo los escalones que Byford había creado en la pared.

—Imagino que estarán llenos de nieve, yo iré delante y los descubriré —dijo Tristán dibujando una runa sobre Raika, que encogió hasta el tamaño de un perro pequeño. La miniloba aulló con una voz aguda y desgarrada. Era poco más grande que un gato—. Así irás en mi mochila, ¿o prefieres esperar aquí? —le preguntó Tristán mientras abría la mochila ante ella. Raika suspiró y saltó dentro, no iba a quedarse sola allí abajo de nuevo—. ¡No te lo comas todo!

Cuando Tristán volvió la cabeza Ónice ya había ascendido más de una docena de metros. Se encogió de hombros y la siguió dejando a Sonthorn el último lugar. Muchas docenas de metros después, apareció la repisa en la que había descansado la primera vez y que Valeria ignoró por completo. La drugana la había reconocido y despejaba el mural cuando Tristán llegó hasta ella. El pelirrojo dibujó la runa de calor y la empujó contra el grabado de metal que derritió su capa de hielo y nieve para permitirles observarlo con detenimiento.

—Es… increíble —murmuró Ónice, genuinamente impresionada.

—Te lo dije —respondió sin revancha ninguna. Él también miraba el grabado con la misma muestra de fascinación que ella. Cuando Sonthorn se aupó a la plataforma contempló el objeto, pero él no se sintió impresionado como ellos—. No puedo creerlo.

—He visto cosas mucho más bellas en mi vida —murmuró como si tal cosa. Ónice sonrió creyéndose el centro de la afirmación. Sin embargo, la semilla de la duda llegó a ella en la forma de las palabras de la Oscuridad. *"Siempre ha estado enamorado de ella y lo sabes. No eres más que un parche para su corazón…"*—. ¿Es esto?

—Sí —respondió Tristán volviendo a centrarse en la tarea y no en la imagen. Sacó el medallón de entre sus ropas y lo expuso a la vista de los tres.

Ónice apartó la idea de su mente a duras penas y se centró en el medallón. El sol brillaba con fuerza a aquella altura y no

necesitaron ninguna luz más para estar seguros de que el medallón y el grabado habían sido creados por las mismas manos.

—Mirad, es igual que esta zona —dijo Tristán señalando una pequeña sección de las almenas del castillo. Superpuso el medallón sobre el grabado y no hubo duda alguna. Dibujó con en dedo una línea de runa sobre lo que debía de ser la parte contraria del medallón que faltaba—. Debemos buscar esto entonces.

—Pues ya me dirás en dónde —masculló la drugana.

—Tal vez en la guarida de Byford. No tenemos nada mejor todavía.

—Quiero llevármelo —dijo directamente sacando una de sus dagas de entre las pieles. Llevó el filo hasta el grabado amenazando con destruirlo.

—¡No! ¡No lo rompas! —exclamó Tristán incrédulo. Saltó ante ella y se interpuso en su camino.

—¿Qué? No, no pienso romperlo, solo voy a mutilarlo.

—Es lo mismo…

—Mira, engendro plateado, uno de los dos va a acabar mutilado: tú o el mural, lo que prefieras.

Tristán buscó a Sonthorn con la mirada pidiendo su ayuda y este suspiró.

—Podemos hacer una copia o algo. Será mejor que romperlo.

—¡Eso es! Puedo hacerla con mi magia, dadme un momento —dijo Tristán sacando un papel de entre sus ropas. Por un segundo el dibujo de Valeria salió a la luz y volvió a esconderlo al instante. Se arrodilló y comenzó dibujar la runa mientras cerraba los ojos.

Sin embargo, en cuanto los cerró escuchó el característico sonido de un metal atravesando otro. Alzó la vista y descubrió a Ónice mirándolo con ironía. El puñal se había hundido con fuerza en el metal.

—Ups. —Tristán guardó el papel y enrojeció de rabia. Ónice lo desafió con la mirada y se vio obligado a morderse la lengua—. Bueno, ya está roto, será mejor acabar con esto.

Movió con destreza el puñal mientras fruncía el ceño. Lo desplazó a un lado y a otro, ignorando el dibujo que quería extraer.

—Poco vas a salvar así —dijo Tristán.

—No hay nada que salvar —respondió. Movió el puñal y este se detuvo al borde de lo que creían que sería la imagen del medallón. Tiró del puñal con todas sus fuerzas tratando de cortar el resto del mural sin éxito. Sin embargo, no le costó moverlo en un círculo casi perfecto—. Esto no es metal, o al menos no es el mismo. Es muy blando en comparación.

Terminó de cerrar el círculo e hizo palanca liberando una sección circular que cayó sobre la nieve. Tristán la alzó y puso el medallón frente a la pieza. Eran idénticas. Alzó la vista hacia el grabado y colocó la mitad del colgante en su posición. El dibujo brilló con fuerza durante un instante y se apagó con la misma rapidez. El medallón cayó al suelo.

—Bueno, creo que he encontrado la puerta y la llave —dijo Ónice—. O al menos la mitad. Yo ya hice mi parte, buscad vosotros la otra mitad.

—Siempre ha estado aquí —murmuró Tristán incrédulo—. Byford debía saberlo, ¿por qué no nos dijo nada?

—Vayamos a averiguarlo, tal vez dejara alguna pista en su vivienda.

Tristán probó una vez más a situar el medallón con el mismo resultado antes de comenzar a ascender. Esta vez Sonthorn iba el primero abriendo la marcha. Tras muchos nuevos minutos asomó la cabeza por encima de la plataforma y saltó a la superficie desenfundando la espada que refugió con fuerza. Le transmitió la idea a Ónice en cuanto descubrió huellas de botas en la nieve, y la drugana no tardó en llegar a su lado. Se preparó para luchar con lo

que quiera que hubiese llegado hasta allí. Esperaron a Tristán antes de avanzar, al fin y al cabo él conocía el lugar.

—Ya me extrañaba a mí que encontraras los asideros tan fácil entre la nieve. Tranquilos, será un Vanhir explorando.

Sonthorn abrió su mente y negó con la cabeza. Una deslumbrante luz dorada aguardaba dentro de la cueva.

—¡Sé que estás ahí dentro! —gritó con fuerza—. No es necesario que te escondas, no te haremos daño.

Unos pasos comenzaron a sonar mientras se acercaba desde el interior de la cueva aumentados por el eco de la misma. No tardó en emerger un hombre de anchos hombros y pelo negro protegido por un peto de cuero recio. Sus brazos y cuello mostraban tatuajes negros entrelazados entre sí. Miró al grupo con sus ojos dorados e inteligentes. En su boca dibujó una mueca de ironía.

—No podrías aunque quisieras, Silvero —masculló.

—¿Es él? —preguntó Ónice.

Sonthorn asintió. Era el neutral del glaciar y se les había adelantado.

SOBRE EL AUTOR

Como habrás podido imaginar, soy un autor particular. Las descripciones no me apasionan y trato de describir las escenas de mis libros a través de acciones de los personajes, sus gestos o su tono de voz. Tal vez es debido a que también soy escritor de guiones de cortos y largometrajes. Mi pasión por el cine va en paralelo con la literaria. Ejemplo de cortos serían Pinar Check, Correr, Poker de reinas, Pelotas fuera o Conspiranoia; o los largometrajes Sueños de papel o Adremiun (ambas sin comercializar aún).

Espero que hayas disfrutado de mi historia y te invito a continuar con más volúmenes de ella. Están disponibles todos ellos en Amazon. Mi intención no es hacerme rico, pero escribir es un trabajo muy duro que lleva muchísimas horas y debe estar remunerado acorde.

Puedes seguirme en las redes sociales en las que no me verás hacer spam, puedes añadirme sin preocuparte por ello. Responderé las dudas que no sean spoilers y siempre estaré disponible para una buena crítica.

@AntonioMonAutor en Twitter e Instagram

Por otro lado, si has conseguido este volumen de forma poco legítima, te agradezco que si te ha gustado y quieres seguir leyendo mis libros, deja buenos comentarios y valoraciones, habla de mi historia y podré continuar escribiendo.

Si te ha gustado la novela, ¡cuelga una foto tuya en Instagram o Twitter con la obra y etiquétame!

¡Muchas gracias por acompañarme!

DEJA TU COMENTARIO

No olvides dejar tu comentario, los escritores vivimos de las reseñas, son la única forma de que nuestro trabajo se conozca.

MUCHAS GRACIAS

Gracias por haber permanecido al lado de mis personajes durante todas estas páginas. Tu apoyo y comentarios son bienvenidos y muy agradecidos. Tanto si has disfrutado como si tienes algo que aportar a nuevos lectores, déjalo en comentarios para que pueda mejorar como escritor y así ayude a otros posibles compradores.

Tengo 39 años y, aunque escribí esta historia hace mucho tiempo, he decidido revisarla y continuarla por fin. En los próximos meses iré añadiendo partes a la historia. A medida que continúo escribiendo comprendo la amplitud del mundo de Ergasth que estoy creando. Este es un territorio lleno de magia al que no he hecho más que asomarme aún. La historia principal avanza, pero a medida que dejo personajes atrás, sé que merecen un tratamiento especial, pues tienen demasiado que contarnos tanto de ellos mismos como de su mundo.

Pronto el lector descubrirá la vida de personajes tan especiales como Marit y muchos otros que aún no han aparecido y que estoy seguro de que querríais conocer. Mi intención es irlos incluyendo de forma intercalada en formato de novela corta (a no ser que su historia sea más larga) a medida que publico volúmenes de la historia principal. Eso si, ¡sin retrasarla! La historia de Sonthorn es

larga y apasionante, no volveré a dejar colgados a mis lectores y fans.